

Roxana Kreimer

LA VUELTA AL MUNDO CON FILOSOFÍA

Reflexiones filosóficas basadas
en la evidencia científica



Prólogo

La filosofía se caracteriza por ser una visión totalizadora de la realidad. Es la madre de las ciencias porque nada de lo humano le es ajeno. Por eso dar la vuelta al mundo con filosofía implica recorrer temas muy diversos, geografías que nos hacen reevaluar nuestras ideas desde una perspectiva distinta.

Para conocer es necesario generalizar. El problema es que a menudo en esta empresa se pierde contacto con la vida y las abstracciones resultan huecas. La buena filosofía es una práctica que tiene a la razón como medio y al sentido de la vida como fin. Nos ayuda a pensar mejor para vivir mejor y para lograrlo es necesario promover el diálogo, especialmente cuando se convierte en el breve intervalo en el que dos personas se miran a los ojos y conversan mientras no se ocupan de su teléfono celular. La filosofía no es un conjunto de especulaciones aisladas de individuos notables. Busca responder a las preguntas: “¿Cómo debemos vivir?” y “¿Qué debemos hacer?”

Este libro es una selección de ensayos filosóficos destinados a hacer pensar, sin que esto implique dejar de apoyar los pies sobre la tierra, es decir, de tratar los problemas reales que enfrenta toda existencia humana desde una perspectiva individual y social.

Hasta ahora, la filosofía ha estado basada fundamentalmente en intuiciones, aunque también se ocupó de otras prácticas como el análisis de conceptos o la exploración del sentido común. Desde los inicios del siglo XXI, en el mundo ha comenzado a desarrollarse una filosofía que se basa en investigaciones científicas existentes (filosofía empírica) o realizadas por los propios filósofos, entrenados en las metodologías de las ciencias cognitivas (filosofía

experimental). *La vuelta al mundo con filosofía* ofrece ensayos que pertenecen a estas dos categorías. Gran cantidad de artículos están basados en investigaciones científicas, en la idea de que sería conveniente dejar de repetir dogmáticamente las intuiciones de los filósofos y, cuando sea posible, contrastarlas en investigaciones científicas, aun cuando la filosofía excede el perímetro de la ciencia.

Es posible lograr buenos resultados cuando la reflexión compromete nuestra afectividad. Por eso este libro tiene gran cantidad de artículos, aforismos y fragmentos que pretenden divertir, así como relatos de viajes e historias de vida de las que es posible extraer una enseñanza filosófica. Ninguno de los ensayos es una crónica efímera de situaciones coyunturales. Cuando se narra una historia de vida o un evento, el propósito es filosófico.

Desde hace catorce años la pregunta que más me formulan quienes asisten por primera vez a mi Café Filosófico es: “¿Voy a entender?” Aunque existen excepciones, predomina la filosofía escrita en un lenguaje poco claro y desvinculado de las ciencias empíricas. Cuando un filósofo escribe en forma especulativa y complicada, puede decir algo muy estúpido de una manera tan enrevesada que parezca inteligente. Quienes lo leen se sienten humillados por no entender, y como prefieren quedar del lado de los inteligentes y no de los estúpidos, a menudo se autoengañan creyendo que adhieren a respetables conceptos. Si el filósofo alcanza cierta fama en los medios de formación de masas, la estupidez que propaga se incrementa en forma geométrica. Las mujeres fingen el orgasmo, los hombres fingen el amor y los filósofos fingen decir algo interesante complicando sus oraciones innecesariamente.

A la más persistente de las preguntas, “¿Voy a entender?, o a su variante “¿Es necesario tener alguna formación filosófica para entender?”, respondo que para interesarse por los artículos de este

libro basta con ser humano —y, por lo tanto, como sugería Platón—, filósofo, ya que todos tenemos una cosmovisión y fundamentamos nuestros pensamientos y nuestras acciones con ideas. Ser humano es el único pasaporte requerido para este viaje que los invito a compartir. Empecemos por hacer la valija.

1

El mundo de la buena vida

La valija

Hacer una valija es un ejercicio filosófico. Elegir algunas cosas. Renunciar a otras. Aligerar la carga. Vaciar para dar lugar a nuevas experiencias. Desapegarse. Intuir adversidades. Correr riesgos. Estar en situación de perderlo todo.

La primera vez que hacemos una valija la llenamos de cosas prescindibles. Llevamos quince prendas y usamos dos. Cargamos diez libros pero leemos uno. Al llegar a destino hay tantos objetos de más que difícilmente encontremos algo. Si buscamos el repelente aparecen las pastillas para el dolor de garganta. Si necesitamos algodón nos topamos con las polainas.

Hacer las valijas también forma parte del viaje. Es un arte, y de los más arduos. Aunque no iniciemos un viaje, todos deberíamos hacer una valija de vez en cuando. Prescindir de lo superfluo e introducir en ella lo que más nos importa en la vida: los afectos, las experiencias que repetiríamos una y otra vez, los ideales, la música, los aromas, los sabores, los pequeños gestos.

Y no deberíamos perderla de vista. Ninguna otra persona nos la puede robar.

Yo todavía no aprendí a hacer bien una valija. Pero la de este año es mejor que la del anterior. Tiene menos objetos, más espacio.

Hacer las valijas también forma parte del viaje. Es un arte, y de los más arduos. Platón sugirió que filosofar es aprender a morir. Mejor sería que consistiera en hacer bien una valija.

¿Felicidad o sentido de la vida?

En Occidente estamos acostumbrados a pensar que la felicidad es el fin último de todas las acciones. Nuestro ideal es el de ser todo lo felices que podamos. Algunos lo postulan de manera extrema y sostienen que ser feliz es “nuestro deber”.

Si entendemos por felicidad la presencia reiterada de emociones positivas tales como la alegría, la gratitud o el placer, de hecho lo que buscamos —y quizá lo que deberíamos buscar— no es la felicidad sino un sentido para la vida. Muchas de las cosas que hacemos demandan de nosotros esfuerzos considerables, sacrificios mayúsculos incluso, sumados a dosis extraordinarias de displacer. Sin embargo, otorgan sentido a nuestras vidas. Traer hijos al mundo, aprender algo complejo, ensayar una comida nueva y tropezar con toda suerte de dificultades por el camino, consagrarse a un ideal político, escalar una montaña en condiciones climáticas adversas: todas estas son experiencias que conllevan altas dosis de emociones negativas y, sin embargo, son desarrolladas porque dan sentido a la vida.

Un estudio experimental (Koffler y Coulson, 1971) muestra que, a excepción del gato, la mayoría de los animales prefiere realizar un esfuerzo para obtener la comida en lugar de esperar pasivamente a que aparezca. Este impulso otorga una percepción de control y no se vincula necesariamente con las emociones positivas.

Por influencia del budismo, en Oriente las personas crecen en la consciencia de que el sufrimiento es parte inevitable de la vida. No se sienten presionadas para ser felices y, esperando menos, tal vez obtengan más.

Un libro escrito por la periodista norteamericana Barbara Ehrenreich sintetiza en su título la crítica al lado negativo —y, por tanto, paradójico— del pensamiento positivo: *Sonríe o muere*. El optimismo nos vuelve más saludables y nos permite vivir más años. Es fantástico, siempre y cuando no distorsione nuestro juicio, no nos haga subestimar el síntoma de la enfermedad, no nos conduzca a la bancarrota ni nos haga sentir miserables porque no estamos buena parte del tiempo brincando de alegría.

Pensar en la felicidad como el “bien supremo” al cual están destinadas todas nuestras acciones es valioso si por felicidad entendemos una satisfacción general con la propia vida, y si somos conscientes de que este contento a menudo supone incomodidades, molestias y fastidios varios. Los estudios científicos sobre la felicidad que se están desarrollando en todo el mundo, y que aportan información tan valiosa desde las neurociencias y la psicología experimental, tal vez deberían reemplazar la pregunta “¿Se siente feliz?” por “¿Su vida tiene sentido?”

La necesidad de reconocimiento

A comienzos de los '90 Alan Conway se hizo pasar por Stanley Kubrick. Convenció a distintas figuras de que él era el laureado director de cine. Les prometió roles en sus películas y entrevistas exclusivas. Hacía quince años que Kubrick no se mostraba en público. Conway aprovechó esta circunstancia para hacerse pagar fastuosas cenas y para obtener favores sexuales, pese a no ser físicamente muy parecido al original, y no saber demasiado sobre su filmografía.

Había nacido en Inglaterra, y a los doce años fue encerrado en una prisión para jóvenes. Ya entonces fingió ser un judío polaco que sobrevivió a los campos de concentración. Durante los '90 se enamoró de un hombre y abandonó a su esposa. Más tarde su amante murió de sida y Conway se transformó en adicto al alcohol. Frank Rich, un reconocido crítico del New York Times, cayó en la trampa cuando en un restaurant invitó al falso Kubrick a sentarse a su mesa, seducido por la posibilidad de hacerle una entrevista exclusiva. Conway le reprochó que en una nota lo hubiera tratado de "recluso", y le informó que a partir de su artículo había decidido afeitarse la barba.

Cuando Kubrick supo que alguien estaba tratando de hacerse pasar por él, se sintió fascinado por la idea. Anthony Frewin, su asistente personal, escribió el guión que en el año 2006 daría lugar al film "Colour Me Kubrick", de Brian W. Cook, protagonizado por John Malkovich y basado en la historia de Conway.

El tema que nunca aparece cuando se aborda la problemática del usurpador de identidad es el del esnobismo de quienes profesan una exagerada admiración por los sujetos famosos. El imitador es condenado pero el cholulo que adora codearse con individuos distinguidos y elegantes jamás recibe una crítica. Algo similar ocurre

con la prostitución, cuando se responsabiliza a la mujer y no al hombre que le paga, tal como advirtió Sor Juana Inés de la Cruz con el “Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis”. En el campo argentino un refrán resume esta idea: “No tiene la culpa el chancho sino el que le da de comer”.

La usurpación de la identidad de otro ser humano es (con justicia) un delito. Sin embargo, nadie merece la excesiva fama con que premiamos a nuestros ídolos. Conlleva demasiadas atenciones para una sola persona y a menudo es una forma más de la incompreensión.

Conway no solo robó cenas y favores sexuales. Obtuvo algo inmaterial y más valioso: el reconocimiento que —a diferencia de la fama— todo ser humano merece.

Hollywood transformó su historia en millones de dólares, en más fama y en legítimo reconocimiento para otros.

El azar permitió que estos dos hombres compartieran algo más que su honra: Conway murió de un infarto en 1998. Kubrick (el auténtico) falleció pocos meses más tarde. Ninguno de los dos mereció enteramente su destino.

La emoción en la toma de decisiones

Un estudio experimental realizado por Angela M. Legg y Kate Sweeny para la Universidad de California revela que tras leer buenas noticias en el diario las personas son más optimistas que después de leer noticias negativas. Otros trabajos, en especial los del neurólogo Antonio Damasio, suman evidencia en favor del rol importante que tienen las emociones a la hora de decidir.

A lo largo de la historia, desde la Grecia clásica hasta la Ilustración, las emociones fueron vistas fundamentalmente como impulsos autodestructivos e impredecibles que anulan a la razón y

perturban la toma de decisiones. Esta perspectiva está presente en la filosofía, en la literatura, y hasta en el sistema legal moderno, que considera de manera diferente a un criminal si se estima que actuó “bajo emoción violenta”.

Sin embargo, recientemente diversos trabajos científicos revelaron que las emociones son predecibles, medibles y cumplen una función esencial a la hora de decidir. Pueden ayudarnos a sobrellevar limitaciones cognitivas porque estrechan el círculo de consideraciones y permiten focalizar la decisión, destacando aspectos relevantes de las opciones. Son respuestas estereotipadas (heurísticos) que aparecen cuando no tenemos datos suficientes para realizar una evaluación previa de las circunstancias, nos permiten dejar de dudar y decidirnos de una buena vez.

Damasio mostró que las personas que tienen dañada la región del cerebro que regula las emociones dudan en exceso antes de tomar una decisión. También pueden quedar desprovistas de la capacidad de empatizar con los demás y, por tanto, perder todas sus relaciones personales significativas.

Las emociones son relevantes para la elección: el arrepentimiento, el miedo y la culpa nos previenen de las malas decisiones. Brindan atajos intuitivos para resolver los conflictos motivacionales y las ambigüedades. Los efectos incidentales —no vinculados con la decisión— también influyen, por lo general de manera no consciente: como en el estudio sobre el impacto que tienen las noticias del diario, el clima, estar de buen o mal ánimo, ciertos recuerdos y experiencias tienden a proyectar las emociones presentes en los resultados futuros.

A medida que se intensifican, las emociones influyen más en la conducta. A veces pueden avasallar el procesamiento cognitivo. Es el caso de un ataque de ira, una fobia o un enamoramiento ciego.

Ambas perspectivas, la antigua y la contemporánea, tienen algo de validez. Las emociones a menudo distorsionan y llevan a las personas a dañarse a sí mismas y a dañar a otros, pero también ayudan a decidir, brindan la motivación necesaria para actuar, expresan nuestro deseo de seguir vivos (eso que Spinoza llamó *connatus*) e informan al cerebro sobre un particular estado del cuerpo.

Toda organización social debería favorecer a través de la educación el desarrollo de un equilibrio en nuestra vida emocional. El ser humano puede sentir emociones pro-sociales como la empatía, pero también es capaz de torturar y matar. Una buena educación debería alentar nuestras mejores disposiciones.

Cinco condiciones para el bienestar según la evidencia científica

- 1) Cuando buscamos los objetivos adecuados para posibilitar el surgimiento del *fluir*, que es la sensación que tenemos al desarrollar una actividad que implica un desafío óptimo para nuestras habilidades. El concepto de *fluir* fue propuesto a partir de las investigaciones de Mihaly Csikszentmihalyi. Puede sentir que fluye quien está concentrado en una tarea que ama y que le hace perder la noción del tiempo. Para la mayoría de las personas esta satisfacción es más beneficiosa que los placeres asociados a los sentidos, que son fantásticos pero más efímeros. Al *fluir* no nos sometemos al principio de adaptación, que es un enemigo importante del bienestar. Si encontramos una o varias actividades en las que *fluir* descubrimos uno de los sentidos importantes que podemos dar a la vida.
- 2) El budismo y los filósofos estoicos nos dicen que la felicidad proviene de la manera en que pensamos las cosas, y sugiere que nos desapeguemos de personas y acontecimientos porque son

impredecibles e incontrolables. Es cierto que el cristal con que se mira es importante, pero las investigaciones de las que da cuenta Jonathan Haidt en su libro *La hipótesis de la felicidad* muestran que la mayoría de las personas necesita por lo menos tres afectos cercanos con los que vincularse seguido y satisfactoriamente. Además, para estar satisfecho con la propia vida es imprescindible cubrir otra condición objetiva, que es la de no ser indigente y tener resueltas necesidades básicas.

- 3) Si entendemos por felicidad la satisfacción con la propia vida, somos más felices cuando sentimos gratitud. Esto nos evita acostumbrarnos a las cosas buenas al punto en que ya no las percibimos, algo que ocurre demasiado a menudo, cuando olvidamos que gozamos de buena salud, tenemos un techo bajo el cual dormir y una hermosa ciudad para pasear construida por quienes nos antecedieron. La gratitud neutraliza las emociones negativas y nos previene de dar las cosas por garantizadas. Es casi imposible sentir gratitud y emociones negativas al mismo tiempo.
- 4) Las personas son más felices cuando valoran el proceso y el esfuerzo, no solo el resultado. Obtenemos más gratificación en el proceso que al alcanzar la meta porque, tal como advirtió Shakespeare: “La alegría del alma reside en el hacer”. Al obtener el resultado, enseguida nos acostumbramos y vamos por otro desafío, incluso los que suponen displaceres e incomodidades pero resultan significativos, como escalar una montaña, tener un hijo o defender una causa justa.
- 5) Diversas investigaciones realizadas por Stefen Ilardi y reseñadas en su libro *La cura de la depresión* muestran que es altamente beneficioso para el ánimo caminar balanceando los brazos, andar en bicicleta o desarrollar algún ejercicio aeróbico, exponerse veinte minutos por día a la luz del sol, comer alimentos con

omega 3 (atún, salmón rosado, jurel, cinco mariposas de nuez o 10 almendras), tener contacto con la naturaleza, compartir actividades con grupos de personas y sonreír, incluso automáticamente. Ciertos gestos y posturas corporales como sentarse erguido también pueden generar cambios internos. No solo la mente genera conductas. Podemos incrementar nuestro bienestar fomentando conductas que cambien la mente.

Tercera edad sin estereotipos

En 2040, por primera vez en la historia habrá en el mundo más ancianos que niños. Dentro de cincuenta años en la Argentina un cuarto de la población tendrá más de ochenta. El siglo pasado duplicó la longevidad promedio. ¿Logró también una mejor calidad de vida para la llamada “tercera edad”? Si tiene cubiertas necesidades mínimas, sorprendentemente la respuesta parecería ser “sí”.

Diversas investigaciones, entre ellas una realizada por Laura Carstensen para el Centro Stanford de Longevidad, y otra por Oscar Franco para la Universidad de Cambridge en Gran Bretaña, sugieren que las personas mayores de cincuenta y cinco años suelen sentir más alegría y gratitud, menos estrés y depresión, y aceptan los momentos de tristeza con mayor naturalidad que los jóvenes. Los estudios fueron realizados en Estados Unidos y en Gran Bretaña y podríamos preguntarnos si se obtendrían los mismos resultados en la Argentina. Aun así, permiten cuestionar el estereotipo de que la vejez está asociada inevitablemente con un incremento del malestar y con un deterioro de la calidad de vida.

Cuando nos damos cuenta de que ya no tenemos todo el tiempo por delante, vemos las prioridades con más claridad. Intensificamos los placeres por saberlos finitos y ya no pretendemos que el mundo se adapte a nuestras expectativas. Los adultos mayores cambian su definición de felicidad y la asocian menos con la excitación que con la serenidad. En el día a día se sienten más satisfechos que los jóvenes. Recuerdan con particular interés las imágenes positivas, son mejores a la hora de resolver conflictos, están más abiertos a la reconciliación y sienten más emociones mixtas, como cuando se llora sonriendo junto a un amigo.

Los jóvenes suelen explorar, arriesgan para aprender, tienen más citas a ciegas y aventuras que los conducen a lugares inciertos. Cuando creemos que hay toda una vida por delante, somos menos selectivos. Los adultos mayores se concentran en lo que juzgan importante y no quieren desperdiciar el tiempo.

Carstensen sugiere que los que tienen entre 60 y 80 años están en el Acto IV de las cinco partes de su existencia. Los estereotipos de la tercera edad no guardan relación con lo que muestran los estudios observacionales, en los que no predominan los ancianos que añoran el pasado ni las mujeres acomplejadas por sus arrugas. La vejez puede reclamar un espacio que supere los prejuicios y la imagen de discapacidad y decadencia.

Si los años no han pasado en vano, los adultos mayores aprenden a tomarse la vida con filosofía. El arte de vivir requiere de habilidad y experiencia, y los años suelen favorecer esta perspectiva. Hubo más ocasiones para el ensayo y el error, y aunque disminuya la energía, se la administra con mayor eficacia. Al superar la adversidad, si uno no se convierte en un amargado, se vuelve más tolerante y agradecido.

Lo mejor sería que pudiéramos aprovechar mejor el tiempo antes de llegar a la vejez. Pero si esto no ocurre antes, aún tenemos ocasión de conquistar cierta sabiduría con el paso de los años. Es el momento en el que se cultiva el arte de la aceptación y las debilidades se convierten en ventajas.

Feliz cumpleaños: que en paz descanses

Cumplo años el 2 de noviembre, el Día de Todos los Muertos. Ya estoy acostumbrada a la contradicción de haber llegado a la vida justo cuando se celebra la muerte. No me resultó fácil adaptarme. Durante la infancia mis cumpleaños no se diferenciaban mucho de un velatorio. Las compañeras de la escuela llegaban al festejo

vestidas de luto, después de haber pasado por el cementerio. Como presente recibía orquídeas, crisantemos y tarjetas con extraños augurios: “Que descanses en paz. Te acompaño en el sentimiento de cumpleaños”. Harta de tanta necrofilia, durante la adolescencia me presenté en el Registro Civil.

—Quiero cambiar mi fecha de nacimiento —exigí.

—Eso no es posible— respondió el empleado de turno.

—Hay quienes cambian de nombre, modifican su sexo o su nacionalidad. ¿Por qué no voy a poder cambiar la fecha de nacimiento? —protesté.

—Porque usted nació ese día y no otro.

—Haber llegado a este mundo en un escenario temporal no es menos caprichoso que haberlo hecho en un marco espacial. Si es posible dejar de ser argentino para convertirse en norteamericano (¡e incluso gozar de nacionalidades simultáneas!), ¿a título de qué prohibir un cambio de natalicio?

—Usted es demasiado complicada. ¡No entiendo lo que dice! ¿Por qué no se dedica a la filosofía? —murmuró el dependiente y me mostró la salida.

Durante mi juventud la maldición continuó. Si bien mentía la fecha de cumpleaños, mis novios me abandonaban cada vez que descubrían la cédula de identidad, en la superstición de que me transformaría en un escorpión celoso y compulsivo y el inframundo del Hades se lanzaría contra nosotros.

A los 50 me empecé a preguntar a qué edad comienza la vejez. Pero eso es tan inútil como preguntarse con cuánta plata empieza la riqueza. Era la edad en la que no sabía muy bien si era víctima de la menopausia o del calentamiento global.

Si pensamos que nos hacen venir a este mundo cuarenta años antes de que empiece la vida (por eso de que la vida empieza a los cuarenta) podríamos decir que hoy cumpla 15 años.

Sea como fuere, para evitar confusiones tenemos que tratar a toda costa de ocultar la edad. Claro que ahí corremos el riesgo de que nuestra edad sea un mito, que nos agreguen años y los amigos de Facebook hagan apuestas para adivinarla. Pero si el INDEC anuncia que hay un 6,5% de pobres, ¿qué tiene de malo que yo diga que tengo 35 años? La última vez que le preguntaron la edad a Mirtha Legrand, respondió: “¡Preguntale al INDEC!”

¡Dejemos de pensar en la edad! Si no uno acaba por creerse más viejo de lo que es. El paso de los años tiene un montón de ventajas. La celulitis, por ejemplo. Tiene remedio. Es gratuito y se llama presbicia. Otra ventaja es que no hay que depilarse más. A mí nunca me gustó depilarme porque me parece que es una forma de disimular que descendemos del mono. Lo mío no es falta de elegancia sino un apoyo militante a la teoría de la evolución. Otra ventaja es que no ves el número de los colectivos, caminás y eso es bueno para la salud. Además, vistas de cerca las personas parecen obras de arte, cuadros de Picasso, con dos narices, dos bocas, cuatro ojos. Tampoco tenés que comprarte más discos, porque la música que te gustaba a los veinte empieza a sonar en los ascensores.

Hay formas de no envejecer. Podés hacer como Nacha Guevara y tomás ocho litros diarios de agua mineral. No sé si vas a parecer más joven pero pasarás buena parte de tu vida en el baño y mucha menos gente notará que estás envejeciendo. Otra forma de no envejecer es seguir el consejo de Agatha Christie y casarse con un arqueólogo: cuanto más vieja te pongas, más interesante te va a encontrar. O formar pareja con un corto de vista, que te encontrará cada día más linda gracias a la miopía y al amor. O no usar corpiño, porque gracias al prodigio de la gravedad se te borrarán instantáneamente las arrugas de la cara sin apelar al lifting, que es mucho más caro y te convierte en una momia viviente.

Los antiguos hindúes no contabilizaban la vida en años. Otros pueblos también ignoraron la edad, los aniversarios y demás supersticiones que nos inculca el sistema decimal. Ya no me voy a preocupar más por la edad ni por las arrugas del rostro, si no por las del corazón. Porque los años arrugan la piel, pero renunciar al entusiasmo arruga el alma. La vida humana no transcurre sólo en el tiempo sino también en el argumento. Como decía una tarjeta que me regaló años atrás mi amiga Martha: *How old would you be if you didn't know how old you are?* (¿Qué edad tendrías si no supieras qué edad tenés?).

Se dice que cuando Galileo, ya septuagenario, había sido arrestado por la Iglesia para protección de su alma inmortal, alguien le habría preguntado: “¿Cuántos años tiene, maestro?” Galileo habría respondido: “No sé. Quizá cinco años, tal vez diez”. Su interlocutor habría exclamado: “*¡Cosa dici, signore Galileo! ¡Tu non sei un ragazzo!*” Galileo, imperturbable, le habría respondido: “Los años, como el dinero, se van gastando a medida que se vive. Los años que tengo son los que me quedan por vivir”. Lo que realmente importa es comprobar que, al final de cuentas, la mejor edad de la vida es estar vivo.

Hice las paces con el Día de los Muertos. Ya no cumplo años, resucito. El nacimiento nos plantea una condición. Quiso el azar que no pueda dejar de recordarla cada 2 de noviembre. ¡Que en paz yo los cumpla! ¡Que los cumpla yo en paz! Espero que cada 2 de noviembre me acompañen en el sentimiento y que Diógenes me tenga en su gloria. Quienes lo juzguen pertinente, pueden saludarme con epitafios. Ya estoy inmunizada.

Una forma alternativa de convivencia

La película de Stéphane Robelin “¿Y si vivimos todos juntos?” plantea una alternativa que permitiría aunar formas de convivencia que adopten lo mejor de Oriente y Occidente. Jane Fonda, Geraldine Chaplin, Pierre Richard, Guy Bedos y Claude Rich representan a cinco amigos septuagenarios que en lugar de vivir aislados o en asilos para ancianos, deciden protegerse mutuamente dejando sus casas y compartiendo una quinta muy amplia. Instalan una piscina, porque de otro modo los nietos no los visitan, y se enredan en diversos conflictos, como casi cualquier ser humano.

El establecimiento de lazos sociales fuertes es uno de los rasgos de las culturas orientales, en contraste con el creciente individualismo de Occidente. La película juega con otra posibilidad, la de la convivencia en un marco básico de solidaridad, aunque se la asocia exclusivamente con la vejez y lo deseable sería que surgiera como alternativa viable para el conjunto de la vida.

¿Por qué no tomar lo mejor de Oriente (la interdependencia) y de Occidente (la autonomía)? ¿Por qué no adoptar formas alternativas de convivir mudándose cerca de los amigos, o compartiendo con ellos casas que dejen suficiente espacio como para desarrollar una vida autónoma?

¿Podemos predecir nuestros estados emocionales?

Dan Ariely y su equipo hicieron para el MIT (Massachusetts Institute of Technology) el siguiente experimento. Les pidieron a veinticinco estudiantes que predijeran si podrían disfrutar del sexo con alguien que odian, con una mujer muy mayor o extremadamente gorda, y si usarían preservativo en caso de no conocer el historial de su nueva pareja sexual. Luego les dieron fotos de mujeres desnudas en posiciones provocativas para las vieran en una computadora

mientras se masturbaban, y en los instantes previos al orgasmo debían volver a responder las mismas preguntas.

En caliente, el deseo de realizar actividades sexuales poco comunes y la posibilidad de desarrollar actividades reñidas con la ética se duplicaba. Un 25% estaban dispuestos a prescindir del preservativo. Eran incapaces de predecir hasta qué punto la excitación podía cambiarlos. Creemos que podemos apagar la pasión en cualquier momento, pero esto no siempre es posible, de modo que las campañas para fomentar el uso de preservativos deberían centrarse menos en la fisiología y más en las estrategias posibles para abordar las emociones que acompañan la excitación sexual.

Las investigaciones de Ariely se aplican directamente a la excitación sexual, pero otros estados emocionales (ira, hambre, celos, etc) funcionan del mismo modo, convirtiéndonos en extraños para nosotros mismos. Cuando nos prometemos gastar una cantidad limitada de dinero, nos encontramos en un estado emocional, cuando vamos de compras, puede surgir uno diferente. Muchas embarazadas deciden prescindir de la peridural, pero cuando están pariendo se arrepienten de su decisión.

Cuando asumimos un compromiso, nos encontramos en un estado emocional. Cuando debemos cumplirlo, estamos en otro. A menudo prometemos o proyectamos en frío, luego irrumpe la emoción y las cosas no salen como las planeamos. Para tomar decisiones deberíamos aproximarnos lo máximo que podamos al conocimiento del estado emocional en el que nos encontraremos cuando vivamos la otra cara de la experiencia. Podríamos preguntarnos si estamos en condiciones de dejar algo de lado y hacerlo al día siguiente. Solo si la respuesta es afirmativa deberíamos comprometernos.

El dinero y la felicidad

Cubiertas las necesidades básicas, el dinero solo tiene un efecto muy modesto sobre el bienestar humano. Un estudio reciente de la psicóloga Sonja Lyubomirsky, “Adaptación hedónica a las experiencias positivas y negativas”, explora algunas de las razones por las que gran cantidad de países han incrementado su renta per cápita pero muestran retrocesos en los niveles de satisfacción de los ciudadanos con sus vidas. Una vez que los ingresos garantizan bienes básicos, incrementar las ganancias sólo produce una satisfacción fugaz. Al poco tiempo las personas se acostumbran tanto a ganar más como a ganar menos, siempre y cuando no se vean afectados los bienes de primera necesidad.

El ingreso que está vinculado con la percepción del bienestar no es el absoluto sino el relativo: el que surge de comparar la situación económica propia con la del vecino. De ahí que algunos bromeen diciendo que el hombre feliz es el que gana un poco más que su cuñado.

El economista Richard Easterlin, de la Universidad de California del Sur, publicó en el año 2010 un artículo en el que señala que en 37 países los niveles de percepción del bienestar no aumentaron al mismo ritmo que los niveles de renta en el largo plazo. En veinte años Chile, China y Corea del Sur duplicaron sus rentas per cápita pero disminuyó ligeramente el nivel de satisfacción de los ciudadanos con sus vidas.

Los medios amplían el marco de comparación, el sistema económico postula a la competencia como eje articulador de la vida social y nuestra estructura cognitiva nos condiciona a pensar comparando. Podemos limitar el efecto “envidia”, pero en los países que se autoproclaman democráticos parece que no resulta fácil sentirse satisfecho cuando el vecino gana más. Un estudio de Sara

Solnick de 1998 revela que la mayoría prefiere vivir en un mundo en el que su salario anual sea de 50.000 dólares y el de los demás 25.000, que en uno en el que su salario sea de 100.000 dólares y el de los demás 200.000.

Cuando la situación de las personas mejora o empeora y las necesidades básicas están cubiertas, se produce un fenómeno de acostumbramiento y los niveles de satisfacción siguen siendo similares. A partir de estas evidencias las políticas públicas podrían centrarse más en la disminución de la desigualdad que en el crecimiento económico medido por el PBI. Aunque en América predomina el concepto de pobreza absoluta, que establece el porcentaje de personas que no satisfacen un conjunto de necesidades básicas, desde 1984 en Europa se privilegia la medición de la pobreza relativa, que compara los bienes de un individuo con los que posee el promedio de la sociedad en la que habita. Eligiendo uno u otro concepto de pobreza, es posible ocultar a varios millones de pobres bajo la alfombra, tal como hace Estados Unidos, el único país de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) que utiliza la medición de pobreza absoluta, un criterio que los países desarrollados consideran perimido.

De acuerdo a las investigaciones de Michael Norton y Elizabeth Dunn, reflejadas en su libro *Happy Money: the Science of Smarter Spending* ("El dinero feliz: la ciencia de gastar con inteligencia"), el dinero puede incrementar la sensación de bienestar cuando en lugar de comprar objetos lo invertimos en experiencias (una clase, una película, un viaje) o en los demás (un acto filantrópico o invitar a un amigo a comer), ya que estos casos padecemos menos los efectos del principio de adaptación hedónica, uno de los grandes enemigos del bienestar humano.

Dejar de fumar

“Lo único que me gustaría es conocer a mi primer nieto”. Graciela murió de cáncer de pulmón sin cumplir con su deseo. Fumó hasta diez días antes de su muerte. ¿Es convincente decirle a los que fuman un atado diario “morirás antes de tiempo” o “tendrás una muerte dolorosa”? Tengo mis dudas. Todos moriremos de una u otra manera. En cambio, preguntarles qué momento no querrían perderse tiene la ventaja de referir a la vida, es algo presente (y no ausente, como la falta de existencia), concreto (y no vago) y de una carga emocional que la muerte no posee, justamente porque supone la anulación total de los sentidos.

Nuestra baja tolerancia a la frustración

La ira y la vanidad a menudo forman un combo: vienen juntas y tienen algo en común. La falta de reconocimiento de los propios límites, la hinchazón del yo, la carencia de empatía. Cuando una persona tiene baja tolerancia a la frustración, es frecuente que desarrolle estas dos disposiciones. No sufre porque las cosas no salen como quiere sino porque piensa que indefectiblemente tienen que darse tal como las programó. A través de su falta de flexibilidad (por ausencia de un plan B) genera un boomerang: violenta a los demás y se violenta a sí misma.

La semana pasada vi en el noticiero de la televisión cómo Diego Maradona amenazaba al empleado de un boliche con que si no permanecía abierto media hora más le mandaría al Secretario de Comercio para que clausure el local. Una evidencia de cómo nuestra sociedad tolera las prebendas y el abuso de poder y no promueve la capacidad de frustración, una habilidad fundamental para la vida. Dominarse a uno mismo es mucho más importante que dominar una pelota.

Veamos otro ejemplo. Él le manda un email invitándola a salir. Ella responde con gentileza que lamentablemente está muy ocupada y no puede. Él le responde furioso y le advierte que perdió la oportunidad de conocer a una persona muy interesante e influyente, alguien que trabaja “recibiendo a visitantes europeos en el país”. Después comienza a criticar los cuadros que ella pinta, y da a entender que jamás serán apreciados por alguien que entienda de pintura. Termina la carta con una ironía: “No te robo más de tu PRECIADÍSIMO tiempo”.

No somos ignorantes cuando carecemos de información, sino cuando perdemos de vista nuestros propios límites. Por eso Sócrates era considerado el hombre más sabio de Atenas, porque era el más consciente de lo que no sabía y, por tanto, el más sereno.

Los actos de generosidad

Un antiguo refrán chino dice:

Si quieres la felicidad por una hora duerme una siesta.

Si quieres la felicidad por un día ve a pescar.

Si quieres la felicidad por un mes cástate.

Si quieres la felicidad por un año hereda una fortuna.

Si quieres la felicidad por una vida ayuda a otra persona.

Los primeros dos placeres son momentáneos. El tercero y el cuarto son muy apreciados, pero se trata de fenómenos sujetos al principio adaptativo: con el tiempo las personas se acostumbran.

El último, en cambio, elude el principio de habituación hedonista: es una actividad que crea un constante cambio en el paisaje psicológico.

La investigadora Sonja Lyubormirsky pidió a un grupo que llevara a cabo actos no financieros de generosidad (cosas simples como escribir una carta de agradecimiento, donar sangre o ayudar a un amigo). La mitad debía hacerlo una vez por día durante cinco días consecutivos, y la otra mitad, los cinco actos el mismo día. Los que llevaron a cabo cinco actos durante cinco días mostraron un considerable incremento en su bienestar. Los que desarrollaron los cinco en un día lo incrementaron significativamente, y el efecto fue muy duradero.

En otro experimento el escaneo del cerebro reveló que dos regiones evolutivamente antiguas, el núcleo caudado y el núcleo accumbens, se activan cuando se piensa en donar dinero a quien lo necesite. Esas regiones también se activan cuando comemos una comida sabrosa o nos sentimos valorados por los demás, sugiriendo un vínculo entre la acción de ayudar y la felicidad.

Si se les pregunta a las personas si serían más felices gastando dinero en sí mismas o en otros, la mayoría se inclinaría por la primera opción. Sin embargo, los estudios empíricos nos dicen que es al revés. No es necesario invertir una gran suma de dinero. Son los pequeños regalos los que producen cambios duraderos en los niveles de bienestar. Unos pocos pesos gastados en los demás pueden ser una de las mejores inversiones. Y si comprar algo no es posible (o independientemente de esto) llevar a cabo cinco pequeños actos de generosidad en un día también ha dado buenos resultados en términos del impacto que puede producir en la felicidad.

Además de ser una virtud ética, la solidaridad está vinculada con la satisfacción que cada uno puede sentir con su propia vida.

Retomar el paso

Hacía un mes que bailaba salsa cuando visité “Caribbean”, un salón que quedaba en Rivadavia y Junín. Me sacó a bailar un cubano y mi cerebro rápidamente se convirtió en una máquina de contar “1, 2, 3”. Todavía me resultaba difícil mantener el ritmo del paso básico, de modo que al minuto, como era de esperar, me perdí. El cubano me dijo algo que nunca olvidé y que se aplica a diversas esferas de la vida: “Chica, lo importante no es que tú te pieldas (sic) sino que retomes el paso, y lo has hecho muy bien”.

Una de las primeras cosas que deberíamos aprender de niños es a equivocarnos. El error, el fallo, son parte inevitable de la condición humana. Hagamos lo que hagamos, siempre habrá un margen de error. “Hasta el genio más sublime pone un borrón y el buen Homero dormita de vez en cuando”, escribió José Luis Martín Descalzo.

El entorno familiar y social y nuestras propias exigencias a veces distorsionan nuestro juicio: entonces desarrollamos una atención selectiva, sobrevalorando las dificultades e infravalorando nuestra capacidad para superarlas, o vemos las cosas en términos dicotómicos y decimos “O sigo la dieta a pie juntillas o abandono el régimen”. Dan Ariely llamó a esta distorsión efecto “¡Al diablo!”.

Reconocer y aceptar nuestras equivocaciones nos permite aprender algo nuevo y retomar el paso.

El arte de esperar

Me pidió que buscara *Cómo funciona la mente*, un libro de Steven Pinker que me había prestado tiempo atrás. Pensé que ya se lo había devuelto. Pero resistí el impulso de decirle: “¿Estás seguro de que lo tengo yo?” Me hubiera respondido “Sí, en mis estantes no está”.

Echarle la culpa al otro ante la más ligera incertidumbre suele ser uno de los estribillos favoritos de la convivencia.

Casi como un experimento, ante la duda decidí asumirme como responsable, aunque no lo fuera.

Comencé a hurgar en la biblioteca. Silenciosa. Obediente.

A los cinco minutos oigo una voz tenue, música para los oídos:

—No estoy seguro de que lo tengas vos.

Mi silencio sumiso (deposición de las armas) lo invitó a reconocer que tal vez le hubiera devuelto el libro.

A veces callar es la mejor manera de defenderse. Enfundar las armas, bajar los brazos, esperar sereno, con infinita paciencia.

Los límites del talento y del voluntarismo

“Si lo haces bien y tienes fuerza de voluntad, la gente te descubrirá e irá en tu búsqueda”, dice el filósofo Lou Marinoff en el libro *El poder del Tao*, olvidando todos los factores extrínsecos al mérito que posibilitan la divulgación de una obra: el medio social y económico en el que el creador se formó, la suerte, el idioma en que se expresa. Quienes creen que el mérito es suficiente para trascender no explican por qué hay talentosos ignotos (difícil enumerarlos, más allá de los que conocemos en forma personal, justamente porque no sabemos nada sobre su obra).

Cuando alcanzan la notoriedad suelen olvidar que han sido favorecidos por la suerte, escriben en inglés, viven en Estados

Unidos o en Europa, tuvieron medios económicos como para ir a la universidad, y que así como pueden haber sido “descubiertos” por su propio mérito, también es posible que trascendieran por adecuarse a la mediocridad general.

Algunos escritores adoran decirles a los demás que lo único que tienen que hacer es esforzarse e igualarlos en talento. Todos caemos en mayor o menor medida alguna vez en el llamado “sesgo fundamental de atribución”, que consiste en juzgar que los éxitos son el resultado del propio mérito y los fracasos, de la mala suerte.

La voluntad es una disposición imprescindible para la buena vida, pero dista de ser todopoderosa. Por suerte. Si no estaríamos exclusivamente a merced de los voluntariosos fanáticos. Su fracaso puede convertirse en nuestra buena fortuna.

La filosofía y las malas decisiones

Como se me rompió la malla del reloj, compré uno con un diseño hermoso y una malla que parece muy resistente. Me costó barato pero tiene un problema: lleva la imagen de la torre Eiffel, y las agujas son del mismo color, de modo que veo solo cuatro configuraciones horarias: las siete, las siete y veinticinco, las doce menos veinticinco o las doce y veinticinco, tal como sugiere la figura de la torre. A raíz de esto, llegué una hora antes a varias citas.

Muchas de nuestras malas decisiones son como mi pésima elección del reloj. Optamos por razones válidas (necesito un reloj), incluso relevantes (esta malla parece resistente) pero no prioritarias (la hora debe distinguirse con claridad).

La filosofía no nos inmuniza contra las elecciones estúpidas, pero nos brinda herramientas para pensar, enmendar nuestros errores y desarrollar una vida más lúcida, más libre y más plena.

Motivarnos con la superación de adversidades

Recordar con gratitud los retos que superaron nuestros antepasados para que hoy disfrutemos de bienes presentes es una buena forma de motivarnos para los desafíos por venir. Es el sentido de la fiesta de Sucot, celebrada por el judaísmo para rememorar las condiciones materiales precarias de quienes huyeron de la esclavitud en Egipto, simbolizada por el precepto de morar en una carpa o “sucá”.

En una ocasión asistió al Café Filosófico un hombre que contó cómo su abuelo salvó la vida: “Estaba arreglando el techo del balcón y se cayó a la planta baja. Tuvo tan buena suerte que lo atajó la carpa que instalan para que los niños festejen Sucot. De otro modo, yo no habría nacido”.

Conservar la memoria de los retos que superamos como individuos también puede amortiguar estrepitosas caídas.

Adiós gatina

Ninguno de los dos rio, pero no pude contener el bocado de humor negro. “Cerramos la ventana que se va a resfriar”, le comenté al veterinario un minuto antes de que le diera la inyección letal a mi querida gatina, de 18 años”. Durante buena parte de la mañana estuvimos abrazadas, ella ronroneando, yo inundada de amor y sorprendida de que aún tras no comer ni beber por demasiado tiempo, sin que ningún medicamento pudiera animarla, su deseo de amor permaneciera intacto. Tambaleando y cayéndose, se acomodó en la misma posición en la que nos abrazábamos todos los días, una y otra vez.

Mi gata tuvo el tipo de muerte a la que todavía los seres humanos no podemos acceder. Merecía irse con dignidad, del mismo modo en que vivió, como quien se sumerge en el sueño tras haber disfrutado de un día pleno. La eutanasia no interrumpe la continuación de la vida sino la de la enfermedad, supone la

posibilidad de experimentar un final deseable, más acorde a los momentos vividos de plenitud que a los de penuria, concebir el término de nuestro supremo bien —la vida— con la misma responsabilidad y el mismo vigor con que apostamos al inicio de nuestros emprendimientos.

La enfermedad y el dolor son parte de la existencia y es necesario aceptarlos pero, más allá de cierto límite, evitarlos puede ser un signo de lucidez y una alternativa válida frente a una existencia apesadumbrada. Ayer escribía la letra de “Imagine”, y puse *leaving life in peace* (dejando la vida en paz) en lugar de *living life in peace* (viviendo la vida en paz). De eso se trata.

Adopté a la gatina junto a sus dos hermanas una noche de lluvia, cuando las tres tenían pocos días de vida y lloraban desconsoladamente en mi pequeño jardín, lejos de su madre, protegidas del agua por una mesa demasiado chica. En realidad esa noche solo decidí alcanzarles un poco de leche, tras lo cual salieron corriendo, mojadas, pero para mi satisfacción a la mañana siguiente constaté que la habían bebido toda. Luego hubo otros platos con leche. “Hasta que puedan valerse por sí mismas”, me dije. Pero poco a poco empezamos a conocernos y a querernos. Vivían afuera y yo las alimentaba con harina de soja y arroz. Sí, durante un año mis gatas fueron vegetarianas. En esa época cursaba la facultad y vivía muy modestamente. Un día no pude comprar soja y les di un pedacito de carne. Nunca más quisieron volver a la dieta anterior. Luego les construí una casa para que se guarecieran del frío. Cuando me recibí y la situación económica mejoró, empezaron a comer piedritas de las buenas.

Detrás del vidrio observé la paciencia con que cuidaron a sus crías, su buena memoria, carente de rencor, su extraordinaria combinación de afecto y libertad: una inmejorable síntesis filosófica.

Luego la gatina tuvo cría. La familia de felinos ya tenía cuatro integrantes. Demasiados para dejarlos entrar a casa. Un día el hijo de la gatina se resfrió y fue imposible curarlo. Las inyecciones del veterinario no dieron resultado, y tras su muerte decidí que ya era hora de que durmieran adentro. Vivieron lo mejor de los dos mundos, la infancia en completa libertad, y la vida adulta bajo techo, con ocasionales salidas. Cada una de las restantes murió a una edad avanzada, rodeada de amor. Hace un año que la gatina se había convertido en la reina de la casa.

Semanas atrás un asistente al Café Filosófico me preguntó cómo podía explicarle a su hijo de seis años que vamos a morir. “No soy religioso, ¿qué argumentos sugeriría un ateo?”, inquirió. Poco a poco, es posible proponer con un lenguaje sencillo las consideraciones con las que la filosofía hoy me consuela por la ausencia de mi gata. La muerte no es una enfermedad ni un accidente que interrumpe algo que debería ser eterno, sino una condición que nos plantea el nacimiento. “Morir es una ley, no un castigo”, escribió Séneca. Es un merecido descanso: no nos vamos de una fiesta cuando el anfitrión nos echa a patadas. Permite cederle el lugar a otros: ¿qué pasaría si el conjunto de los humanos siguiera viviendo eternamente? No es triste morir sino pensar que el hecho de que alguien muera no es prueba suficiente de que haya vivido.

Gatina querida: fuiste la hija que no tuve, la madre que no cuidé en su lecho de muerte (porque tenía diez años cuando la perdí). Cada rincón de mi casa y de mi alma te llora. Gracias por la rata que me regalaste esa tarde de verano. Y por enseñarme el amor sin palabras, ese ronroneo que siempre me acariciará el corazón. Eterna niña mía, eterna niña yo, abrazadas, las dos.

El recuerdo del olvido

Paseábamos por el barrio de Once cuando mi bove lanzó un alarido: “¡Méidale, me olvidé de ponerme la pollera!” La miré abúllica, como a los doce años miraba a todos los familiares. Lucía solo una combinación transparente y arriba, un blazer formal.

Rosita recitaba los nombres de todos los nietos antes de acertar el mío. “Gaby, Deborita, Ariel, Dani, Marquitos, Roxanita, ¿querés un poco más de strudel?”, me preguntaba. Cuando quería recordar una película decía: “Esa en la que trabaja Ava Gardner, Marilyn Monroe, Ginger Rogers...”, y seguía enumerando a varias actrices hasta acertar con la correcta.

Tengo 56 años y mi memoria progresa día a día. Ahora recuerdo que me olvidé el nombre de la persona con la que estoy hablando, dónde puse las llaves, los libros, lo que estoy escribiendo y si tomé o no la levotiroxina. Me olvido de palabras sencillas que brotan al minuto de haber recitado nombres que suenan parecido o tienen un significado afín. Ayer me oí decir: “Dejá abierta la puerta de la heladera que está por venir el técnico a traer la computadora”, cuando en realidad quise decir que dejaran abierta la puerta de la cocina porque si no el timbre no se oye. En síntesis, cada vez me parezco más a mi bove.

Este carácter reflexivo de la memoria, que es capaz de recordar el olvido, maravilló a San Agustín, uno de los primeros filósofos que reflexionó sobre la memoria. Mientras conservemos esta habilidad, no hay nada que temer, quienes pierden la memoria no son conscientes de lo que se olvidan.

Así que vaya este anuncio para todos aquellos a quienes les prometí algo últimamente. Si me olvidé, no me olvidé que me olvidé y prometo reparar el daño. Si me acuerdo.

Reírse de uno mismo

Bienaventurados los que se ríen de sí mismos, porque serán consolados.

Bienaventurados los que se mofan de sus errores, porque obtendrán misericordia.

Bienaventurados los que se saben ridículos, porque dejarán de sufrir.

Bienaventurados los que cambian el llanto por la risa, porque se elevarán por encima de sus circunstancias.

Bienaventurados los que aligeran la carga, porque acortarán la distancia que los separa de los demás.

Bienaventurados los que agigantan sus defectos, porque no les pasarán inadvertidos.

Bienaventurados los que sonríen a la mala suerte, porque sabrán sacar provecho de ella.

Bienaventurados los que se despojan de su orgullo, porque verán la seriedad en lo frívolo y la frivolidad en lo serio.

Bienaventurados los que reconocen sus incongruencias, porque empezarán a perdonarse.

Bienaventurados los que se declaran absurdos, porque evitarán que los demás se burlen de ellos.

Bienaventurados los que se ríen de sí mismos, porque en la risa encontrarán su dignidad.

Practicar la gratitud

La gratitud es una de las disposiciones que más contribuyen al bienestar. No solo la acción de agradecer a los demás, sino la virtud que consiste en reconocer lo bueno que nos pasa. Cuando las cosas van a contramano, solemos comparar el estado actual con el ideal. Cuando mejoran, nos olvidamos de comparar los bienes presentes con las penurias pasadas.

Es fácil realizar un elogio de la gratitud, más arduo resulta convertirla en una práctica cotidiana. En base a sus estudios experimentales, Robert Emmons sostiene que quienes realicen el siguiente ejercicio probablemente se sientan más plenos y satisfechos con sus vidas. De noche o de mañana escribir en un anotador que guardamos en la mesa de luz cinco experiencias positivas que hayamos tenido en el último día. Pueden ser pequeñas: la luz del sol entrando en el dormitorio, la palabra de un amigo, algo que cocinamos, un artículo que leímos. Tal vez nos sintamos estúpidos haciendo esto, pero en la práctica nos permitirá descubrir muchas cosas sobre nuestra vida.

Distintos estudios experimentales observaron que era muy efectivo hacer este ejercicio tres veces por semana, no más, probablemente porque si lo desarrollamos todos los días nos acostumbramos a la acción de agradecer y pierde algo de su efecto. Otra posibilidad: si estamos acompañados (por la pareja, un hijo o un amigo), jugar a que cada uno dice algo bueno que le pasó en el día. Después le toca al otro, hasta que ambos completan las cinco experiencias.

El sistema político y económico en el que vivimos nos incita a elevar las expectativas y el afán de consumo. Este es el atajo más directo hacia la insatisfacción, y el encuadre opuesto a la gratitud. Con expectativas demasiado altas, no hay espacio para la sorpresa.

La gratitud, por el contrario, nos permite recuperar nuestra capacidad de asombro. “Como ciertas flores —decía José Martí—, no se da en las alturas, más bien florece en la tierra buena de los humildes”.

¿Debemos averiguar qué se dice de nosotros?

Un nuevo dispositivo de Facebook nos invita a saber quién nos borró de su lista de amigos. Séneca hubiera desaconsejado la apelación a ese recurso. Desde su punto de vista, averiguar qué se dice de nosotros es contrario a la tranquilidad, lo mejor sería ahogar esa curiosidad en ciernes. En este caso no se trata de averiguar qué se dice, pero el esquema es similar.

Las personas hablan sobre nosotros en nuestra ausencia de un modo en que no lo harían si estuviésemos presentes. Esto es humano, demasiado humano, como diría otro filósofo. A menudo lo hacen para alinearse con su interlocutor (es decir, para “formar con él parte de un mismo equipo”). Pero si el que oye esa crítica va y le cuenta al criticado lo que se dijo de él, cambia la situación: el que se entera de lo que se murmuró a sus espaldas percibe un alineamiento en su contra, aun cuando el que le cuenta lo considere un signo de confianza, “porque es amigo”.

Con el mismo criterio, salvo que uno tenga un motivo verdaderamente poderoso, sería prudente no contarles a nuestros allegados qué se les critica, en particular si no lo preguntan. Incluso si el propósito fuera que corrigieran sus errores, lo mejor sería plantear el problema en otro contexto, focalizando lo verdaderamente importante, que es el problema por resolver.

El mito de la autoestima

Cierto discurso psi de gran predicamento, en conjunción con la prensa y la publicidad, libra una batalla cuyo fervor no pueden menos que envidiar otras causas más urgentes. Se trata de la cruzada contra la baja autoestima, ese díscolo impulso que nos impediría aceptarnos tal cual somos, seamos como seamos, justos o impíos, valientes o traicioneros, prudentes o corruptos. A la baja autoestima habría que subirla cuanto antes con la ayuda del terapeuta, de las revistas femeninas, de los manuales de autoayuda, del viagra o como sea. Nada se dice sobre la posibilidad de que aquel que no se estima lo suficiente sea o no en efecto estimable, para sí mismo y para los demás. Desde esta perspectiva Camps, Hitler y Bergés habrían hecho muy bien en estimarse a sí mismos.

Rousseau y Spinoza hablaron del instinto de supervivencia (el primero lo llamó amor de sí o *filautía*, y el segundo *connatus*), pero no encontraron nada meritorio en esta cualidad con la que nace todo ser humano, independientemente de su constitución como sujeto ético. Rousseau diferenció el amor de sí del amor propio, que exagera nuestro mérito ante nuestros propios ojos y ante los de los demás. El énfasis en la autoestima con frecuencia destila el aroma de este peligroso consejero que resulta ser el amor propio, tal como expresa el poeta Giuseppe Baretti: “El amor propio es un malvado/el amor propio es un traidor/que siempre nos está adulando/y nos induce al error”.

Muchos teorizan sobre la autoestima (y desarrollan prácticas consecuentes) sin preguntarse si en efecto es o no la causa de todos los males que le atribuyen. A partir de la década del setenta, cuando cayó en descrédito la educación autoritaria, se consideró que no había que criticar a los niños, ni corregirles los errores de ningún tipo (ni siquiera los de ortografía o sintaxis, ya que resultaba

necesario formar “deletreadores independientes”). Se les pedía que escribieran composiciones tituladas “Todo sobre mí”, o “Todo el mundo es especial”. Antes se premiaba la excelencia, después los estudiantes empezaron a exigir buenas notas sin merecerlas, y los padres reforzaron esta actitud desafiando al profesor. “Disciplina” y “obediencia” se convirtieron en palabras indeseables. Las investigaciones de Roy Baumeister, un psicólogo de la Universidad de Tallahassee, sugieren que la importancia que por entonces se dio a la autoestima debería haber sido otorgada al autocontrol, ya que las personas entrenadas en el autocontrol son más eficaces, tienen más predisposición a terminar lo que se proponen hacer, y son menos proclives a excederse en el consumo de drogas. Los educados en la filosofía de la autoestima no son más eficaces ni desarrollaron más habilidades, pero están demasiado satisfechos consigo mismos, aunque hagan las cosas mal. A excepción de los niños más pequeños, los demás rechazan los elogios si no son consistentes con sus propias evaluaciones. El elogio destaca valores externos, en cambio valorar el esfuerzo deja que sea el propio niño el que efectúe la apreciación. El elogio es general, el incentivo es específico y focaliza un aspecto puntual de la conducta. Albert Ellis, el creador de la terapia cognitiva, sostiene: “Deberíamos enseñarles a los niños las habilidades adecuadas más que elogiarlos para subir su autoestima. Habilidades que les permitan cooperar, compartir, comunicar, escuchar, lidiar con el conflicto, ser menos egocéntricos y más sociocéntricos”.

Bótox: menos empatía y expresividad

Un estudio encontró que quienes se aplican inyecciones de bótox disminuyen su capacidad para empatizar con los demás. Cuando interactuamos con otros, sin darnos cuenta imitamos los movimientos de su cara. Esto nos permite comprender y predecir

mejor sus emociones, y es una habilidad inherente a nuestra capacidad de pensar. La investigación fue realizada por David Neal y Tanya Chartrand y publicada en "Social Psychological and Personality Science". En el experimento, las mujeres que habían sido inyectadas con bótox debían mirar una serie de fotografías de ojos humanos e identificar la emoción correspondiente a cada una de ellas.

En relación al grupo que no había recibido las inyecciones, su habilidad para identificar tanto emociones positivas como negativas fue considerablemente menor. Tenían dificultad para imitar los gestos y dejaban de enviar al cerebro una señal que permite identificar de qué emoción se trata.

La idea de realizar estas investigaciones fue disparada por un estudio que se hizo en los años ochenta. En él se observó que los rostros de los integrantes de las parejas que están felizmente juntas hace muchos años empiezan a parecerse. Así que se preguntaron "¿Qué pasará ahora con el bótox?". Ya se sabía que el bótox suele disminuir la expresividad del rostro. Por eso la frase que más pronuncian las mujeres en las consultas es: "¡Que sea natural!". Pero cuando reciben el tratamiento con frecuencia alcanzan el equilibrio de un monje zen: tienen una cara similar si ríen, lloran, sienten miedo, asco o compasión. Por eso Nicole Kidman se arrepintió de habérselo inyectado, y Martin Scorsese declaró que cada vez le cuesta más encontrar actrices que transmitan emociones en los planos cortos.

De la investigación se deduce que las mujeres se verán más jóvenes pero padecerán la disminución de una de sus habilidades cognitivas fundamentales. Tendrán más dificultad para saber si le gustan al otro y si lo que dicen y hacen les cae bien o mal.

Otro problema es que las arrugas que se sacan van a parar a la cara de las demás. En un estudio compilado por Daniel Gilbert se le

pidió a un grupo de hombres que observaran fotos de modelos muy jóvenes. Luego se les pidió que evaluaran la satisfacción que sentían con sus parejas. Los que no habían visto las fotos reportaron una conformidad mayor. En base a estos resultados es posible que un hombre que observe todos los días a mujeres jóvenes en los medios de difusión esté —en promedio— menos satisfecho con las arrugas de su pareja.

¿Qué podemos hacer frente al juvenilismo contemporáneo? Los avances científicos nos permiten vivir cada vez más años, pero en lugar de enorgullecernos por eso, queremos disimularlo pareciendo jóvenes.

Se podría evaluar el establecimiento de una regulación social que considere discriminatorio todo mensaje público juvenilista, desde la ausencia de mujeres maduras en los noticieros y en la conducción de programas, hasta el mantra publicitario que de la mañana a la noche conmina a las mujeres a disimular el paso de los años. Si tenemos personas a quienes amar y tareas que nos gratifiquen, podemos prescindir del mandato social de preocuparnos por la vejez.

Quizás algún día aprendamos a encontrar belleza en las arrugas. Si uno se siente saludable, tiene alguien a quien amar y tareas que lo gratifiquen, difícilmente acepte el mandato social de “preocuparse por la vejez”. Si esas tareas pueden servir a otros, la muerte perderá dramatismo, ya que otras personas podrán continuarlas. La vejez y la muerte solo están en nosotros cuando traicionamos la vida.

Saber morir

Decíamos en el primer artículo que para Platón filosofar es aprender a morir. Sin duda exageró. Filosofar es mucho más que eso. También implica aceptar de qué va el juego de la vida. Pero filosofar también es aprender a morir. Cristina Bustamante, el primer amor de Luis Alberto Spinetta, el que le inspiró “Muchacha ojos de papel”, contó que meses antes de morir habló por teléfono con el Flaco y le dijo que estaba muy enfermo, para agregar enseguida: “La muerte me encuentra listo, vengo preparándome toda la vida para este momento, y yo ya dije todo lo que tenía que decir”.

Cristina agrega que Luis no era una persona religiosa, que “ninguna de sus letras habla de Dios, pero desde chico estudió filosofía y estoy segura de que fue eso lo que lo preparó para la muerte”.

No todos se vuelven religiosos ante el infortunio y la inminencia de la muerte. Algunos, como el Flaco, toman a la filosofía como compañera de vida y son consecuentes con esa elección. Saber morir —contracara de saber vivir— es el punto culminante de la sabiduría. Tal vez porque es una de las cosas más difíciles de aceptar, si no la más difícil, junto a la muerte de los seres queridos. Antes de beber la cicuta Sócrates llamó a su mujer y a sus hijos, que lloraban desconsoladamente, se despidió de ellos, los hizo salir y pidió que entraran sus discípulos, que también comenzaron a llorar desconsoladamente. Entonces los increpó: “¿Cómo se están portando, locos? Se debe morir en silencio, tranquilo”. Sócrates aceptó con dignidad, serena y animosamente, aquello que no podía modificar. Sin alterarse, sin miedo, recordó incluso que debía cumplir con una promesa y devolverle un gallo a Esculapio.

Todos moriremos: unos lo harán quejándose de más y otros con serenidad y aceptación. A la pregunta “¿Por qué a mí?” deberíamos

oponerle esta otra: “¿Por qué no a mí?”. No es la muerte lo temible, sino la idea que nos formamos sobre la muerte. Está en nuestras manos la posibilidad de cuestionar esta idea. Lucrecio decía que si uno ha tenido una buena vida, debe despedirse como cuando se retira de un banquete, con gratitud y saludando.

Vamos hacia la muerte poco a poco, todos los días. No es triste morir sino pensar que el hecho de que una persona muera no es prueba suficiente de que haya vivido. “Yo ya dije todo lo que tenía que decir”, fue una frase con la que el Flaco aceptó su muerte.

Montaigne recomendaba interesarse por saber cómo mueren las personas a nuestro alrededor, ya que, en el fondo, quien nos enseña a morir también nos enseña a vivir. “Averigua qué rostro, qué palabras, qué actitud han tenido”, escribió.

La conciencia de finitud es la que redobla el deseo de vivir intensamente, la que nos permite intensificar el goce de hoy, no como un medio para llegar al futuro sino como un fin en sí mismo. De ahí que los latinos dijeran *Carpe diem* (Aprovecha el día), Marco Aurelio, “Vive cada día como si fuera el último”, y la copla popular:

Arroyo, no corras tanto
mira que no eres eterno,
que te quitará el verano
lo que te ha dado el invierno.

El Flaco nos ayudó a vivir. Tal vez nos ayude a morir filosóficamente.

Uno de los epitafios escritos en honor de Eurípides dice así:

Toda Grecia, oh Eurípides, es tu tumba,
así que no estás mudo, sino que hablas.

El del Flaco podría anunciar lo mismo:

Toda Latinoamérica, Flaco, es tu tumba.

Así que no estás mudo, sino que hablas.

El mundo de los argumentos

Ataques personales

Uno de los mayores fracasos de la educación ocurre cuando a una persona no le gusta algo y solo puede decir “Eso es una basura”. Luego de leer un comentario en Facebook con el que disiente, solo está en condiciones de escribir una y otra vez “Eso es una basura”. La formación bien entendida brinda palabras y enseña a argumentar en el marco de una comunicación no violenta. El ataque personal y la descalificación sin ideas representan el triunfo más contundente de la ignorancia.

A menudo cuando alguien desaprueba una idea creemos oír que nos dicen “Yo te desapruebo”. Hemos dedicado muchas energías, tiempo y a veces incluso dinero a sostener nuestra idea, y de buenas a primeras alguien pretende disolverla en segundos. Como erróneamente suponemos que nosotros mismos somos los criticados, en lugar de analizar y argumentar contratamos y nos dedicamos a cuestionar al interlocutor. Pero un ser humano es irreducible al conjunto de sus creencias. Cuando se pretende discutir una idea y se termina atacando a una persona, se le niega al prójimo un derecho humano esencial: la posibilidad de cambiar de pensamiento o de mantenerlo sin tener que soportar el agravio de quienes no lo comparten.

Borges le atribuye a De Quincey las siguientes palabras: “A un caballero, en una discusión teológica o literaria, le arrojaron en la cara un vaso de vino. El agredido no se inmutó y dijo al ofensor: ‘Esto, señor, es una digresión; espero su argumento’”.

Todos oímos alguna vez este tipo de frases:

“Qué va a tener razón si es un viejo que trabajó de periodista durante toda la dictadura.”

“Me extraña de vos que sos tan inteligente.”

“No puedo digerir la idea de fulana, desde que se agregó siliconas no le creo nada de lo que dice.”

“Fulano, que está en desacuerdo conmigo, es un payaso.”

“Lo tuyo es de movida prejuicioso.”

“Es ingenuo decir que...”

“Recuerdo cuando veía sus películas, lo oigo ahora y da pena, qué traición a las ideas.”

Todos son ejemplos de falacias *ad hominem* (contra la persona). Se trata de razonamientos inválidos por razones lógicas (se desvían del tema) y de malas estrategias de comunicación (la temperatura del diálogo se eleva). En un buen debate de ideas, es necesario eludir toda referencia al interlocutor. Esto surge del hecho de que la verdad o falsedad de una proposición es independiente de quien la enuncia, aun cuando pueda ser más confiable una persona que otra. El ataque personal es el impulso desesperado de quienes carecen de argumentos. En todos estos ejemplos, se podría responder:

“Esto es una digresión, espero su argumento”.

Enceguecidos por un nombre

Quizá una de las habilidades más difíciles del pensamiento sea la de prestar atención a las personas con las que en general no coincidimos, y reconocer que expresaron algo valioso. Ser racional no solo implica ser capaz de argumentar, sino también la posibilidad de ser persuadido cuando el otro presenta buenas razones.

La mera aparición de un nombre que nos desagrade parecería cegarnos frente a la posibilidad de enriquecernos con una idea. Envío a Facebook un post sobre cómo la baja tolerancia a la frustración suele promover la ira y la vanidad, la falta de reconocimiento de los propios límites. El párrafo forma parte de un artículo (incluido en este libro) sobre cómo alguien no sufre porque las cosas no salen como quiere sino porque piensa que indefectiblemente tienen que darse tal como las programó. A través de su falta de flexibilidad (por ausencia de un plan B) genera un boomerang: violenta a los demás y se violenta a sí mismo. El post termina con la frase: “El ignorante no es el que carece de información, sino el que no reconoce sus propios límites. Por eso Sócrates era considerado por el oráculo el hombre más sabio de Atenas, porque era el más consciente de lo que no sabía y, por tanto, el más sereno”.

Uno de los lectores no simpatiza con Sócrates ni con Platón y enumera largamente las razones por las que los considera filósofos deleznales.

El nombre que se le ha dado a este error es curioso y simpático: “Falacia del arenque rojo”. Se desvía la atención con algo que no guarda ninguna relación con lo expuesto, que no era si tal o cual filósofo era valioso, sino la idea de Sócrates (o Platón, que escribe en su nombre) de que el ignorante no es el que no sabe sino el que no reconoce los límites de su conocimiento.

En el artículo anterior analizamos el recurso del ataque personal (falacia *ad hominem*). Mario Bunge es un filósofo que tiene tantos admiradores como detractores (y acaso más de los segundos). La mera aparición de su nombre engece a muchos lectores frente al posible valor de las ideas expuestas. Entonces viene el ataque de rigor y el debate se desvía hacia un tema mucho menos interesante: si Bunge merece o no ser defendido como filósofo.

Este vicio del pensamiento es muy común en todos los ámbitos, y ninguno de nosotros está libre de caer en él, pero es especialmente notorio en la política, donde distorsiona el juicio al punto de hacer creer que nada de lo diga un integrante del partido con el que no simpatizamos pueda ser valioso. En lugar de enriquecerse con el diálogo, la democracia empieza a parecerse a un ring de boxeo en el que lo único que impacta y —lo que es peor— lo único que importa es ir por el knock out.

Las personas somos contingentes, limitadas, imperfectas y a veces muy poco interesantes. Las ideas perduran, mutan, se refutan, complementan, evalúan, comparan, sazonan y descartan. Son las protagonistas de cualquier debate que se precie. Si las perdemos por el camino, no solo nos despistamos en la ardua tarea de pensar. También descarrilamos en la posibilidad de entendernos con los demás y en la de mejorar la convivencia social.

Quien calla, ¿otorga?

Cuando alguien nos ataca, defendernos no implica necesariamente responder. Si aceptamos sin cuestionar el refrán “quien calla, otorga”, perdemos de vista otros significados del silencio: indiferencia, pereza, autodeterminación para no convertirnos en esclavos del juego que plantea el interlocutor.

Es posible determinar: 1) con quién vale la pena discutir; y 2) cuándo nos retiramos de un diálogo porque no reúne condiciones

mínimas para el entendimiento (que no implica necesariamente la obtención de consenso). Mark Twain o quizás un autor anónimo que se valió de su firma advirtió sobre los riesgos de no hacerlo: “Nunca discutas con un idiota. La gente tal vez no advierta la diferencia”.

Podemos responder de muy diversas maneras a un ataque personal. Una actitud posible es la de Sócrates: si afirman algo cierto, nos corregiremos, y si no, ¿para qué preocuparse si no se aplica a nosotros? Buda decía algo parecido: si no aceptas un regalo (el ataque), ¿en manos de quién queda? Esta variante es deseable en muchos casos, pero exige un gran autodomínio, y no alcanzarlo podría resultar muy frustrante. Hay una alternativa menos exigente para cuando falla la anterior: el ataque tiene un impacto, el corazón se acelera, la sangre circula más rápido, pero inmediatamente respiramos hondo, dialogamos con nosotros mismos para serenarnos, y el impacto por el ataque recibido es mínimo.

Nuestro deporte favorito: el salto a la yugular

La democracia supone lidiar cooperativamente con el disenso y evitar caer en el nivel más bajo de la discusión, que es el de la disputa personal. Lamentablemente en política nuestro deporte favorito es el salto a la yugular.

En los países latinos se pronuncia esta tendencia a encuadrar la crítica como un cuestionamiento de la persona y no de las ideas. En este contexto cultural es más común que en un diálogo se produzca una escalada de violencia.

Para utilizar una metáfora futbolística, podríamos decir que desviarse de lo que se discute hacia un ataque personal es como patear un penal fuera del arco y en dirección a la cara del defensor del equipo contrario. Como vimos, a este error se lo denomina falacia *ad hominem* (del latín, literalmente, “contra el hombre”).

Implica considerar que el argumento o la acción del interlocutor no es válido por “algo” sobre esa persona o sobre sus presuntos acompañantes, o por un atributo general y despectivo sobre lo que dijo, y no por el argumento en sí. Por ejemplo, si se pretende descalificar las razones por las que se adhiere a una marcha, se dice que asistieron Macri, Lanata o Pino Solanas, o que “los manifestantes son destituyentes”.

En 2009, cuando le preguntaron a la entonces presidenta Cristina Kirchner cómo interpretaba la pérdida de votos de su partido en la provincia de Buenos Aires, respondió: “¿Por qué no le preguntan lo mismo a Macri, que perdió la mitad de sus votos en la Capital Federal?” Aun cuando lo que dijo fuera cierto, es un mal razonamiento porque se desvía del tema para atacar a otra persona y porque la verdad o falsedad de una proposición no se derivan del sujeto individual o colectivo que la enuncian ni del paralelo con otro al que le ocurra lo mismo. Personas muy altruistas pueden decir falsedades (sin mentir) y el peor villano puede proclamar una verdad. Stalin sostenía: “Una muerte es una tragedia, millones de muertes son una estadística”, algo parecido a lo que comentó la Madre Teresa: “Si miro a las masas, nunca voy a actuar; si miro a una sola persona, lo haré”.

En un buen debate se elude toda referencia al interlocutor. No solo no se deforma lo que dice sino que se da la mejor versión de sus palabras (principio de caridad), se proporcionan pruebas o evidencias, se abandonan argumentos si se demuestra que no son válidos, no se pretende demostrar algo apelando a una autoridad (falacia *ad verecundiam* o argumento de autoridad) ni a la opinión de la mayoría, del “pueblo” (falacia *ad populum*). Persuadir es deseable pero no imprescindible. Aun si las razones del interlocutor no nos convencen, podemos enriquecernos conociendo mejor su perspectiva y la complejidad del problema.

La confusión entre disenso y falta de inteligencia

Leo en Facebook que una persona le dice a otra: “Es una pena que siendo tan inteligente apuntes en una dirección equivocada, porque si rectificaras la orientación de tu pensamiento, estarías en condiciones de aportar soluciones verdaderamente valiosas”.

Al discrepar con un interlocutor que valoramos, es grande la tentación de considerar que ese pensamiento es “poco inteligente”, una suerte de excepción a la regla.

Veo en esto por lo menos cuatro dificultades:

1. Pragmática: si retiráramos de circulación todas las ideas con las que disentimos, enunciadas por personas capaces, quizás privemos al mundo de algunos de los pensamientos más valiosos.
2. Ética: la virtud de la tolerancia supone aceptar como racionales ideas con las que podemos no estar de acuerdo.
3. Argumentativa: la frase encomillada que encabeza este artículo se desvía de lo que se discute y constituye una falacia *ad hominem* (un ataque personal), es decir, no es un argumento válido.
4. Interpersonal y social: si juzgamos a quienes están en desacuerdo con nosotros como “poco inteligentes”, difícilmente nos ganemos el afecto o el respeto de los demás, ni siquiera el de las personas que nos interesan.

En síntesis: juzgar como “poco inteligentes” las ideas con las que se está en desacuerdo no es un argumento válido, eleva inútilmente la temperatura del diálogo, es intolerante, nos alinea por encima de nuestro interlocutor con una mera declaración de autoridad y nos priva de intercambios que podrían ser valiosos.

Disonancia cognitiva

A San Agustín lo que no le cerraba del dogma era la resurrección de los cuerpos. A Santo Tomás, la inmortalidad del alma. Platónico el primero, consideraba que “vivir en un cuerpo” era como estar atado a un cadáver en putrefacción. Aristotélico el segundo, entendía que todo conocimiento parte de los sentidos, y esto lleva a pensar que la muerte supone el fin de toda sensibilidad. Cada uno trató de interpretar y justificar a su manera la parte del dogma que no lo convencía. Es lo que hacemos cuando el mundo contradice nuestros prejuicios y, en lugar de cambiar de idea, adaptamos lo que queremos percibir a nuestros esquemas previos. Entonces nos convertimos en Procusto y estiramos las piernas de nuestros huéspedes hasta que cubran toda la extensión de la cama.

León Festinger denominó “disonancia cognitiva” a la tensión que padece un individuo cuando dos ideas entran en conflicto, lo que lo lleva a generar creencias nuevas para reducir la contradicción.

Todo conjunto de ideas convertido en dogma nos tiende inadvertidamente en la cama de Procusto. Entonces cerramos los ojos y nos vemos obligados a justificar la resurrección de los cuerpos o la inmortalidad del alma, según estemos de un lado o del otro del mostrador.

Falacia de apelación a la etimología

Hay un error de razonamiento que consiste en tratar de deducir el significado actual de una palabra a partir de su etimología. Podemos bautizarlo “falacia de apelación a la etimología”. Por ejemplo:

Servilleta viene de la voz francesa *serviette*, forjada en el siglo XIV a partir del verbo “servir”: paño pequeño que sirve. Lo curioso es que la invención de dicha voz hizo desaparecer otra en francés: la *touaille* (del germánico “*thwhlja*”), que se conservó en castellano

(toalla) para el aseo, mientras que en francés *serviette* se aplica para los dos usos y a menudo hay que añadir “de mesa” o “de baño” para que no se las confunda.

Por tanto, cada vez que utilizamos una servilleta, en realidad estamos usando una toalla.

O también:

La palabra serpiente se origina en el vocablo latino *serpens*, que a su vez viene de *serpere* (arrastrarse). Su origen es indoeuropeo, y de esta palabra derivó herpes. Por tanto, cuando vemos una serpiente, corremos el riesgo de contraer un herpes.

El significado de las palabras no está necesariamente en su etimología y ni siquiera en el diccionario. Como nos enseñó el filósofo Ludwig Wittgenstein, hay que buscarlo en el uso más común que se les da en un contexto social determinado.

Relacionar ideas a partir de la etimología no expresa un nexo causal.

Cuando no diferenciamos una cosa de la otra, podemos contagiarnos un herpes leyendo la Biblia o salir de la ducha envueltos en una servilleta.

Falacia naturalista: así razonan los conservadores

Es muy común que quien descrea de la posibilidad de implementar un cambio social lo objete con el argumento de que todavía ese cambio no se ha producido.

En un programa de televisión el constitucionalista Roberto Gargarella dice:

—Creo que es posible compatibilizar la democracia política con la democracia económica.

El periodista le responde:

—¿Qué gobierno en Latinoamérica ha logrado hacerlo?

La pregunta no solo interroga (y tal vez no inquiere en absoluto). Es planteada como una evidencia de la inviabilidad de la medida.

Sin embargo, que las cosas hayan sido de cierta manera hasta ahora no significa que seguirán siendo así en el futuro. Al error de razonamiento que confunde ambas instancias se lo denomina “falacia naturalista” y reside en deducir lo que debería ser de lo que es (o supuestamente es).

Cuando en un encuadre semejante alguien reclama por el ejemplo de un gobierno que compatibilice libertad e igualdad (o democracia política y democracia económica), es posible responder como lo hizo Gargarella: “No sé. Es como si yo dijera que el objetivo es que no haya mortalidad infantil y me respondieran ‘¿Qué país lo logró?’ Diría que no sé, pero que se trata de un objetivo indeclinable, entre otras cosas porque hay ciertos derechos que lo son”.

Así como nacen, las instituciones sociales pueden cambiar o desaparecer.

“¿Qué ciudad griega abolió la esclavitud?”, podría haber preguntado un esclavista del siglo IV a.C. con el objetivo de invalidar esa posibilidad.

Si hablamos de justicia, que las cosas no hayan ocurrido hasta ahora es una buena razón para que empiecen a suceder.

Falacia de apelación a la ignorancia: la impaciencia por el conocimiento

Analicemos los siguientes argumentos:

1. “No se sabe cómo se construyeron las pirámides egipcias, así que lo más probable es que sean obra de extraterrestres.”
2. “Hay incertezas sobre el origen del universo. Estamos ante una evidencia de que Dios existe.”

¿Son buenos argumentos? Si la respuesta es negativa, ¿por qué? ¿Cuál sería la falla? ¿Podemos inferir un conocimiento de la

ignorancia?

Los argumentos 1 y 2 son inválidos. No se trata de buenos razonamientos y por eso se denominan falacias *ad ignorantiam*, que significa apelación a la ignorancia. Su mecanismo consiste en sostener la verdad (o falsedad) de una afirmación alegando que no existe evidencia o prueba de lo contrario.

Quienes razonan de esta manera no basan su argumento en el conocimiento, sino en la ignorancia.

Si la medicina basada en la evidencia científica comete errores, responde a intereses comerciales o no puede satisfacer todas nuestras preguntas ni suministrar tratamiento para todas las enfermedades existentes, entonces se considera que cualquier medicina no basada en la evidencia científica cura, sin necesidad de someterse a un estudio controlado, sin considerar que también en este caso se lucra y sin comparar esa hipótesis con otras hipótesis rivales, por ejemplo, que: a) el cuerpo en muchos casos se cura solo, b) el efecto placebo existe para cuestiones vinculadas con el dolor, c) el diagnóstico falló.

Para decirlo de otra manera: que hayamos decidido no casarnos con Pedro, no autoriza a inferir que comeremos perdices con Juan.

Hoy ya se sabe cómo se construyeron las pirámides egipcias. Usaban herramientas de madera que fueron encontradas en las excavaciones. Cometer esta falacia es mostrarse impaciente frente a la ambigüedad o a la ignorancia, y quizás perezoso o poco entrenado para buscar hipótesis alternativas que puedan explicar un fenómeno dado.

El pulpo Paul y la incompreensión de las coincidencias

Durante el Mundial de Fútbol de 2010 los medios de todo el mundo hablaron de un pulpo, Paul, que habría acertado el resultado

de gran cantidad de partidos. Algunos sostenían incluso que su empresa oracular era anterior al mundial y Alemania entera parecía consternada porque el pulpo habría vaticinado el pase de España a la final.

Al pulpo le ofrecían dos recipientes con comida, cada uno de los cuales representaba al seleccionado de fútbol de un país, y cuando optaba por uno de los dos, se consideraba que el que etiquetaba ese recipiente sería el vencedor. Ante la coincidencia de la elección del pulpo con la victoria de algunos países, los medios juzgaron que se trataba de una empresa oracular.

¿Puede el pulpo Paul predecir quién va a ganar el mundial? La estadística nos enseña que dados cientos de miles de eventos, necesariamente habrá asombrosas coincidencias: tendremos dos novios seguidos llamados Carlos Ernesto, tres amigos nos obsequiarán la misma colonia pestilente y recordaremos que necesitamos unas fotocopias el día siguiente en que alguien las tiró a la basura sin consultarnos.

Buscar patrones y relaciones causales es una estrategia biológicamente adaptativa, necesitamos hacerlo para sobrevivir, por eso preferimos temer de más que de menos y nos cuesta entender las asombrosas coincidencias. Aun cuando hubiera fraude, los aciertos del estafador serían sorprendentes.

A la mayoría de las personas los números no nos gustan, preferimos las narraciones, atribuir insondables conexiones a fabulosas coincidencias y a predicciones de todo calibre. No caben dudas: el pulpo Paul es más simpático que la curva de Gauss, con la que ningún periodista escribiría una nota “de color”.

Yo le preguntaría al pulpo varias cosas: 1) si comprenderemos en algún momento que las asombrosas coincidencias necesariamente forman parte de este mundo de eventos infinitos, 2) si alguna vez podré mencionar la palabra estadística sin que se alteren sus

refutadores, que la juzgan sin comprenderla pero prefieren creer que un molusco predice el resultado de partidos de fútbol, 3) si le parece significativa su eficiencia en la predicción de un juego en el que está prohibido usar los brazos, 4) si puede predecir la inflación del próximo cuatrimestre.

El sesgo de la heteronomía

Podríamos denominar “sesgo de la heteronomía” a la distorsión que consiste en creer que las personas con las que estamos de acuerdo piensan de manera autónoma, mientras que aquellas con las que disentimos son manipuladas por nuestros oponentes.

Tres ejemplos de esta distorsión:

1. “Cuando el sindicalista partidario del gobierno pide fusilar al líder opositor venezolano está transmitiendo lo que la presidenta quiere decir y no dice. Se dedica a hacerle el trabajo sucio.”
2. “Todas las personas que publican en el diario de la oposición son voceros pagos de su director.”
3. “El fiscal que investiga el atentado terrorista a la mutual judía es un títere de Estados Unidos y de la CIA.”

El sesgo surge del hecho de que estamos 100% del tiempo dentro de nuestro pellejo, presuponiendo que somos completamente libres de elegir, mientras desconocemos la manera en que los demás adoptan sus creencias (es el llamado problema de las “otras mentes”). Otro factor es que tendemos a asignar un pensamiento autónomo a nuestros amigos, análogo al que percibimos en nosotros mismos, y a nuestros adversarios los juzgamos meros instrumentos de un poder externo.

Hay personas que responden a un pensamiento heterónomo, pero no subestimemos a la mayoría de aquellas con las que discrepamos. Equivocadas o no, y al igual que nosotros, son

influidas por otros y también obran por convicción. Tendrían una miserable imagen de sí mismas si procedieran como títeres.

Nuestro exceso de credulidad

En reiteradas oportunidades el actor Carlos Perciavalle aseguró que en la década del setenta él y China Zorrilla vieron a Hitler y a Eva Brown en una reunión en Bariloche, a orillas del lago Nahuel Huapi. “Por esa época Hitler debería tener como ochenta años”, comentó el periodista que lo entrevistaba en la radio uruguaya Azul FM. “Sí, le quedaban tres pelos locos en la cabeza”, respondió Perciavalle.

En septiembre de 2013 los medios anunciaron otro hecho extraordinario: el papa Juan Pablo II sería canonizado porque habría superado tres instancias que estipulan las leyes de la Iglesia, una de las cuales exige demostrar la validez de un milagro. El Vaticano comunicó que Marie Simon-Pierre, una monja francesa de Arles, se había curado repentinamente del mal de Parkinson después de que sus hermanas le rezaran a Karol Wojtyla. Setenta médicos del Vaticano habrían llegado a la conclusión de que, como la enfermedad desapareció inexplicablemente, se trataría de un milagro.

¿Qué tienen en común el relato de Perciavalle y el anuncio del Vaticano?

En primer lugar, aparecen en los medios de difusión bajo la pretensión de verosimilitud, y aunque para muchos ambas noticias sean poco creíbles, tienen la estructura de gran cantidad de razonamientos menos estrambóticos aunque igualmente falaces. Algunos de estos argumentos avalan las pseudociencias, otros salen de la boca de políticos que prometen soluciones milagrosas tras años de austeridad o de la de periodistas que nos hablan de sucesos inexplicables en comarcas remotas.

En segundo lugar, son contrarios a nuestra experiencia personal y a toda la evidencia disponible. Si alguien creyera en el relato de

Percivalle, probablemente lo haría por la cantidad de detalles consignados (“fue una reunión de alemanes tras la representación de una obra de teatro”, “había unas escalinatas blancas”, etc.), ninguno de los cuales es evidencia de que haya visto a Hitler, porque está predispuesto a juzgar como verdadero cualquier relato excéntrico, porque otros nazis se refugiaron en el sur de la Argentina (cosa que no prueba que se tratara de Hitler), porque detesta a Hitler y el hecho de que no hubiera muerto lo tornaría aún más repudiable, *etc.*

Si alguien asume que Juan Pablo II realizó el milagro, probablemente lo haga también porque desea creer (no hay método más eficaz para pensar que algo es cierto), porque sigue a pie juntillas los preceptos del catolicismo, porque simpatiza con los ideales de Juan Pablo II, o porque acepta el argumento de los médicos del Vaticano. ¿En qué consiste tal argumento? En que como ellos no pueden explicar la remisión del Parkinson, se trata de un milagro. Este error es otro ejemplo de la “falacia de apelación a la ignorancia”, a la que referimos en un artículo anterior, cuyo mecanismo es el de sostener la verdad o falsedad de una afirmación alegando que no existe prueba en contrario. También es una “falacia de la falsa dicotomía”, y consiste en plantear solo dos opciones contrarias allí donde hipótesis alternativas podrían explicar un fenómeno. Otros ejemplos de la falsa dicotomía podrían ser: “O están con el gobierno o están en contra del gobierno”, “O hacés lo que te pedí, o no me querés”.

El hecho de que los médicos no sepan por qué se produjo la remisión del Parkinson no prueba que se trate de un milagro, apenas nos informa sobre la ignorancia de los médicos. Por otra parte, el Parkinson puede desaparecer por diversas causas, entre ellas, por dejar de tomar ciertos medicamentos (la lista es enorme, destaco solamente el Reliverán, ingerido en grandes cantidades, o

la flunarizina, que se toma para los mareos y el dolor de cabeza) o por la remisión de otras enfermedades.

Borges escribió sobre el exceso de credulidad en el “Informe de Brodie”, donde el narrador cuenta que el vulgo atribuye a unos hechiceros el poder de transformar en hormigas o en tortugas a quienes así lo desean. Al advertir la incredulidad del narrador, un individuo le muestra un hormiguero, como si se tratara de una prueba contundente de la metamorfosis.

Años atrás una amiga tuvo un retraso en su ciclo femenino. Estábamos mirando televisión cuando me comentó:

—Hace cinco días que debería haberme indispuerto.

De inmediato salió una voz de lo más profundo del televisor e inquirió:

—¿No será que estás embarazada?

Era Grecia Colmenares entorpeciendo nuestra educación sentimental desde alguna telenovela venezolana. Quedamos consternadas por la coincidencia y, sonriendo, nos preguntamos si el televisor era sensible a nuestras preocupaciones más íntimas.

Necesitamos establecer nexos causales para sobrevivir, pero tengamos cuidado cuando asociamos ideas porque pueden llevarnos a ver fantasmas o a introducirnos en un hormiguero, y quizá los caminos del dislate sean muchos más que dos.

Cómo evaluar la información que recibimos

Veamos otro ejemplo con rasgos comunes al anterior. Desde hace algunos años, cada tanto aparecen en los programas argentinos de chimentos videos “prohibidos” de actrices que se habrían filmado manteniendo relaciones sexuales. La noticia inmediatamente pasa a la categoría de “escándalo público”, la actriz dice estar indignada, el público se solidariza con ella, la critica, busca afanosamente en internet las imágenes porno, que a esa

altura desaparecen (si es que alguna vez existieron), y aunque la actriz ya goce de una fama considerable (caso contrario el video no sería noticia) esto le permite ubicarse en el centro de la escena pública. El rating de los programas en los que se habla del tema sube y la prensa dedica innumerables notas a desmenuzar el conflicto.

Sin negar que alguna de estas actrices pueda haber sido sorprendida en su buena fe, convendría analizar si no es mucho más probable que quien haya sido sorprendido en su buena fe sea el público.

En ninguno de estos casos se indaga de qué forma pudo haber llegado un video tan íntimo a los medios. Cuando las personas se filman en la intimidad, cosa que no ocurre muy a menudo, no suelen poner los videos al alcance de quienes no formen parte de su círculo de relaciones más íntimo.

Por otra parte, siempre las sorprendidas son mujeres. Si se tratara de hombres el escándalo sería menor, ya que todavía la sociedad juzga más pudorosas a las mujeres.

¿Qué nos diría David Hume sobre este problema? El filósofo escocés ofreció un argumento valioso para mostrar que no es racional creer en milagros. Este mismo razonamiento puede servirnos para analizar el caso de los videos prohibidos. Supongamos, dice Hume, que usted, como ocurre con la mayor parte de las personas, nunca hubiera presenciado un milagro, pero oyó que otros los consideran ciertos. ¿Es racional creer en ellos? No, responde Hume, porque usted sabe por experiencia propia que hay personas que creen cosas ilusorias o que buscan engañar a otros. Lo que es necesario explicar no es el milagro sino el hecho de que le digan que un milagro se ha producido. La explicación del fenómeno es sencilla: es posible pensar que quienes afirman la

existencia de un milagro buscan engañarlo, se engañan a sí mismos, o son engañados por otros.

Hume no sostiene que debemos creer solo en lo que percibimos directamente, sino que cuando un interlocutor afirma algo que contradice nuestra experiencia inmediata es necesario exigirle que aporte pruebas más creíbles que su mera declaración. El argumento no es valioso solo en lo que concierne a los milagros, en los que hoy pocos creen, sino que ofrece un buen ejemplo de cómo nos conviene proceder para evaluar la información que recibimos. No dice que esta sea la única forma de arribar a conclusiones correctas, sino que es un procedimiento que nos ayudará a no engañarnos y a no engañar a los demás.

Volviendo al caso de los videos prohibidos: sabemos por experiencia que los programas de chimentos se nutren de escándalos que favorecen con rating, contratos y beneficios económicos a las actrices y a los actores. También sabemos que algunos de los chimentos de los programas han sido guionados o fraguados (es el caso de la presunta virginidad de la mediática Wanda Nara: ella misma confesó que el rumor era falso y que el escándalo le permitió ser conocida a nivel masivo). Al mismo tiempo, resulta difícil entender de qué manera algo tan íntimo como un video porno puede haber caído en manos de personas que quisieran perjudicar a sus protagonistas, sin que nunca se pueda establecer quiénes fueron estas personas.

Aquí nos puede ser de utilidad el principio de la “Navaja de Occam”, que sostiene que cuando dos o más explicaciones se ofrecen para un fenómeno, la más simple suele ser la más probable, aunque no sea necesariamente la verdadera. Si adoptamos este principio de parsimonia, deberíamos suponer que probablemente los videos prohibidos sean parte de una campaña de la que participan las actrices para obtener publicidad, en el contexto de una sociedad

aún pacata para la que algo tan natural como las relaciones sexuales sigue ofreciendo una ocasión para el escándalo.

Siguiendo a Hume, no es la existencia del video porno lo que habría que explicar, sino el fenómeno reiterado de que sorprendan al público en su buena fe pretendiendo convencerlo de que fenómenos poco probables han acontecido.

¿Cómo puede ayudarnos Hume a saber si Dios o el puma de Vicente López existen?

En febrero de 2012 los medios de difusión comunicaron la presunta aparición de un puma en el barrio de Vicente López. Los vecinos se recluirían en sus casas por miedo a que el animal los atacara por sorpresa. ¿Qué evidencias se ofrecieron a favor y en contra de la existencia del puma? Los medios señalaron que “una mujer aseguró que vio al puma trepado a un árbol de la casa de un vecino”. En la televisión la mujer declaró que en realidad lo que divisó fueron dos ojos en un árbol, “más separados que lo normal”, y luego oyó un grito. Sostuvo que siete personas habían visto al puma, pero ninguna de ellas dio su testimonio en los medios. Habló de la aparición de marcas de garras en algunas paredes, y contó que aparecieron gatos y palomas muertas. También mencionó a un vecino que años atrás habría criado animales salvajes.

Los artículos periodísticos y la televisión mostraron fotos de pumas, pero ninguno era el puma de Vicente López. Como las consecuencias de la aparición de un puma podrían ser peores que las de su inexistencia, el secretario de Seguridad ordenó revisar las imágenes de las cámaras instaladas en las calles. La Dirección de Zoonosis, por su parte, instaló jaulas con carne como señuelo.

Los medios no entrevistaron a especialistas en el tema que pudieran analizar las evidencias presentadas. La excepción fue un sitio de internet de escasa difusión, que formuló algunas preguntas

al curador general del bioparque Temaikén. El veterinario expresó sus dudas sobre la presunta existencia del puma. En condiciones normales, señaló, el animal suele “afilarse las garras en los árboles para marcar su territorio, pero las marcas nunca son muy visibles, y definitivamente no las deja en las paredes”. Agregó también que sería muy raro que se pueda esconder en una zona tan poblada. En un sitio de internet una persona dejó otro comentario escéptico: “Es raro que un felino mate a una paloma y la deje sin comer”.

Los medios subrayaron el miedo de los vecinos y los peligros que podrían correr los niños. Se embarcaron en especulaciones interminables sobre el supuesto comportamiento del puma, y contaron que una mujer suspendió la fiesta de cumpleaños de su hijo por miedo a que el puma entrara en su jardín y atacara a los niños.

De acuerdo a lo planteado, ¿tenemos buenas razones para creer que hubo un puma merodeando el barrio de Vicente López? En el artículo anterior mencionamos la guía que proponía Hume para aceptar o rechazar opiniones. A su entender la solución es preguntar al proponente: ¿qué argumentos puede ofrecerme para afirmar que es más racional creer lo que usted me dice, en lugar de suponer que se equivoca, o me engaña, o ha sido engañado? Por ejemplo, si nunca hemos visto un milagro (es la situación más común) y solo lo conocemos indirectamente (porque, por ejemplo, de él habla la Biblia), ¿es razonable creer en él? Podemos formular la misma pregunta en relación al puma. Si nunca lo hemos visto y solo lo conocemos indirectamente (porque una vecina entrevistada por los medios nos habla de él), ¿es razonable creer que existe? Hume responde que no, dado que hay otras hipótesis más plausibles: sabemos por experiencia personal que se generan ilusiones, errores y engaños en los relatos de terceros, mientras que no tenemos ninguna experiencia personal de un milagro. En

consecuencia, es más racional creer que el relato de un hecho implausible se explica por engaño o error, en lugar de aceptar que el milagro realmente ocurrió. Nuevamente el fenómeno que es necesario explicar no es el milagro, sino el relato del milagro. Y la hipótesis más plausible es que quienes afirman el milagro se equivoquen, o pretendan engañar, o hayan sido engañados por otras personas.

De manera análoga, el fenómeno que era necesario explicar no era la existencia del puma en Vicente López, sino el relato de la existencia del puma en Vicente López. Porque el relato de los medios se impone a través de diversos mecanismos: la repetición, el atractivo de lo novedoso, la aparición de un tema acerca del cual es posible conversar, el miedo, la posibilidad de vender una noticia, los chistes que suscita la idea de un puma circulando por un barrio, el resentimiento social (en un foro alguien escribió: “Si encuentran realmente a ese puma que se coma a los chetos de la zona norte”), la adopción de diversos formatos (fotos de pumas, relatos televisivos de vecinos, reportajes).

Del mismo modo, nuestra cultura nos ha presentado la existencia de Dios bajo diversos formatos (el musical, el arquitectónico, el pictórico, el literario, etc.), lo que vuelve mucho más persuasiva la hipótesis religiosa. El ateísmo carece de esta variedad —solo presenta razones— y de la resonancia emocional que suscita una música religiosa: no tiene arte, arquitectura ni rituales que congreguen a sus adeptos.

Si cuando éramos niños nuestros padres hubiesen afirmado que el puma del que hablamos más arriba merodeaba el barrio de Vicente López, probablemente nosotros habríamos adoptado la misma creencia, del mismo modo que la mayoría de las personas adoptan la religión que se profesa en su hogar de origen. Pero si en algún momento deseamos averiguar si esa creencia es adecuada,

podemos considerar los siguientes argumentos, que también sirven para evaluar la existencia de Dios.

Argumento de la carga de la prueba: no hay forma de probar la inexistencia de algo, mientras que sí hay forma de probar su existencia, por tanto es lógico que la carga de la prueba caiga en el proponente de la existencia de Dios o del puma de Vicente López.

Argumento de la falta de evidencia: si la hipótesis X es cierta, es esperable la evidencia Y. Si no puede hallarse la evidencia Y en un tiempo razonable, es sensato concluir que la hipótesis X probablemente (dentro de un margen de duda razonable) no sea cierta. Por ejemplo, si buscamos petróleo en una zona, durante muchos años y en forma infructuosa, no sería razonable seguir sosteniendo que hay petróleo allí: mejor sería sostener que “probablemente no haya, aunque podemos equivocarnos”. Lo mismo podríamos predicar de Dios o del puma de Vicente López.

Argumento contra la credibilidad de las fuentes: las vías por las cuales nos enteramos de la existencia del Dios judeocristiano (la Biblia y otros textos religiosos) suelen abundar en historias implausibles, contradictorias, metafóricas, o manifiestamente falsas. Del mismo modo, los medios por los que nos enteramos de la supuesta existencia de un puma en Vicente López a menudo publican cosas que no son ciertas. ¿Por qué habríamos de dar crédito a esas fuentes? Y si no son fiables y nuestra experiencia no nos ofrece evidencias, ¿por qué habríamos de creerlo?

Argumento de la ilusión deseable: cuanto más deseable es una creencia, tanto más en guardia debemos estar en torno a la posibilidad de un autoengaño. Dios se adecua tan bien a nuestros mayores deseos (es garante de que sobreviviremos a la muerte y de que nuestra vida tiene sentido) que es lógico sospechar que ha sido inventado para satisfacerlos. Lo mismo podría decirse del miedo. Cuando algo no se adecua a nuestros temores previos, es lógico

sospechar que tal vez se trate de una falsa alarma que surge a partir de una distorsión que crean nuestras emociones.

Descartes pretendió probar la existencia de Dios con el siguiente argumento, palabras más, palabras menos: “Dios es todopoderoso, por tanto, no le puede faltar el rasgo de la existencia”. De este modo, no distingue a Dios de la idea de Dios. Algo así como suponer que pensar en tener una noche ardiente con Scarlett Johansson equivale a haber pasado una noche ardiente con Scarlett Johansson. Lo mismo cabe decir del puma de Vicente López. Podemos creer que nos persigue cuando en realidad solo nos acosan nuestros propios pensamientos.

El silogismo impráctico

Propongo una nueva categoría para el razonamiento: el silogismo impráctico. El silogismo práctico tiene básicamente la siguiente estructura:

1. Deseo o es necesario X.
2. Puedo lograr X por tales y cuales vías Y.
3. Conclusión: la acción misma de hacer X.

Es decir que en el silogismo práctico la conclusión es la acción misma. (Algunos lógicos cuestionan que la conclusión de un silogismo pueda ser la acción misma y dirían que es: 3. “Haré X”).

En el silogismo impráctico, 1 y 2 son iguales que en el práctico, pero en 3 hay inacción, o una conducta relativa a otro deseo o a otra necesidad. Se diferencia de la mentira o del autoengaño en que la persona cree firmemente que obrará acorde con sus pensamientos, pero finalmente no hace nada, o hace otra cosa. Y se diferencia de la akrasia (o debilidad de voluntad) en que el silogismo impráctico es mucho más abarcador. Además de la debilidad de voluntad, incluye, por ejemplo, la negligencia, el poder inmovilizador del hábito, la

procastinación (la costumbre de posponer) y la legitimación fáctica (no declarativa) del statu quo.

Ejemplos:

1. Es necesario ordenar el placard.
 2. Tengo tiempo para hacerlo el miércoles a las 17hs.
 3. Inacción.
-
1. Es necesario resolver el problema de la inseguridad.
 2. Tales y cuales son los medios para lograrlo.
 3. Inacción.

El marido que se compromete a lavar los platos, dice “ya voy” y no va, es preso del silogismo impráctico. La mujer le informa que la montaña de platos ya llegó al techo. El hombre razona:

1. Es necesario lavar los platos.
2. Lo haré cuando termine de responder estos emails.
3. Inacción.

Estas conductas han sido descritas profusamente en la literatura filosófica y psicológica, pero hasta donde sé no habían sido clasificadas con una categoría específica. Nos conviene conocer más de cerca —y desde la perspectiva de diversas disciplinas— este tipo de comportamiento que todos en mayor o menor medida solemos desarrollar, porque es responsable de muchas formas del conservadurismo. Sin ir más lejos, yo misma soy víctima en este momento del silogismo impráctico, ya que urge que haga otra cosa y aquí estoy, dando testimonio público de mi ineptitud.

La apelación a la ingenuidad

Tengo un TOC (Trastorno Obsesivo Compulsivo): cada vez que algo me desagrade digo “Eso es ingenuo”.

Sé que a los demás no les gusta que se los diga. Varios amigos me borraron de Facebook por escribir en la parte de los comentarios “es ingenuo pensar de esa manera”, pero no lo puedo evitar, es más fuerte que yo. Si lo que sostienen es ingenuo, ¿por qué voy a dejarlos creer que andan por la vida diciendo cosas inteligentes?

Soy atea (lo que dicen los creyentes me parece ingenuo), anarquista (lo que dicen los liberales me parece ingenuo) y feminista (lo que dicen los machistas me parece ingenuo). Los hombres que me abandonaron son ingenuos porque creen que pueden vivir mejor sin mí. Los que disfrutaban de las canciones de Arjona son ingenuos porque no saben lo que es oír buena música.

Si a una argumentación le falta algo (por ejemplo, un análisis desde la perspectiva de las clases sociales) yo digo que me parece ingenua. Y si le sobra algo, digo que es ingenuo relacionarla con ese tema. Si no le falta ni le sobra, también digo que es muy simple y me parece ingenua.

El otro día en un post de Facebook pedían por favor que no descalificaran lo dicho por cualquiera de los intervinientes escribiendo “es ingenuo”. Ni bien lo leí, me pareció un comentario ingenuo y más ganas me dieron de corroborarlo por escrito.

Consulté con un profesor de literatura y certificó que el uso que le doy a la palabra se corresponde con algunos de los significados del diccionario: “Ingenuidad: acción inocente, boba, tonta, ilusa, crédula, simple y hasta propia de un infeliz. Es natural que si le decís a una persona que sus afirmaciones son ingenuas, se moleste”.

Consulté con un filósofo, y evaluó que calificar de ingenuo aquello con lo que estamos en desacuerdo es una variante de la falacia *ad hominem*, que consiste en desviarse de lo que se discute para menospreciar el discurso o la persona del interlocutor. “Es inválido porque no se trata de un argumento legítimo”, dijo.

Consulté con un militante político y dijo: “Yo creo que presumir de no ser ingenuo lo es. Recordó que un funcionario de la dictadura militar sostuvo que la duda es la jactancia de los intelectuales. De los malos intelectuales, porque los buenos se concentran en los argumentos y no se desvían calificando al interlocutor o a su discurso”, agregó.

Consulté con mi psicoanalista y me respondió con una frase enigmática: “Querer saber por qué todo le parece ingenuo, es ingenuo. Cuénteme: ¿sus padres eran ingenuos?”

Ayer mi sobrino de seis años me preguntó: “¿Sabías que a los bebés no los trae la cigüeña?”. Yo le respondí “Eso es ingenuo”. “Más ingenua serás vos”, retrucó. “No, vos”, dije. “No, vos”, respondió. “No, vos”, dije. Cuando este curso del diálogo se agotó, mi sobrino pensó un momento y me dijo: “Pero tía, soy un niño, a los seis años no se puede ser otra cosa que ingenuo”. Al día siguiente me metió una denuncia en el INADI por discriminar a los niños usando la palabra ingenuo como insulto. Si alguien tiene algún contacto en el INADI, estaré muy agradecida si me lo puede facilitar.

PD: Si no te gusta esto que escribí, sos un ingenuo. Si en cambio te gusta, sos muy inteligente como yo. Y si te parece ingenuo, más ingenuo serás vos.

¿Cómo justificamos nuestras creencias contradictorias?

Los argumentos que legitiman la persistencia de la monarquía en sociedades de aspiraciones democráticas revelan un mecanismo al que nos referimos en un artículo anterior, denominado disonancia cognitiva. Cuando algo contradice nuestras creencias previas (el momento en el que se genera la disonancia cognitiva), señala León Festinger, descubridor de este mecanismo, a menudo urdimos justificaciones inadmisibles para seguir manteniéndolas, muy en

contra de la evidencia. Uno de los argumentos sobresalientes que utilizan los europeos que piensan que se deben seguir reconociendo los privilegios de quienes dicen ser reyes, príncipes y princesas, es que “han hecho mucho por la democracia”. Pero la idea de democracia es intrínsecamente contradictoria con la de monarquía. Sin embargo, se sigue honrando a los reyes “por su contribución a la democracia”, porque “ayudan a la gente” o “representan la identidad de la Nación”.

Otro ejemplo: ¿era parte esencial del peronismo la participación del Estado en las instituciones que promueven el bienestar social? Parecía que sí, hasta que apareció Menem y vendió buena parte de las empresas del Estado.

El mismo esquema se mantiene en gran cantidad de instituciones que perduran a lo largo del tiempo promoviendo valores contradictorios. Quizás se trate de una evidencia más de lo que cuesta cambiar, tanto a nivel individual como a nivel social. Sostenemos pensamientos que contradicen toda evidencia disponible, como esos troncos a los que se aferran desesperadamente los que están a punto de ahogarse.

Si digo que voy a comer torta porque me gusta y me repele su sabor, probablemente duden de mi racionalidad. Sin embargo, otras contradicciones nos resultan familiares y admisibles. Y si no, ya echaremos mano de alguna hipótesis que al menos las torne soportables.

La ambigüedad del lenguaje

Para promover la religión entre los jóvenes, 700 iglesias evangélicas del ministerio de Renken, en Estados Unidos, decidieron publicitar sus servicios con eventos de boxeo, lucha libre y otros estilos de pelea. Una década atrás, estas prácticas eran vistas como deportes sangrientos y estaban prohibidas en casi

todos los estados. Pero hace cinco años se volvieron populares y son legales en 42 estados a partir del astuto marketing de la marca deportiva Ultimate Fighting Championship. Minutos después de rezar y de permanecer mucho tiempo con la cabeza inclinada, numerosos miembros de la grey desatan un torrente de puñetazos sobre su oponente en un combate de box. “¡Golpes duros!”, “¡A la cabeza! ¡A la cabeza!”, gritan los que permanecen al costado.

Brandon Beals, pastor principal en la iglesia de Canyon Creek, señala que el grupo evangelista también está de acuerdo con la compasión, el amor y “todas esas cosas”, pero justifica esta sorprendente campaña de publicidad declarando que lo que le resulta más atractivo de Jesús es que fue un luchador, del mismo modo en que lo son quienes combaten cuerpo a cuerpo en la iglesia. El error de Beals es que Jesús “luchó” en sentido metafórico, mientras que las peleas cuerpo a cuerpo suponen patadas, guantazos y moretones literales. Esta confusión, que es muy común, se llama falacia de la ambigüedad y consiste en el uso de una palabra con dos significados diferentes en el transcurso de un mismo razonamiento. En este caso, uno es literal, y el otro, metafórico.

Navegamos en internet pero no manejamos un transatlántico para acceder a Facebook. Invertimos tiempo en alguna actividad que nos gusta pero no lo depositamos a plazo fijo. Corremos la coneja lejos del lomo de un zorro. Hay que tener cuidado: entender mal el significado de ciertas palabras puede legitimar acciones descabelladas y llevarnos a naufragar en una balsa en la que no cante Litto Nebbia.

Otro ejemplo es un equívoco que se repite hasta el hartazgo: las mujeres no deberíamos buscar la igualdad sino afirmar nuestra singularidad, en virtud de que somos diferentes a los hombres. Pero cuando se defienden los derechos femeninos se habla de la

igualdad de derechos ante la ley (igual sueldo por igual trabajo, por ejemplo, o igualdad de oportunidades que tengan en cuenta el plus de la maternidad) y no sobre la igualdad que remite a la identidad.

El cura Jorge Gómez, de Malargüe, Mendoza, irrumpió en medio de “Educación sexual moderna”, una canción de Les Luthiers que interpretaba un grupo que le rinde homenaje, para exigir que cesara la “blasfema” interpretación. No conforme con su acto de censura, se justificó diciendo:

“Violar la fe es 10.000 veces peor que violar a una hija”.

Me atrevo a sugerir que también existe una blasfemia (metafórica) del idioma, no porque se usen términos inexistentes, sino por la confusión que se promueve en el interlocutor.

Dejando de lado la cuestión de si interpretar una canción implica o no trasgredir la fe, al decir “Violar la fe es 10.000 veces peor que violar a una hija”, el párroco también confunde el sentido literal del verbo “violar” con el metafórico, y las dos acciones no están en el mismo nivel. Lastimar el cuerpo de una mujer (además de lesionar su psiquis) es más grave que cantar una canción supuestamente ofensiva. El uso de un mismo término confunde ambos niveles.

Me voy a bañar. Tiraré las ojotas al lado de la bañera. Peor es tirar la chancleta.

El sesgo de la excesiva confianza

Se llama sesgo de la excesiva confianza (*overconfidence bias*) a la distorsión que hace que las personas tengan excesiva confianza en que sus juicios son acertados. Este error ha sido investigado en un experimento de Adams publicado en 1960 en el *American Journal of Psychology*, según el cual para cierto tipo de preguntas, las personas tienen un 99% de confianza en que sus juicios son correctos, mientras que el 40% de las veces están equivocadas.

Tiempo atrás en un programa de radio una psicóloga interpretó el comentario de un oyente:

Psicóloga: —Estabas en pareja con un hombre ocho años menor que vos, y antes habías estado con uno quince años mayor. El menor era como un hijo para vos...

Oyente: —No.

Psicóloga: —Bueno, uno ve por debajo de la superficie.

Pero debajo de la superficie uno puede ver mal. El problema no es solo la posibilidad de tener una visión equivocada, sino la falta de voluntad de evaluar otras hipótesis: que a la oyente le resultaba indistinta la edad de su pareja, que los mandatos sociales todavía alientan a la mujer a aceptar como pareja a un hombre mayor que ella y no a uno menor, que en una época prefirió salir con un hombre mayor y en otra con un hombre menor, que la cuestión de la edad de la pareja era completamente irrelevante para el conflicto que estaban analizando.

La filosofía nos propone dejar de practicar nuestro deporte favorito, que es el salto a la conclusión, evaluar hipótesis alternativas y no aceptar ninguna sin evidencia suficiente. Pensar mejor para actuar y vivir mejor.

La navaja que puede salvar vidas

El 14 de noviembre de 2009 la familia Pomar inició un viaje entre dos localidades de la provincia de Buenos Aires y nunca arribó a destino. Los medios barajaron las explicaciones más descabelladas: que el padre había matado a su esposa y a sus hijos, que fueron secuestrados o abducidos por un ovni, que se fugaron a otro país. La policía había realizado un rastrillaje, sin resultado alguno.

Si los investigadores hubiesen conocido el “principio de parsimonia” o “navaja de Occam”, el misterio de su desaparición podría haberse dilucidado con mayor rapidez, y acaso se podría

haber salvado la vida de la mujer, que sobrevivió varias horas tras el accidente de auto. Tal como consigné en un artículo anterior, este principio sostiene que cuando dos o más explicaciones se ofrecen para un fenómeno, la más simple suele ser la más probable. Si un hijo tarda en volver a casa, podemos pensar que se quedó tomando algo con los amigos o que fue secuestrado para ser liberado tras el pago de un rescate. Lo más probable, sin embargo, y lo que el principio de parsimonia o de la navaja de Occam sugeriría, es que se haya demorado charlando con los amigos. La explicación más simple es la más probable, aunque no sea necesariamente la verdadera.

El principio de la “navaja de Occam” indicaba que lo más probable era que la familia Pomar hubiese tenido un accidente de tránsito. De haber considerado esta hipótesis, la ruta habría sido rastrillada con más detenimiento.

Un enemigo de este principio tan práctico para la vida es nuestro gusto por las historias estrambóticas que nos arrancan de la rutina.

De niña urdí teorías muy intrincadas para explicar las cosas que no podía comprender. Creía que los hijos eran concebidos cuando la pareja bebía vino en la ceremonia del casamiento judío. Mis primos hablaban de “hacerse la paja”, y como yo no sabía de qué se trataba, supuse que consistía en tener sexo en el campo, sobre un montículo de paja. Por falta de información, había creado mi propia biología, mi propia sexología y mis propias supersticiones. Tenía miedo de mirar para atrás y convertirme en una estatua de sal, como la mujer del Lot bíblico, y no silbaba porque mi abuela decía que atraía a los malos espíritus.

De adultos nos creemos muy distintos, pero nos siguen resultando atractivas las historias sorprendentes. Las explicaciones más plausibles y convencionales nos aburren porque son las que oímos todos los días. El miedo y la voluntad de sorprendernos

arman un cóctel muy peligroso en nuestra imaginación. Las historias raras nos estimulan, alimentan nuestra imaginación, son divertidas y fáciles de recordar, pero la mayor parte de las veces resultan falsas. El mundo es pródigo en rarezas y extravagancias de todo tipo. Pero son menos frecuentes de lo que nuestra imaginación supone. Por eso el “principio de parsimonia” o “navaja de Occam” resulta tan útil. Si nos cuentan algo muy extraño, lo más prudente es sospechar, no porque no pueda ocurrir algo raro, sino porque no es lo más probable.

Más arduas son las teorías conspirativas, por la sencilla razón de que a veces existen conspiraciones reales. Nuestro gusto por lo estrambótico hace que algunos creen que el alunizaje fue una producción de Hollywood. ¿Por qué? En parte porque nos gusta pensar cosas inusuales. Y les damos demasiada entidad porque tenemos más a mano a nuestras ideas que al mundo. Los medios de difusión amplifican al infinito nuestras ansias de novedad y exotismo. Es la razón por la que los rumores falsos se esparcen más rápido que los verdaderos. Y no solo porque impliquen un negocio para la prensa. Al ser tan inusuales, se recuerdan mejor, son mnemotécnicos. Por eso Borges sostenía que los escritores ciegos son muy recordados. Su imagen impacta más que la de un escritor dotado de la facultad de ver.

Nos gustan los misterios, los enigmas, los oráculos. Su matriz es la de las narraciones que toda cultura ofrece en sus orígenes. El desarrollo de la ciencia es muy posterior al surgimiento de los mitos, y aunque está lejos de ser aburrida y compromete misterios fascinantes, con frecuencia no involucra narraciones tan sorprendentes, y requiere de paciencia y cautela a la hora de proyectarnos la película que queremos ver.

En el caso Pomar, poner en duda las historias raras nos hubiera permitido rastrear minuciosamente la ruta en la que desapareció la

familia, y tal vez salvar la vida de la mujer que sobrevivió muchas horas al accidente.

Nuestro gusto por las historias raras atenta contra la consciencia de los límites de nuestro conocimiento. La imaginación queda satisfecha, encerrada en sí misma, desvinculada del mundo, mientras nuestra razón languidece en el reino del exotismo.

Simplificar el entendimiento, así como simplificar la vida, puede ser un arte, dado que el mundo a veces se nos presenta con una gran complejidad. Sigamos el principio de la navaja de Occam, que recomienda: “No multiplicar los entes innecesariamente”.

Cuando razonamos como la mujer que cree ser la Virgen María

Un caso muy citado de distorsión del pensamiento fue el de la esquizofrénica que se presentaba como la Virgen María solo porque era virgen. Aunque nos parezca que razonamos de una manera completamente distinta a esta mujer, a menudo cometemos errores lógicos parecidos. Es el caso del que tilda de comunista a una persona porque apoya a una organización interesada en la paz mundial con la que también simpatizan los comunistas. O del que realiza un diagnóstico de esquizofrenia solo porque su entrevistado da una respuesta “típica” de esquizofrénico en el test de Rorschach. O el de los que hostigan a un periodista que critica a la oposición tildándolo de oficialista o, si critica al gobierno, calificándolo como destituyente.

El error consiste en inferir una identidad (ser la Virgen María, esquizofrénico y partidario u opositor al gobierno) a partir de un predicado común (ser virgen, identificar ciertas manchas en un test o criticar a un colectivo político), y en examinar un número insuficiente de alternativas. Por ejemplo, la mujer que se cree la

Virgen María no tuvo en cuenta la posibilidad de ser virgen pero no la Virgen María.

Las emociones pueden cumplir un rol en la distorsión de estos razonamientos. La mujer pudo tener una abrumadora necesidad emocional de creerse la Virgen María, el anticomunista y el militante de encontrar enemigos y el psiquiatra de hacer un diagnóstico y sentir que ayuda al paciente. Pero aun así todas estas personas creyeron que su razonamiento era legítimo. De esto se deduce la importancia de evitar las asociaciones simplistas y contar con buenas herramientas para pensar. De otro modo, no es improbable que terminemos creyéndonos la Virgen María (o que otra mujer lo es), tildando a cualquiera de esquizofrénico, oficialista o algo parecido.

Los senos que sacuden al mundo

Veamos otro ejemplo que surge de confundir una mera asociación de ideas con una relación causal. En 2013, el clérigo iraní Hojatolislam Kazem Sedighi responsabilizó a las mujeres voluptuosas por los movimientos sísmicos: “Apartan a los hombres jóvenes del camino, corrompen su castidad y propagan la lujuria en la sociedad, incrementando la posibilidad de que se desencadenen terremotos”.

Una estadounidense de 22 años, Jen McCreight, convocó a través de Facebook a las mujeres para demostrar que esto es incorrecto. Con prominentes escotes, en distintas ciudades del mundo salieron a manifestar en una acción que bautizaron *boobquake* (“terremoto de senos”) para probar que la “vestimenta obscena” no genera terremotos. La acción comenzó en la ciudad australiana de Melbourne, y se trasladó alrededor del mundo hasta Vancouver, en Canadá. Allí, al menos un centenar de manifestantes

demostró mediante un sismógrafo que los senos no sacuden la Tierra.

Muchos adorarían promover tan gratas manifestaciones callejeras, pero sería recomendable tener en cuenta que el error que comete el clérigo iraní es caro a nuestros razonamientos cotidianos. No hablo de sexo, sino del hábito de confundir una relación causal con una mera asociación de ideas. Probablemente el clérigo asocie el temblor geológico con el temblor metafórico que puede sentir un hombre cuando contempla los senos de una mujer. Pero asociar un sentido literal con uno metafórico es una relación entre ideas, y no necesariamente refleja una relación causal en el mundo, es decir, no prueba que los temblores sean causados por la exhibición de senos. Para testear esto último, tendríamos que apelar a un estudio controlado y no solo a nuestro pensamiento. Como bien nos enseñó Kant, pensar y conocer son dos operaciones distintas. No todo lo que pensamos es conocimiento. Al pensar asociamos ideas, pero para que esas ideas se conviertan en conocimiento es necesario contrastarlas y saber si describen o no una relación causal.

Veamos errores de razonamiento similares al del clérigo iraní. Algunos psicólogos que no tienen una buena formación científica, los cometen al razonar del siguiente modo: “La palabra infiel etimológicamente significa “el que no tiene fe”; si una mujer no le tiene fe a nada en la vida, busca un casado para tener adrenalina”. Esta psicóloga pretende detectar una relación causal a través de una relación entre ideas. Lo mismo hace el psicólogo que evalúa que el accidente cerebrovascular de un hombre de 60 años se relaciona con la misma edad en la que el padre (sindicalista) de este hombre fue asesinado. Para sostener que una de las causas del accidente cerebro vascular (o al menos una correlación significativa) es la muerte del padre a la misma edad, hay que disponer de estudios controlados que evalúen cientos de casos y no solo uno.

Correlación (la confluencia de dos fenómenos) no equivale a causación.

En base al mismo error que comete el clérigo iraní es que algunos interpretan que la miopía revela que “hay algo que no se quiere ver” (acá nuevamente se confunde el sentido literal de no ver con el metafórico), que si alguien come cuerno de toro rallado mejorará su vigor sexual y si tiene un problema renal es porque permanece abrazado a un rencor: los riñones limpian la sangre y un problema en su funcionamiento revelaría la conservación de impurezas (¡metafóricas!).

Como dice el tango “Soledad”, si confundo una mera asociación de ideas con una relación causal estoy ante “un fantasma que crea mi ilusión”. Los senos no sacuden la tierra (no al menos en el sentido literal) pero los malos razonamientos pueden acabar con ella.

¿Atribuimos erróneamente nexos causales?

Veamos otras consecuencias que surgen del error de confundir una mera asociación de ideas con una relación causal.

¿Por qué muchas personas creen que los gatos negros traen mala suerte? Quizás se trate de una extensión del racismo humano, o tal vez hace mucho tiempo alguien se cruzó con un gato negro y después vivió un episodio desagradable, supuso que entre ambos eventos había un nexo causal y divulgó la anécdota.

A menudo confundimos una mera asociación de ideas con una relación causal. Muchas otras supersticiones se basan en este mecanismo. Por ejemplo, la de no usar ropa amarilla en los estrenos teatrales, simplemente porque Molière murió en el escenario mientras estrenaba una obra ataviado con un traje amarillo. Esa coincidencia no revela una relación causal (la ropa amarilla como

causa de la mala suerte), pero nuestra mente establece esa conexión.

Hemos visto en artículos anteriores que es un error pensar que porque una cosa ocurre antes que otra (ver un gato negro y luego vivir un episodio desagradable) necesariamente constituye su causa. Esta falacia se denomina “falsa causa” o “una cosa después que la otra, una cosa causa de la otra (*post hoc ergo propter hoc*). Que un evento ocurra antes que otro es una condición necesaria pero no suficiente para constituirse en causa. En la película de Steve Martin “La fiesta inolvidable”, un hindú acaba de llegar a los Estados Unidos y jamás ha visto un inodoro y un teléfono. Aprieta el botón del inodoro para ver qué efecto produce y el teléfono suena inmediatamente. Aprieta el botón de nuevo, y como todavía nadie atendió, suena de nuevo. De esta experiencia el hindú concluye que apretar el botón del inodoro causa el sonido del teléfono, simplemente porque una cosa precede a la otra.

Una persona razona así: “Me miró de mala manera y perdí la rueda de la escoba de quince”. Pero que algo suceda cronológicamente antes no significa que sea la causa. Si estornudé y luego cayó el gobierno de Raúl Alfonsín, lo primero no es causa de lo segundo. Y aunque este último ejemplo sea lo suficientemente absurdo como para que casi nadie razone así, muchísimas personas atribuyen erróneamente una causa cuando los dos elementos les resultan más coherentemente relacionados. Por ejemplo, alguien dice: “Tenía un dolor de espaldas terrible, ningún médico podía curármelo, hasta que me hicieron hipnosis y mejoré”. Que la sesión de hipnosis haya tenido lugar antes de la desaparición del dolor de espaldas no implica que sea la causa de la cura.

Quizás la esfera de las enfermedades sea la más propicia para razonar mediante la falacia de la “falsa causa”. Pero, nuevamente, el cuerpo puede curarse solo o mediante el comprobado efecto

placebo, cuyo alcance puede ser efectivo en lo concerniente al dolor. Razonar atribuyendo causas donde no existen puede hacernos perder mucho tiempo y dinero y traernos severos problemas de salud (cuando no concurrimos al médico adecuado creyendo que el que nos curó era otro). La vida misma puede estar en juego por un mal razonamiento de este tipo.

A menudo una mera asociación de ideas resulta erróneamente identificada como una relación causal. En 1969 se echó a correr el rumor de que Paul McCartney había muerto. Eso entendieron quienes hacían girar los discos de Los Beatles en sentido contrario y creían encontrar mensajes ocultos. También los que analizaron la tapa de Abbey Road y juzgaron que el hecho de que Paul fuera el único que estaba descalzo “como los cadáveres” era una evidencia de su muerte. Una mera asociación de ideas pretende reflejar, sin evidencias, una relación causal en el mundo.

Un episodio de “Los Simpsons” (séptima temporada, “Much Apu About Nothing”) sirve como ejemplo de la falacia de la falsa causa. En Springfield se gastaron millones de dólares para crear una sofisticada “patrulla de control de osos”, luego de que alguien denunciara haber visto un oso dando vueltas por la ciudad.

Homero: —Ni un oso a la vista. ¡La “patrulla de control de osos” está funcionando fantástico!

Lisa: —Ese es un razonamiento falaz, papi.

Homero (sin comprender): —Gracias, cariño.

Lisa: —Según tu lógica, uno podría proclamar que esta roca mantiene lejos a los tigres.

Homero: —Humm, ¿cómo funciona?

Lisa: —No funciona. (Pausa). ¡Es solo una estúpida roca!

Homero: —Ajá.

Lisa: —Pero no veo tigres alrededor, ¿tú los ves?

Homero (pausa): —Lisa, quiero comprar tu roca.

Un viejo cuento también ilustra la falacia de la “falsa causa”. Mendl Cohen rememora su vida junto a su mujer.

—¿Te acordás, Clara, cuando éramos pobres en Lituania, y nos perseguían los antisemitas y los cosacos con los pogroms, ¿quién estaba a mi lado en esos momentos tan duros? ¡Vos, Clarita, vos!

Ella asiente en silencio.

—¿Y te acordás, Clarita —sigue él— cuando nos vinimos a la Argentina, huyendo con lo puesto, viajando en quinta clase, en medio de enfermedades, todos apretados en el camarote del barco? ¡Ay, Dios, qué sufrimiento! ¿Y quién estuvo conmigo en esos momentos? ¡Vos, Clarita, vos!

Clarita asiente.

—¿Y te acordás cuando llegamos? Yo trabajaba noche y día para salir de la miseria, y nada. Seguíamos siendo pobres. ¿Y quién me ayudó en esos momentos tan duros? ¡Vos!

Ella vuelve a asentir.

—¿Y te acordás Clarita, cuando por fin tuvimos un negocio, empezamos a prosperar, y después mi socio me estafó y se quedó con todo y tuvimos que empezar de nuevo? ¿Quién estuvo a mi lado en esa situación tan terrible? ¡Vos, Clarita, vos!

Ella vuelve a asentir. Él la mira y le dice:

—Che, Clarita, ¿no serás mufa, vos?

La verdad y el descenso de River Plate

Un filósofo declara por televisión que es hincha del club de fútbol River Plate mientras argumenta en contra de la idea de verdad. A su modo de ver todo depende del cristal con que se mire. Pero si así fuera, no sería cierto que el club River Plate descendió a la categoría B el 26 de junio de 2011. Esa solo sería una manera de

verlo, y las personas que sostienen que sigue en primera división también estarían en lo cierto, lo cual es contradictorio.

¿Existe la verdad? ¿Hay una única verdad?

Disponemos de verdades con distintas condiciones de satisfacción. Es absolutamente verdadero que hubo un Holocausto, que vamos a morir y que River descendió a la segunda división. En cambio la proposición “Picasso es el mejor pintor del siglo XX” tiene otras condiciones de satisfacción: a una persona puede parecerle el mejor y a otra no. Por tanto, no es absolutamente verdadero que Picasso es el mejor pintor del siglo XX como sí es absolutamente verdadero que en la Argentina hubo desaparecidos. La verdad de un juicio estético tiene otras condiciones de satisfacción que la de un juicio fáctico.

Si nada fuera verdadero, no tendría sentido encarcelar a un asesino serial que mató a diez personas a sangre fría. Otra persona diría que no las mató, en contra de toda evidencia disponible, y si nada es verdadero el asesino seguiría suelto.

Los negadores de toda verdad caen rápidamente en contradicciones. Acorralados frente a la evidencia de ciertas verdades, suelen desviarse del tema, y dicen:

1. “Hay cosas que en una época se consideraban verdaderas y luego demostraron ser falsas”. Respuesta: de acuerdo, pero eso no invalida la existencia de ciertas verdades, apenas nos informa sobre el error.
2. “En nombre de verdades incuestionables se produjeron las grandes tragedias de la historia”. Respuesta: es cierto, pero esto tampoco invalida la existencia de algunas verdades, apenas nos informa sobre el hecho de que hubo personas que pensaron que su manera de ver las cosas era la única posible, y nos revela que una sociedad puede organizarse a sí misma en base a convenciones y no necesariamente a verdades.

3. “Detrás de cada verdad hay un trasfondo que no siempre se ve”.

Respuesta: es cierto, pero eso que está detrás puede ser meramente una costumbre y no una verdad, y de ese modo no se invalida la existencia de ciertas verdades tales como que el 30 de diciembre de 2014 salió el sol en Ostende o que en 1789 se desencadenó la Revolución Francesa.

4. “A lo sumo lo que se puede decir es “Esta es mi verdad”.

Respuesta: la frase sería adecuada si se tratara, por ejemplo, de un juicio estético. Pero si lo que hay que determinar como verdadero o falso es si River descendió o no a la B, la frase es absurda. Para cualquier ser humano sobre la tierra, River descendió a la B el 26 de junio de 2011.

¿Esto significa que tenemos la certeza absoluta de que existió el Big bang? Hasta el momento se trata de la hipótesis más consensuada por los astrónomos. No es un dato observado. Pudo haberlo sido, pero no tenemos certeza, resulta lo más probable hasta ahora. Pero es diferente una simple interpretación que algo que cuenta con bastante evidencia, como el Big bang. No es un dato observado, pero es una hipótesis que cada vez cuenta con más evidencia. En el conocimiento a veces la certeza es cuestión de grado.

Los límites de la opinión

La imagen es grosera pero no se me ocurre otra más contundente. Decía Clint Eastwood: “Las opiniones son como agujeros en el culo: todo el mundo tiene una”. No está mal opinar. Somos animales hablantes y el lenguaje cumple otras funciones además de informar. Por ejemplo, nos permite estar con el otro. Además, para sobrevivir necesitamos disponer de opiniones sobre muchas cosas acerca de las que sabemos bien poco. El problema sobreviene cuando suponemos que todo es opinión y que no hay

ninguna diferencia con el conocimiento, o que argumentar es lo mismo que declarar “me rompe las bolas”, que tener una sensación es lo mismo que disponer de evidencias. En este diálogo, adaptado de un debate que tuvo lugar por email, es posible observar algunos límites de la opinión.

Pedro: Un estudio de Barry Schwartz, publicado en *La paradoja de la elección*, muestra que cuando tienen demasiadas opciones las personas disfrutan menos de lo obtenido, en parte porque terminan arrepintiéndose por no haber elegido otra alternativa.

Juan: Yo opino que cuantas más opciones tengamos, mejor. El capitalismo está basado en la idea de libertad y estoy del lado de los que apoyan a EEUU. Ayn Rand decía: “Cuando los hombres son libres, siempre triunfa la razón”.

Pedro: Estás pasando por alto lo central del asunto, que es la evidencia empírica. Tus opiniones son muy respetables, al igual que las de Ayn Rand, pero acá necesitamos aproximarnos más objetivamente al problema, con datos empíricos que puedan aportarnos investigaciones más rigurosas. Si querés objetar el cuestionamiento, no alcanza con decir “yo estoy del lado de los que apoyan a EEUU”. Vas a tener que buscar argumentos a favor o en contra de las hipótesis en juego.

Juan: ¿Y en este debate alguien hizo un estudio científico con la rigurosidad que me exigís?

Pedro: Cuando Alejandro intervino en este debate se refirió a un estudio empírico sueco. Y yo me referí a un conjunto de estudios psicológicos de Schwartz. Ambos ejemplos cumplen con la *definición* de “evidencia”: son estudios empíricos publicados en revistas con revisión de pares (académicos), que cumplen las reglas del método científico. Vos en cambio solo mencionaste a Ayn Rand, que nunca hizo estudios empíricos. Llamaste “evidencia” a algo que no lo es.

Juan: Vi el video que sintetiza las ideas de Schwartz y me parece que lo que señala es erróneo. Supongo que esa dificultad que consiste en marearse ante tantas opciones la tendrán las personas con problemas de autoestima, y justamente la forma de corregirlo es tomándose el tiempo para pensar, así uno puede elegir bien.

Pedro: Esto que planteás acá son “hipótesis rivales”: “solo la gente con problemas de autoestima, o la que no se toma tiempo para pensar, se siente menos feliz ante muchas opciones”. Habría que poner a prueba tus hipótesis, aplicando el experimento de Schwartz a dos grupos de comparación (alta versus baja autoestima, tiempo versus no-tiempo para pensar) y chequear si hay diferencias en los reportes de felicidad de ambos grupos. Es bueno que busques hipótesis rivales, pero no podés dar por ciertas tus hipótesis sin estudios que las pongan a prueba. Por lo pronto, la evidencia que tenemos, te guste o no, es la que encontró Schwartz.

Juan: Lo que yo dije de Ayn Rand es algo que atañe a la filosofía ética. Y no se me ocurre cómo se podría probar científicamente.

Pedro: Es cierto que la filosofía puede utilizar métodos como el análisis y la clarificación de conceptos, pero en este debate no estás aplicando ni el método científico (buscar y evaluar evidencias) ni el filosófico (analizar argumentos y conceptos). No estás analizando ni las evidencias empíricas ni los errores lógicos, solo estás expresando opiniones, y las opiniones son irrelevantes en este contexto argumentativo.

Kant advirtió que pensar y conocer son dos acciones distintas del pensamiento. La opinión entra en la primera categoría: puedo opinar que el mundo tuvo o no un comienzo, que mañana lloverá o que ganará las elecciones mi partido favorito. Pero si pretendo que mi afirmación tenga un valor de conocimiento, necesitaré de mayores evidencias.

Malas razones para creer en algo

- Porque tenemos la expectativa de que sea así.
- Porque pensamos que siempre fue así.
- Porque todos dicen que es así.
- Porque antes sostuvimos que fue así.
- Porque nos conviene.
- Porque deseamos fervientemente que sea así.
- Porque nuestro enemigo lo planeó para perjudicarnos.
- Porque nadie demostró lo contrario.
- Porque lo decimos nosotros, que somos expertos en el tema.
- Porque nuestra familia sostiene que es así.
- Porque la sociedad muestra que es así.
- Porque está escrito.
- Porque lo sostiene un ser querido o alguien que nos simpatiza.
- Porque nos lo dijo la vecina.
- Porque lo propone el político que vamos a votar.
- Porque un político de la oposición afirma lo contrario.
- Porque con nuestra experiencia nos basta para suponer que es así.
- Porque nos falta coraje o nos sobra pereza para evaluar otra explicación.
- Porque lo dice el diario.
- O el médico.
- O el horóscopo.
- O Freud.
- O Dios.
- Porque creer lo contrario sería demente, nazi, fascista, positivista o pequeño-burgués.

- Porque así piensa nuestro jefe, y si lo evaluáramos de otra manera peligraría nuestro sustento.
- Porque tememos que no sea así.
- Porque pensamos que nunca será de otra manera.
- Porque cualquier otra opción nos parece utópica.
- Porque si no fuera así, sufriríamos.
- Porque estamos de buen o de mal humor.
- Porque de otro modo no lo podríamos controlar.
- Porque de otro modo no lo podríamos soportar.
- Porque debe ser así y no hay otra alternativa posible.

Distorsiones de la memoria

De la memoria depende buena parte de la actividad de nuestro pensamiento, así que convendría identificar algunas distorsiones que le son propias.

Ayer me crucé por la calle con un compañero de las clases de salsa. “Estaba pensando que tal vez me iba a encontrar con vos”, me dijo. Nos hemos visto por allí en otras oportunidades, porque es vecino del barrio. No obstante, él estaba muy sorprendido porque un rato antes había imaginado esa posibilidad.

Cuando pensamos que algo puede ocurrir y ocurre, nuestra memoria, ante la sorpresa, retiene el episodio. En cambio cuando pensamos que algo puede suceder y no sucede, solemos olvidarlo. Esto es usual cuando una madre cree que su hijo puede tener un accidente, y luego el accidente se produce. Recuerda el episodio de por vida, e incluso lo presenta como una evidencia de su excelente condición de madre (tan perceptiva de las vicisitudes de la vida de su hijo).

También es común este mecanismo cuando dos acontecimientos se producen uno después del otro, por ejemplo, cuando se consulta con un adivino y luego el hecho vaticinado ocurre. Sin el acierto, la memoria no hubiera registrado el episodio. Se comete un error mencionado en artículos anteriores de este libro: el de atribuir un nexo causal entre los dos episodios, cuando solo existe precedencia temporal (una cosa ocurrió después que la otra). Se lo denomina falacia *cum hoc ergo propter hoc* (en latín, ‘con esto, por tanto a causa de esto’) y consiste en inferir que dos o más eventos están conectados causalmente porque se dan juntos.

También es frecuente este mecanismo cuando se recurre a prácticas de curación que no cuentan con evidencia científica, y luego el cuerpo sana. La memoria retiene el episodio atribuyendo

sin evidencia suficiente el segundo evento (la curación) al primero (la “práctica alternativa”).

Pero correlación no implica causación. Nuestra memoria retiene estos episodios como si necesariamente estuvieran unidos por una relación causal, y esta distorsión puede generar conductas que entorpezcan gravemente el pensamiento y las decisiones que tomamos.

Aunque nos quejamos de nuestra memoria, la mayoría de nosotros confiamos demasiado en ella. El problema sobreviene cuando dos personas compartieron una experiencia y cada una la recuerda de manera diferente. Suponemos que la memoria es una sola y que opera como una cámara de fotos. “¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Estuve ahí!”, decimos. Sin embargo, la memoria no es una sola, compromete habilidades distintas (podemos dominar algunas mejor que otras), no es un espejo literal de la realidad, puede ser edificada en base a supuestos falsos y cambiar con el paso del tiempo.

Uno de los errores más comunes de la memoria es la llamada propensión, que es la manera en que las creencias y emociones actuales condicionan el modo de recordar el pasado. De manera no consciente buscamos que los recuerdos encajen con las opiniones y necesidades del momento. Veamos algunas de sus formas:

1. Propensión de conformidad: si se enojó por algo y luego se desenojó, relativiza el enojo primero.
2. Propensión al cambio: si cambió de posición política, recuerda erróneamente sus posiciones pasadas como si fueran semejantes a las presentes. O quería comprar dos cuadros pero el dinero le alcanzaba para uno solo, y al día siguiente se convence de que el que compró le gustaba más.
3. Propensión de percepción retrospectiva: es el célebre “ya lo decía yo”. Cuando conocemos el resultado de un suceso,

tenemos la impresión de que siempre supimos lo que iba a pasar.

4. Propensión egocéntrica: damos más crédito a nuestra memoria que a la de los otros solo porque tenemos acceso directo a nuestros recuerdos y no a los de los demás, y porque cuando los recuerdos nos vienen enseguida a la mente y acompañados de detalles gráficos, los juzgamos más verosímiles. Es la razón por la que en nuestra sociedad las personas exageran su eficacia y su valía personal. El yo no es un observador neutral del mundo. Ya lo advirtieron las filosofías orientales, cuando lo consideran una mera ilusión que no debería cegarnos.

La memoria es nuestro gran tesoro, el que nadie nos puede quitar, el único del que somos poseedores absolutos. Porque gracias a la memoria somos quienes somos. Los mayas decían: “No llores por la muerte de tu cuerpo, llora por la muerte de tu historia”.

Aldo Rico y las camionetas

El militar retirado Aldo Rico fue herido cuando se resistió a que le robaran la camioneta, y sostuvo que en un asalto él responde a los tiros porque de niño le enseñaron “a no mariconear”. “Yo no me dejo matar, robar ni empujar”, señala, y agrega: “El colmo del progresismo y de la defensa de los derechos humanos es dejarse matar, robar y violar”.

Algunos presupuestos de la frase de Rico están implícitos en el pensamiento de muchas personas, incluso en el de quienes no simpatizarían con él.

Presupuesto 1: entre perder la camioneta o perder la vida, es preferible perder la vida (o ser herido en el brazo).

Presupuesto 2: quien prefiere preservar la vida antes que la camioneta, es un cobarde.

Presupuesto 3: los hombres que se sienten atraídos sexualmente por otro hombre y que, además, tienen rasgos o gestos femeninos, son cobardes porque preferirían conservar la vida y no la camioneta.

En síntesis:

- a. Una persona valiente es aquella que está dispuesta a perder la vida con tal de conservar su camioneta.
- b. Un gay es una persona que ama más la vida que las camionetas.
- c. Quien defiende los Derechos Humanos desprecia su propia vida y, lo que es peor, desprecia a las camionetas.

Las anécdotas y el salto a la conclusión

En su artículo del diario La Nación “El poder enferma o la enfermedad del poder”, del 28 de diciembre de 2011, el periodista y médico Nelson Castro dio a entender que el cáncer tiroideo

diagnosticado a la entonces presidenta Cristina Kirchner fue el resultado de la forma en que ejerce el poder. Para apoyar su afirmación, Castro habló de “un dato estadístico” relativo a la cantidad de patologías cancerígenas que padecen o habrían padecido otros presidentes latinoamericanos como Dilma Rousseff, Fernando Lugo, Lula o Hugo Chavez.

Pero Castro prescindió de la estadística que decía convocar y apeló en cambio a lo que se conoce como “evidencia anecdótica”. No hacemos estadística con lo que le pasó a nuestros vecinos ni con lo que les ocurre a varios presidentes. Para hablar seriamente de estadística la muestra debe ser más amplia y representativa.

Cada uno de los ejemplos mencionados compromete un tipo de cáncer diferente. Las enfermedades fueron diagnosticadas antes de que asumieran el poder (es el caso de Rousseff), después (es el caso de Lula), y durante (es el caso de Cristina). De modo que el lapso que se está evaluando es mayor que el del ejercicio de la presidencia, y aun cuando la hipótesis fuera que el ejercicio del poder o el estrés emocional favorecerían el desarrollo de determinados tipos de cáncer, todavía sería necesario explorar otras correlaciones más básicas, como por ejemplo que superada cierta edad la aparición del cáncer es más frecuente, en particular si consideramos que el periodo de tiempo en el que la enfermedad puede aparecer es ilimitado.

Como el artículo fue escrito por un médico, y como hablamos de salud, a simple vista los argumentos parecen verosímiles. Sin embargo, el razonamiento es inválido y la conclusión injustificable. Si saltamos a la conclusión desde una simple anécdota, es muy probable que caigamos al vacío.

Mentir o discrepar

Cuando una persona no nos simpatiza, a menudo sostenemos que miente en lugar de reconocer que puede tener una opinión distinta a la nuestra, o presentar evidencias cuestionables. Mentir y estar equivocado son dos cosas muy distintas. En el primer caso, obra la mala fe. En el segundo, hay un error o una perspectiva diversa.

En política esta confusión es muy frecuente. Cuando se equivocan, los políticos que nos simpatizan “están mal asesorados”. Los que no, “mienten”.

Se puede mentir diciendo la verdad. Por ejemplo, si yo tengo la impresión de que Juana estuvo en casa hoy, porque vi un objeto que le pertenece, pero miento y digo que no estuvo, y luego me entero u otro se entera de que no estuvo, mentí y sin darme cuenta dije la verdad, acerté por accidente. Mentir y cometer un error son cosas distintas. En lo primero hay una intencionalidad y una falta ética, en lo segundo, no. La confusión proviene de que a menudo utilizamos los dos términos (mentira y falsedad) como si fueran sinónimos, y no lo son.

Sin ir más lejos, si estás en desacuerdo con esto, es porque miento. Si no, es porque estoy bien asesorada.

El secreto beneficio del diálogo

Los demás nos ayudan a pensar, pero no siempre lo advertimos. El diálogo que mantenemos con nosotros mismos suele desarrollarse con los diversos interlocutores con los que nos vamos cruzando a lo largo del día. Por ejemplo, observo que las agencias de viaje argentinas anuncian las excursiones en pesos y no en dólares, como solían hacerlo. Dado que el gobierno está tomando medidas restrictivas para las divisas extranjeras, supongo que les

debe haber prohibido expresar sus precios en dólares. Converso con un amigo y le cuento mi hipótesis. Pero mientras hablo con él se me ocurre otra más plausible, que más tarde deberé corroborar o refutar: los precios son expresados en moneda nacional porque está prohibido comprar dólares destinados al ahorro.

Las personas que pasan mucho tiempo solas, mirando televisión, sin leer ni desarrollar tareas intelectuales, tienen más riesgo de padecer enfermedades degenerativas de la memoria. Supongo que es por esta misma razón: al no estar acompañadas, carecen de interlocutores que los ayuden a pensar. Las facultades intelectuales también necesitan un “personal trainer”, y nuestros compañeros de diálogo ofrecen este servicio de manera gratuita.

El conocimiento y las generalizaciones

“No hay que generalizar”, dicen, sin advertir que de lo que deberíamos huir es de las generalizaciones excesivas o inadecuadas, porque sin generalizar, es decir, sin abstraer, no hay conocimiento alguno. Es necesario aprehender versiones simplificadas de la realidad. De otro modo diseñamos un mapa como el que describía Borges, tan grande que su tamaño es idéntico al del país.

Sostener que nada puede ser generalizado es una generalización. En síntesis: generalicemos sobre las generalizaciones porque, si no generalizamos mal, nos alejan del error, en general.

Consejos no solicitados

El problema de los consejos no solicitados es que aunque provengan de nuestras buenas intenciones, en el nivel del metamensaje (lo que está implícito), se oye una crítica (“Yo sé cómo se hacen las cosas, vos no”). Podemos matizarlos (“a mi modo de ver”, “yo haría esto”, “tal vez si intentaras” en lugar de “lo que tenés que hacer es...”), o preguntar “¿Te gustaría saber mi opinión?”, pero es difícil que dejemos de aconsejar, ya que aun cuando evitemos las palabras “te aconsejo”, la recomendación suele estar implícita. A veces sería mejor aconsejar no aconsejar, pero ese sería un consejo, así que mejor me callo.

Falsa neutralidad

Cuando alguien formula una crítica, incluso con respeto, es muy común que quien no la comparte declare que no hay que juzgar a nadie, que es necesario hacer un ejercicio de introspección para revisar las propias ideas y conductas. Es cierto que la autocrítica revela que nuestra educación ha comenzado, pero lo que por lo general no advierte quien reclama neutralidad, es que su propia intervención es un juicio que se posiciona de un lado o de otro en el universo de los valores.

Quien sostiene “No hay que criticar” cae rápidamente en la misma contradicción que el escéptico radical cuando dice “Nada puede ser conocido”, y esa frase incluye una pretensión de conocimiento.

Podemos disminuir el número de críticas, ser más piadosos con los demás, pero hablar supone tomar partido, e incluso no hacer ningún comentario implica en muchos casos tomar partido por el statu quo, aún cuando no seamos conscientes de ello.

La distorsión que no siempre advertimos es que la neutralidad es reclamada con mayor frecuencia cuando no estamos de acuerdo con la crítica. Ahí calificamos al interlocutor de “soberbio”, de seguro de sí mismo y otros atributos del ego. En cambio cuando compartimos una opinión, rara vez la juzgamos inoportuna y no la percibimos como una crítica sino como una descripción objetiva de los hechos.

Medirnos con la misma vara que medimos a los demás es quizá la tarea más ardua.

Quien pretenda ubicarse en un lugar neutral en el universo de los valores terminará siendo cómplice de las peores injusticias, confundirá tolerancia con indiferencia y será cómplice de que todo siga igual.

Los problemas de pensar en voz alta

Pensar en voz alta puede ser dañino cuando un profesional se comunica con su paciente o su cliente. El odontólogo no encuentra el origen de un dolor de muela, que se dispara con los dulces y los líquidos muy fríos o calientes. La radiografía muestra dientes en perfecto estado. Entonces comenta: “Debe ser un caso de bruxismo, o un problema con el sistema nervioso, habría que consultar a un neurólogo, su muela está en perfectas condiciones”. Cinco minutos más tarde, enfoca otro ángulo de la boca para tomar una radiografía, y descubre una vulgar caries que pasaba inadvertida a simple vista.

Otro ejemplo: hay pilotos de avión que informan a los pasajeros sobre las turbulencias y tormentas anticipadas para un largo viaje. Otros omiten los detalles y, llegado el momento, solicitan que el pasajero se ajuste el cinturón, y tal vez agregan “porque atravesaremos una zona de turbulencia”.

En el caso del odontólogo, razonar el diagnóstico en voz alta puede traer intranquilidad y desconfianza al paciente, que piensa: “Hace cinco minutos me mandaba al neurólogo y ahora advierte que se trata de una simple caries. Aunque me atiende con él hace años, ¿seguirá siendo un buen profesional o simplemente se trató de un diagnóstico difícil?”

En el caso del piloto, algunos pasajeros preferirían conocer los detalles, otros sentirían temor. Aventuro que es menos dañino omitir estos datos y recordar que se ajusten el cinturón en zona de turbulencias.

Pensar es dialogar con uno mismo. Saber cuándo incorporar a los demás a esta práctica solitaria es un arte, y de los más arduos.

3

El mundo de la ética

La lección de filosofía del boxeador

A Sebastián “el Gaucho” Heiland lo declararon vencedor en una pelea por puntos y, cuando le levantaron el brazo en señal de victoria, proclamó que el ganador era su rival. “Yo no gané, ganó él”, dijo el boxeador mientras levantaba el brazo de Sergio Sanders. Para la mayoría, se trataba de un empate, para algunos había ganado Sanders, y para muy pocos Heiland era el vencedor.

A juzgar por las conductas ventajeras que desfilan ante nuestros ojos cotidianamente, el gesto de Heiland es sorprendente y merece ser divulgado, incluso más allá del juicio que nos merezca la práctica del boxeo en sí misma. Imitar una buena acción puede ser más útil que leer varios tratados de filosofía.

Si la admiración por un gesto semejante nos hace considerarlo propio de otro mundo, difícilmente lleguemos a reconocer que todo ser humano tiene disposiciones que le permiten actuar con justicia en favor del bien común, incluso cuando no las ejercite con frecuencia. Recientes investigaciones de Dan Ariely, reflejadas en su libro *Por qué mentimos*, revelan que la mayor parte de las personas hacen un poco de trampa cuando tienen ocasión. Por ejemplo, se quedan con una birome que no es suya, o con un pequeño vuelto. Una minoría trampea a lo grande, y otra procede de acuerdo a las normas establecidas. ¿Por qué la mayoría hace solo “un poco” de trampa? Según Ariely, porque todavía nos importa la imagen que tenemos de nosotros mismos. Esa dignidad que para

Heiland tenía un único pero valioso espectador: su propia conciencia.

Su “fracaso” fue una oportunidad para cultivar la justicia, la más excelente de las virtudes. Por eso declaró: “Yo aprendo más con las derrotas que con las victorias y le quiero decir la verdad a mi gente”.

Su gesto revela otra disposición que está presente en todos nosotros: aunque creemos que preferimos los atajos, las recetas fáciles, a menudo optamos por el esfuerzo y no nos gusta que nos regalen nada. ¿Si no, cómo se explica que los alpinistas prefieran llegar a la cima de la montaña y no comprarse una postal con el mismo paisaje? ¿Cómo se entiende que, tal como muestran diversas investigaciones de las que da cuenta Mihály Csíkszentmihályi en su libro *Fluir*, la mayor parte de las personas disfruten más con una tarea que les plantea un desafío óptimo que con una actividad pasiva como tomarse un trago mirando el mar?

El gesto de Heiland podría inspirarnos para ser imparciales allí donde la conveniencia, el amor propio o las afinidades distorsionan nuestro juicio. Por ejemplo, cuando criticamos el afiche del candidato que no nos gusta y jamás el del que hemos de votar. O cuando desestimamos un proyecto de ley solo porque lo promueve un partido que no goza de nuestra simpatía, no apoyamos una idea solo porque no se nos ocurrió a nosotros, no aceptamos que una crítica es una oportunidad para enmendar errores, no nos disculpamos para no reconocer abiertamente una falta o cuando nada que provenga de una persona que hirió nuestro amor propio nos parece aceptable.

En toda transacción, ser justo implica ponernos en el lugar del otro con todo lo que sabemos y decidir si la aprobaríamos. Es cumplir con las condiciones que habrían podido consentir los iguales, ya que cuando las leyes promueven el beneficio común, lo

que llamamos justicia es lo que tiende a producir o a conservar el bienestar de una asociación política.

La derrota del boxeador es la victoria del hombre. Porque no son los puñetazos sino las virtudes las que nos permiten ejercer plenamente nuestro oficio humano.

Cómo poner fin a la violencia

¿Por qué la violencia no deja de sacudirnos? Leemos en el diario que una anestesista descargó siete tiros contra un auto estacionado en su cochera, el intendente de Lobos fue asesinado a golpes de hacha por un empleado del municipio que meses atrás había sido desplazado de su cargo debido a supuestas irregularidades en su desempeño y los partidos de fútbol siguen siendo un marco frecuente para el crimen.

La violencia se vincula fundamentalmente con tres fenómenos. Por un lado, la falta de una educación emocional, de una formación para la vida que permita gestionar el conflicto asertivamente, es decir, defendiendo los propios derechos sin agredir. Este entrenamiento debería ser proporcionado en la escuela, y podría estar presente en los programas televisivos de ficción, tal como se hizo en Estados Unidos con Los Simpsons, una serie que participó en diversas campañas educativas. También se podría promover la gestión pacífica del conflicto en los afiches callejeros, e iniciando cada partido de fútbol con cinco minutos de una buena campaña publicitaria en favor de la no violencia. Una posibilidad sería que jugadores prestigiosos de cada club dieran una vuelta a la cancha con una enorme bandera que promueva la no violencia y el aliento al propio equipo, gane o pierda. En Japón es muy común que en el subte aparezcan inscripciones que subrayan la importancia de respetar a los mayores. No es lo mismo conocer las normas que tenerlas presente.

Un segundo fenómeno que correlaciona con la violencia es la desigualdad, que supone un quebrantamiento del lazo social y un incremento de la desconfianza interpersonal y de la adversatividad. La violencia simbólica de una sociedad que se define como democrática pero que supone un acceso muy desigual a los bienes más valorados, genera resentimiento. No justifica el crimen ni alcanza para explicarlo, pero es un factor probabilístico que lo incrementa. Dos reflejos puntuales de esta situación son lo que habitualmente llamamos “inseguridad” y la proliferación de juicios entre vecinos.

El tercer fenómeno es que en la Argentina casi un millón de armas de fuego están en manos de 625 mil usuarios individuales. Por eso es de fundamental importancia seguir generando iniciativas para evitar su uso generalizado.

La violencia comienza al ignorar la voluntad del prójimo y convertirlo en una “cosa” destinada a satisfacer los propios intereses. A menudo el violento se siente con derecho a reciprocitar el maltrato sufrido y, tal como observó Gandhi, el “ojo por ojo” suele conducir a la ceguera general.

Si hemos de vivir en una sociedad democrática, es de fundamental importancia entrenarnos para aprender a gestionar el conflicto. La democracia se inventó hablando. Así es como aprendemos a retener los impulsos, a no considerar a la ira como una fatalidad o un destino impuesto por los dioses, a escuchar al prójimo y a ponernos en su lugar.

Si se quiere poner fin al rencor, se lo debe hacer en un marco totalmente distinto al de la fuerza bruta. Debemos cambiar la armadura por el radar y desestimar la violencia en favor de los argumentos, que son nuestras mejores herramientas para la paz.

La fama a cualquier precio

Veamos dos ejemplos de la búsqueda de fama y reconocimiento a cualquier precio. En marzo de 2011 un joven de 29 años asaltó un banco en Estados Unidos y fue apresado porque cambió su perfil en Facebook y puso “ahora soy ladrón de bancos”. Mark Chapman, el asesino de John Lennon, aseguró que decidió matar a una figura pública porque quería que el mundo hablara de él y conociera su rostro. “Creí que así me convertiría en alguien y, en lugar de eso, me transformé en un asesino, y un asesino es nadie”, dijo. Confesó que tenía una lista de personas a las que quería matar para salir del anonimato. Elizabeth Taylor y el conductor televisivo Johnny Carson eran dos de ellas, pero se decidió por Lennon porque el edificio en el que vivía tenía menos seguridad. No caben dudas de que Chapman es responsable a nivel individual por su homicidio. Menos manifiesta es la cuota de responsabilidad social que pesa en los delitos individuales. Una boliviana pobre abandona a su hijo de tres años en el supermercado y ese gesto desesperado no revela solo una falta individual, sino también una muda condición social de posibilidad.

Muchos se apresuran a condenar: “Son psicópatas”, “Chapman es un enfermo”, “Hitler también lo fue”. Pero la categoría de “enfermedad” —aun cuando existiera tal enfermedad— no clausura la comprensión de un fenómeno multicausal.

El crimen de Chapman es una expresión extrema y brutal de una necesidad que tenemos todos los seres humanos: la de ser apreciados por la comunidad a la que pertenecemos. Un afán que recorre una amplia gama de matices, desde el reconocimiento (un valor al que todos pueden acceder) hasta la fama (de la que participan unos pocos). Si una persona no puede sentirse querida por lo que hace, hasta el homicidio puede resultar una opción

atractiva para salir del anonimato. La valoración negativa parecerá menos indeseable que la ausencia total de valoración. Así al menos pasará de ser un “Don Nadie” a convertirse en “Alguien”, tal como pretendía Chapman, que ahora declara tener una perspectiva diferente cuando dice que se equivocó, y que un asesino seguiría siendo un “Don Nadie”.

El templo de Éfeso fue destruido por un incendio provocado por Eróstrato el 21 de julio del año 356 AC, la noche en que, al parecer, nació Alejandro Magno. El propósito también fue el de lograr la fama a cualquier precio. Los efesios, ultrajados, intentaron que el autor no fuera recordado, prohibiendo, bajo pena de muerte, mencionarlo. Sin embargo, Estrabón se ocupó de divulgar la historia.

El deseo de reconocimiento, una necesidad humana básica (que no hay que confundir con la ansiedad por el estatus ni con las ganas de ser famoso) también está presente en quienes atentan contra la propiedad privada. En los robos no solo existe un deseo de alcanzar estándares de consumo sino también la aspiración de obtener reconocimiento y poder. Es en este sentido que puede sostenerse que el llamado fenómeno de la “inseguridad” es propio de las sociedades democráticas, es decir, de contextos en donde se produce una brecha entre las expectativas y los objetivos (en este caso, de reconocimiento) que genera la sociedad y las posibilidades reales de lograrlos. Dentro y fuera de la cárcel, las bandas de jóvenes que se dedican a tareas delictivas responden a esquemas jerárquicos y alternativos de poder y reconocimiento. Las subculturas del delito no solo permiten a sus intergrantes proveerse de bienes materiales sino también consagrar el orden ético de una vida marginal, con un sistema de regulaciones sociales en las que se puede llegar a posiciones de prestigio y poder que son negadas en la sociedad mayor.

Una forma de volver menos probable el surgimiento de otros “Chapman” es promover que todos gocen de la oportunidad de ser reconocidos en el desarrollo de un trabajo enriquecedor. La única manera de hacerlo es que también todos tengan el deber de compartir las tareas más embrutecedoras y reiterativas que todavía son necesarias para la supervivencia social, que disminuya la inequidad y que la educación sea la fuerza motivadora que contribuya a encontrarle un sentido a la vida. Así, cada uno tendrá ocasión de estimarse a sí mismo y de ser reconocido por acciones que beneficien tanto al individuo como a la sociedad.

Las trampas mentales de la discriminación

La discriminación de la que todavía son objeto los judíos en Argentina, tal como se desprende del último informe elaborado por el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, nos lleva una vez más a interrogarnos sobre los mecanismos que generan y hacen perdurar los prejuicios. Entre ellos, algunas trampas mentales que explican cómo ciertas ideas se transmiten acríticamente.

La oposición nosotros-ellos es un componente fundamental de la gramática de los grupos humanos. Para nuestros antepasados cazadores-recolectores, saber si el otro representaba un peligro implicaba la diferencia entre la vida y la muerte. El integrante del propio grupo era considerado fiable, y “el otro” podía implicar una amenaza. Desde el punto de vista evolutivo, esa gramática quedó inscripta en nuestra mente actual, pese a que ya no cumple una función adaptativa, y en parte podría explicar las rivalidades entre grupos (Boca-River, cristianos-musulmanes).

En la década de 1950 el psicólogo social Muzafer Sherif realizó un estudio en un campamento de adolescentes que no se conocían previamente. En una primera fase, se les planteó la consigna de

formar dos grupos. Ambos asumieron identidades diversas y contrapuestas, y empezaron a mantener una relación hostil. En una segunda fase, se buscó cohesionarlos nuevamente mediante veladas de cine y sesiones de fuegos artificiales, pero la iniciativa fracasó. Luego se procuró unirlos estableciendo un problema común. Una cañería tapada produjo una inundación en el campamento y todos trabajaron para resolver el problema. Cuando lo lograron hicieron una fiesta y así neutralizaron la rivalidad, focalizados en objetivos comunes.

Ser miembro de un grupo nos hace sentirnos orgullosos y seguros, otorga un sentido de pertenencia y alimenta la ilusión de invulnerabilidad y unanimidad moral. A veces también nos lleva a sostener ideas irracionales, en particular cuando incorporamos acríticamente las creencias y los prejuicios de la mayoría. Entonces asumimos de manera irreflexiva las ideas del grupo, incluso en contra de lo que percibimos. Esta trampa mental, denominada “pensamiento de grupo”, fue investigada en un estudio que realizó el psicólogo Salomon Asch. Pidió a un grupo de personas que estimaran la longitud de unas líneas dibujadas en un papel y, en complicidad con siete estudiantes que mentían al declarar que las líneas medían más de lo razonable, observó que solo un 25% confió en sus sentidos. El resto opinaba siguiendo la estimación de la mayoría. Bastaba que uno de los cómplices planteara su disenso para que el efecto se redujera considerablemente. Estos resultados muestran que en los grupos con un alto consenso es muy común que las ideas se acepten en forma acrítica, se trate de prejuicios, opiniones, mentiras o intenciones de voto.

Otra trampa mental que favorece la discriminación es el “sesgo confirmatorio”, que consiste en recordar lo que se amolda a nuestras creencias previas y olvidar aquello que las refuta. Si una persona incorporó el prejuicio de que los judíos son tacaños, cada vez que

se tope con un judío que tenga esa característica lo recordará, y cada vez que se encuentre con un judío generoso tenderá a olvidarlo.

Para evitar estas trampas es necesario desarrollar el pensamiento crítico, favorecer la diversidad de opiniones en los grupos e incluir personas que objeten las creencias más consolidadas. Si este rol de “abogado del diablo” no existe, es imprescindible inventarlo. Solo así nos libraremos del dogmatismo y nos atreveremos a pensar por cuenta propia.

El cuidado del otro como elemento básico del amor

Si alguien dice que ama pero no cuida, esa declaración de amor no nos parece sincera. En los modelos tradicionales, promovidos por la publicidad y por otras representaciones, el cuidado aparece como una virtud femenina. Aunque en los más jóvenes este esquema está variando, las mujeres aún son las que más cuidan a los hijos, a los enfermos y a los ancianos, las que más trabajan en el servicio doméstico, como maestras, azafatas, enfermeras, niñeras y en otras áreas vinculadas con el cuidado del otro. La filósofa peruana Carmen Zavala sostiene que el trabajo del cuidado se publicita como dignificante y valioso para la mujer, para evitar que se delegue estas tareas al varón. A través de una “ética del cuidado” la filósofa Carol Gilligan llama a la mujer a no deshacerse de una virtud tan valiosa. Es una fortaleza humana y debería ser enseñada tanto a los hombres como a las mujeres. Gilligan destaca algunos valores que surgen en el mundo privado, allí donde se cuida a los niños, a los enfermos y a los ancianos. Señala que las éticas anteriores sobreestimaban valores tradicionalmente asignados al varón tales como la autonomía, la mente entendida como lo opuesto a la emoción, la guerra, las reglas, el universalismo y la imparcialidad y subvaloraban la interdependencia, la conexión, la comunidad, el

cuerpo y la paz. Los trabajos vinculados con el cuidado sostienen a las comunidades y, sin embargo, son los peor pagos, están realizados mayormente por mujeres y por inmigrantes de países pobres, y en Canadá o Estados Unidos por lo general están a cargo de afroamericanos, con lo cual para muchos también la cuestión se convierte en un asunto racial.

Las mujeres que cuidan a otros en el hogar muchas veces pierden importantes oportunidades económicas o de trabajo fuera de casa. Todos necesitamos cuidado en algún momento de nuestras vidas (en la infancia, cuando enfermamos, antes de morir). Que los hombres participen menos en las tareas de cuidado implica que no estén presentes en una dimensión básica del ser humano. La teoría clásica de la justicia sostiene que solo pertenece al dominio de la ética el deber de no invadir la autonomía del otro, y que el resto de los valores cambia según cada cual. Pero no es suficiente con que no se lesione el derecho a la vida y a la integridad de los inmigrantes (“yo no soy racista”), tenemos un deber ético de hacer algo positivo por los inmigrantes.

Para ello es necesario incorporar la idea de que lo inmoral no es solo hacer algo que perjudique a otro, sino también la falta de respuesta. La solidaridad y el cuidado del otro son imperativos éticos que se derivan de la interconexión y no de la consideración del sujeto aislado, una perspectiva que está en la base de las filosofías que sustentan las economías individualistas.

La justicia y el relativismo de valores

Suele decirse que una persona confiable y justa es aquella a la que se le compraría un auto usado. El filósofo André Comte-Sponville entiende que en las antípodas estaría el vendedor que oculta los desperfectos de un vehículo. “¿Hay que obrar pues en contra de los propios intereses?”, pregunta. Se supone que en un

intercambio justo los participantes deben obtener toda la información relevante a la hora de decidir. Si el vendedor no la proporciona debería conformarse con ser rico y no pretender, además, ser justo.

Cada vez que se reflexiona sobre la idea de justicia, hay quienes dudan de que exista tal cosa, amparados en el relativismo de que “todo depende del cristal con que se mira”. Y algunas cosas dependen, en efecto, de la perspectiva desde la cual valoramos un fenómeno. Por ejemplo, los juicios estéticos. Pero otras pueden ser juzgadas de acuerdo a parámetros universales. Por ejemplo, los derechos humanos. Y otras, según códigos regionales o pertenecientes a grupos específicos. Por ejemplo, en Occidente se considera que para ser autónomos, a cierta edad los hijos deben abandonar la casa de sus padres. En ámbitos tradicionales de la India o de China, esto implicaría la desvinculación completa de los lazos afectivos.

Algunos siguen pensando que Einstein sostenía un relativismo filosófico, pero la teoría de la relatividad no guarda ninguna relación con esta perspectiva.

Incluso cuando haya casos en los que es difícil establecer qué es lo justo, esto no implica echar por tierra la idea de justicia bajo la consigna de que “todo es relativo”. Siguen en pie parámetros intersubjetivos que permiten determinar si una acción es o no justa. De otro modo se cae rápidamente en contradicciones prácticas. Supongamos que caminamos por la calle mientras un niño come un helado. Pasa un señor muy bien vestido, de unos treinta años, le pega al niño, le saca el helado y se va corriendo mientras se lo come rápidamente. ¿Diríamos acaso que no obró con injusticia porque desde los parámetros del ladrón la acción es admisible?

La idea de que la ciencia se reduce a los juicios fácticos (hechos) y no puede determinar juicios de valor (qué es lo bueno en términos éticos), es decir, la idea de que no hay verdades morales, proviene

de la necesidad de diferenciarse de algunas religiones, que postularon “verdades morales” en nombre de Dios, por ejemplo, que la única sexualidad válida sería la que se da entre un hombre y una mujer. Pero hoy sabemos que bajo ese rótulo, “verdad moral”, se escondían prejuicios de épocas y geografías diversas. Para ampliar el respeto por la diversidad de valores, la comunidad científica consideró y aún considera mayoritariamente que la ciencia no debe desempeñar ningún papel en la determinación de los juicios morales. Sin embargo, el desarrollo de la psicología y de la política experimental, de las neurociencias, de la psicología evolutiva y de la genética conductual, entre otras disciplinas, nos informa sobre condiciones básicas del bienestar humano, lo que torna mucho más insostenible la perspectiva posmoderna y relativista de afirmar que todos los valores culturales son admisibles, y la visión de la mayoría de los intelectuales, que sostienen que la ciencia no puede determinar valores morales. Esto no implica sostener que se podrán dirimir todos los conflictos éticos mediante la ciencia, sino que algunas cuestiones incompatibles con el bienestar, como que los talibanes hoy prohíban estudiar y trabajar a las mujeres, no son respetables en absoluto. Que 21 Estados de USA permitan castigos corporales en la escuela, basados en preceptos religiosos, tampoco.

Iniciar una conversación sobre cómo la verdad moral puede ser entendida por la ciencia es una tarea imprescindible para comprender las relaciones interpersonales y sociales.

La ética en los espacios públicos

¿Qué pasaría si las inscripciones en los espacios públicos dejaran de ser monopolizadas por la publicidad de productos y servicios comerciales? ¿Qué efecto tendría la exposición pública de refranes que ayuden a vivir y a convivir mejor? Un estudio sugiere que podríamos ser un poco menos deshonestos si recordáramos

con mayor frecuencia los códigos éticos. En su libro *Las trampas del deseo*, Dan Ariely cuenta que realizó un experimento en el laboratorio de la Universidad de California en el que les pidió a algunos participantes que escribieran los títulos de diez libros que leyeron en la escuela secundaria. A otros les solicitó que escribieran todo lo que fueran capaces de recordar de los diez mandamientos. Después tenían que hacer unos ejercicios matemáticos muy sencillos. El que obtenía mejores resultados, cobraba más dinero. Para la evaluación se tomó en cuenta a un grupo al que no se le dio la oportunidad de hacer trampa, y a otro en el que los participantes debían ver por sí mismos cuántos aciertos habían tenido y romper la hoja del ejercicio, con lo cual podían mentir y decir que habían acertado más veces. Los que anotaron los títulos de los libros que leyeron en la secundaria hicieron un poco de trampa, mientras los que fueron tentados después de recordar los diez mandamientos, algo que los investigadores pensaban que suscitaría en ellos la idea de honestidad, no hicieron nada de trampa.

Lo que impresionó al grupo de trabajo de Ariely fue que aun los que fueron capaces de recordar uno o dos mandamientos se vieron influidos por ellos, lo que indicaba que no eran los mandamientos en sí mismos los que alentaban la honestidad, sino la contemplación (y el recuerdo) de alguna clase de pauta ética.

Si esto fuera cierto, podríamos utilizar normas no religiosas para contribuir a elevar el nivel general de honestidad. Ariely propone buscar formas de actualizar los juramentos profesionales y las reglas que impidan, por ejemplo, que los diputados voten su propio aumento de sueldo.

Si evocar las normas éticas más a menudo favoreciera su cumplimiento, ¿no deberíamos incluir en el espacio público frases que nos ayuden a vivir mejor y nos recuerden la importancia de respetar ciertos códigos de convivencia? En Cuba hay grandes

carteles ubicados en espacios públicos con frases de Abraham Lincoln como “Vale más la vida de un ser humano que todas las propiedades juntas de la persona más rica de la tierra”. Tal como señalé en un artículo anterior, en Japón el metro es pródigo en carteles que recuerdan la importancia de dar el asiento a los mayores. Mal no nos vendría recordar algunas cosas de vez en cuando. No es lo mismo saberlas que tenerlas presentes.

Imagino algunas objeciones: en un sistema que admite muchas deshonestidades, de nada serviría tener un puñado de buenas frases a la vista. Sin embargo, aun cuando los refranes no cambien el mundo por sí mismos, pueden contribuir en una pequeña pero significativa proporción a ese cometido. También podría objetarse que una práctica semejante facilitaría el “lavado de cerebro” de la ciudadanía. Quien sostenga esto deberá probar que la publicidad comercial que monopoliza el espacio público no ocasiona ese perjuicio en la actualidad, ni ha sobredimensionado la importancia de consumir, así como deberá probar la futilidad o los perjuicios concretos que supondría el recuerdo de pautas éticas consensuadas. Otro objetor podría preguntarse con buen tino quién elegiría las frases. Dado que Mauricio Macri dijo alguna vez que uno de sus libros favoritos era *La virtud del egoísmo*, de la filósofa Ayn Rand, no hay razones para ser muy optimistas al respecto. Es verdad, pero también podrían pensarse otros métodos de selección, incluso alguno consensuado mediante voto electrónico.

¿Elegirían alguna frase en particular que, exhibida en el espacio público, pudiera ayudarnos a vivir y a convivir mejor? ¿Cuál? Yo propondría la frase de Gandhi: “Ojo por ojo, diente por diente, y todos terminaremos ciegos”.

Exteriorizar el enojo aumenta la agresividad

Uno de los mitos populares más difundidos sostiene que exteriorizar la ira es mejor que reprimirla. En *El malestar en la cultura* Freud postula que la ira reprimida se acumula como el vapor de una olla a presión y puede provocar una agresividad desenfrenada o trastornos psicológicos como la histeria. Para Freud es necesario amortiguar la presión de los sentimientos negativos verbalizándolos en el contexto de una terapia.

La misma idea está presente en películas como “Locos de ira”, en la que Jack Nicholson interpreta a un psicólogo que le recomienda a su paciente que descargue su ira arrojando palos de golf. Libros de autoayuda como *Enfrentando el fuego*, de John Lee, sugieren que “en vez de reprimir la ira es preferible golpear una almohada o una bolsa de arena, chillando y profiriendo palabrotas, protestando y quejándose”. Lee también invita a imaginar que la almohada tiene el rostro del que nos agravió. Algunos psicólogos, entre ellos George Bach y Herb Goldberg, recomiendan un ejercicio que denominan “el Vesubio” (por la erupción del volcán que destruyó Pompeya) para que las personas den rienda suelta a sus frustraciones “gritando a pleno pulmón”.

En internet se ofrecen diversos adminículos para descargar la ira. Uno es un pollo de juguete al que se estrangula hasta que empieza a sacudir las patas y los ojos le quedan desorbitados. Otro es un jefe que maltrata y obliga a hacer horas extras, hasta que se lo estrangula y entonces promete un día libre o un aumento de sueldo.

Los habitantes de la ciudad española de Castejón buscan aliviar el estrés con la “terapia de la destrucción”, que consiste en destrozarse autos viejos mientras se oye rock pesado.

Investigaciones científicas desarrolladas durante más de cuarenta años sugieren en cambio que la hipótesis de la catarsis (descarga) es errónea. Diversos estudios de Roy Baumeister y su equipo evidencian que exteriorizar la ira directamente hacia otra persona o

indirectamente a través de un objeto aumenta la agresividad en vez de aliviarla. En uno de estos estudios, después de ser insultadas las personas debían clavar clavos. Quienes desarrollaron esta acción no solo no disminuyeron su ira frente al agresor sino que la incrementaron.

Patterson mostró que el fútbol americano, que supuestamente favorece la catarsis, en realidad genera un aumento de la agresividad. También hay estudios que revelan que videojuegos como el Manhunt incrementan la belicosidad tanto en el laboratorio como en el mundo real.

Si alguien nos enoja, es poco probable que gritarle nos haga sentir mejor. Puede dar más resultado expresar de manera asertiva cuál es la conducta deseada (por ejemplo, “Entiendo que estés ocupado, pero me gustaría que cumplas con lo que prometiste”).

A menudo las personas atribuyen a la catarsis la disminución de la ira, sin tener en cuenta la posibilidad de que se reduzca por el mero paso del tiempo. Una vez más, se trata de la “falacia *post hoc, ergo propter hoc*” (“después de esto, por lo tanto, a consecuencia de esto”) y consiste en creer que por el hecho de que una cosa siga a la otra, la primera es causa de la segunda.

De las personas gritonas solemos predicar: “Tiene mucho carácter”. Una descripción que suena neutra, como afirmar “Tiene mucha sed”, o incluso laudatoria, como si dijéramos “Tiene una abundante cabellera”. Quizás el efecto se vincule con que solemos asociar “mucho” con “bueno”. Posee “mucho talento”, “mucho dinero”, es “muy bella” o “muy buena” son todas expresiones connotadas positivamente.

Pero ser una persona que se la pasa gritando implica tener “mal carácter” y no “mucho carácter”. Incluso sería más preciso decir que tiene “poco carácter” en virtud de que debería trabajar sobre sí misma para no pedir las cosas a los gritos.

Propongo abandonar las metáforas de la cantidad en favor de las escatológicas. Si una persona grita demasiado, no decir que tiene “mucho carácter” sino “un carácter podrido”, o simplemente que tiene “mal carácter”.

Hay por lo menos dos razones para desestimar los ataques de ira. La primera es ética: ya hay demasiada violencia en el mundo como para incrementarla todavía más. La segunda es pragmática: el problema no solo no se resuelve sino que se agrava.

Como reza el proverbio criollo: “A china gritona, gaucho sordo”.

La paradoja de la tolerancia

La tolerancia es el respeto por opiniones o formas de conducta que pueden parecernos extrañas. Algunos rechazan el término porque lo consideran paternalista o discriminador. Mejor sería hablar de respeto o de aceptación, argumentan. Pero no es lo mismo tolerar que respetar. Tolerar implica convivir con algo que molesta, por ejemplo, algunos ruidos de los vecinos, mientras que respetar esos ruidos no supone perturbación alguna.

Otros rechazan el término tolerancia porque lo juzgan afín a la indiferencia. Tolerar la pobreza sería ser indiferente a ella. Sin embargo, este sería un uso cuestionable del término tolerancia, ya que la pobreza no debería existir, y tolerar es aceptar lo que se manifiesta por derecho propio. De modo que no hay un sinónimo de tolerancia que pueda reemplazarlo en todos los contextos argumentativos.

Algunas personas confunden libertad de expresión con tolerancia irrestricta, y acusan al que pone límite a una agresión de carecer de espíritu democrático. Pero la tolerancia no es infinita. Si somos tolerantes con los intolerantes, se acabó la tolerancia. Ser tolerantes con el nazismo hubiera implicado proclamar el reino de la intolerancia.

Deberíamos ser tolerantes y aceptar opiniones contrarias a las nuestras. Pero la tolerancia también tiene un límite que reviste distintas formas: el ataque personal, la agresión. O el envenenamiento de la fuente, una falacia que consiste en juzgar como falsa una información meramente descalificando la fuente de la que proviene. Se trata de un argumento inválido, pero cuando se le suma agresión, se vuelve un acto intolerante. ¿Por qué es una falacia? Porque la verdad o falsedad de una proposición son independientes de quien las enuncia.

Al fenómeno que consiste en poner límite a la tolerancia el filósofo Karl Popper lo llamó “la paradoja de la tolerancia”. Consiste en saber que si somos tolerantes con los intolerantes, nos devoran.

¿Facebook nos acerca demasiado?

Quizás hayamos ido demasiado lejos exhibiendo en Facebook nuestras convicciones sobre (casi) absolutamente todo. Nunca supimos con tanto detalle qué música escuchan nuestros conocidos, por quién votan, con cuánto fanatismo expresan sus convicciones políticas, si creen en el horóscopo, en la homeopatía, en el feng shui, si cada uno de los chistes que cuentan coinciden o no con los que nos arrancan una carcajada, si juzgan o no relevantes sus experiencias cotidianas más minúsculas. Nunca antes habíamos invadido a nuestros conocidos y a nuestros amigos con pensamientos que a las dos horas de ser publicados nos parecen muy estúpidos, ni con la publicidad de nuestras charlas, recitales, obras de teatro y manifestaciones políticas de todo color.

Ya sabemos que Facebook crea magníficas comunidades de intereses y que permite ligar a las personas de una forma antes impensada. Pero quizá no seamos tan conscientes de que al acercarnos, Facebook subraya nuestras diferencias como nunca antes.

Preferiría no enterarme de muchas de las cosas de las que me entero por Facebook, y no dudo de que muchas personas que me leen preferirían no saber qué pienso sobre gran cantidad de asuntos mundanos. Sé que hay algunos que dejaron de venir a mi Café Filosófico por mis ideas políticas, y a mí me llena de satisfacción saber que no estoy tan pobre ni soy tan cobarde como para guardar mis ideas bajo la alfombra. No dejo de sentirme agradecida: por no tolerar el disenso a Sócrates lo condenaron a tomarse la cicuta. Para mí es mucho más fácil porque se conforman con borrar me del

Facebook o de sus actividades de fin de semana. Y no es que me atribuya el talento de Sócrates, solo estoy diciendo que mostrar nuestras ideas tiene un costo. Facebook posee, como todo en la vida, un lado oscuro: con frecuencia nos acerca demasiado y lo que vemos no nos gusta. ¿Cuál es la solución? ¿Cerrar la cuenta? ¡No! Asumir cada grieta como un desafío a nuestra capacidad de aceptar las diferencias, argumentarlas llegado el caso, y tener en cuenta que por escrito, aún con la presencia de emoticones, faltan los gestos, la sonrisa, la forma de matizar lo que se dice y la experiencia compartida. En síntesis: que Facebook no separe lo que la vida unió. Seamos conscientes de que se puede ser duro con las ideas y blando con las personas, que discrepar no implica la muerte de nadie. Ejercitemos nuestro espíritu democrático en las redes sociales, conviviendo sin agraviar, entendiendo que abrirse a la perspectiva de los demás puede ser valioso, aún cuando no estemos de acuerdo.

La mentira como mal menor

Quizá por ser muy problemática, la sinceridad no ha sido considerada tradicionalmente como una virtud cardinal. Constituye una virtud siempre que no se imponga otra virtud más importante (la justicia, la dulzura). Por ejemplo, quieren matar a nuestro amigo, que permanece oculto en nuestra casa. Los asesinos tocan el timbre y preguntan si está allí. En este caso mentir es un mal menor, antepone la virtud de la solidaridad a la de la sinceridad.

A veces la mentira promueve la armonía, restaura la justicia, se contrapone a mentiras peores y protege verdades importantes. Se miente por cortesía positiva (para agradar y mostrar que aceptamos verdaderamente al otro y nos interesa) o por cortesía negativa (para preservar la autonomía, “Hoy tengo un compromiso”). Se miente para cubrir los resquicios del olvido, por no tener nada que decir (Borges en “El informe de Rosendo Juárez” escribió: “El viejo tenía sus cosas, le gustaba mentir, no para engañar sino para divertir a la gente”), o como un mal menor para llegar a la justicia.

Pero la mentira solo es posible de modo excepcional, si no el mentiroso corre la suerte del pastor del célebre cuento. Como dice el filósofo André Comte-Sponville: “Asestarle la verdad a quien no la solicita, a quien es incapaz de soportarla, a quien ella destruye o anonada, no es buena fe sino insensibilidad, violencia, brutalidad. Hay que decir la verdad, o lo más cercano a la verdad, porque es una virtud, pero no a cualquiera, no a cualquier precio, no de cualquier manera. Hay que decir la verdad siempre y cuando no se falte a una virtud más urgente”.

Teoría y práctica

“De qué me sirve saber dividir el campo si no sé compartirlo con mi hermano”. La frase de Séneca critica a toda teoría que no se

traduce en un beneficio para la vida. Aunque alude a la geometría (sin por ello descalificarla), es aplicable a muchas situaciones distintas: el político que solo habla de las intrigas para concentrar poder pero que no hace mucho en beneficio de la vida de las personas, el docente que transmite conocimientos inútiles, el periodista que brinda información irrelevante, los intelectuales, cuando analizan la sociedad pero creen que su tarea solo consiste en criticarla y no en cambiarla, los investigadores que trabajan en temas tan nimios que el único provecho obtenido es el sueldo que reciben a fin de mes, los que se lamentan por la desigualdad en la división del trabajo pero en casa ni sospechan la faena doméstica, los filósofos que escriben en un jeringoso incomprensible y solo consiguen que las personas huyan de la filosofía como de la lepra, los ciudadanos que se quejan de los políticos pero no hacen nada para cambiar la sociedad, nuestras elucubraciones vanas, cuando no se traducen en un beneficio para nosotros mismos o para los demás.

Demasiada responsabilidad para una sola persona

En enero de 2012 el crucero Costa Concordia naufragó después de chocar contra un arrecife de la costa italiana. El capitán acercó demasiado el crucero a la isla del Giglio para hacer la “reverencia”, un tradicional saludo marineramente destinado a honrar a un amigo, oriundo de allí. La decisión fue tomada por una sola persona, y afectó a más de 4200. Murieron 32, entre pasajeros y tripulación, y 64 personas resultaron heridas (tres de ellas de gravedad). En marzo de 2015 el copiloto de un avión de Germanwings, Andreas Lubitz, se suicidó dejando caer un avión en el que viajaban 150 personas que perdieron la vida.

Aunque así funcionan las cosas habitualmente, sorprende que la vida de tantos dependa de lo que decide uno solo (o de lo que

deciden dos o tres). La racionalidad humana es limitada, y ni siquiera los expertos están libres de cometer errores, incluso muy estúpidos como éste, en el que se arriesga la vida de miles para hacer una “reverencia” marinera. ¿No sería más prudente que en estos casos se controle más al que toma las decisiones? Aun si mantuviera un cargo jerárquico superior, ¿no habría menos posibilidad de cometer errores si sus iniciativas pudieran ser legítimamente cuestionadas?

Algo así aconteció años atrás en la conducción de aviones. En el análisis de la grabación que alberga la “caja negra”, tras un accidente, se observó que el piloto había tomado una decisión con la que el copiloto no estaba de acuerdo. El copiloto formuló su crítica con un estilo indirecto de comunicación: “¿Le parece que esa es la decisión correcta?” El piloto desoyó el cuestionamiento, que habría evitado el accidente, y el avión se vino abajo. Desde entonces se recomienda a los copilotos pasar al estilo directo si tienen una objeción seria para hacer: “Tenemos que hacer X. De otro modo, puede pasar Y”.

No cabe duda de que contar con más personas en los cargos directivos puede traer nuevos problemas. Pero si los patrones para resolverlos son estudiados con anterioridad, tal como ocurrió en el ejemplo del avión, estos conflictos serían menos graves que los que desencadenaría una tragedia en la que miles de personas son víctimas del error de una.

En diversas estructuras sorprende que pocas personas puedan controlar la vida de tantas. Si lo analizamos con detenimiento, es justamente el hecho de que sean pocas lo que vuelve más operativo dominar a muchas. La dinámica del poder se vuelve más ágil, pero también más peligrosa. Los campos de exterminio nazis eran dirigidos por muy pocos individuos. En el de Treblinka había un staff de 30 a 40 alemanes de las SS, de 120 a 140 ucranianos y lituanos

voluntarios, y de 800 a 1000 judíos esclavos. Solo en ese campo fueron asesinadas 870.000 personas.

El descubrimiento de un científico, o el de un reducido equipo de trabajo, salva la vida de millones de individuos. Pero la acción de uno o de unos pocos también puede ser muy destructiva, y como es más fácil destruir que construir, las consecuencias pueden ser dramáticas.

Esta dinámica del poder también vale para las estructuras políticas. Cuanto mayor es la responsabilidad, cuanto más dependen los muchos de los pocos, mayor debería ser el control que permite limitar los errores individuales y las ocasiones para el abuso y la corrupción. De ahí el valor de crear estructuras que funcionen con un mínimo de jerarquía y un máximo de transparencia y participación en la toma de decisiones. La democracia supone cierta distribución del poder político y dos de sus formas, la presidencialista y la parlamentaria, plantean esquemas diversos en relación a los riesgos de que el gobierno de un país dependa excesivamente de una sola persona.

En Japón y en Estados Unidos ya circulan trenes sin conductor, y también se han fabricado prototipos de auto sin conductor, menos eficaces que los trenes porque ocupan demasiado espacio y no queda claro cómo evitarán los choques y los atropellos. Los aviones vuelan con piloto automático pero su suerte también puede estar en manos de una sola persona.

El problema no se resuelve solo con tecnología, puesto que tampoco es infalible, y en última instancia la responsabilidad sigue siendo humana. Pero tomar en cuenta que nuestros sistemas modernos de transporte están diseñados bajo ideales emblemáticos de la modernidad como el de la libertad, la autonomía, la reducción de distancias y el del sujeto como principio rector, un individuo que en ningún momento se distrae, comete errores o responde a

motivaciones irracionales, y moderar sus efectos indeseables, ya sería un paso adelante.

Decía en un artículo anterior que Sócrates fue considerado por Platón el ciudadano más sabio de Atenas porque era el que tenía más presente sus limitaciones. La tecnología moderna parece no reconocer esos límites cuando carece de sistemas para controlar la inagotable falibilidad humana.

El globish en la aldea global

Cuando supe que en un congreso tendría que supervisar una sesión de consultoría filosófica en inglés, enseguida le dije a los organizadores que me sentía capaz de hacerlo siempre y cuando algún colega hispanoparlante me asistiera si no comprendía alguna palabra. La sorpresa fue mayor cuando comprobé que el inglés de la inmensa mayoría de los asistentes —incluido el de la generosa colega que me asistiría— era tan imperfecto como el mío. Ahora sé que esta lengua tiene nombre: globish. Es una versión muy simplificada del inglés, libre de expresiones idiomáticas. Su musicalidad es la de los acentos defectuosos que a veces nos permiten reconocer a otro hablante de nuestra lengua nativa y otras veces funcionan como barreras para sospechar la lengua de Shakespeare.

Los hablantes nativos del inglés pueden darse el lujo de hacer bromas, proponer matices y juegos de palabras de los que los hablantes de globish nos vamos obligados a prescindir. Por su buen manejo del idioma, incluso parecen más inteligentes, tal como observa Simon Kuper en un artículo del diario La Nación titulado “El inglés selló el fin de Babel”.

Durante el congreso, el norteamericano Lou Marinoff se dio el lujo de hacer un stand-up filosófico. Ninguno de los cultores del globish nos hubiéramos atrevido a tanto. Más bien vivíamos asaltados por

grandes dudas respecto a palabras o expresiones idiomáticas que no entendíamos.

Aunque el idioma oficial del encuentro era el inglés, el filósofo más veterano y honrado de la disciplina decidió inaugurar el congreso en alemán. Uno de los organizadores holandeses improvisó una traducción simultánea en un globish tan inextricable que algunos prudentes le recomendaron el silencio. Si hacer una traducción del alemán puede tener su complejidad, improvisar la traducción de una conferencia de filosofía en este idioma resulta mucho más arduo. De modo que el filósofo siguió hablando como si nada en su lengua natal, ajeno a la posibilidad de que no lo comprendieran.

Por lo bajo algunos murmuraron: “O ni siquiera sabe globish — cosa improbable porque todo alemán ilustrado suele hablarlo— o esto es una falta de respeto”. Más tarde nos enteramos de que el filósofo en cuestión jamás habla inglés. Para mi sorpresa, asistió a mi conferencia en globish. O sea que él no podía menos que comprender esta versión simplificada del inglés, y quien oye y entiende también puede hacer el intento de comunicarse, aunque más no sea con palabras aisladas que denoten la voluntad de entrar en contacto con el otro. El cuadro terminó de completarse a los dos días, cuando un británico le preguntó por qué había dado su charla en alemán y no en inglés, que era el idioma oficial del congreso: “Es que el alemán es un idioma tan bonito...”, respondió en un british envidiable. Cuando le comenté la anécdota a una persona que lo conoce, conjeturó: “Debe pensar, al igual que Heidegger, que solo es posible filosofar en alemán”.

Comunicarse con muchas limitaciones en una lengua que no es la propia, tal como hicieron casi todos los asistentes, implica exponerse a cometer errores y a quedar como un tonto. Esa empresa puede revelar la ignorancia de un idioma, pero también es

un ejercicio de humildad porque implica anteponer el deseo de comunicarse con el otro al orgullo del propio ego. Un saludable ejercicio en el que el filósofo alemán no estaba dispuesto a embarcarse.

Durante el siglo XX el inglés ha ido ganando terreno y hoy casi todas las personas que tienen voto en la Unión Europea se comunican en globish. Los británicos sienten menos necesidad de hablar una segunda lengua, ya que, según cuenta Kuper, si se expresan en un francés mediocre podrían encontrarse con franceses en una reunión de negocios, y ellos parecerían más rápidos e inteligentes. Si los franceses están obligados a hablar inglés, el poder estará en manos de los británicos.

Lo ideal sería contar con un idioma neutral como el esperanto, que hasta ahora fracasó en su empresa global. No tengo escrúpulos nacionalistas si la lengua internacional termina siendo el inglés, aunque esto conllevaría innumerables problemas como los ejemplificados y voto en contra si el globish viene de la mano del american way of life. No seamos pesimistas, “Can I just jump in here?” (me gustaría interrumpir un momento en este punto), porque “Bob’s your uncle” (todo marchará perfectamente).

La publicidad femenina

Esa mañana deduje qué hicieron mis hijos a lo largo del día a partir de las manchas de las medias que fregué. Luego llamé al peluquero y le rogué que me diga cómo resuelvo el problema del frizz. Media hora más tarde, mientras raspaba la grasa de la asadera de teflon, Mr Músculo me susurró frases eróticas sobre las propiedades biodegradables del detergente. Después me lavé el cabello con el shampoo Mineral Hair y tuve mi primera cita con el futuro padre de mis próximos hijos. Ahí me enteré que para casarme con él debía competir con otras mujeres: la favorita no era la de los pies más pequeños sino la que lavaba los platos más rápido. Al atardecer caminé por un callejón y un hombre me tiró al piso y me sujetó como si fuera a violarme, mientras otros me miraban con cara de malos. En realidad lo que querían era que otras mujeres compraran remeras Dolce & Gabbana.

Ya en paños menores, me saqué una foto junto a un Mercedes Benz con el propósito de que los hombres que me vieran pensarán que si adquirirían el auto, por el mismo precio también me comprarían a mí. De madrugada recibí un regalo de un amigo: la revista de electrónica a la que está suscripto le hizo un 30% de descuento y con la diferencia me regaló un balde, dos litros de lavandina, cinco trapos de piso, un escobillón y un lampazo. Fue un día agotador, así que antes de irme a dormir me embadurné la cara con una nueva crema antiarrugas en la esperanza de amanecer tersa como nueve de cada diez estrellas de cine.

El abrazo de dos soldados

Aquel 27 de mayo de 1982 Wilkinson abrió fuego contra el avión de combate argentino Skyhawk. Durante años vio la imagen del aeroplano abatido dejando un reguero de humo al desaparecer de su vista. Antes de dormirse, al despertarse, en el rostro de sus hijos, en los semáforos, en una puesta de sol. Una y otra vez el avión se convertía en humo y veía destrozarse el rostro de un hombre al que jamás había visto ni vería. La guerra es una masacre entre desconocidos.

Las horas de descanso también eran bélicas. Noche a noche veía la misma película que paradójicamente sentía el honor y el horror de haber protagonizado. El aeroplano abatido dejaba un reguero de humo y un hombre al que jamás había visto moría.

Durante treinta años Wilkinson derribó el mismo avión y mató al mismo hombre. Alguna vez pensó que solo dejaría de matar a ese desconocido si daba muerte al perverso guionista. Pero desistió al recordar a los 264 ex combatientes ingleses que ya se habían suicidado, ocho más que los muertos de las fuerzas armadas de su país durante la guerra de Malvinas.

En 2007 Wilkinson vio un documental en el que el argentino Marcelo Velasco revivía el momento en que su HMX Coventry fue alcanzado por un ataque, forzándolo a tirarse en paracaídas y a caminar 16 kilómetros con una herida en el tobillo, hasta encontrar una granja desierta donde recibió ayuda. “Sabía que era él”, dijo Wilkinson. Los datos coincidían y la descripción de Velasco era la misma que se repetía a sí mismo desde hacía treinta años. La única diferencia era que ese hombre no había muerto. Vivía en Villa de Las Rosas, al sudoeste de Córdoba capital.

Durante cinco años se escribieron. Como enemigos no precisaron conocerse. Tampoco para transformarse en buenos amigos.

En noviembre de 2012, treinta años después de la guerra de Malvinas, Wilkinson volvió al lugar donde derribó al avión argentino y desde allí viajó a Córdoba para estrecharse en un abrazo interminable con Velasco.

En la guerra nunca se mata una sola vez. Triunfar en el campo de batalla es la derrota de la memoria.

Esta única razón bastaría la mayor parte de las veces para condenar el crimen de la guerra, ese momento en que el Estado no castiga a los asesinos sino que los honra.

El último encuentro

Pudo haber sido un buen cuento. Un hombre se entera de que su amigo tiene cáncer y viaja desde lejos para ofrecerle consuelo y compañía.

Pasa el fin de semana con él, recuerdan viejos tiempos.

Cantan, tocan el piano y la guitarra, ríen y charlan hasta caer rendidos de cansancio.

De vuelta por la ruta, se siente reconfortado por el encuentro.

Teme no volver a ver a su amigo nunca más.

Maldice a la muerte, que nos roba a los seres queridos.

Justo cuando lo perturba sentirse afortunado porque aún no le llegó la hora, le falta el aire, se marea, transpira y siente una aguda opresión en el pecho.

El hombre muere.

Fue a consolar, pero el consolado fue él.

Cuanto más nos creemos a salvo, menos prevenidos nos encuentra la muerte.

(A partir de la noticia de que el pianista Diego Rapoport murió de un ataque al corazón cuando volvía de estar junto a su amigo, Luis

Alberto Spinetta, días después de que se hiciera público que Spinetta tiene cáncer de pulmón)

Medea en el country

En uno de los countries más lujosos del sur bonaerense, una mujer fue Medea y llevó a cabo la venganza más cruel, la que ninguna querría protagonizar porque sería peor que darse muerte a sí misma. Al igual que en la obra de Eurípides, asesinó a su hijo con sus propias manos para castigar a un hombre. “Traidor, hijo de puta, te lo merecés”, escribió la brasileña Adriana Cruz en el espejo del baño en el que cometió el peor de los crímenes para vengarse de un hombre con el que ya no convivía hace seis meses. Luego intentó suicidarse, sin éxito. Como en la tragedia griega, la protagonista es extranjera.

El célebre monólogo de Medea es uno de los más conmovedores que se hayan escrito para reflejar la condición subordinada de la mujer, su rol de ciudadana de segunda. Eurípides nos hace compadecer a Medea y no a Jasón, que queda como un emblema del orgullo masculino, con desmedidas ambiciones de poder. En el final de la tragedia se eleva al cielo sobre “el magno carro del sol”, orgullosa de su despiadada crueldad. Ella luchó por el amor, él, por el poder, casándose con la hija de Creonte para convertirse en monarca.

Medea defendió su derecho a ser tomada en cuenta, a ser respetada. Criticó en el hombre la inconsecuencia entre sus palabras y sus actos. “Quiero morir porque mi esposo era todo para mí y ahora resulta ser el peor de los hombres”, clamó. “De todas las criaturas que tienen mente y alma no hay especie más mísera que la de la mujer (...) Debe tornarse adivina pues de soltera nada aprendió sobre cómo ha de comportarse con su esposo (...) Si el varón se aburre de estar con la familia, pone fin a su hastío en la calle. Nosotras no tenemos otras personas a quienes mirar”. Medea dice que Jasón puede apelar a sus padres, a sus amigos y a los

goces de la vida. Pero ella, en tanto extranjera, es víctima de la reacción frente a lo ignoto (“Hay quienes no conociendo la entraña del prójimo, lo contemplan con odio, sin que haya habido ninguna ofensa”) y vive “sin patria, sin madre, hermanos o parientes en los que echar ancla frente a la desgracia”.

Etiquetar como “chiflada” o “desequilibrada” a Adriana Cruz o a cualquier otra persona que viole normas éticas básicas siempre es más fácil que tomarse el trabajo de comprender qué puede haberla motivado a comportarse como lo hizo. Lo que caracteriza a la tragedia griega es que nos dice “no te burles, no te creas tan diferente, porque en las mismas circunstancias podría pasarte lo mismo”. En cambio la mente contemporánea enseguida etiqueta con algún nombre despectivo y cree haber resuelto el problema. Una clave para analizar esta tragedia podría ser la frase de Eurípides: “Si el varón se aburre de estar con la familia, pone fin a su hastío en la calle. Nosotras no tenemos otras personas a quienes mirar”. Todavía muchas mujeres viven como en los tiempos de Medea, focalizando el sentido de su vida en la esfera doméstica, sin otro proyecto que la casa, el marido y los hijos. Si el marido las abandona, su mundo se derrumba.

Como toda tragedia, la de Adriana Cruz no expresa solo la irracionalidad de un individuo. Es un espejo con una imagen que agranda, una manifestación extrema de conductas humanas muy frecuentes. La de tomar a los hijos como instrumentos de venganza. La de sentir el corazón exasperado de celos. La de toda mujer que no puede renunciar a un hombre porque el eje de su vida no trasciende el ámbito doméstico. Si sabemos mirar, tal vez refleje algún destello de nuestros propios infortunios.

4

El mundo de la filosofía científica

Cinco formas rápidas de saber si el que habla es un pseudofilósofo

- 1) En lugar de decir “no ve lo diferente”, afirma “es ciego a la alteridad”.
- 2) En lugar de decir “se las arregla bien solo”, afirma “tiene una subjetividad autosuficiente”.
- 3) En lugar de decir “trata de no cometer errores”, afirma “se protege frente a la inercia de la propia deformación”.
- 4) En lugar de decir “no es equilibrado”, afirma “ejerce un contrapeso entre la tautología y la enajenación”.
- 5) En lugar de decir “se masturbó”, afirma “revela la autodelectación en sí y para sí con el devenir del pliegue ambivalente de la onanimidad pacíficamente incrustada en reconciliación con el flujo subjetivo del Ser”.

La filosofía según Kant Understand

Para resolver el arduo problema que plantea el artículo anterior, la Academia Sueca otorgó el Premio Nobel a Kant Understand por su libro *¿Qué diablos quiso decir el filósofo?*, un trabajo que muestra cómo a lo largo de la historia algunos filósofos han persuadido exitosamente a su audiencia de que las estupideces que dicen en

realidad son grandes ideas. Kant Understand analiza frases como “La nada nada”, de Martin Heidegger, a la que cuestiona que un cuantificador como “nada” pueda ser tratado como si fuera una cosa o un sujeto que desarrolla acciones (“nadar”). También desmenuza una frase de Hegel que dice: “Si el Ser y la Nada tuvieran una cierta determinación, serían un cierto Ser y una cierta Nada, no el puro Ser o la pura Nada como todavía son acá”. Y otra de Derrida, que dice: “Comenzaré: es otra manera de decir que haré todo lo que pueda para reducir el deslizamiento”.

Kant Understand descubrió el significado de la frase de Gorgias, el sofista, cuando dijo “Nada existe, y si algo existe, no podemos conocerlo, y si podemos conocerlo, es imposible comunicarlo”.

Los filósofos solipsistas postularon que el mundo es una emanación de nuestra mente. ¡Como si se tratara de una fantasía sexual! Algunos filósofos se han convencido a sí mismos de que no existen y —¡peor!— han convencido a otros de que no existen. Bert Christensen imaginó la etiqueta de un producto comercial escrito por un filósofo solipsista: “El consumidor debería saber que él podría ser la única entidad en el universo y, por lo tanto, si el producto tiene algún defecto, la culpa es suya”.

El argumento ontológico de San Anselmo, que Descartes repite, es muy estúpido: Dios debe existir porque puedo pensar en un ser dotado de todas las perfecciones, incluyendo la de la existencia. Confunde existencia en el pensamiento con existencia en la realidad. ¡Como si pensar en Richard Gere fuera lo mismo que estar en la cama con Richard Gere! ¡O como si pensar en ganar un millón de dólares fuera lo mismo que ganar un millón de dólares!

Kant Understand observó que todos esos conceptos dejan al lector perplejo, confundido, es decir, con lo que algunos juzgan “un profundo espíritu filosófico”. Sugiere que ciertos filósofos querrían crear un lenguaje completamente nuevo e imponérselo al resto de la

sociedad. Pero como todos hablarían del mismo modo, lo encontrarían demasiado vulgar y crearían otro lenguaje con el mismo fin, pero entonces nuevamente todos hablarían igual y lo encontrarían demasiado vulgar, lo que los llevaría a crear un nuevo lenguaje, y así indefinidamente. La generación de términos oscuros es como la contraseña de las casillas de correo o de las cuentas de banco en internet: hay que cambiarlas cada mes para complicar las cosas innecesariamente.

El problema se agrava cuando el filósofo se contradice a sí mismo a lo largo de su vida. Porque, por ejemplo, cuando finalmente entendimos qué quiso decir el primer Husserl o el primer Derrida, el segundo lo contradice y hay que volver a descifrarlo.

Como señaló Voltaire, cuando el orador no sabe de qué habla y el que escucha no entiende lo que se dice, podemos afirmar: “Eso es metafísica”. Jorge Luis Borges la consideró un capítulo de la literatura fantástica. Y Cioran dijo que era como una religión, pero más estúpida.

La semana pasada un amigo fue a oír a un filósofo. Me llamó apenas salió de la charla y preguntó: “¿Es realmente bueno? ¡Porque pude entender todo lo que dijo!”

Apenas terminé la facultad yo estaba muy influida por los pensadores oscuros. Recuerdo que un día en casa sonó el teléfono y alguien dijo:

—¿Quién sos?

—No lo sé — respondí—, hace rato que me lo pregunto. No sabría qué responder. Y vos, ¿quién sos?

Mi interlocutor colgó. Hay personas muy valientes para formular preguntas pero demasiado cobardes para responderlas.

¿Por qué esos filósofos son tan oscuros? ¿Es porque la oscuridad es irrefutable, porque imitan a otros que escribieron de esa manera, como una mala traducción del alemán, porque quieren

diferenciarse del resto de la gente, o porque ser oscuro es una forma de ser snob? ¿O es que son como una idishe mame, que encuentra un problema para cada solución?

“¿Por qué la escritura académica apesta?” (Why academic writing stinks?), se pregunta el psicólogo Steven Pinker en su libro *The Sense of Style* (El sentido del estilo). ¿Por qué predominan las abstracciones huecas, (en palabras de Pinker) el “lodo verbal”? Algunas respuestas provendrán de los mecanismos cognitivos con los que tratamos de organizar y articular pensamientos complejos.

Pinker sostiene que los académicos ocupan demasiado espacio en cuestiones irrelevantes como: 1) abrir el paraguas frente a cualquier ataque futuro, como si en un libro de recetas empezáramos definiendo qué es un huevo, 2) anunciar el orden de lo que escribirán; 3) sumergirse en las obsesiones de sus colegas, señalando quiénes estudiaron qué antes, según la escuela a la que pertenecen (narcisismo profesional), 4) pedir disculpas porque van a escribir sobre algo muy complejo, 5) utilizar matizadores (“casi”, “aparentemente”, “relativamente”, “bastante”, “en parte”), cuando mejor sería decir “el 90% piensa que...”, 6) confundir a las abstracciones con la cosa misma, tornándose incapaces de llamarlas por su nombre (“La reducción de los prejuicios” se convierte en “el modelo prejuicio-reducción”; “llamar a la policía” se convierte en “abordar este tema desde una perspectiva de aplicación de la ley”), 7) no molestarse en explicar porque ellos saben mucho sobre el tema y suponen que el otro también (maldición del conocimiento). Sugiere, por ejemplo, evitar las abreviaturas porque hacen perder mucho tiempo al lector.

La educación formal no nos enseña a escribir bien, señala, y así, “estamos haciendo perder tiempo al otro, sembrando la confusión y el error, y convirtiendo a la propia profesión en un hazmerreír”.

Otro problema es que buscando la verdad muchos filósofos se olvidan del valor de la relevancia. Investigan temas triviales, o fragmentan sus tópicos hasta diluirlos tanto que parecen drogas homeopáticas: solo agua y ningún elemento significativo. Pretenden saber más y más sobre menos y menos, y un día sabrán todo sobre nada.

Peter Boghossian sostiene que pese a haber terminado la carrera de filosofía, cuando va a los congresos no entiende lo que dicen, los ponentes hablan de temas irrelevantes, analizan un pequeño pasaje, de otro modo no recibirían becas. Los que oyen están completamente aburridos, resignados a no entender.

El tercer problema se vincula con el principio de autoridad. La filosofía nació por oposición al principio de autoridad. Su tarea es la de pensar en forma autónoma, reconociendo que algo es verdadero o falso por evidencia y razón y no porque, por ejemplo, una autoridad política o religiosa así lo asegura. A lo largo de la historia de la cultura, la filosofía ha dado evidencias de pensamiento independiente. Pero también ha estado basada en el principio de autoridad. Filósofos de primera línea han sido apreciados por sus errores.

Aristóteles creía que las mujeres tienen menos dientes que los hombres. Bertrand Russell señaló que dado que el filósofo griego se casó dos veces, es probable que nunca le haya abierto la boca a ninguna de sus dos mujeres para ver qué tenían adentro. Es un buen ejemplo de la inutilidad de la filosofía cuando rehúsa evaluar las evidencias y salta a las conclusiones con prejuicios.

Hoy la mayor parte de la filosofía académica es llevada adelante por viudas y viudos que honran durante toda su vida la memoria de su filósofo favorito. Gran cantidad de proyectos de investigación y de seminarios llevan títulos como “El concepto de A en el filósofo B”. Es como si estuvieran siempre montados a caballo de la autoridad de

otros filósofos. A propósito, esta idea pertenece a un filósofo: Schopenhauer. Así es como la filosofía pierde significado y deviene una forma más de religión, un culto medieval y fetichista a la personalidad.

Cuando un filósofo cita y dice que, para Kierkegaard, las personas melancólicas tienen más sentido del humor, ¿acepta esta idea porque su intuición le dice que es correcta o porque confía en la autoridad de un filósofo? Es posible contrastar esa intuición. Podría estar equivocada. Por ejemplo, Epicteto sostuvo que para el bienestar es suficiente con tener una visión acertada sobre las cosas, más que pretender que las cosas sucedan como queremos. Son las ideas que nos formamos sobre las cosas lo que nos hace sufrir, sostenía. Como ya mencionamos, gracias a las investigaciones de Jonathan Haidt publicadas en *La hipótesis de la felicidad*, sabemos que esto es básicamente cierto, pero que también son necesarias en promedio otras condiciones objetivas, por ejemplo, contar con dos o tres afectos cercanos y no ser indigente.

Hasta ahora, la filosofía ha estado basada fundamentalmente en intuiciones, aunque también se ocupó de otras prácticas como el análisis de conceptos o la exploración del sentido común.

La filosofía es un diálogo entre generaciones. No importa quién dijo qué sino qué ideas valiosas nos permiten comprender y transformar el mundo.

Atrévete a pensar

El discurso final de la película “Hannah Arendt”, de Margareth von Trotta, merecería engrosar la lista de los grandes monólogos de la historia del cine y de la filosofía, junto al de “El gran dictador”, de Chaplin, o al de la “Apología de Sócrates”, de Platón.

La película muestra el viaje de la filósofa a Jerusalén para asistir al juicio del nazi Adolf Eichmann, en el que intenta arriesgar hipótesis novedosas para la época, tales como el carácter burocrático del mal, su banalidad. Para Arendt las acciones de Eichmann no se explican por su maldad ni por su encono con los judíos, a los que declara no odiar, sino como una simple incapacidad de pensar por cuenta propia, una dificultad que destacan los filósofos desde hace siglos. Fueron los psicólogos sociales Stanley Milgram y Philip Zimbardo quienes avanzaron en la investigación de la “obediencia debida”, el principal argumento esgrimido por los nazis y por los militares argentinos que cometieron crímenes de lesa humanidad, revelando que la mayoría de las personas están dispuestas a obedecer órdenes de quienes reconocen como una autoridad legítima, incluso cuando se trata de aplicar una descarga eléctrica (que en el experimento no era real sino fingida, para observar hasta qué punto los participantes aceptaban aplicarla), lo que no equivale a decir que la mayoría se comportaría como los genocidas pero nos ayuda a comprender el fenómeno mucho más que la hipótesis individualista de la “manzana podrida”. Arendt osa preguntarse si algunos judíos hicieron todo lo que estaba en sus manos como para evitar un exterminio de seis millones de personas. Equivocada o no, fue esta autonomía de pensamiento la que le valió el repudio de sus amigos y de sus colegas, y también la que nos hace recordarla hoy en día.

Enfurecerse y proferir ataques personales nos alejan de la posibilidad de entender. La enseñanza central de la película es que legitimar y comprender son dos cosas muy distintas. La libertad puede restarnos amigos pero sigue siendo el único camino posible para atreverse a pensar por cuenta propia.

¿Qué es la filosofía experimental?

Imaginá que los neurocientíficos diseñan una máquina que nos hace creer que vivimos buenas experiencias: si ingresamos a ella, nuestras relaciones interpersonales serían inmejorables, todos nos admirarían y respetarían. Pero nada de esto nos pasaría realmente. ¿Ingresarías a la máquina? Cuando Felipe de Brigard hizo este experimento, la mayor parte de las personas respondían que no. Los filósofos a menudo sugieren que hay algo más en la vida que simplemente experimentar la felicidad, que hay algo importante que surge del hecho de estar conectado a la realidad.

Ahora imaginá lo inverso: viene alguien y te dice que tu vida actual es una entera ilusión. Años atrás unos neurocientíficos te pusieron en una máquina para que sintieras esta vida como real. Podés elegir si te quedás en esta vida o volvés a la real. Pensá por un momento: ¿qué harías? Felipe de Brigard llamó a este experimento “el reverso de la máquina de la experiencia”. La mayor parte de las personas preferían quedarse en la máquina. La conclusión que sacamos en el primer experimento es que la autenticidad importa. Pero en el segundo la conclusión es que las personas tienden a permanecer en el tipo de vida que llevan. ¿Llegarías a la misma conclusión sobre el experimento de la máquina de la experiencia?

Esta investigación es una de las que desarrolla la filosofía experimental, una corriente que comenzó a tomar cuerpo en la Universidad de Yale a comienzos del siglo XXI, e intenta combinar la indagación filosófica tradicional con la investigación empírica sistemática. La idea básica es que podemos hacer progresos filosóficos realizando estudios experimentales. Se investiga cómo piensa la gente común (cómo son sus intuiciones) y los experimentos son parecidos a los que se llevan a cabo en psicología social o en las ciencias cognitivas (estas últimas consisten en el estudio interdisciplinario de las facultades cognitivas, un diálogo en

el que participan la psicología, la filosofía, las ciencias de la computación, la robótica, las neurociencias, disciplinas relacionadas con el estudio del conocimiento). Algunos de estos estudios piden respuestas a preguntas sobre escenarios hipotéticos.

Ahora imaginá que un empleado le dice a un empresario “tenemos un proyecto, será muy lucrativo, pero dañará al ambiente”, y el empresario responde “no me importa que dañe el ambiente, solo me interesa que sea lucrativo”. El proyecto se lleva a cabo, es lucrativo, y daña al medio ambiente. Pensá un momento: ¿dirías que el daño fue intencional por parte del empresario? Un 82% respondió que sí.

Joshua Knobe hizo esta investigación en 2003, en un parque de Manhattan, procurando investigar la atribución de intencionalidad, un tema que pertenece al área de la teoría de la acción.

Luego se cambió la historia, reemplazando “dañar” por “beneficiar”. Imaginá que el empresario dice “no me importa que beneficie el ambiente, solo me interesa que sea lucrativo”. Su acción es lucrativa y beneficia al medio ambiente. ¿Qué responderías ahora? ¿Dirías que el beneficio del medio ambiente fue intencional por parte del empresario? En este caso solo el 23% respondió que sí. Knobe mostró evidencia empírica para sostener que el aspecto moral de las consecuencias de la acción influye en la evaluación de aspectos no-morales (por ejemplo, juzgar si la acción es intencional o no lo es). Este uso de datos empíricos generalmente se considera como ampliamente opuesto a la metodología filosófica tradicional, que se basa principalmente en justificaciones a priori, propias de lo que los filósofos experimentales llaman “filosofía de sillón”.

Podríamos preguntarnos si esto es filosofía, porque solemos creer que la filosofía trata sobre temas abstractos y no sobre cómo piensan las personas. Los filósofos experimentales consideran que haciendo esto podemos descubrir cosas interesantes sobre cómo

piensan los seres humanos. Si lo sabemos, avanzamos en la consideración de si deberían confiar o no en esos pensamientos.

El movimiento es una rebelión contra la oposición dicotómica entre filosofía y psicología. Los artículos son publicados en las revistas más calificadas de filosofía y psicología científica. Tradicionalmente la filosofía ha estado enfocada en cuestiones sobre la condición humana, sin acentuar las diferencias con la psicología, la historia o la ciencia política. La filosofía experimental trata de volver a esa tradición. La diferencia que tiene con los filósofos antiguos es que sostiene que para averiguar cómo en efecto piensan las personas se deben desarrollar estudios experimentales, ya que no necesariamente los seres humanos piensan sobre ciertos temas como los filósofos han creído hasta ahora.

La filosofía experimental no es la primera en fijarse cómo piensan las personas. Antes ya lo hizo la filosofía analítica con el “análisis de conceptos”. La diferencia es que los filósofos analíticos no realizaban estudios experimentales. Knobe y otros investigadores subrayan que en los comienzos del siglo XX el auge de la filosofía analítica hizo disminuir el interés en cuestiones sobre cómo funciona la mente y focalizó en problemas más técnicos que envuelven el lenguaje y la lógica. El análisis conceptual postula “en este caso uno diría...”, mientras que la filosofía experimental sostiene “en este caso un 79% dice...”. Una objeción que a menudo recibe esta corriente es que no importa solo conocer las intuiciones de las personas, sino establecer juicios sobre lo que está bien o mal. Pero la filosofía experimental no niega lo segundo, solo dice que lo primero puede servir para complementar y favorecerlo. Lo que le interesa no es el porcentaje de gente que intuye de cierta manera sino por qué, y el proceso cognitivo subyacente.

En sus comienzos, la filosofía experimental se enfocaba en cuestiones relacionadas con las diferencias interculturales. Posteriormente, siguió expandiéndose a nuevas áreas. Trabajos más importantes esperan ser desarrollados en el futuro.

El sesgo del difunto

Todos hemos vivido la experiencia de oír hablar de una persona muerta con más aprecio del que se le dispensaba en vida. “Le ha ‘llegao’ el día de las alabanzas”, pregona un dicho gitano que refiere a los velorios. Tiempo atrás me propuse estudiar si, en efecto, esta distorsión existe. De modo que les pedí a unos 100 individuos que respondieran anónimamente a un cuestionario en el que debían establecer en una escala de 1 a 10 cómo calificarían éticamente a un conjunto de figuras públicas. Algunas de ellas son apreciadas, como es el caso del actor Alfredo Alcón. Otras han obtenido el repudio popular, como es el caso de Omar Chabán, a quien se considera uno de los responsables de la tragedia del boliche República Cromagnon, donde murieron 194 personas. Tomé el recaudo de preguntarles a los participantes del estudio si creían que la muerte podía mejorar la imagen que tenían de una persona. La inmensa mayoría respondió que no.

El tiempo ha pasado y tres de esas personas han muerto: Alfredo Alcón, Omar Chabán y el político Antonio Cafiero.

A los dos días de la muerte de Alfredo Alcón, formulé a una cantidad equivalente de personas la misma pregunta, y luego repetí el estudio meses más tarde. Su imagen había mejorado un 13%. No había diferencia en la evaluación que se hizo dos días después de su muerte y varios meses más tarde. En vida el político Antonio Cafiero obtuvo un puntaje promedio de 4,34, y después de muerto, de 5,18. En vida Chabán obtuvo un puntaje promedio de 2,46 y después de muerto, 3,63, lo que implica que la imagen de Chabán

mejoró un 47% después de muerto. En el caso de Cafiero se incrementó un 19%, mientras Alcón obtuvo en vida un promedio de 7,46, y después de muerto uno de 8,45.

¿Por qué mejora la imagen que tenemos de las personas cuando mueren? ¿Las vemos más vulnerables? ¿Convocan más fácilmente nuestra piedad? ¿Serían Evita o el Che Guevara íconos del siglo XX si aún vivieran? ¿Conoceríamos el cine de James Dean si no hubiese muerto a una edad prematura? ¿Por qué quienes hoy destacan los aspectos positivos de Chabán no lo hicieron cuando vivía? Quizás porque cuando alguien vive lo juzgamos por lo que hizo en la última etapa de su vida, y al morir evaluamos el conjunto de su existencia, incluyendo lo valioso que ha brindado. Tal vez influya la cantidad de información que se maneja. Hasta el momento de su muerte, para la mayoría Chabán era solo el responsable de la tragedia de Cromagnon, es decir, una persona cuya negligencia produjo la muerte de muchos seres humanos. Al morir, fueron publicados artículos que completaron la información e iluminaron aspectos que se desconocían de su vida.

¿Será que el muerto ya no representa amenaza alguna, y por eso se lo valora con algo más de empatía? A veces los vivos abuenan al muerto por el alivio que les genera que ya no represente competencia alguna. “Si queréis mayores elogios, moríos”, reza un refrán popular.

Recuerdo a un profesor de salsa muy vanidoso que dedicaba su espectáculo al “único bailarín que lo superaba en talento”, un colega que acababa de morir en un accidente de auto, a quien difícilmente hubiera reconocido semejante estatus en vida. Una copla popular refleja así la valorización del difunto:

Cuando vivía el infeliz,
¡si se fundiera!
Hoy que ya está en el veliz,

¡qué bueno era!

Esta distorsión explicaría por qué a veces el duelo viene acompañado de la idealización del ausente. Y por qué algunas figuras públicas son idealizadas después de muertas, especialmente si su vida se truncó en la juventud o en el contexto de una circunstancia injusta.

Entendida como castigo, toda muerte es una “pena capital” que con frecuencia nos lleva de por sí a tener empatía por el difunto, cuyos vicios y defectos parecen purgados. Quizás por eso está tan mal visto hablar de aspectos oscuros o negativos de alguien que acaba de morir (y no vaya a ocurrírsele a alguien mencionarlos en el velorio). Algo así pasó recientemente cuando murió Gustavo Cerati. El actor Pablo Rago hizo un comentario sobre su estilo de vida, y luego tuvo que pedir disculpas ante la reacción de distintos medios y de la opinión pública. Lo sugirió Borges en “¿Dónde se habrán ido?” (serie de milongas “Para las seis cuerdas”):

No hay cosa como la muerte
Para mejorar a la gente.

Sea como fuere, conviene atender a esta distorsión que podríamos denominar “sesgo del difunto”, para que la muerte no trace virtudes que acaso estén presentes solo en nuestra imaginación.

El efecto espectador

Más allá de las influencias culturales, biológicas y de los rasgos de personalidad, ¿en qué situaciones las personas tienden a comportarse del mismo modo, por ejemplo, a ser más o menos solidarias con el que tiene un problema en la calle?

Años atrás volvía sola a casa a las tres de la madrugada. Vivo en una cuadra oscura que a esa hora está desértica. Iba vestida con

una minifalda amarilla de lana. Caminaba sin mirar para atrás en una Argentina en la que ese no era un gesto imprudente. Cuando acababa de introducir la llave en la cerradura, oí los pasos de alguien que corría en dirección a mí. En dos segundos eternos comprendí todo. Saqué la llave, me di vuelta y vi a un hombre de unos veinte años al que le brillaban los ojos. Deslizó la lengua por sus labios y me empujó para que me cayera al suelo. Yo cargaba dos paquetes pesados con discos de vinilo. Mientras el hombre procuraba infructuosamente tirarme al suelo, los paquetes me golpeaban una y otra vez las piernas.

Grité muchas veces. Era imposible que los vecinos no me oyeran. ¿Por qué no se asomaba ninguno? Una y otra vez el hombre trataba de tirarme al piso y una y otra vez yo me mantenía en pie, con las bolsas golpeándome las piernas al compás de mis alaridos.

Siempre había pensando que si intentaban violarme, me abriría plácidamente de piernas con tal de que no me lastimaran. Pero actué de una manera distinta, tal vez porque mi agresor no portaba armas. O porque sentí que el episodio tenía que ver con la muerte y no con el sexo.

Finalmente el hombre huyó, sin lograr su cometido, y cuando mis gritos cesaron los vecinos salieron, demasiado tarde, a ver qué estaba pasando.

El 13 de marzo de 1964 Kitty Genovese fue menos afortunada que yo. En una situación parecida un hombre le robó el poco dinero que tenía, la violó y la mató.

Los habitantes de Nueva York se horrorizaron, no por la muerte violenta, que es algo cotidiano en una ciudad de tan alta criminalidad, sino porque durante más de media hora 38 ciudadanos de Queens observaron desde adentro de sus casas cómo un asesino perseguía y apuñalaba a una mujer, sin que nadie la

socorriera. Ni una sola persona llamó a la policía durante el asalto. Solo un testigo lo hizo cuando ya estaba muerta.

Bibb Latané, de la Universidad de Yale, quedó impactado por esta historia que salió publicada en el New York Times, y creó un experimento destinado a estudiar la reacción de pasividad. Lo denominó “efecto espectador”.

El participante quedaba solo en una sala. El experimentador le decía que tenía que irse un momento. Entonces la persona oía que, en la habitación contigua, una señora se subía a una silla, se caía y gritaba de dolor. Si el voluntario estaba solo en la sala, el 70% de los que participaron en el experimento acudían a ayudarla. Pero cuando había dos personas (una de las cuales era cómplice del experimentador y no ayudaba a la señora), solo un 7% mostraba una actitud solidaria.

En otro estudio el voluntario se sentaba en una sala delante de un micrófono. El experimentador le decía que iba a participar en un debate con otros estudiantes que estaban en otras salas, y que solo podrían comunicarse mediante el micrófono cuando fuera su turno. Pero en las salas no había estudiantes sino grabadores. Uno de ellos emitía la voz de un hombre que decía que sufría ataques de epilepsia, y en unas de sus intervenciones tuvo uno. El participante creía que no podía comunicarse con los demás voluntarios (se reprodujo así la situación de los vecinos de Kitty Genovese, la joven neoyorquina apuñalada, y la de mis vecinos, que no podían comunicarse entre sí). Solo el 31% ayudó al epiléptico, contra un 85% que acudió en su ayuda si creía que estaba solo con él.

¿Qué nos enseñan estos experimentos?: 1) que solemos vivir pendientes de lo que hacen los demás; 2) que en situaciones de emergencia la responsabilidad es como un peso que se reparte entre los participantes. Cuantas más personas hay, más fácil es pensar que el otro se hará cargo de la situación. Es decir que el

problema no pasa en lo esencial porque sean menos sensibles cuando presencian una situación conflictiva con más gente. En situaciones como la descrita se diluye la responsabilidad, aunque hay algunos que relatan que no intervienen por miedo, o por temor a hacer el ridículo o a equivocarse. Si en el caso de Kitty uno hubiese gritado “¡llamé a la policía y está a punto de venir. Voy a bajar a ayudar a la chica, que un vecino me acompañe, por favor”, quizás algunos testigos podrían haber reaccionado.

Este experimento permitió conocer algunos de los mecanismos de la mente humana que favorecen la insolidaridad y también el establecimiento de tiranías y conformidades excesivas. El sistema político en el que vivimos puede no gustarnos, pero esperamos que otros se ocupen de cambiarlo. Sin embargo, no necesariamente lo harán. Platón advirtió las consecuencias de esta actitud cuando sostuvo que si no participamos en política, nuestro castigo será el de padecer la política que hacen los demás.

¿Puede perjudicarnos creer que somos muy buenas personas?

La mejor forma de volverse un sujeto ético residiría en no regodearse con serlo. Nina Mazar investiga para la Universidad de Toronto y en un experimento mostró que cuando las personas perciben en sí mismas un buen comportamiento ético, se incrementa la probabilidad de que adopten conductas deshonestas. En su laboratorio ofreció a un grupo la posibilidad de comprar productos ecológicos, y a otro no le brindó esa opción. Luego les pidió que respondieran unas preguntas por escrito, incluyendo la alternativa de hacer trampa, ya que cobraban por cantidad de respuestas correctas. Las que se sentían bien consigo mismas por haber comprado productos ecológicos fueron las que hicieron más trampa. En cambio las que no habían tenido la posibilidad de

adquirirlos fueron más honestas. ¿Qué podríamos aprender de este experimento? Según Nina Mazar, deberíamos estar más alertas cuando hacemos algo bueno, y saber que si pensamos “¡Qué fantástica persona que soy por haberlo llevado a cabo!”, eso puede volver tentadora la “licencia” para transgredir normas éticas.

Algo similar fue descubierto en relación a las dietas, según un estudio de Kelly McGonigal. Cuando las personas se pesan y ese día han adelgazado, tienden a tomarse una licencia y al día siguiente engordan. Aristóteles lo advirtió hace rato: las buenas disposiciones deben convertirse en hábito. Solo en ese caso podemos hablar de virtud (coraje, generosidad, templanza, etc.). Y aun así, tampoco son garantía de que en toda circunstancia adoptemos una conducta ética. Es lo que sugiere la metáfora popular cuando recomienda “no dormirse sobre los laureles”, ¿no?

El poder de la palabra “gratis”

¿Cuál es el secreto por el que miles de personas que no tienen el menor interés en los museos una vez al año los recorran alentados por su gratuidad? Difícilmente puedan apreciar las obras de arte, ya que las galerías están abarrotadas de gente. ¿Quieren socializar? Probablemente esta sea una de las razones del éxito de la empresa. Hasta donde sé, la mayoría de los museos de Buenos Aires son muy baratos, y quienes los recorren pueden pagarlos. El artículo “El cero como un precio especial. El verdadero valor de los productos gratuitos”, publicado en *Marketing Science* por Dan Ariely y su equipo en 2007, revela que uno de los móviles es el efecto mágico que la palabra “gratis” tiene en nuestro comportamiento. ¿Pero es sensato hacer algo que no me interesa solo porque es gratis? Personas que desayunan con bebidas alcohólicas hacen una larga cola en la ruta para tomar un vaso de agua mineral sin cargo. Compramos cremas que jamás usaremos solo porque tienen un

20% más, gratis. La gratuidad nos da la sensación de que no perderemos nada, ¡incluso nada de lo que no nos interesa! Como lo gratuito es cada vez más infrecuente, la palabra retumba como un mantra en nuestros oídos. ¡Gratis! ¡Gratis! ¡Gratis!

Las mejores cosas de la vida son gratis, ¡y no las hacemos todas la misma noche!

Si nos recordaran que el aire es gratis, respiraríamos más profundo.

Si aranceláramos la queja, los porteños nos quejaríamos una vez por año, todos juntos.

Si el veneno fuera gratis, algún estúpido se lo tomaría (yo misma, probablemente).

Ya que la palabrita “gratis” tiene sumo encanto, podríamos celebrar la noche de los libros gratuitos.

O la noche de los abrazos gratis.

Sea como fuere, si la estupidez se arancela, prometo ser estúpida solo una vez al año.

El fenómeno del anclaje

Una trampa en la que nos encierra el arte de elegir es que nuestras primeras decisiones tienen efectos en una larga serie de iniciativas posteriores. Algo nos parece preferible porque se imprimió en nuestra memoria sin que lo advirtamos. Konrad Lorenz observó que al nacer los gansos siguen lo primero que se les cruza por el camino. En cierta oportunidad la madre gansa no estaba presente y su cría comenzó a seguirlo a él. Este fenómeno, denominado *priming* (anclaje), fue corroborado por estudios posteriores en los que, por ejemplo, la persona elige inadvertidamente los números que vio con anterioridad, o vuelve a un bar demasiado caro solo porque ya estuvo allí, o encuentra más atractiva una cara que ya vio. Es decir que cuando nos flechamos y

creemos conocer al otro “desde siempre”, en parte este efecto puede haberse originado en el *priming*. “Te amo desde el primer momento en que te vi, pero entonces eras otra persona” no suena muy romántico, pero quizás describa un proceso inconsciente que moldea muchas de nuestras decisiones.

Tenemos en común con los gansos que analizó Konrad Lorenz el hábito de decidir basándonos en lo que encontramos disponible en nuestro entorno. Es una estrategia biológicamente adaptativa que nos permite refugiarnos en lo familiar. Para enfrentar los efectos indeseados de este patrón, es posible preguntarnos cómo adquirimos determinado hábito, cuestionarlo y evaluar cuánto beneficio nos depara en relación a sus costos.

5

El mundo de las pseudociencias

¿Por qué la homeopatía no es efectiva?

Durante la Semana Mundial de la Homeopatía, que tiene lugar todos los años en el mes de abril, personas y organizaciones de numerosas ciudades de todo el mundo participan de una “sobredosis” homeopática con el fin de advertir sobre la ineficacia de esta pseudociencia. En nuestro país el evento se desarrolla en Plaza Francia, frente al Museo Participativo de Ciencias, donde hay stands callejeros en los que se informa sobre esta falsa alternativa a la medicina.

Las revisiones sistemáticas y los metaanálisis demuestran de forma concluyente que los productos homeopáticos no son efectivos. Uno de los más exhaustivos fue encargado por el Comité de Ciencia y Tecnología del Parlamento Británico, y según sus resultados esta práctica no supera el efecto placebo. El Ministerio de Salud Británico destina dinero a la homeopatía desde 1948, y actualmente gasta el equivalente a 73 millones de euros en terapias “alternativas”. Los británicos invierten más de 188 millones de euros en todo tipo de terapias alternativas y se prevé que esa cifra aumente hasta 290 millones de euros en los próximos cuatro años. Según algunos sondeos, un 68% de los ciudadanos del Reino Unido creen que las terapias alternativas son tan válidas como las tradicionales. La comisión parlamentaria recomendó que el gobierno británico dejara de financiar los remedios y las consultas homeopáticas con dinero público, y que se impida que las etiquetas

de los productos homeopáticos incluyan afirmaciones sobre su uso médico, sin que su eficacia haya sido demostrada. Aunque se reconoce la ineficacia de esta práctica, la medida no prosperó por considerar que son los médicos quienes deberían determinar cuál es el tratamiento más adecuado para sus pacientes.

La homeopatía se basa en la creencia de que una sustancia que causa un síntoma indeseado puede servir para contrarrestarlo si es diluida hasta proporciones muy pequeñas. El principio de que “lo similar cura a lo similar” carece de evidencia porque no todas las sustancias se comportan del mismo modo. Además, los preparados homeopáticos diluyen las sustancias hasta hacerlas desaparecer. Se venden como medicamentos frascos o pastillas que no contienen absolutamente ningún principio activo. Cualquier mecanismo de acción basado en la dilución extrema es implausible, tal como sugiere toda la evidencia disponible en el ámbito de la química y la biología.

No es razonable amontonar “síntomas” en categorías, independientemente de su causa fisiológica. Por ejemplo, hay muchas clases diferentes de estimulantes —cafeína, nicotina, anfetaminas— pero los procesos metabólicos por los que provocan estimulación son diferentes. El principio de que lo similar cura a lo similar pasa por alto esta complicación, sosteniendo que cualquier clase de estimulante puede, en dosis suficientemente bajas, contrarrestar el insomnio. Pero este problema puede obedecer a distintas causas: dolor, cambios hormonales, problemas fisiológicos o *jet lag*, así como al uso de estimulantes. Tratar los síntomas e ignorar las causas no es propio de una buena práctica médica.

¿Cómo se explica que, siendo tan inefectiva, tantas personas crean en la homeopatía? En primer lugar, por lo que se denomina “evidencia anecdótica”, que es el relato de las personas que creen haber sido curadas. Sin embargo, la mejora puede haberse debido a

la tendencia del cuerpo a recuperarse solo, o al efecto placebo, que opera solo en lo atinente al dolor y en relación a ciertas enfermedades. También puede haber existido un diagnóstico erróneo o, simplemente, el deseo de creer que algo es efectivo. La memoria hace el resto, reteniendo las veces en que se concurrió al homeópata y la enfermedad retrocedió y olvidando las veces en que persistió.

Quienes defienden a la homeopatía afirman que tiene una larga tradición y que los cuestionamientos que recibe obedecen a una conspiración de las compañías farmacéuticas. Sin embargo, que algo sea antiguo o que existan intereses comerciales no aporta evidencias sobre la eficacia de la homeopatía.

En la Argentina los remedios homeopáticos no se producen industrialmente. Se elaboran en farmacias y son vendidos como si se tratara de medicamentos. Hay más de mil médicos que practican la homeopatía sin exhibir ningún estudio riguroso que pruebe cómo funciona. Las obras sociales no cubren los tratamientos ni las consultas y el Ministerio de Salud no se expide sobre el tema. El gasto en homeopatía insume un 2% del total de la facturación anual de fármacos.

Algunos aducen que si el placebo tiene alguna eficacia, se debe seguir vendiendo como medicina. Pero la prescripción de un placebo no es compatible con la elección informada por parte del paciente, ya que implica que no cuenta con toda la información necesaria destinada a hacer una elección consciente. De otro modo, la misma estrategia podría ser utilizada para vender como medicina polvo de momia, pócimas vudú o estampitas religiosas. Las sustancias homeopáticas también adquieren legitimidad por el mero hecho de ser vendidas en farmacias. Pero es necesario informar que la homeopatía es un placebo, por tanto, resulta poco fiable.

Aunque los placebos puedan ser efectivos en el alivio de los síntomas (por ejemplo, el dolor), no tratan la causa subyacente de esos síntomas (por ejemplo, un hueso roto). Existe el riesgo de que un paciente cuyos síntomas mejoran tras un tratamiento homeopático (pero no a causa de él) retrase la búsqueda de un diagnóstico médico adecuado para futuros síntomas que pueden o no deberse a una enfermedad subyacente grave.

Terapia de regresión a las vidas pasadas

¿Conocen la terapia de regresión a las vidas pasadas? Entre los avisos pagos (imposibles de borrar) que colocan en mi perfil de Facebook hay uno que me invita a someter a escrutinio psicoterapéutico las multitudes que fui. Me gustaría compartir mi experiencia por si alguien quiere saber de qué se trata. Para los amigos del extranjero: en Buenos Aires hay 12.403 psicólogos por habitante, y dado que todo porteño hace psicoterapia, analizar una sola vida per cápita resulta insuficiente. No conformes con analizar quiénes somos y quiénes fuimos, deseamos saber quiénes somos habiendo siendo otros, e incluso quiénes seremos siendo nosotros, vosotros y ellos pero siempre siendo nosotros (lo que explica también el suceso de las mancias de todo calibre). Los habitantes de la ciudad de Buenos Aires buscamos ser más sabios que Sócrates, cuyo lema, como es sabido, promueve el conocimiento de uno mismo. Nosotros no solo aspiramos a conocernos a nosotros mismos sino también a conocernos en los demás.

Al principio yo desconfié de la terapia de regresión a las vidas pasadas en la certeza de que la actividad mental nace y muere en el cerebro. Dado que la memoria depende de nuestra actividad neural —pensaba—, no es posible recordar episodios anteriores a nuestro nacimiento. Pero esas convicciones ya no me pertenecen. Cansada de que mi analista me negara el alta después de 38 años

ininterrumpidos de psicoterapia (sospecho que comprensiblemente lo hacía para conservar su fuente de trabajo), le pedí que probáramos con la terapia de regresión a las vidas pasadas, en la esperanza de que la muerte de algunos de los que fui pusiera fin a nuestro apego. Para mi sorpresa, tras largas sesiones de hipnosis descubrí que fui María Magdalena, Penélope, el tirano Dionisio de Siracusa, Pilatos, una campesina vietnamita, Napoleón Bonaparte y un molinero holandés. Encontré la razón de ser de atracciones, rechazos inexplicables, miedos, bloqueos, somatizaciones y situaciones clave no comprendidas. Ahora me queda claro por qué aguardo a náufragos que nunca vuelven, pretendo someter a toda mi familia a mis caprichos, me gustaría conquistar Europa, adoro el arroz yamani y la harina bien refinada.

Hace poco me enteré de que en Buenos Aires hay 9.604 odontólogos per capita y —al igual que ocurrió con los psicoterapeutas— ya hemos exportado todos los que podíamos a España, por lo que empezó a desarrollarse la odontología de vidas pasadas, una revolucionaria disciplina que arranca de raíz nuestras caries y gingivitis presentes.

Mi problema ahora es que siendo tantas personas estoy más lejos que nunca de obtener el alta en mi psicoterapia. Ulises no podía regresar a Ítaca. Yo, Penélope (entre otros), no puedo regresar a Roxana. Adquirí un TOC (Trastorno obsesivo compulsivo): me resulta imposible parar de tejer y estoy desesperada. Otros volvieron y fueron millones. Yo soy millones y quiero volver a ser una. Si en Facebook les pide amistad Napoleón Bonaparte, ya saben de quién se trata.

La etiqueta de “mufa” como forma de discriminación

¿Es lícito hablar de discriminación cuando a una persona se la considera “mufa”? ¿En qué se diferenciaría la denigración de un

individuo por su origen étnico de la que se basa en un conjunto de eventos desafortunados y azarosos que se le atribuyen? ¿Casos como este ameritarían una denuncia en el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI)?

Las preguntas vienen a cuento por la vinculación del ex presidente chileno Sebastián Piñera con una serie de tragedias que ha vivido su país. Quien ponga su nombre en el buscador Google, observará que las dos referencias que aparecen en primer lugar son “Piñera Chile” y “Piñera mufa”.

Al presidente se lo asocia con desgracias y tragedias variopintas que tuvieron lugar durante su gobierno: movimientos sísmicos, motines en las cárceles, el accidente de los mineros de Atacama y el de un micro que chocó cobrándose la vida de 20 personas en noviembre de 2010. También lo culpan de la renuncia del técnico de la selección chilena, Marcelo Bielsa, y de haberle tocado la pierna a un jugador lesionado justo antes de que su salud empeorara.

Buena parte de estos fenómenos son frecuentes (los sismos, los motines, los accidentes automovilísticos y las deficientes condiciones en el ejercicio de la minería) y no guardan relación alguna con el presidente chileno. A otros se les imputa una relación causal donde solo existe una coincidencia: que el presidente haya tocado la pierna del jugador, no convierte a este gesto en promotor de la enfermedad. Creer que existe una relación causal solo porque dos eventos ocurren en forma simultánea o sucesiva es un error de razonamiento (la falacia de la falsa causa).

Una vez que se etiquetó como “yeta” a un individuo, tal como ocurre con el presidente chileno, se pone en funcionamiento el mecanismo psicológico denominado “sesgo confirmatorio”, que como ya dijimos lleva a retener en la memoria los casos que parecen confirmar este rasgo y olvidar aquellos que lo refutan.

Las personas consideradas “mufa” a menudo son excluidas de su círculo social, pierden oportunidades de trabajo, deben soportar que se murmure a sus espaldas y se las desacredite tanto como se denigra a otros individuos por su género, su elección sexual o su nacionalidad.

La estigmatización de una figura pública puede tener consecuencias significativas. Sócrates fue ridiculizado por Aristófanes, un poeta cómico, y muchos creen que esta imagen contribuyó sustantivamente a que fuera condenado a muerte. Arturo Illia fue calificado como “tortuga” y esta imagen favoreció su derrocamiento. Aunque no se los consideraba “mufas”, el artilugio discriminatorio fue similar.

La baja en la popularidad de Piñera probablemente reconozca motivos diversos, pero su encasillamiento como “mufa” es una creencia ajena a los resultados de su gestión y se suma a la serie de supercherías que se repiten y venden como ciertas. Algunas alcanzan notoriedad gracias a los medios de difusión. Podríamos preguntarnos si publicar en forma acrítica una lista de los infortunios que se le atribuyen a un presidente calificado como “mufa”, tal como ha ocurrido en los últimos días, no debería también ser considerado un acto discriminatorio.

Escorpio: el signo de pregunta

Soy judío, morocho y sudaca, pero tengo la suerte de no haber sido discriminado nunca por estas características. Mi problema comienza cuando las mujeres me formulan una pregunta que las lleva a clickear “delete” y a huir de mí lo más rápido posible.

—¿De qué signo sos? —suelen inquirir en la primera cita.

—Del de pregunta —respondo, rozándoles distraídamente la pierna—, con ascendente en el de exclamación, compatible con paréntesis, comillas y puntos suspensivos. No quiero que me

adivinen el futuro sino el presente, que siempre se me escapa. Solo soy chanco cuando como carré y no quiero que me tiren las cartas porque las necesito para jugar al truco.

—No, dale, ¿de qué signo sos? —insisten.

—Del que vos quieras, preciosa —les digo con mi sonrisa más seductora.

—¡Respondeme!— me apuran.

Ahí llega el momento tan temido.

—Bue... e-e-scorpio —murmuro.

—¿ESCORPIOOOOO? —dicen levantando la voz, entre sorprendidas e indignadas.

—¿Y qué tiene?— me defiendo.

—¿No es obvio? Los de escorpio tienen un carácter de mierda, y todo el tiempo están pensando en el sexo.

—Bueno, no todo el tiempo pienso en el sexo, de a ratos también lo practico.

—Yo soy de Virgo. Entre Virgo y Escorpio solo puede surgir una gran pasión si Virgo se somete. Los de tu signo tienen la íntima necesidad de proyectarse a través de la posesión.

—Pero si nos acabamos de conocer...

—A los escorpiones los tengo bien calados, ¿sabés? Vos y yo somos polos opuestos. No aceptás compromisos a largo plazo. Querés vivir el hoy. Te gustan las relaciones apasionadas, ¡pero me vas a defraudar con tu fuego abrasador!

—Lo de vivir el hoy es así, pero también me interesa el mañana. Formar una familia, tener hijos...

—Conmigo no, chiquito. Serás un padre agresivo, tu fuerza arrolladora nos destruirá a todos. Nuestras energías no son afines. Yo tengo un amigo judío y un vecino morocho, pero nunca saldría con un tipo de escorpio.

Ahí es cuando pierdo la paciencia y les digo:

—Soy muy tranquilo. Solo mato si me provocan.

—Y celoso, ¿me vas a volver loca con tus celos!

—Otello procedió por mera conjetura. Yo solo actúo en base a evidencias contundentes.

—Y obsesivo...

—Apenas algo detallista. Busco la simetría en todas las cosas. Ahora que te miro bien, te sonreís más de un lado que de otro.

—¡Ahí tenés! ¡Carácter podrido! ¡Seguro de vos mismo! ¡Impulsivo! Adiós, primor, me espera el veterinario para castrar al gato.

Dicho lo cual, emprenden la retirada, alegres de haber confirmado la profecía que avizoraron dos minutos antes.

He llegado a mentir el signo que me atribuyen. Oculté mis documentos. Viví tres años en la China para cambiar de zodiaco. Pero ahí me tocó ser chancho y me fue todavía peor que con el escorpión.

Tuve una luz de esperanza cuando descubrieron la nueva constelación de Ofiuco. Entonces pensé que iban a correr todos los signos, y que a mí me tocaría Sagitario. Pero siguen anunciando doce, como si nada hubiese sucedido.

Probé con los signos mayas pero ahí soy luna de serpiente y las devotas me tratan como a un reptil. ¡Ya no sé más qué hacer! Mi vida sexual es un auténtico desastre. Ninguna mujer me concede una segunda cita. Hasta presenté una denuncia por discriminación en el INADI, pero cuando vieron mi fecha de nacimiento me trataron como a una rata (del Abasto, no del horóscopo chino).

¡Este es un llamado a la solidaridad! Si no sos de escorpio y ya tenés esposa, novia, amiga con derecho a roce o amante ocasional, ¿no me alquilarías tu día y mes de nacimiento? Ni bien enganche

algo te juro que te los devuelvo. Es solo por un tiempo. Pago puntual, al contado, e indexo según costo de vida.

Instrucciones para convertirse en adivino

La incertidumbre humana en relación al futuro siempre ha sido una buena ocasión para generar formas alternativas de ganarse la vida. Es muy reconfortante jugar a que otro es el que toma las decisiones que nos corresponden. Hoy proliferan los consultores de toda calaña y los adivinos han multiplicado sus procedimientos: no solo interpretan las hojas de té, la borra del café, las palmas de la mano, las cartas de tarot y la psicología de los planetas, sino también las olas del mar, la mugre que se acumula en las alcantarillas, la yerba del mate, las líneas de las estrías y la arena que queda en los pies al volver de la playa.

La falta de trabajo vuelve tentadora la posibilidad de convertirse en adivino, y a mayor incertidumbre económica, mayor proliferación de un oficio milenario y, por tanto, respetable. Me sumo a esta tendencia con una modesta contribución que le permitirá convertirse rápidamente en adivino e incrementar sus ingresos.

En primer lugar usted debe convencerse de que sabe muchas cosas sobre la vida de su cliente, aun cuando no se hayan cruzado nunca con anterioridad. Dígale que posee un rasgo de personalidad cualquiera. Luego busque la manera de que la misma frase postule el rasgo de personalidad contrario. Por ejemplo: “La mayor parte del tiempo usted es positivo y se alegra, pero en años anteriores ha vivido muy trastornado”, o “Yo diría que la mayor parte del tiempo es tímido y callado, pero cuando está de humor puede ser el centro de atención”. “Los niños que nazcan este sábado 15 serán serios y confiables, pero también un poco egoístas y apasionados”.

Construya oraciones vagas y generalidades aplicables a todo el mundo en la esperanza de que alguna acierte. Cuando observe una

señal corporal del otro que podría indicar que acaba de tomar la vía correcta, proponga algo más concreto (“Veo que una figura masculina de su familia tiene problemas en el corazón. Definitivamente estoy viendo una figura que tiene algún mal en el pecho”, o “Veo a una mujer que no está unida directamente a usted por un lazo de sangre, puede ser alguien con quien usted creció, o una tía, o una amiga de su madre con una imagen negra en el pecho”. Si el que consulta tiene la edad suficiente, es bastante probable que su padre esté muerto, y la oración fácilmente podría aplicarse a varias enfermedades muy frecuentes como las cardiovasculares, la neumonía, la diabetes, el cáncer, *etc.*

Pida la cooperación del sujeto que consulta, de modo que minutos después la información parezca surgir del adivino, aunque en realidad provenga del cliente. Diga: “Veo algo que no es del todo claro pero que significa más para usted que para mí. Si me ayuda, podremos descubrir cosas importantes sobre su vida”. Luego retome cosas que haya dicho su consultante y busque la manera en que parezcan provenir de su propio análisis. Su cliente estará tan deseoso de oír predicciones relevantes sobre su vida, que habrá olvidado que él mismo suministró la información. No pierda la confianza, aunque yerre en diez predicciones, con un solo acierto logrará que el cliente quede muy impresionado. La memoria selectiva hará el resto: retendrá los aciertos y olvidará los errores.

- Diga frases como “Tengo la sensación de tal cosa”, o “¿Esto tiene sentido para usted?”. Son óptimas para obtener feedback y ver si lo que se dice va por buen camino. A menudo hacen que el otro informe sin darse cuenta.
- Trabaje con la estadística: prediga lo que resulte más probable para la mayoría. Las personas solo lo consultarán para saber algo relativo a tres temas: salud, dinero y amor. Si el consultante es joven, prescinda del primer tema. Si superó los setenta años,

prescinda del último. Si la que consulta es una mujer joven y linda, arriesgue un “¿Es casado, no? Si no acertó, diga “Bueno, ha estado casado o ha tenido de alguna manera algo que ver con el matrimonio, ¿no?”.

- Si lee la palma de la mano puede pedir al propio consultante que elija el tema, optando por la línea de la mano que más lo representa.
- Empatice con el cliente y cólmelo de elogios. Las personas están más dispuestas a aceptar lo que se les dice si se las elogia. Advierta que no siempre van al adivino para que les diga la verdad, sino para oír lo que les gustaría que el otro les diga. Si usted percibe que el cliente es avaro, dígame: “Usted es generoso. De niño no tuvo todo lo que quiso, la vida ha sido una continua lucha para usted, y conoce el verdadero valor del dinero. Prefiere permanecer en la oscuridad cuando ayuda a la gente, y cree en la independencia, de modo que ayuda a la gente a ser más independiente”.
- Hable con autoridad, con una firmeza que promueva la convicción de que usted sabe muy bien lo que está diciendo.
- Sus afirmaciones serán más verosímiles si usted sostiene que es solo un medio que expresa lo que vaticinan las cartas, la borra del té, la arena del pie, las estrías y las olas del mar.
- Confíe en su pálpito. No olvide que si el cliente cree en la adivinación, su deseo de encontrar conexiones con aspectos de su vida lo llevarán a ver cuestiones relevantes donde solo existen vaguedades que se aplicarían a muchísimas personas.

Practique con el espejo. Llévese uno a la alcantarilla más cercana, y mirándose fijamente a los ojos analice la evacuación de las aguas y de los desechos domésticos siguiendo las instrucciones ya detalladas. Con empeño y un poco de experiencia, el futuro de los demás estará en sus manos.

Está abierta la inscripción para el curso acelerado de vidente en la Fundación Centro El Mañana Dirá. Envíenos su consulta por telepatía. ¡Prediga dónde queda nuestra sede y obtendrá un 30% de descuento! ¡Adivine ya!

Martes 13

Existen dos teorías que refieren al martes 13: una, la más popular, sostiene que es un día que trae mala suerte; otra, que dicha afirmación no tiene ninguna evidencia científica, que el origen del escrúpulo numérico se remonta a la última cena, en la que había doce apóstoles y el que murió, Jesucristo, encarnó el número trece, y que el mito responde a un insuficiente conocimiento de la estadística, que nos enseña que dados cientos de miles de acontecimientos diarios, necesariamente se producirán curiosas coincidencias. Si esto sostienen los negadores de la mala suerte del funesto día, deben entender que se trata de una hipótesis y no darlo como un hecho. Las teorías alternativas también deben ser consideradas. La evidencia innegable de que el martes 13 trae mala suerte se apoya en los siguientes argumentos:

- Es un hecho científicamente comprobado que el martes 13 existe.
- Nadie puede negar que el martes 13 algo malo puede pasar.
- Personas que se han casado un martes 13, tiempo después se han divorciado.
- Quienes no tenían en mente casarse, años después lo han hecho un martes 13, y fueron tremendamente desdichados.
- Los que nacieron un martes 13, años más tarde murieron.
- No se sabe de ninguna persona que haya muerto un martes 13 y luego haya resucitado.
- Los martes 13 mueren en la Argentina un promedio de 22 personas en accidentes de tránsito.

- Los martes 13 los dirigentes del oficialismo y de la oposición se insultan para mejorar el país.

Si no copiás ahora mismo este escrito para que lo lean tus amigos, la casa se te va a llenar de pulgas, se te caerán todos los dientes menos uno, y ese te va a doler, ganarás un millón de dólares pero te lo gastarás todo en médicos, y después lo recuperarás como para que el nuevo marido de tu viuda nunca tenga que molestarse en trabajar.

Los chinos y el número cuatro

Gran cantidad de chinos creen que el número cuatro trae mala suerte. Hay edificios sin cuarto piso, hoteles cuyos números de habitación nunca terminan en cuatro. Muy pocas chapas de autos terminan en cuatro, de modo que, como restringen la circulación, el día en que pueden salir los que tienen ese número hay menos tránsito en la calle, y el día en que pueden salir los terminados en ocho, que es considerado un número de la buena suerte, el tránsito es más caótico que de costumbre, lo cual es mucho decir.

En chino la palabra muerte se escribe con el mismo dibujo que el número cuatro: a esta coincidencia se remonta el origen de la superstición. En el jardín Yuyuang, en Shanghai, hay un puente que fue construido en zig zag para confundir a la muerte y desorientarla.

En el cuento “La Muralla y los libros”, Borges refiere a Shih Huang Ti, el emperador chino que mandó a construir la célebre muralla: “Según los historiadores, prohibió que se mencionara la muerte”, escribe, y se recluyó en un palacio figurativo que tenía tantas habitaciones como días hay en el año, en la creencia de que la inmortalidad no puede ingresar a un sitio cerrado.

Occidente posee un escrúpulo idéntico, pero no es el 4 sino el 13 el número eludido, en virtud de que en la última cena, tal como se

señaló en un artículo anterior, había doce apóstoles y el que murió, Jesucristo, encarnó el número trece.

No disminuimos el temor a la muerte borrando números ni recluyéndonos en espacios cerrados sino filosofando hasta que la incorporamos a la vida y aprendemos a sacar provecho de ella.

Sospecho que el tango, que se escribe en 2x4, no tiene buenas perspectivas de desarrollo en China. Y eso que bailar es uno de los mejores artilugios para trampear la muerte.

6

El mundo de lo breve

Ahora cualquiera tiene una biografía no autorizada. Si alguien quisiera escribir la mía, yo estaría muy dispuesta a no autorizarla.

No nos resultan antipáticos porque tengan malas intenciones. Les atribuimos malas intenciones porque nos resultan antipáticos.

La filosofía comienza con el asombro. El lifting termina con él: todas las emociones se reducen a la perplejidad. Estirarte la cara te arruga la vida.

Una confusión frecuente es la que surge de pensar que si el progresismo defiende la diversidad de ideas, criticar aquellas con las que no se está de acuerdo es faltar el respeto. Defender la diversidad de ideas implica estar a favor de su libre expresión, no pretender que sean incuestionables.

A mi edad cuando un hombre me dice un piropo por la calle me dan ganas de incluirlo en mi testamento.

Acaban de descubrir que el Viagra duplica el riesgo de oír menos. En breve las mujeres deberán gritar el doble para hacerles creer a sus amantes que están pasando una noche inolvidable.

En Facebook y Twitter a menudo exhibimos una imagen mejorada de nosotros mismos, un yo ideal. Actuando así podemos expresar nuestro compromiso de convertirnos en eso para dignidad nuestra y de la humanidad. Algo parecido a lo que sostenía el filósofo pragmatista William James: "Si quieres desarrollar una virtud, actúa como si ya la tuvieras".

Los ocho años de las lámparas bajo consumo que vengo comprando desde diciembre duran un mes. Si sigo así en enero cumplo cien años.

Los ignotos sin poder cometen errores. Los célebres con poder están mal asesorados.

Hoy fui un sirio en éxodo a Turquía, estafé a las Madres de Plaza de Mayo, ahorqué a un anciano de 89 años con una media, bajé 48,2kgs, logré eludir al hambriento coyote, preparé una Panna Cotta con mermelada de frambuesa, me separé de mi novio futbolista, probé cinco cremas antiarrugas distintas, permanecí en mi casa de Villa La Angostura para no respirar cenizas volcánicas, besé en la boca a John Cusack, declaré ante quienes me acusan de haber matado a mi hermanastra y naufragué con el Titanic. Estoy agotada. Mejor apago el televisor y salgo a caminar un rato.

Acabo de oír una publicidad de antitranspirante para hombres que se burla de las chicas lindas y estúpidas que no entienden las metáforas. (“Me estoy asando”, dice él. Ella comenta: “¡Qué raro! No sale nada de humo”). Es discriminatoria y debería ser retirada del aire. Las chicas feas o no tan lindas también tenemos derecho a ser consideradas estúpidas.

Por el auge de la ecología llega al país la costumbre europea de bañarse poco y prescindir del desodorante. Así que ya saben, si de ahora en más notan que no huelo del todo bien, no es porque sea roñosa. Estoy preservando el medio ambiente.

Saboreo un delicioso bocadito de chocolate y dulce de leche. Si somos lo que comemos, en este instante me recomiendo efusivamente a todo el mundo.

El dinero sustraído de las cajas de seguridad del Banco Provincia fue puesto en la de la hermana del ladrón, dentro del mismo banco. En esencia, ¿estamos ante un problema penal o distributivo? Sea como fuere, deberían premiar a esta clienta por su fidelidad y adoptar un nuevo slogan: "Un banco tan fiable que hasta sus ladrones lo consideran seguro". Después no digan que los argentinos no confiamos en las instituciones.

Renuncio al deseo de ser princesa. Toda la infancia oyendo "Comé que me moiro" y que el príncipe azul me rescataría para ofrecerme la gran vida, y ahora leo que la princesa Kate solo podrá ingerir alimentos cuando la reina de Inglaterra sacie su apetito. ¡Democracia ya en los cuentos para niños! Si el príncipe azul no existe y me van a racionar el morfi, prefiero seguir plebeya y comer a reventar.

Sos un auténtico beatlemaníaco cuando oís "La Marsellesa" y en lo primero que pensás es en el comienzo del tema de Lennon y McCartney "All you need is love".

Ayer estuve buscando novio en un sitio de internet. Me gustó un hombre. Es muy apuesto. Alto, profesional, le gusta el arte. Pero lo descarté porque en su perfil escribió: "Hablo tres idiomas

extrangeros". Me resulta imposible salir con alguien que ponga la ge donde va la jota. Mis amigas me dicen que no es una falta muy grave, que la confusión debe surgir porque "extranjero" tiene la sonoridad "ge". Reconocen que si él no escribe bien no debe ser muy culto y que filtrarlo por ese motivo tiene su lógica, pero advierten que un solo error no debería llevarme a descartarlo.

Yo diciento. No quiero salir con hombres que cometan faltas de hortografía. Un indisio es un indisio. Hay que respetar las intuiciones. Nunca fayan.

El 22 de agosto de 2010 se rescató en Chile a 33 mineros que quedaron 17 días atrapados en un pozo. Fue el rescate más exitoso de la historia de la minería a nivel mundial, y el evento de estas características con mayor cobertura mediática: lo vieron de 1000 a 1300 millones de telespectadores. Superó por más de 400 millones a la misión del Apolo XI de 1969.

Todos quedamos conmovidos por el temple de los mineros, por su capacidad de organizarse y su buen humor. Un año después del rescate, nos enteramos de que uno de ellos fue preso tras recibir una denuncia por violencia familiar.

Librarse de uno mismo parece más arduo que salir de un pozo de 700 metros de profundidad.

Los que votan por un candidato sabiendo que no va a ganar son como esos soldados que marchan a la guerra sabiendo de antemano que la batalla está perdida. Solo los mueve la dignidad del gesto.

Lo que me gusta del verano es que socializa la menopausia.

Yo le daría el Nobel al que invente una cebolla que haga reír.

Ser uno mismo de la mañana a la noche es un abuso del principio de identidad.

La alquimia busca el elixir de la vida eterna. La filosofía indaga sobre los placeres de la finitud.

Lo que no me gusta de la muerte es que no voy a poder quejarme si me desagrada la experiencia.

La saciedad en el estómago se obtiene con comida; la de la cabeza, con filosofía. Se llama moderación: ni suprimir los placeres ni satisfacerlos en exceso, de modo que no nos perjudiquen o dañen a otros.

Si viera las tapas de las revistas modernas, Freud hablaría de la “envidia de las tetas”.

Hay algo que no entiendo de Freud: existiendo la comida, ¿por qué tanta obsesión con el sexo?

El sufrimiento que nos ocasiona el prójimo también se combate con gratitud hacia los bienes que nos ha procurado.

La Iglesia condenó el consumo de drogas para uso personal. Estoy de acuerdo: la persona que consume drogas fantasea con entidades extraordinarias y todopoderosas que solo habitan en su imaginación.

No creo en Dios porque no me gustan los hombres que se quedan en silencio cuando les hablo.

En un cuerpo sano viven tres trillones de microbios. Lo tendré presente la próxima vez que sienta que nadie se fija en mí.

Si el amor es ciego, ¿por qué diablos me tengo que depilar?

Hablaron tan bien de mí que pensé que estaba muerta.

Mi hijo adolescente me habla una sola vez al día y no supera los 140 caracteres. ¿Estará demasiado tiempo en Twitter?

Qué lindas las ciudades en las que llueve y enseguida sale el sol. El buen ánimo emula este fenómeno climático.

Cada vez que apelamos innecesariamente a la violencia para resolver un conflicto le faltamos el respeto al trabajo que durante siglos llevaron a cabo miles de personas que dieron lo mejor de sí para que el mundo se convierta en un lugar digno en el que vivir.

El judaísmo carece de Papa. Es como el golf: no tiene referí ni panel de jueces que evalúen las normas. Por eso Dios creó a la idishe mame, para disponer de un emisario que nos vigile de cerca en nombre del amor.

Imaginar un suceso aumenta la posibilidad de percibirlo. Vigilemos nuestra imaginación porque es experta en la creación de fantasmas.

La tristeza excesiva nos centra demasiado en nosotros mismos. De ahí que ayudar a otro sea una buena forma superarla.

La idishe mame no dice más “Comé que me muero” sino “Comé que no adelgazo”.

Un estudio de la psiquiatra Luan Brizendine sugiere que las mujeres pronuncian unas 20 mil palabras por día, mientras que los hombres solo 7 mil. Pero no es cierto que hablamos demasiado. El problema es que tenemos que decirles las cosas 2,85 veces.

Buena frase filosófica del papa Francisco: “El odio, la envidia y la soberbia ensucian la vida”. Agregaría: “La gula la acorta, la pereza la vuelve aburrida, la lujuria (entendida como apetito sexual desordenado) la complica y la avaricia la torna infeliz, ya que está basada en el error de suponer que el bienestar depende de objetos materiales”.

Tenés menos de 30 años si oís la palabra vibrador y la primera imagen que se te cruza por la cabeza es la de un teléfono celular.

Hija, cástate con un hombre que pueda ser un gran ex marido.

¡Qué macana! Frente al teléfono inteligente (*smart phone*), la casa inteligente (*smart home*), el televisor inteligente (*smart TV*), la cocina inteligente (*smart kitchen*) y el electrodoméstico inteligente (*smart appliance*), cada vez veo menos chances de que mi propia estupidez pase desapercibida.

Soy muy mala para los deportes. Si jugara al fútbol, solo serviría de pelota.

Nos motiva menos el amor por la verdad que la pereza y el orgullo. Pereza porque revisar nuestros prejuicios implica tomarse algunas molestias, y vivir ya supone un trabajo considerable. Orgullo porque equivale a reconocer que estábamos equivocados.

Acabo de enterarme que los dolores de espalda se originan en el abandono por parte de los primates humanos de la costumbre de

caminar en cuatro patas. Así que si se cruzan con un chimpancé que se parece a mí, ya saben: no me gustan los analgésicos que enriquecen de manera espuria a la industria farmacéutica, opto por los remedios naturales.

El pesimista es muy optimista cuando imagina que podrá predecir que las cosas irán de mal en peor.

Desde hace años, cada día a las diez de la mañana y en el mismo lugar, un hombre saca la foto de un idéntico paisaje de Villa La Angostura. La naturaleza cambia, así como la mirada del fotógrafo. No nos bañamos dos veces en el mismo río. Variada es la vida si la sabemos contemplar.

Si alguien elogia tu inteligencia, lo más probable es que en el resto de la frase sugiera que sos un estúpido.

Kien korrije una falta de hortografia con una falta de kortecía tiene zeriamente halterada la gerarquia de balores.

El celular se inventó para convertir en portátil la culpa por no llamar a la madre.

Pocas cosas más despóticas que un grupo preservando su hegemonía a expensas de los derechos de quienes no pertenecen a él.

La mujer que pregunta “¿En qué estás pensando?” merece que le pidan nombre de usuario y contraseña.

Una idishe mame acaba de crear una cuenta en Facebook y le escribe un mensaje privado a su hijo:

—Shloime, hoy pusiste “me gusta” en el post que mandé con la foto del leicaj. ¿Eso significa que todos los posts anteriores que envié no te gustaron?

Hay quienes creen amar a una persona pero están enamorados de una historia de amor.

Un diálogo debería ser una investigación conjunta en la que un detective no termine asesinando al otro.

Colón no llegó a las Indias, como tenía pensado, porque al igual que el resto de los hombres, se negó a preguntar por el camino.

Si la Biblia se hubiera escrito en la era digital, “Adán conoció a Eva” significaría que le pidió amistad en Facebook.

Arqueólogos de la Universidad de Mosul acaban de completar la conocida maldición árabe “Ojalá te enamores”. Firmada en un muro de la ciudad vieja de Bagdad por Abdel Hakim (que significa “sirviente del sabio”), la blasfemia reza: “Ojalá te enamores de un hombre que ronca”.

La palabra “paciente” fue creada para que no nos quejemos por esperar durante horas hasta que nos atienda el médico.

Mis dos pedicuras se llaman Milagros y Ángeles. La cabeza permanece atea, pero los pies ya han sido evangelizados y planean un golpe.

El que usa el photoshop para quitarle arrugas a una mujer, se las agrega a todas las demás.

No quiero ir al paraíso. Donde todo es perfecto y previsible no hay humor: probá hacerte cosquillas a vos mismo.

En el Día del Maestro, quiero expresar mi gratitud a los incontables maestros que supieron encender en mí algún interés. Como me enamoré de todos, y hasta formé pareja con alguno, bendigo haber concluido la educación formal. Solo así logré estabilizar mi vida amorosa.

El heroísmo aparece a menudo como la imagen más certera de la virtud. Sin embargo, nuestras habilidades no se manifiestan en acciones heroicas sino en el ejercicio continuo. Ninguna persona es ejemplar a toda hora ni en todas las cosas, así como en casi toda persona podemos encontrar un rasgo ejemplar.

El mundo de los viajes

Naxos: no hay mal que por bien no venga

Nunca había oído hablar de Naxos. Viajamos desde Mykonos a Santorini en un ferry que me recordó por qué Ulises no podía regresar a Itaca. Con el vendaval los pasajeros comenzaron a desmayarse mientras mi presión bajaba al último círculo del infierno. Ante la perspectiva de seguir cuatro horas más así, preferimos descender en la siguiente isla y perder la reserva de hotel y el pasaje de vuelta desde Santorini.

Quedamos solos en el pequeño puerto sin saber adónde ir, con valijas demasiado pesadas y nadie cerca a quien pedir información. Un hombre fornido nos ofreció un cuarto en la cima de una montaña. Como no me mostré muy convencida, vino su mujer, aceptamos y nos llevaron en auto hasta la parte trasera de una casa, que estaba emplazada en un laberinto de calles angostas, flanqueadas por paredes blancas, puertas azules y Santa Ritas de un fucsia deslumbrante. Era una vivienda convertida en hotel durante el verano, como tantas de la isla.

La conserje era la abuela de la familia, a la que le resultaba incuestionable que comprenderíamos el griego si lo hablaba lento.

Colmada de flores, como todas las viviendas de Naxos, tenía una terracita con vista al mar, y un cartel con la leyenda “Por favor acuérdesese de pagar”. No había una estructura coactiva para que el turista pagara, sino un sistema basado en la confianza.

En Naxos los cajeros automáticos dan a la calle. Nadie teme ser asaltado, ni siquiera cuando camina de noche por las calles más

oscuras y alejadas.

A diferencia de Mykonos, la Punta del Este griega, que solo tiene una infraestructura for export de casitas blancas con negocios y autos que atentan contra la vida del turista, Naxos ofrece una arquitectura similar pero con habitantes nativos, casas de puertas abiertas, fuentes con tomates en las terrazas, panaderías con hornos de los de antes, y calles tan angostas que solo entran una mesa de restorán y un peatón.

Es más barata y hermosa que Mykonos y Santorini. Comer bien en un restaurante cuesta muy barato (diez euros un plato de pescado, ensalada y arroz abundante, bebida y pan, que cobran solo si uno lo consume).

Salvo en la costanera y en otras pocas calles, está prohibido el ingreso de autos, motos y bicicletas. Un castillo medieval da testimonio de cinco siglos de dominio veneciano, cuando Naxos fue conocida con nombre italiano: Nasso. Está edificado sobre una columna que provendría de la antigüedad, y tiene un pequeño teatro al aire libre, con vista al mar, en el que ofrecen conciertos y bailes tradicionales.

A quince minutos de caminata desde el centro, se llega a la playa San Jorge. No tiene olas, su puesta de sol es imponente y en sus tabernas se come un pez espada delicioso y muy barato.

Es una lástima descubrir la playa en el atardecer del último día. Aún así, esta isla fue un regalo inesperado, lo mejor del viaje.

De un evento negativo (el mareo en el ferry) pueden surgir experiencias extraordinarias. “No hay mal que por bien no venga” advierte mi refrán favorito. Recordaré mi viaje a Naxos cuando el pesimismo parezca derrotarme. Todos tenemos un Naxos esperando a la vuelta de cada frustración.

Budapest, ciudad amigable

La única razón por la que decidí visitar Budapest fue su cercanía con Praga y Viena. Como mis expectativas eran bajas, inadvertidamente estaba en la mejor disposición como para dejarme sorprender.

Construida a escala humana, el peatón es protagonista y no un espectador a merced de la circulación de automóviles. Meses después viajé a Guadalajara y a Tel Aviv para hablar sobre movilidad sustentable y, a diferencia de Budapest, estas dos ciudades me parecieron corredores de vehículos: hay pocos negocios que den a la calle, el comercio se concentra en los shoppings y menos gente circula por la vía pública, que deja de funcionar como espacio de encuentro.

Budapest tiene numerosas peatonales muy anchas, bancos para sentarse, tranvías modernos y eficientes, como en otros países de Europa, bicicletas con forma de auto pequeño para trasladar a los turistas, mujeres de unos cincuenta años circulando en monopatín, músicos que tocan en la calle y gran cantidad de librerías (encontré una enorme dentro del metro). En verano el clima es excelente: una mínima de 16 grados, una máxima de 30 y pocos días de lluvia.

Llegar a Budapest es ser recibido por una ciudad plena de vida, con gente alegre que aprovecha toda situación propicia para cantar, bailar y divertirse. Durante los días de calor muchos se refrescan en las fuentes, sin que nadie se horrorice ni lo prohíba. El agua está limpia y no alberga cables eléctricos.

De noche en las calles hay actividades de todo tipo, muchas más que en mecas turísticas como Praga o Venecia. Me topé con un grupo que bailaba tango en una plaza, con un músico que interpretaba la “Marcha turca” de Mozart en copas de cristal y fui a ver al Conjunto Folclórico Nacional de Hungría, un espectáculo de baile y música interpretada por una orquesta gitana.

El 20 de agosto participé de las fiestas organizadas para conmemorar el aniversario de la fundación del Estado húngaro. Los espectadores se levantaban de sus asientos y bailaban en ronda músicas muy alegres, tomados de las manos. En los puestos de comidas típicas había golosinas de frutas secas y semillas, sin huevo ni harina. Probé una factura deliciosa que cuecen a leña en unos cilindros inmensos. No luce muy atractiva pero es deliciosa y muy popular. Durante todo el día el puente que cruza el Danubio y une las antiguas ciudades de Buda y Pest fue convertido en peatonal y permitió que miles de personas contemplaran el espectáculo de música y fuegos artificiales. Cuando la fiesta terminó, todos se desconcentraron ordenadamente en un transporte público muy eficiente.

Tanto de día como de noche el paisaje de la rivera del Danubio es grandioso. La conjunción del agua, los edificios imperiales, el puente iluminado, el parlamento neogótico, el castillo, los bares y el “río” humano lo convierten en un lugar único en el que la vista no alcanza a capturar tanta belleza.

También hay casinos y McDonalds, dudosas “conquistas” de la vuelta al capitalismo, policías en las librerías y cuatro guardias que certifican la convalidación del ticket en el metro, modalidad que contrasta con otros países de Europa central, en los que ni siquiera hay molinete.

Comparada con otras ciudades de Europa, no es cara. Un menú con la típica sopa goulash, cerdo grillado y una ensalada puede costar 10 euros, y siempre es posible gastar menos comprando en los supermercados o en pequeños negocios de comida al paso.

Hay varios hoteles y baños con aguas termales de efectos curativos, pero como tenía previsto estar pocos días, me quedé sin conocerlos. “Todo no se puede” es uno de mis refranes favoritos, así que me conformé con saborear los dones inesperados que me

ofreció esta ciudad amigable que se resiste a abolir las piernas para impulsar a las personas a circular exclusivamente dentro de los automóviles.

Ejercicios para abordar un avión

Aunque florecen por doquier cursos que liberan del miedo a volar, ninguno nos prepara para las molestias que ocasiona un viaje en avión. Conviene que el ser humano se adapte de a poco a ciertas experiencias, de modo que antes de abordar un avión sería de gran provecho que realice los siguientes ejercicios.

1. Tome un taxi y pídale que lo pasee durante una hora por la Panamericana. Vuelva a su domicilio.
2. Siéntese en la entrada de su casa y espere tres horas.
3. Ubíquese en un pasillo relativamente ancho y coloque allí tres reposeras. Dos deben estar pegadas una al lado de la otra, y la tercera debe ser colocada delante de una de ellas.
4. Siéntese en una de esas reposeras y coloque un salvavidas en el piso. Sus rodillas deben chocar con la reposera de adelante. Prepárese para permanecer así, casi sin moverse, durante catorce horas.
5. Si es hombre, pegue en la pared la foto de una actriz tan joven y bella que difícilmente acepte pasar una noche con usted. Si es mujer, pegue en la pared la foto de una mujer más linda que usted.
6. Instale un televisor delante suyo y proyecte una película.
7. Imagine que está a punto de morir y que podría salvarse si levanta el salvavidas del piso, se lo calza en la cintura, corre hacia el final del pasillo junto a decenas de personas, se tira por un tobogán y mientras cae a un precipicio (¡no antes!) infla el salvavidas con el escaso aire que agoniza en sus pulmones o

tirando de un piolín, y espera en el agua fría hasta que lo rescaten.

8. Pídale al colaborador que está sentado en la reposera de adelante que la tire abruptamente para atrás, de modo que le apriete todavía más las piernas. Sonría a la foto de la bella mujer.
9. Ingiera una taza de té con cinco dientes de ajo para que le baje la presión.
10. Solicite a sus colaboradores que lo levanten junto a la reposera, lo tiren desde arriba y lo sujeten justo antes de caer al suelo. La comida alcanzará su estómago sin dificultad.
11. Acomódese nuevamente para dormir. Pídale a sus colaboradores que lo despierten cada vez que se duerma. Pueden hacerlo prendiendo la luz, haciendo llorar a un bebé, sirviéndole comida, informándole que en este momento se encuentran en el distrito X, de la ciudad Y, que el clima en las restantes habitaciones de la casa es óptimo y que el piloto le desea muy felices sueños.
12. Transcurridas las catorce horas, usted habrá pasado un día entero sin dormir. Salga de su casa, descienda al piso de abajo, imagine que es el último de una larga fila, espere media hora y tóquele el timbre a un vecino que, tras haber pasado por un entrenamiento previo, le pedirá el pasaporte, el seguro de salud, la reserva del hotel, la constancia de beca, una suma de dinero que resulta de multiplicar los días que permanecerá en el extranjero por 50 euros, y el formulario de migraciones en el que escribirá sus datos personales. Aunque usted habrá entregado todo en regla, su vecino le dirá que lamentablemente en uno de los papeles no consta la fecha de finalización de la beca. De nada valdrá que aduzca que en el consulado le aseguraron que no era necesario ese sello. El vecino maldecirá por lo bajo improperios xenófobos y lo encerrará en el baño durante ocho horas, donde

quedará incomunicado, sin nada para beber ni para comer, hasta el momento en que sea deportado a su país.

16. Vuelva a instalarse en la reposera del pasillo durante otras catorce horas y repita los ejercicios numerados del 1 al 13.

A esa altura probablemente sienta fatiga, mareos, dolor de cabeza, problemas digestivos, confusión en la toma de decisiones o al hablar, falta de memoria e irritabilidad. ¡Alégrese! Hasta el momento no hay evidencias de que el jet lag sea letal. Dentro de tres o cuatro días, a lo sumo una semana, se sentirá como nuevo. ¡Y no sea desagradecido! Lo más probable es que usted pertenezca al 10% más rico de la Argentina y posea 32,9 veces más que el 10% más pobre. Recuerde que puede enojarse porque las rosas tengan espinas, o alegrarse porque las espinas tengan rosas. La gratitud es la madre de las virtudes. Si se queja es de lleno.

El velo de las musulmanas: una batalla entre Oriente y Occidente

Más del 60% de las mujeres de Estambul usan un pañuelo en la cabeza. Una minoría lleva un chador negro hasta los pies que solo deja ver los ojos y la nariz (la boca permanece tapada). Pero más allá de este grupo reducido, las que usan pañuelo muestran una gama variada de atuendos. Muchas llevan algo semejante a nuestros pilotos para la lluvia, aunque confeccionados en tela y rectos, de modo que no se trasluzcan las formas del cuerpo. Una minoría (por lo general de mujeres jóvenes) usa sobretodos más ajustados, o directamente elimina esta prenda y luce pollera larga (la mayoría de los negocios de ropa femenina en Estambul tienen polleras largas y amplias), otras usan jeans debajo del sobretodo, o tacos relativamente altos.

Se las ve tapadas de la cabeza a los pies con treinta grados o más de calor. Algunas modelos de publicidades callejeras llevan

pañuelo en la cabeza. Por lo general no usan maquillaje, aunque no es infrecuente que cuando muestran solo los ojos se los maquillen demasiado, como si focalizaran todo su erotismo en la minúscula parte de su cuerpo que pueden lucir a la vista de todos.

En la playa algunas usan la “burquini”, una vestimenta negra que las cubre de la cabeza a los pies, marcando las formas del cuerpo. Los musulmanes más cerrados pueden llegar a pensar que una mujer que luce pantalones es poco menos que una prostituta.

Por lo general van acompañadas por su marido (que se viste a la usanza occidental), o caminan junto a otra mujer, casi siempre tomadas del brazo. En las mezquitas los hombres se ubican adelante y las mujeres detrás, o en el balcón del primer piso.

En Estambul hay muchos bares, pero es raro ver allí a musulmanas solas o con otras mujeres, mientras es frecuente que los hombres se reúnan a jugar backgammon (o un juego parecido llamado “tablas”), o simplemente a leer el diario y charlar. Tal vez ellas estén ocupadas en la casa, criando a los hijos, aunque muchas también trabajan.

El Estado turco es laico, pese a que más del 90% de la población es musulmana. Tiempo atrás se promulgó una ley que prohíbe entrar a edificios públicos (incluidos los centros de estudio) con pañuelo en la cabeza. Algunas musulmanas sortean la restricción usando peluca, otras responden absteniéndose de estudiar.

Como buena occidental, me parecieron víctimas de un machismo que las obliga a cubrirse de pies a cabeza. En contraste con esta perspectiva, gran cantidad de musulmanas aducen que las occidentales están presas del culto al cuerpo, que les exige toda suerte de sacrificios e incomodidades, mientras ellas cultivan lo que cuenta, la belleza interior.

Al entrar a las mezquitas, todas las mujeres (musulmanas o no) están obligadas a cubrirse los hombros. Así que tuve que

cubrírmelos con un pañuelo. A los quince minutos, mientras fotografiaba entusiasmada la cúpula de la mezquita, una musulmana me dijo “Excuse me”, y señaló el pañuelo que se había corrido y revelaba un 5% de mi hombro desnudo. Me tapé de inmediato y le pedí disculpas.

Algunas llevan velo (hiyab) porque así parece prescribirlo el Islam. Otras lo hacen porque les da la gana, o por el deseo de defender la identidad musulmana ante la “islamofobia” occidental, especialmente a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, o simplemente por moda.

La feminista turca Liz Erçevik sostiene que en la polémica “velo sí o velo no”, de la que forman parte también algunos países europeos, se libra actualmente la batalla entre Oriente y Occidente. Por un lado Occidente invade países como Kuwait o Afganistán para ‘liberar a las mujeres’ —dice— y por el otro, los líderes musulmanes instrumentalizan a las mujeres para reforzar la identidad nacional en el mundo musulmán. Este debate polarizado lo único que hace es menguar los derechos de las mujeres.

El *laissez faire* español, como el británico o el alemán, distan de las restricciones francesas al uso del pañuelo, imitadas parcialmente por otros países europeos. Francia prohibió en 2004 el uso de signos religiosos como el velo en las escuelas públicas, lo que suscitó una ola de rechazo en el mundo musulmán. Países tradicionalmente menos intervencionistas como Bélgica y Holanda prefirieron también poner límite a las costumbres religiosas. Mientras en la ciudad belga de Amberes se prohibió el uso del velo a las funcionarias que trabajan de cara al público, en Holanda no se permite vestir el burka en las escuelas y centros oficiales. En Estados Unidos no se restringe el uso del pañuelo y, al igual que en el resto de Occidente, se asocia la cabeza cubierta a una cultura democrática deficiente. Un ejemplo de esta perspectiva fue la

prohibición de que Hebba Aref y Shimaa Abdelfadeel subieran al escenario donde disertaba el entonces senador Barak Obama. Ambas usaban velo y el político cristiano no quiso dejarse ver con esas mujeres, no fuera cosa que sus votantes creyeran que tenía algo que ver con las “oprimidas” musulmanas.

¿Debe el velo ser prohibido en ámbitos públicos? Si esta medida —como parece ocurrir— se traduce en la deserción de las mujeres de los lugares de estudio, implicaría la renuncia al derecho a la educación de muchas de ellas, es decir, tal como señala Erçevik, profundizaría una discriminación que solo afecta a las mujeres.

En Turquía la batalla política se libra en el guardarropa femenino.

Mapa

Los que vivimos en el continente americano estamos acostumbrados a creer que América se ubica a la izquierda y el resto del mundo a la derecha. Sin embargo, en el aeropuerto de Seúl me crucé con un mapa en el que los asiáticos mandan el continente americano a la derecha, y ellos se ubican a la izquierda. No hay como correrse un poco para darse cuenta de que uno no siempre está parado en el lugar que supone.

Hachiko y la fidelidad

Hachiko fue el perro más querido en la larga historia de Tokio. Nació en 1923 en la provincia de Akita, al norte de Japón. A los dos meses fue enviado a la casa de Eisaburo Ueno, un profesor de Agricultura de la Universidad de Tokio. Todas las mañanas Hachiko acompañaba a Eisaburo a la estación de tren, y por la tarde lo esperaba en la plaza de enfrente. El compañerismo y la lealtad del perro se volvieron familiares en la estación Shibuya.

El 21 de mayo de 1925 el profesor murió de un ataque cardíaco en la universidad. Hachiko lo esperaba frente a la estación. Varias personas lo llevaron de nuevo a su casa, para que permaneciera allí, pero Hachiko diariamente volvía a la estación y al atardecer buscaba afanosamente el rostro amado. No importaba si llovía, si había nieve o un sol abrasador.

La lealtad de Hachiko conmovió a los tokiesitas y cada vez que un viajante se ausentaba por un largo período, a su regreso preguntaba por él. El perro se convirtió en un símbolo de la fidelidad japonesa.

En 1934 los vecinos de Shibuya contrataron a Teru Ando, un famoso escultor, para que realizara una estatua en honor a Hachiko. El monumento fue colocado frente a la estación donde el perro solía esperar. Un año más tarde, Hachiko murió de viejo al pie de su propia estatua, y su figura se volvió muy conocida en todo Japón.

Durante la Segunda Guerra Mundial todas las estatuas fueron fundidas para la elaboración de armamento, y la de Hachiko no fue la excepción. El escultor fue asesinado, pero los vecinos de Shibuya seguían recordando a Hachiko y decidieron formar una Sociedad para el reemplazo de la estatua. Contrataron a Takeshi Ando, hijo de Teru Ando, para crear un mural que hoy está enfrente de la estación Shibuya.

Hay una película en homenaje a Hachiko (“Hachiko Monogatari”) y cada 8 de abril se lo recuerda en una ceremonia en la que se enaltece el valor de la fidelidad, una virtud basada en la constancia, la lealtad, la gratitud y el compromiso de hacer durar una relación tanto como sea posible.

Palabras filosóficas en japonés

En Japón el arte del “nemawashi” reside en convencer evitando el enfrentamiento. Se transmite una idea, y se le da tiempo al otro para que eche raíz en su forma de pensar, sin esperar una conformidad inmediata.

La palabra proviene de la jardinería. Antiguamente era utilizada por los campesinos cuando tenían que hacer algún trasplante: el significado literal es “revolver las raíces, cavar alrededor de las raíces del árbol”. Plantar y esperar. Transmitir una idea y darle tiempo al interlocutor para que la digiera. No exigir un asentimiento inmediato.

Otra palabra japonesa con gran contenido filosófico es “yasashii”. Significa ser gentil, tierno, cuidadoso, considerado y proclive a dar. Cuando les preguntan cuál es la virtud que más valoran en una potencial pareja, hombres y mujeres responden “yasashii”. También se aplica a lo inanimado: un shampoo puede ser yasashii para la mirada o el medio ambiente.

El amor japonés por la ambigüedad tiene mucho que ver con el interés por el yasashii. Una comunicación demasiado explícita y directa puede parecer hostil, y eso es muy anti-yasashii. Si uno se comporta de modo yasashii, suele inclinarse por dejar algunas cosas sin decir, de manera gentilmente enigmática.

Esto se vincula con otro valor básico de la cultura japonesa, el “omoiyari”, que la antropóloga japonesa Takie Sugiyama Lebra traduce como empatía. Gracias al omoiyari no debería ser necesario

manifestar explícitamente las propias intenciones: cada uno percibiría por intuición lo que el otro quiere decir. Es usual que los japoneses dejen las frases inconclusas, en vez de completarlas, porque aprenden que es inadecuado expresar una idea sin saber cómo será recibida. Este estilo contrasta con la suposición occidental de que lo mejor es decir las cosas directamente. En Japón se estima lo indirecto, lo implícito, lo sutil y lo no verbal, confiando en que la empatía de quien escucha aportará el significado. Creen que solo una persona tosca e insensible necesita un mensaje directo y completo.

Como los japoneses aprenden a hablar en estilo indirecto, lo asocian con la madurez y el poder. En Occidente las mujeres tienden a pedir de un modo indirecto, y presumiblemente esta sería una de las razones por las que aún ocupan pocos cargos de poder. Cuando dan órdenes directas suelen ser juzgadas negativamente.

Robin Lakoff es uno de los primeros lingüistas que escribió sobre el estilo indirecto, y sostuvo que tiene dos beneficios. El primero es la defensa, que es la posibilidad de negar lo que se dijo o modificarlo si no se encuentra una respuesta positiva. El segundo es la simpatía, ya que resulta agradable la experiencia de conseguir lo que se deseaba sin haberlo exigido. Tengamos en cuenta sus límites: vivir pretendiendo que los demás adivinen qué es lo que precisamos puede depararnos no pocos sinsabores.

Los japoneses nunca adquirieron la costumbre occidental de discutir. Puede que el disenso fuera demasiado descortés o arriesgado en una sociedad feudal. O que el respeto mutuo y salvar las “apariencias” fueran considerados demasiado importantes como para permitirse el ataque a un argumento. O que la cultura japonesa no esté basada en el ego, como la occidental. A nosotros nos parece extraño que no discutan. A ellos les parece extraño que a nosotros nos guste tanto discutir.

En una reunión de estilo occidental, los participantes en muchos casos se sientan teniendo de antemano la conclusión que quieren que los demás acepten. El encuentro consiste, por tanto, en discutir los diferentes puntos de vista para ver cuál sobrevive a las críticas y cuál obtiene más adhesiones.

Los japoneses tienen el concepto de “enryo”, la auto-restricción requerida para evitar el desacuerdo con opiniones que la mayoría parece sostener. Las normas niponas para hablar prescriben que se evite el conflicto, que se mantenga la armonía y que casi nadie diga “no” en público. El escritor Keiko Ueda escribió un artículo titulado “Dieciséis maneras de evitar decir ‘no’ en Japón”. Entre ellas cabe destacar el silencio, la ambigüedad, las expresiones de disculpa, el pesar, la duda y hasta la mentira y el equívoco. Se usa el “no” en el hogar, pero rara vez en público.

La lingüista Patricia Clancy grabó conversaciones entre madres japonesas y sus hijos de dos años y notó que rara vez rechazaban sus peticiones con un rotundo “no”. En cambio podían demorarse, prometer satisfacerlos más adelante, distraerlos, sugerir otra cosa o hacer preguntas sobre lo pedido. Por ejemplo, el niño quiere un caramelo y la madre le dice: ¿No comiste muchos caramelos esta mañana? Negarse simplemente diciendo “No” rebajaría a la madre al nivel de su hijo de dos años, haciéndola parecer egoísta e infantil. Esto reduciría el diálogo a una guerra de voluntades, poniendo a la madre en conflicto directo con el hijo. Por contraste, dar motivos para la negativa pone a la madre en situación de superioridad y ayuda a mitigar el conflicto. El contraste con Occidente es grande. Los norteamericanos creen que hablar de manera indirecta denota inseguridad y falta de poder. Los japoneses suponen que hablar directamente significa perder estatus. La madre norteamericana cree tener más autoridad cuando dice “Porque lo digo yo”, mientras

la japonesa cree tener más autoridad cuando se abstiene de decir “no” y da sus razones.

El discurso indirecto es en efecto una de las formas de negociar el conflicto con cortesía. Una manera muy utilizada para suavizar las críticas es hacerlas con rodeos o intentos de suavizar. ¿Es hipocresía? No, es tacto, cortesía, es tener en cuenta no solo nuestros sentimientos y pensamientos sino cómo pueden caerle a los demás. En cierto sentido las críticas o el disenso suelen tener algo de doloroso. Si es mejor hacer una crítica directa o atemperarla para no parecer demasiado duro, es también cuestión de convenciones.

El peligro del estilo indirecto es el malentendido o la acción de salvar las apariencias más allá de un límite razonable. El peligro del estilo directo es la posibilidad de promover el conflicto innecesario en lugar de cultivar la armonía y el respeto por las diferencias.

El washiki: la filosofía en el cuarto de baño

La primera vez que vi un inodoro tradicional de estilo japonés (washiki) salí del baño indignada con el machismo nipón. En toda Asia hay inodoros similares, pero lo que diferencia a los japoneses es su pulcritud. Básicamente son urinarios puestos en horizontal sobre el suelo. La mayoría están hechos de porcelana, aunque en algunos casos (como en los trenes), también son fabricados con acero inoxidable. En vez de sentarse, el usuario se agacha sobre el inodoro mirando hacia la pared que está detrás del inodoro. Me pregunté cómo hacían las mujeres para orinar de pie. ¿Acaso se sacaban el pantalón y afinaban la puntería? Le pregunté a una empleada del hotel y me informó que ese era el estilo japonés de inodoro, y que ella prefería el modo occidental.

En China comprobé con espanto que todos los baños tienen agujeros en el piso. Mientras los toilettes japoneses son

increíblemente pulcros y huelen a rosas, los de China son municipales, gratuitos y malolientes. En los bares elegantes tienen diseños novedosos. Vi uno instalado sobre un piso de vidrio que transparenta piedras de colores.

Poco a poco me fui perfeccionando en el uso del inodoro oriental. Entre otras destrezas, adquirí la de flexionar las rodillas en el ángulo exacto y con la energía suficiente como para llegar al final de la operación.

Ya de vuelta en la Argentina, con pulcritud japonesa seguí usando las técnicas que aprendí en Asia, una costumbre que me ayudó a combatir parte del dogmatismo del que, con suerte, nos liberan los viajes. Después de todo, en lugares públicos el estilo oriental es más higiénico incluso cuando se presiona el botón con el zapato.

Aprender a utilizar el washiki fue una de las buenas lecciones de filosofía práctica que recibí en los últimos años.

Los japoneses y el parecido físico

Cuando los japoneses conocen a una persona, suelen encontrarle un parecido con otra que les resulta familiar. A los occidentales por lo general les cae mal que les digan que se parecen a otro. Me pasé la vida cruzándome con personas que me decían “te parecés a tal o a cual”, así que saqué la conclusión de que debo tener una cara vulgar. Sin embargo, para un japonés ese parecido expresa una conexión existente entre los seres humanos. En *El hombre, el jugar y los juegos*, Roger Caillois diferencia lo que llama la “sociedad del cálculo” de la “sociedad del caos”. En la primera cada individuo tiene un aspecto que lo diferencia de los demás. Los rostros difieren y los principios fundamentales son la competencia y el azar. Cada uno exhibe su habilidad, diferenciándola en todo lo posible de las habilidades de los otros. En cambio en una “sociedad del caos” el enfoque sobre lo que uno es

se abandona. El “yo” se integra con los demás. El placer que se experimenta al sentir esa fusión del “yo” es comparable con cualquier experiencia que requiera de una gran concentración. Esta perspectiva se vincula con el hecho de que en Japón se considera que “todos son parecidos” a algún otro y aspiran también a una comunión con los demás.

En una novela de Akatsuki Kamba-yashi, un hombre descubre el amor profundo que siente por una mujer ciega cuando la imita en el momento en que se corta la luz de su casa. “¿Cómo pude jamás haberla criticado o haberme enojado con ella”, se pregunta. La escena describe lo que expresa un proverbio japonés: “Antes de juzgar el dolor de otro, pellízcate a ti mismo”. No es tanto que él descubra que es similar a su mujer sino que se vuelve similar a ella y llega entonces a una empatía profunda.

Ser mirada

Las chinas quieren sacarse una foto conmigo. En Pekín mis rasgos occidentales me convierten en exótica. Nos abrazamos, hacen la ve de la victoria con los dedos y sonrín para la cámara. Después de la Segunda Guerra Mundial, en Japón se empezó a usar la ve como símbolo de la paz, aunque los estadounidenses la consideraban un símbolo de la victoria. En los noventa, con la influencia de grupos de música como Monring Musume y otros similares, la ve adquirió diversas formas y se extendió a China y Corea. Si se les pregunta a los chinos o a los japoneses la razón del gesto, te miran, se ponen pensativos y al final la respuesta más común es que hacer cosas raras con las manos da una imagen de alegría a las fotos. Así que muchos lo entienden como un símbolo de la felicidad. Después de todo, los filósofos epicúreos pensaron que la ausencia de perturbación, la paz, la tranquilidad de ánimo, nos ubican muy cerca del bienestar.

Por la calle me miran demasiado. Los chicos lo hacen con total desparpajo. En Pekín y en Shanghai casi no se ven occidentales. Es una mirada molesta que permite vivir en carne propia lo que los libros a menudo tratan de explicar en vano. Soy el otro, el distinto, el raro, el que se desvía de la norma.

Lo peor de los dos mundos

Hace un mes Zhang Hongbing reveló que durante la Revolución Cultural China su madre fue asesinada después que él mismo la denunció por contrarevolucionaria. Hoy está arrepentido y promueve el caso para que esta catástrofe nunca más vuelva a repetirse.

¿Aprendió China la lección del trágico capítulo de la Revolución Cultural? Al parecer, está lejos de hacerlo. Todavía hay campos de trabajo para disidentes. Meses atrás encerraron durante 18 meses

en uno de ellos a Tang Hui, la madre de una adolescente secuestrada y violada tras ser sometida como esclava sexual. En un caso similar al de Marita Verón, la joven tucumana de 23 años, víctima de la trata de personas y la prostitución forzada, la madre denunció connivencia de la policía y fue enviada a un campo de trabajo del que se la liberó gracias a la presión popular expresada en una red social que funciona solo en China, ya que Facebook y Twitter están prohibidos.

Para que no se divulgue información que lo perjudica, el gobierno chino censura en Google las búsquedas que se realicen con el nombre del vicepresidente. El gesto conserva un aire de familia con las iniciativas del emperador chino Shih Huan Ti, que en el siglo IIIAC quemó los libros anteriores a su gobierno porque la oposición los invocaba para alabar a los antiguos gobernantes.

Las calles de China no se diferencian hoy de las de otros países capitalistas. Es uno de los diez mercados de consumo más grandes del mundo y el segundo consumidor de artículos de lujo, por debajo de Japón. Los vendedores se desesperan por obtener dinero a cambio de baratijas, y algunos habitantes de las grandes ciudades revuelven la basura en busca de lo que a los demás ya no les sirve.

Según un estudio del Banco Mundial, en China hay 300 millones de pobres. La reintroducción del sistema de mercado pronunció la desigualdad. Los trabajadores siguen siendo explotados y hay 960.000 millonarios que tienen más de diez millones de yuan cada uno.

China ofrece en la actualidad lo peor de los dos mundos. De los “socialismos realmente existentes”, el miedo a la libertad de pensamiento y la violación de los derechos civiles. De la economía de mercado, la obsesión por el consumo y por las cirugías estéticas, la pobreza y el desorden ecológico, del que el automóvil es uno de los principales responsables. Desdeña así muchos de los ideales de

su propia cultura: la humildad, la compasión, la paciencia, la perseverancia, la comprensión, la dignidad y la sabiduría. Una búsqueda que no solo sugiere qué se debería hacer sino también qué se debería ignorar por el propio bien y por el bien de los demás.

Argentina, fútbol y filosofía

“¿Argentina? Fútbol. ¡Pasión!”, dijo la joven china cuando le conté cuál era mi país de origen.

“¿Filosofía? ¡Qué difícil!”, agregó cuando le informé a qué me dedicaba.

La fama de la filosofía como disciplina incomprensible parece no reconocer fronteras. ¡Cuánto éxito para el fracaso!

Podría ser al revés. “¿Argentina? ¡Qué difícil!”

“¿Filosofía? ¡Qué apasionante!”

El tránsito en China y la movilidad sustentable

“La limpieza y el silencio son dos signos de urbanidad. Respetémoslos”, leo en un cartel. Vaya uno a saber por qué no es tan frecuente considerar que el tipo de tránsito que predomina en cada lugar también revela un mayor o menor nivel de civilización.

Desde tiempos inmemoriales los chinos parecen preocupados por darse a sí mismos una buena organización social. Sin embargo, el tránsito de ese país es un caos en el que resulta difícil identificar orden alguno. Hay muy pocos semáforos y rara vez son respetados. Los peatones se juntan espontáneamente en grupos y se deciden a cruzar como aquellos condenados que los romanos lanzaban a las fieras. Las motos también parecen moverse en grupo, y para mi sorpresa vi que superan en número a las bicicletas.

En China el auto que dobla no está obligado a respetar ningún semáforo. Atravesar una avenida es una empresa temeraria. Sin orden ni previsibilidad alguna avanzan y se cruzan motos, carros a

tracción humana, diversos tipos de bicicletas que funcionan como taxis (algunas son ilegales y tienen motor), trolebuses, autos y peatones.

Llego a China desde Japón y el contraste es impactante. El tránsito japonés es uno de los más ordenados del mundo. A pesar de esto, hay 11.000 muertos anuales por accidentes de auto, una cifra sobrecogedora. Todas esas muertes son evitables con medios de transporte convivenciales como el moderno tranvía, la bicicleta o el metro, pero es una tasa reducida en relación a la cantidad de conductores. Los japoneses manejan del lado derecho, como los ingleses. En la calle los peatones que van caminan en hilera del mismo lado, y los que vienen hacen lo propio en sentido contrario. En el piso hay carteles que sugieren esta organización, pero aunque falten el orden sigue en pie. En el metro japonés hay letreros que recuerdan la importancia de darle el asiento a los ancianos y discapacitados. Los trenes y buses tienen cinturón de seguridad, y en los de media distancia el conductor sale con un cartel para que todos se lo calcen.

En China el peatón es un ciudadano desprovisto de derechos básicos. Poco importa que cruce la calle una mujer con un bebe en brazos. El auto se le tirará encima sin intención de aminorar la marcha. No existe la hora pico. Todo el día es hora pico a juzgar por la cantidad de gente que hay en la calle y en los transportes públicos.

Si los mil trescientos millones de chinos logran comprarse un auto, ahogarán en breve al conjunto de la humanidad.

La buena noticia es que poco a poco algunas naciones van comprendiendo el valor de una movilidad sustentable. Por mencionar solo algunos ejemplos, Edimburgo acaba de inaugurar una moderna red de tranvías que atraviesa toda la ciudad. Hamburgo sentó un precedente en noviembre de 2013, cuando

lanzó Green Network, un plan para eliminar el uso de autos en los próximos veinte años mediante la conexión de todas las áreas verdes de la ciudad. Ahora Helsinki anunció un ambicioso plan de integración de medios de transporte público, destinado a abandonar el uso de autos para 2025.

Organizar el tránsito de manera convivencial también es un signo de urbanidad y civilización.

La obesidad y el deseo de ser otro

En China no existe el endulzante artificial. Cuando lo pedía o quería comprarlo en el supermercado me miraban sorprendidos de que se hubiera inventado algo semejante. En Japón escasea pero en China pareciera que no lo fabrican ni lo importan. ¿La explicación? Casi todos son delgados. Si uno puede ser flaco y comer azúcar, ¿qué sentido tiene engañar al estómago?

En Corea y en Japón todos los alimentos, incluso la comida para llevar, informan el contenido calórico. En ambos países comen poquito y variado. No cierran el almuerzo o la cena con un postre, pero disfrutan de los dulces en otros momentos del día. Tampoco se privan de los panes más variados. El más exótico y célebre de la tradición japonesa es el pan de melón (lleva ese nombre en virtud de su forma, no porque tenga el sabor a la fruta, que solo en algunos casos se agrega con esencia).

En los últimos años los chinos están dejando de ser flacos. Gracias a la introducción de la dieta occidental, según la Organización Mundial de la Salud, desde inicios del siglo XXI en las grandes ciudades de China hay un 20% de obesos, y enfermedades antes casi desconocidas en ese país, como el cáncer de mama, van en ascenso. La comida chatarra está a la orden del día: cada barrio cuenta hoy con un McDonalds. A los jóvenes chinos les encanta reunirse allí.

Cucú tiene veintitantos años y me cuenta sobre la obsesión de las chinas por ser flacas. Si no sos extremadamente flaca, dice, no conseguís novio.

Las más jóvenes suelen usar tacos altísimos y ropa occidental, pero con más apliques brillantes.

El ideal de belleza lo encarna la mujer joven. A diferencia de las azafatas españolas o argentinas, a las japonesas y chinas las deben jubilar a los treinta años. A las periodistas de televisión, también. La tendencia juvenilista parece universal y tendría raíces biológicas, ya que la mujer joven es la que puede procrear más fácilmente. Sin embargo, la cultura excede la biología, y puede crear valores estéticos alternativos, como cuando se imponen tendencias que son propias de un país y no de otro.

Los narigones de ojos claros hacen furor en China. Mientras en Occidente nos operamos para achicarnos la nariz, en Oriente hacen lo mismo para agrandarla. Muchas chinas y japonesas se maquillan, usan adminículos y se someten a cirugías para redondearse los ojos y agrandarse los pechos a la manera occidental.

En una década, la cirugía estética se transformó en la cuarta forma más popular de gastar el excedente de ingresos en China. Solo la anteceden las casas, los autos y los viajes. Aunque no hay cifras oficiales, la Asociación Internacional de Cirugía Estética y Plástica estima que China ocupa el tercer lugar en el mundo, detrás de Estados Unidos y Brasil, con más de dos millones de operaciones anuales. Cada año, además, el número de cirugías se duplica. Menos de la mitad de los lugares consagrados a realizar cirugías estéticas están en manos de profesionales diplomados y tienen equipos y materiales de buena calidad.

El vicepresidente del Ministerio de Salud, Ma Xiaowei, sostiene que, por la cantidad de accidentes registrados, la cirugía estética es

una “zona de desastre médico”. Una participante del reality-show chino Super Girl murió durante una operación para reformarse la mandíbula. Tenía 24 años. Las dos quintas partes de las pacientes merodean los 20 años. “Ella era muy linda antes, pero ahora los chinos quieren ser perfectos”, declara la madre de una joven de 23 años que se operó la mandíbula.

Engordar y ser distinto a como uno es son dos rasgos occidentales que los chinos y los japoneses parecen haber incorporado. Difícilmente los beneficie y podemos preguntarnos si a nivel individual están eligiendo estas disposiciones o están siendo formateados por ellas.

Confucio en China

Wei me cuenta que en China no estudian filosofía en la escuela primaria ni en la secundaria. Solo algunas frases sueltas. A Confucio lo ven en una asignatura dedicada a la historia. Curioso para un país en el que la filosofía tuvo tanta influencia. Confucio cayó en desgracia en los tiempos de Mao porque defendía un modelo de sociedad jerárquica. La mayoría de los emperadores utilizaron sus ideas como parte de la doctrina de gobierno.

Es cierto que la parte más cuestionable de las enseñanzas de Confucio es la que defiende un esquema jerárquico de sociedad. El problema es que otros valores destacables de sus enseñanzas también desaparecieron: por ejemplo, su acento en la importancia de cultivar el carácter, o en la de preservar los lazos de la familia y de la comunidad. Entre las principales virtudes que promovió, cabe destacar el rén, una obligación de altruismo y humanitarismo hacia los demás individuos, el yí, una defensa de la justicia y de la disposición a hacer el bien o el zhi, la capacidad de ver en nosotros o en los demás lo que es correcto y justo. La influencia que esta filosofía comunitarista tuvo durante siglos en Japón, Corea, Vietnam, Singapur, Hong Kong y Macao es la que probablemente ahorre hoy a estos países uno de los males que genera más sufrimiento en Occidente: la soledad.

Ultimamente parece haber una revalorización de Confucio, pero, por lo que me cuenta Wei, aún permanece en el ostracismo, al menos en ciertos ámbitos educativos.

Mencio fue el más eminente seguidor de Confucio. Destacó que en todo ser humano hay cuatro sentimientos naturales o tendencias que lo orientan hacia el bien: la empatía, la vergüenza, el respeto o modestia y la sensación de lo que está bien o está mal. Los estudios de psicología evolutiva le dan la razón: nacemos dotados de la

disposición a empatizar, a cooperar y a sentir vergüenza. Si están ausentes es porque falló algún mecanismo cerebral o algún paso en el proceso de socialización. Escribió Mencio: “El sentimiento de empatía es el comienzo de la benevolencia. El sentimiento de vergüenza es el comienzo de la justicia. El sentido de modestia es el comienzo de la cortesía y el sentido de lo bueno y lo malo es el comienzo del amor por la sabiduría”. Así como nacemos con piernas pero hay que aprender a caminar, señala Mencio, nacemos dotados con estas valiosas disposiciones de carácter que es necesario cultivar.

En el congreso de filosofía aplicada que tuvo lugar en Belgrado en 2014, converso con un filósofo japonés. Le confieso mi aprecio por la cultura de su país. Lo agradece. Le pregunto si estudian autores japoneses en la Facultad de Filosofía de Tokio. “No — responde— , solo filósofos occidentales”. Le cuento que me gustó ver que en Tokio ciertas normas éticas son destacadas en ámbitos públicos, y que las investigaciones de Dan Ariely muestran que damos mayor cumplimiento a estas normas cuando nos las recuerdan. Por ejemplo, hay carteles que mencionan la importancia de ofrecer el asiento a los mayores. “Eso es paternalismo”, comenta el japonés. No puedo evitar que vengan a mi memoria las referencias de Hisayasu Nakagawa a la occidentalización del Japón. En “Introducción a la cultura japonesa” cuenta cómo algunas parejas imitan el casamiento de los occidentales, contratando a un actor que oficia de cura, o la manera en que muchas mujeres apelan a distintos procedimientos para redondearse los ojos (desde el maquillaje hasta otros más cruentos como el uso de adminículos o las cirugías).

Occidente propició algunos buenos valores para el resto del mundo: los derechos individuales, la igualdad de la mujer, el progreso humanista y el ideal de la libertad de expresión, entre

otros. Pero es de lamentar que su influencia ahogue aspectos valiosos de otras culturas. Como decíamos páginas atrás en otro artículo, el unísono nos acerca el dogmatismo. La globalización puede ser polifónica, alentándonos a conservar lo más valioso de la cultura heredada.

Ocho conceptos filosóficos chinos

1. Sheng: sabio. A lo largo de la historia, China no dejó de participar en acciones bélicas, pero ha premiado muy a menudo los logros intelectuales y la construcción del carácter más que la fuerza física y la acción agresiva. Las distintas artes marciales que hoy se practican en todo el mundo no fueron creadas por soldados sino por sacerdotes budistas. No les estaba permitido portar armas, pero como a menudo padecían agresiones, desarrollaron formas de defensa observando a las víboras, a los tigres y a otros animales, identificando los puntos más sensibles del cuerpo para neutralizar el ataque, minimizando la violencia. En lugar de tratar de convencer al resto del mundo de que profese su religión, China enfatizó la autodisciplina y la armonía con el resto del universo. A grandes rasgos, podría decirse que los chinos cifraron en el conocimiento y en la sabiduría las bases de su cultura, adoptando como modelo a los considerados sabios y no a los militares.
2. Guan: tomarse un tiempo para entender la naturaleza de las cosas y luego decidir.
3. Gon Wei: decirle algo positivo al otro para hacerlo sentir bien (gesto importante en una cultura colectivista en la que la supervivencia requiere mantener un buen trato con los demás). El cumplimiento es una habilidad que muchos occidentales desprecian y no saben cultivar, aunque su bienestar también depende en una medida considerable de las relaciones interpersonales.

4. Ge: conservar el equilibrio en medio de los cambios. Los primeros filósofos chinos advirtieron que el cambio es constante en el universo. Lo que permanece siempre igual se estanca.
5. Daogian : pedir disculpas. En los países asiáticos se pide disculpas en situaciones menores en las que un occidental no se excusaría. Negar una disculpa cuando corresponde es considerado una actitud agresiva.
6. Cheng: lazos con los demás. Lealtad con los amigos y la familia. Se mantienen, entre otras cosas, invitando a comer. En Japón también lo hacen intercambiando muchos regalos.
7. Guanxi: conexiones personales. Se considera que el mérito no es lo que centralmente asigna un lugar en la sociedad. Ese motor es el de las relaciones personales.
8. Guei mei: aceptar lo que no se puede cambiar y no meterse en problemas. Esperar pacientemente hasta que la suerte cambie.

Hoy la sabiduría china peligra. Los más venerados parecen ser los millonarios, razón por la cual hay un renacimiento del budismo, que propone una escala de valores diversa a la que antepone el valor de los bienes materiales. Como en la historia del rey Midas, en el capitalismo (China se declara comunista pero desarrolla esencialmente una economía de mercado) el dinero tiene la capacidad de pervertir todo lo que toca. Desde que el sucesor de Mao, Deng Xiaoping, visitó Hong Kong en 1976 y proclamó “Ser rico es glorioso”, lo mejor de la cultura china parece estar en peligro.

Holanda, Grecia y Turquía: indicios de menor inequidad

“¿Es inseguro caminar por aquí de noche?”, pregunté. “Debería tener cuidado con los autos —respondió—, ya que el camino es muy estrecho y sinuoso y pasan muy cerca de las personas. Estos senderos funcionaban bien para los burros, pero con las motos y los

autos se han vuelto muy peligrosos". En Argentina no asociamos la palabra "inseguridad" con los accidentes automovilísticos sino con el robo, que decididamente genera menos muertes que nuestro caballo versión siglo XXI. Primera señal: "inseguridad" en Grecia, un país atravesado por una crisis económica, tenía otro significado. Segunda señal: los cajeros automáticos dan directamente a la calle. No hay una habitación a la que se acceda mediante una tarjeta. ¿Será porque el número de robos es considerablemente menor? Tercera señal: en los negocios hay mucha mercadería expuesta en la calle, y escaso control por la posibilidad de que se lleven algo sin pagar. Cuarta señal: de noche algunas calles son muy oscuras, pero no vi gente caminando con ojos en la espalda por temor a ser asaltada.

Casi no había mendigos, y nadie revolvía la basura. Idénticas características pueden ser observadas en ciudades muy distintas, pertenecientes a países diversos cuyos niveles de desigualdad son inferiores, en algunos casos ligeramente inferiores, en otros significativamente inferiores. En Amsterdam, por ejemplo, un sistema de seguridad social garantiza a los ciudadanos que sus necesidades básicas estén cubiertas. El mecanismo es similar al alemán y al de otros países que responden al modelo de Estado de Bienestar. Terminado el seguro de desempleo, hay otros seguros que garantizan un mínimo de subsistencia. En Alemania el Estado puede facilitar la obtención de trabajo, pero si el ciudadano no acepta ninguno, pasado un buen tiempo y concluido el subsidio por desempleo, el seguro siguiente empieza a disminuir mes a mes, sin que llegue a desaparecer del todo.

Países como Holanda, no obstante, no tienen una justicia social plena, ya que los trabajos menos gratificantes todavía son realizados por extranjeros.

Tal como señalé en un artículo anterior, en los pueblitos del sur de Grecia vi muchas casas con la puerta abierta de par en par, y calles oscuras en las que nadie teme ser asaltado.

En Estambul no suele haber personas pidiendo dinero en la calle, y la tasa de asaltos y crímenes (aunque no de robos en las viviendas) es baja, especialmente teniendo en cuenta que supera los diez millones de habitantes. Hay mucha economía informal (vendedores ambulantes de los objetos más inverosímiles), pero no mendicidad.

Más allá de esta impresión subjetiva y personal, a grandes rasgos, según una gran revisión de artículos realizada por Pablo Fajnzylber en base a datos proporcionados por las tasas mundiales de delito de 76 países, con lo que más correlaciona la violencia social (lo que en Argentina llamamos “inseguridad”) es con la desigualdad (no con la pobreza), que se mide por el índice Gini. Holanda, Grecia y Turquía hace años que tienen menos desigualdad que la Argentina. En Estambul la presencia de la riqueza (dejando de lado los turistas) es menos visible que en Argentina. Más allá de las mezquitas y de los sitios históricos, la ciudad se asemeja al barrio porteño de Once (lleno de tiendas y vendedores), y tal vez predomine la clase media baja. Intrigada por no ver a personas de clase alta por las calles, ni ropa más cara en los negocios, fui a un suburbio lejano (estilo San Isidro), donde había un shopping muy mentado. El barrio era, no obstante, muy modesto, al igual que el shopping, donde tampoco pude encontrar a los ricos. Sin duda en algún lugar estarán, pero la presencia de la desigualdad no es tan visible en estos lugares como en Latinoamérica, que no es la región más pobre pero sí la más desigual del mundo, y una de las más violentas.

¿Cómo se puede resolver este problema? Bajando los niveles de desigualdad y basando las políticas públicas en la evidencia

científica y no meramente en la opinión subjetiva de cada funcionario.

La plaza central de Marrakech, Patrimonio de la Humanidad

Caminar por el casco antiguo de Marrakech es como formar parte de una película de época, no solo por las construcciones sino por las personas que circulan por la calle. Hombres con vestidos blancos, mujeres con atuendos largos de colores y pañuelos en la cabeza haciendo juego. Es sentirse parte de “Otello”, de Orson Wells, de “El hombre que sabía demasiado”, de Hitchcock, y de “Alejandro Magno”, todas películas rodadas en la Jeinaa el Fna, la plaza central, que hoy es Patrimonio de la Humanidad. No está cuidado como los cascos antiguos de las ricas ciudades europeas, y aún así es hermoso.

El día en que los marroquíes accedan fácilmente a un aire acondicionado, ¿seguirán visitándola? Abdul me cuenta que las mujeres salen después de preparar la cena porque durante el día la casa acumula mucho calor. Nunca van solas, las acompaña otra mujer, o dos que suelen ser vecinas o familiares, o un hijo, o el marido.

Llegué a Marrakech un feriado, el último día de Ramadan, y la vista de la célebre plaza me desilusionó. Fue como ver la Plaza Once vacía. Pero al día siguiente comprendí porqué la Unesco le otorgó la célebre distinción. No es, como en otros casos, por la arquitectura, ni por un paisaje, sino por la riqueza humana que por allí transita.

El nombre significa “Asamblea de los muertos”, ya que tiempo atrás allí se exhibían las cabezas de los criminales ajusticiados.

Como era un día de semana, me sorprendió ver una multitud de paseantes. Había encantadores de serpientes, tatuadores de la

palma de la mano, grupos musicales de percusión, hombres vestidos como los tradicionales aguateros, adivinas, juegos de apuestas, tiendas de especias coloridas y aromáticas. Un foco de atención era un hombre que arrastraba a otro que tenía una suela de zapatilla en cada oreja y una soga que recorría todo su cuerpo, especialmente los genitales. Dos niños de unos diez años boxeaban. Uno cobraba por pesar en una de esas viejas balanzas de baño. Al caer la noche aparecieron los vendedores de las hermosas lámparas árabes que llevan una vela adentro, los humeantes puestos de comida, colmados de turistas bebiendo sopa de caracoles pese a que las guías de viaje informan que lavan los platos con el mismo agua durante toda la noche.

La mayor parte de las personas que circulan por la plaza son vecinos. Agosto es temporada baja, por el calor. De noche el clima es muy agradable, no llueve, no hay nubes, y de 14 a 16hs la mayoría de los negocios cierran.

El asedio al turista es constante y muy molesto. Negarse gentilmente a entrar a un puesto de comida puede llevar al joven vendedor a comunicarle al fallido cliente a qué animal le recuerda su cara. No acordar un precio suele implicar que el vendedor se quede profiriendo insultos por lo bajo. Llegar a un acuerdo también, aun cuando el precio sea claro y por escrito. En dos oportunidades acordé precios para sacarme una foto con hombres vestidos con atuendos tradicionales, y luego me persiguieron por toda la plaza para que les pagara una fortuna no acordada. Mi primera experiencia en Marruecos fue del mismo tenor. El taxi que el hotel prometió enviar al aeropuerto falló. Pregunté en el puesto de información cuánto debía pagar (no más de 10 euros, dijeron, ya que no es lejos) y después de acordar el precio con el taxista y de camino al hotel, el hombre reprochó e insultó en francés durante todo el viaje a los gritos, pese a mi silencio, mientras manejaba

temerariamente por estrechas callejuelas y escupía sonoramente por la ventana.

Marruecos tiene un 30% de pobreza y un 40% de analfabetismo, en plan de ser reducido ya que ahora casi todos los niños van a la escuela. Vi mendigos que teatralizan su situación en una postura física, y un niño que tiraba de la ropa de una turista para que le diera algo de plata, mientras uno más grande que apareció después le pidió a la misma mujer, provocando el enojo y el llanto del más pequeño.

En Marruecos hay muchos hurtos, pero no es común el robo con violencia. Pueden sustraer una billetera si el peatón se descuida, pero no interceptan por la calle para que se la entreguen.

Los relatos de viajeros españoles enseñan a regatear en los zocos o bazares. Sin regateo, el vendedor se frustra, declaran. Me negué a entrar en el juego, pero un sencillo collar me llevó a renunciar al inquebrantable principio. Según algunos viajeros, hay que ofrecer un quinto de lo que piden, y subir a un tercio del precio original. La primera vez me fue bien, no así la segunda. Siempre soñé con tener una gargantilla marroquí, de esas que son de plata y tienen piedras de colores incrustadas. Por mí podrían ser de hojalata, pero no hay de ese material. Seguí el ritual del regateo y el vendedor apenas bajó el precio. Cuando me fui, pese a mi cortesía, quedó insultando por lo bajo. En otro negocio de las mismas gargantillas, en el que el precio de anclaje inicial fue totalmente distinto por un producto parecido, la experiencia fue idéntica.

El día terminó en el restaurante que la guía de viajes recomendaba como bueno y barato, Chez Chegroumi, desde cuya terraza puede observarse una perspectiva de toda la Jeinaa el Fna. Comí pastila, una masa de hojaldre rellena con pollo con almendras y canela, es dulce y muy rica; tajine de carne, ciruela y cebolla, un plato que viene con un casco cónico en el que se cocina.

Lamentablemente era caracú, había más grasa que carne y tuvo sabor a poco. También pedí sopa, ya que los árabes, como los chinos, toman sopa aún en pleno verano. Todo esto, más una botella grande de agua, costó seis euros con cincuenta.

Al salir la plaza estaba en su mejor momento. Se oían tambores con deliciosas síncopas y aromas exquisitos perfumaban el ambiente. Una media luna coronaba la mezquita. Cada una de las cientos de caras con las que me crucé me parecía fascinante. Sentí el roce de los cuerpos como un abrazo multitudinario y lloré de emoción, dichosa de sentir tanta vida concentrada en un solo lugar.

El riad, la casa tradicional marroquí

Aristóteles dijo: “Si puedes, busca hoteles que no solo sean medios —dormir, descansar— sino fines, es decir, experiencias en sí mismas”. Bueno, en realidad no dijo eso, el turismo todavía no había sido inventado, pero podría haberlo dicho. El Riad Daria fue mi mejor experiencia hedónica en Marruecos, y eso es mucho decir para una golosa, porque el placer es arquitectónico.

Los Riad son las casas típicas de Marruecos. El foco de la vivienda es el interior, lo que permitía a la familia obtener privacidad, aislar a las mujeres y protegerse del clima. La fachada es sobria y casi no tiene ventanas.

Lo primero que ofrecen al llegar al riad es té de menta, la bebida nacional. Es té verde con hojas de menta y mucho azúcar. Lo beben caliente en pleno verano y rechazarlo puede ser motivo de ofensa. El ritual de la hospitalidad es un eje de la cultura musulmana. Dicen que tras unas pocas palabras invitan a comer e incluso a dormir. Un huésped es un regalo de Alá.

En el Riad Daria la sombra se obtiene con cuatro naranjeros muy altos, emplazados simétricamente, cuyo fruto sirve para hacer dulce

(y no jugo). Tiene pequeñas fuentes con cisnes por los que brota agua que se desliza con un sonido muy suave.

Durante la primera quincena de agosto no se divisa ni una sola nube. El silencio solo es quebrado por el canto de los pájaros y los rezos que transmiten altoparlantes lejanos.

No hay un detalle de mal gusto. Los azulejos, las combinaciones de cerámicos en el piso, los muebles de madera pintados con motivos que tienen un lejano aire de familia con nuestros filetes y hacen juego con las puertas de baños y roperos, también pintadas y fileteadas. El *platre marocain* es un tallado complejo que hacen con maestría y muy rápido en marcos, paredes y techos.

El *moucharabi* es una ventana de madera que permitía que las mujeres miraran la calle sin ser vistas. En el pasado ponían fuentes de agua para que la brisa ingresara húmeda.

Las paredes de la habitación y del baño están revestidas con un mármol rústico, pero se trata de un enduido —el takellakt— que se lava muy fácil, como si fuese un azulejo. El espacio de la ducha está muy bien resuelto, porque al tener una pequeña entrada, no requiere de cortina ni mampara.

La arquitectura como arte solo es comparable al cine o a la música orquestal: compleja, sublime, inabarcable en su completitud, siempre con algo más por descubrir.

Las calles de Marrakech

El positivismo me salvó del asedio incansable de los vendedores marroquíes y de su frecuente agresión cuando amablemente se declina la sugerencia de ingresar a un local. Cada vez que me aborda uno le digo con una sonrisa “Neurath Carnap”, el nombre de dos filósofos positivistas de la Escuela de Viena. Me miran descolocados, como si fuera una habitante de un país exótico, y me dicen con buena onda “OK. Mañana”. Sin palabras compartidas, no hay juegos de lenguaje. Problema disuelto.

Lamentablemente no puedo detener a las motos y a los autos que incesantemente están a punto de atropellarme diciéndoles “Neurath Carnap”. En el casco antiguo, no hay veredas, ni semáforos. Las calles son muy estrechas y sinuosas y el tráfico de motos es incesante. Distraerse un segundo mirando una vidriera puede costar muy caro. Un motociclista jamás cede el paso, ni siquiera a una mujer con un niño, y si clava los frenos porque estuvo a punto de atropellar a alguien, el que se enoja es él. Circulan a veces con una sola mano, con la otra cargan al bebé o hablan por teléfono.

El Corán no dijo nada sobre las motos ni sobre el celular, así que incluso las ultraortodoxas de vestido negro a las que solo se le ven los ojos van en moto y no paran de comunicarse por celular, un panorama similar al de los ultraortodoxos judíos de Jerusalem, inseparables de sus celulares kosher, sin conexión a internet.

En la parte francesa y moderna de Marrakech, de arquitectura morisca —mezcla del estilo francés y marroquí— hay un supermercado, el único que vi en todo el viaje a Marruecos. Allí venden dulces hechos en base a semillas de sésamo, miel, coco, chocolate y masa hojaldrada, sin los cientos de abejas que los sobrevuelan en las pastelerías del resto de la ciudad.

Antes de ingresar a la sección de bebidas alcohólicas un policía intercepta a los clientes y les pide el pasaporte. Marruecos no solo tiene un 96% de islámicos que no beben alcohol porque el Corán se los prohíbe, sino que deben aceptar que el Estado mismo prohíba su consumo.

Recorrer las calles de Marrakech puede darnos una idea de muchos de los rasgos de la premodernidad: la forma de vender los alimentos —gallinas que en el mercado esperan ser degolladas, falta de refrigeración de productos perecederos—, las prohibiciones religiosas que afectan la vida cotidiana, el papel subordinado de la mujer.

Un paseo por Rabat y Fez

Pasé buenos momentos en Marrakech, pero fui feliz al verla desaparecer lentamente por las ventanas del tren. Nunca me sentí tan a gusto al ser ignorada por la gente. En Rabat es posible descubrir cómo vagar por las calles sin el asedio de vendedores agresivos, y con menos motos. A cuatro horas de distancia, la capital del reino de Marruecos es menos tradicional, tiene un casco histórico más pequeño, mujeres vestidas mitad árabe, mitad occidental y diez grados menos de temperatura. Está más cerca de Europa que Marrakech y eso se nota en la arquitectura, en la vestimenta de las mujeres y en los mercados.

Bordea el Atlántico, y con un poco de frío vi un delicioso atardecer sobre el mar, al lado de la fortaleza Kasbah des Oudaias y de un cementerio con vista al mar.

Por las dudosas condiciones bromatológicas me había prometido no probar comida por la calle, pero sucumbí a los medallones de cous cous, la pizza marroquí, muy rica, sin queso, con una masa suave mezclada con tomate y vaya uno a saber qué más, y un sandwich relleno con una mezcla que preparan en el momento con

carne especiada, huevo y queso. Los licuados son muy originales: los hacen de almendra y leche, dátil y leche, y palta y jengibre, entre otros sabores.

En Fez comen hamburguesa de camello. Otra razón más para no hacer la excursión al desierto, al que me imagino como una playa infinita en la que no se llega nunca al mar. Venden los cigarrillos de a uno y los chocolates de a cuadrados sueltos, sin envoltorio. La sopa de caracol tiene un aroma delicioso, y está lleno de carros de fruteros con antiguas balanzas de dos platos.

En medio de una calle comercial muy transitada, en los momentos de oración se abren las mezquitas. Algunos hombres oran adentro y otros sobre una alfombra, en la peatonal. La posición en la que se inclinan es óptima para elongar.

No puedo fotografiar a las personas. Según la tradición musulmana, las imágenes sustraen el alma, compiten con Alá al reproducir seres animados y hacen que después de muerto el infiel arda en el infierno, llamado jahannam. Si saco la cámara para fotografiar un paisaje, huyen como si hubieran visto un revólver.

Al igual que a las chinas, a las marroquíes les encanta la ropa con mucho brillo. Me resulta extraño pararme en los puestos de diarios y revistas y no ver tapas con modelos en bikini, así como no deja de ser sorprendente la ausencia de mujeres en los bares. En Rabat también caminan siempre de a dos, mientras charlan animosamente. No deben padecer la soledad, subyugadas con la charla de su compañera.

La mujer en Marruecos y en otros países musulmanes

¿Existe la amistad entre el hombre y la mujer? En Marruecos la respuesta es sencilla: no. Está prohibido por ley que una mujer y un hombre que no son familiares caminen juntos. La mujer debe llegar

virgen al matrimonio y con frecuencia solo puede salir con un hombre después de comprometerse con él. La ley prohíbe a un marroquí (hombre o mujer) compartir una habitación de hotel con un extranjero con el que no está casado. Como señalé anteriormente, las mujeres no se sientan en los bares si no están acompañadas por un hombre y no caminan solas por la calle. Deberíamos ayudar a las marroquíes con una delegación de extranjeras vestidas como locales que se sienten solas en los bares. Es una injusticia que no puedan descansar allí después de una larga caminata.

En Arabia Saudita está prohibido que conduzcan autos y en Irán hombres y mujeres se sientan por separado en los micros, aun cuando sean marido y mujer. La organización palestina Hamás promovió una ley por la que las viudas pierden la custodia de sus hijos varones de 9 años y de sus hijas mujeres de 11 si se vuelven a casar. Las mujeres tienen más dificultades de las muchas que padecen para conseguir trabajo si no usan hijab (el pañuelo en la cabeza) y si no pertenecen a ciertos grupos políticos. Tampoco pueden levantar la voz en lugares públicos ni conducir motos.

El Islam llegó a Marruecos en el año 622, cuando las mujeres eran esclavas al servicio del deseo del varón. Por entonces recibieron tres derechos: 1) vivir 2) ser honradas 3) ser respetadas como madres. Hasta que se declaró la independencia de Francia, en 1956, su vida se desarrolló en el harem, que hoy es minoritario. Luego comenzaron a ir a escuelas que no focalizaban solo en el marco religioso.

Desde 2004 pueden divorciarse, ejercer la patria potestad, recibir la cuota alimentaria, poseer una propiedad o heredarla. Ya hay 30 mujeres en el parlamento, y el panorama promete mejorar.

La violencia de género está a la orden del día. Un punto de inflexión fue en marzo de 2012 el suicidio de Amina Filali, una adolescente marroquí de 16 años. La habían violado y su padre, un

trabajador rural con dos esposas (el 40% de los marroquíes vive en el campo), denunció al agresor. Una familia medió y le sugirió al padre de Amina que pidiera la aplicación de una vieja ley que borra la falta si el violador se casa con su víctima. El padre accedió y Amina fue a vivir con la familia de él, que la trataba como una prostituta, propiciadora de la violación. Trató de volver a su casa, pero su padre se negó a recibirla. En marzo de 2012 Amina ingirió veneno para ratas, y cuando Mustafá, su marido, la llevó al hospital, ya era tarde. Hoy es la bandera en la lucha contra la segregación de la mujer, que todavía, aunque por suerte cada vez menos, sigue siendo, tal como sugería John Lennon, el negro del mundo.

Un país para viajeros

En su libro *El cielo protector*, Paul Bowles diferencia al turista del viajero. El turista viaja solo en busca de sensaciones agradables. El viajero es alentado por la adquisición de conocimiento. Quiere saber cómo se vive en otros lugares, qué es posible aprender, qué nos hermana como seres humanos, más allá de nuestro domicilio, y cómo deberíamos valorar nuestra propia morada a la vuelta. El turista acepta las costumbres de su propio país sin cuestionarlas, mientras que el viajero rechaza los hábitos con los que discrepa.

Las fotos, incluso las de los viajeros, suelen mostrar las partes más atractivas de un lugar. No son representativas de la experiencia, que tiene más grises que tonalidades fosforescentes.

Marruecos es un lugar para viajeros y no para turistas. Supone desplazarse no solo en el espacio sino también en el tiempo, a la época en que los mercados no tenían heladeras. Como señalé páginas atrás, las gallinas se exhiben vivas y se matan cuando el cliente las compra. La suciedad de las calles y de los pequeños negocios de comida convive con las deliciosas fragancias de los

puestos de especias, con las plantas aromáticas, en particular la menta, y con las hojas para perfumar la ropa.

Hay casas de baños. Se denominan Hammam y ofrecen baños al vapor y masajes. Al igual que en la tradición de la antigua Roma, los miembros de la cultura árabe —bajo la forma del baño turco y de otras de sus variantes— aún cuentan con este espacio en el que combinan relax, higiene y sociabilidad.

Es justamente ese contacto humano tan intenso, ese flujo incesante de personas que circulan por el casco antiguo a cualquier hora de cualquier día, y que no solo son figuras de paso sino que se conectan entre sí, lo más valioso de sociedades comunitaristas como la marroquí.

Desde una puerta entreabierta vi una sala casi vacía, con deliciosos mosaicos en el suelo, almohadones para sentarse y una pequeña repisa con libros. ¿Para qué más?

En el capítulo correspondiente a Fez del programa de televisión “Andaluces por el mundo”, entrevistan a un periodista que estuvo preso quince años por publicar un poema titulado “Hitler II”, que las autoridades consideraron agravante de la dignidad del rey, cuyo nombre tiene la misma inicial, y es conocido como “Hassan II”. La foto del rey es omnipresente, está tanto en los bancos como en las heladerías o en los negocios de medias. Hay un parlamento y un primer ministro, pero la división de poderes es solo nominal y el nivel de corrupción, alto. Cualquier problema de tránsito se arregla con una coima, ejemplifica un andaluz. “Patria, Dios y el rey” es el lema de Marruecos. Tiempo atrás un joven fue detenido por vociferar en la calle “Patria, Dios y el Barça”.

En el programa contaron también que los casamientos cuentan con la figura de un Primer Ministro, cuya tarea es la de velar para que el flamante marido no pierda la ropa durante la fiesta, ya que tanto el novio como la novia se cambian siete veces y si pierden una

prenda luego deben recuperarla ahí mismo a un precio muy elevado.

La policía puede solicitar el certificado de matrimonio a cualquier pareja de nativos que camine por la calle y el concepto de “mudawa” expresa la idea que los musulmanes tienen de la mujer, que posee el estatus de una menor de edad, un ser frágil que requiere siempre del cuidado y la tutela de un varón. Todo viajero relativista debería darse una vuelta por Marruecos y revisar su esquema interpretativo. Quizás se lleve una sorpresa.

Fez, Patrimonio de la Humanidad

Fez es la ciudad medieval mejor conservada del mundo árabe, mérito que le valió la nominación de Patrimonio de la Humanidad por parte de la Unesco. Entre 1170 y 1180 fue la ciudad más grande del mundo, en tiempos en que los árabes representaban la vanguardia del conocimiento, apoyándose en los textos de Aristóteles, que prepararon el terreno para el desarrollo de la ciencia moderna.

El casco antiguo es un laberinto de 9400 calles, casi todas comerciales y derruidas, a diferencia de los riads, las casas típicas cuyas habitaciones dan a un patio, convertidas frecuentemente en hotel.

En el barrio Millah se refugiaron los judíos cuando fueron echados de Granada en 1492. Allí convivieron en paz con los árabes durante siglos.

Al igual que en los cascos antiguos de Marrakech y Rabat, el de Fez, con sus mendigos y negocios milenarios, es un viaje en el tiempo. Hay marroquinerías (el término es originario de Marruecos), babuchas muy creativas (no son pantalones sino unas chinelas muy coloridas), pequeñas tortugas para la venta encimadas unas sobre

otras, turronec sobrevolados por abejas, frutos del cactus, lámparas y admirables artesanías en cerámica y metal.

En Fez se conserva la primera universidad del mundo, fundada en el 859 por una mujer, Fátima al Fhria, de Túnez. Se trató del primer centro de enseñanza multidisciplinario. Aquí dieron clases Averroes y Maimónides, entre muchos otros. Hoy es una mezquita hermosa a la que los turistas no pueden ingresar, pero se puede ver desde afuera.

Un lustrabotas espera infructuosamente que lleguen hombres con zapatos. Casi todos lucen sandalias o chinelas marroquíes (babuchas). Los otros vendedores lo saludan y le hacen algún chiste. No ganará mucho dinero, pero su vida social parece animada.

Los tapiceros cuelgan sus telas desde lo alto formando un arco iris. Hay vendedores que pasan con bandejas llenas de dulces que cargan sobre sus cabezas, puestos en los que las mujeres se pintan las manos y los brazos con henna, ancianos que se apoyan en bastones fileteados y alfombras de todos los tamaños.

Hay un hospital que funcionó entre 1286 y 1944. Fue el modelo del primer hospital psiquiátrico de Occidente, abierto en Valencia en 1410.

Pasan cantando los alumnos de una escuela y de vez en cuando se oyen ritmos marroquíes con la misma acentuación en seis por ocho de la chacarera argentina. Melodías y ritmos como la zambra, surgidos en la escuela andalusí forjada por Ziryab, pasaron a América con los moriscos y devinieron zambas, gatos, escondidos, milongas y chacareras. No es el primer invento árabe que terminó convertido en producto típicamente argentino: el alfajor y la empanada son otros dos ejemplos.

Vi una publicidad digna de Fellini: en un mercado de barrio, el cartel de un florista ofrecía las mismas coronas para un casamiento

y para un velatorio. De un lado del enorme cartel, los flamantes cónyuges, sonriendo con los trajes de boda y las flores. Del otro, un coche fúnebre cubierto por la misma corona.

Los gatos recorren incesantemente las calles de Marruecos. No hay perros porque el islamismo los juzga impuros en la creencia de que en una casa que los alberga no ingresan los ángeles.

Las mezquitas parecen lugares para relajarse más que para rezar. Al igual que en el judaísmo, no hay imágenes. A diferencia de aquel, la arquitectura es despojada, mínima, y al mismo tiempo muy sofisticada. No vi mujeres sino hombres en silencio, meditando en uno de los pocos espacios en los que el intercambio mercantil queda afuera. Tienen altoparlantes por los que cinco veces al día se oyen rezos ricos en melodías pero muy invasivos para el que no es musulmán, es decir, ¡para el 2% de la población! Si hubiera que elegir un solo lugar de Marruecos para conocer, me inclinaría por Fez. Es la ciudad con el casco antiguo más grande, detalles arquitectónicos mejor conservados y artesanías más dignas de ser vistas.

Los marroquíes hablan por lo general varias lenguas. La más común es un dialecto del árabe. Al igual que el suizo alemán, no tiene forma escrita: los libros y los periódicos están en árabe. A excepción de los más pobres, casi todos hablan francés, muchos dominan el bereber, característico del norte de África y, en las zonas colonizadas por España, el español.

Tal como señalé páginas atrás, no deja de sorprenderme que a pocos kilómetros de España exista un país tan diferente. Otro idioma, otro alfabeto, otra religión, otro sistema político, otras garantías constitucionales, otros hábitos, otra condición femenina. Y aún así, tan inevitablemente parecido por nuestra común condición humana.

¿Cómo debe vestirse una turista en un país musulmán?

Si un hombre viaja sin compañía a Marruecos y quiere preguntarle a una mujer por la calle dónde queda el supermercado, es posible que deba casarse primero con ella antes de recibir una respuesta. Además, es poco probable que comprenda el concepto occidental de supermercado.

No es infrecuente que los marroquíes miren detenidamente a las mujeres y ocasionalmente les silben “bicho feo”. Tal vez esa actitud obedezca a que casi no ven otra cosa que mujeres tapadas de la cabeza a los pies. Sea como fuere, recomiendo a las cincuentonas como yo darse una vuelta en shorts por Fez. Se sentirán Afrodita en el Olimpo, o una meretriz de Constitución, lo mismo da, el punto es que serán miradas a más no poder.

Un dilema filosófico para la occidental es decidir qué ropa usar en Marruecos. ¿Constituye una falta de respeto vestirse de una manera que muchas musulmanas consideran inadecuada? Si una occidental cuestiona este atuendo porque cosifica a la mujer como propiedad del varón, porque es agobiante con 34 grados de calor —no se abanican y vi una mojando el pañuelo que llevaba en la cabeza en el baño de la estación—, ¿debe aun así lucir polleras hasta el piso y mangas largas? Los libros de viaje recomiendan taparse los hombros y usar faldas. Pero también hay marroquíes que sostienen que, tratándose de turistas, las normas son laxas. Vine provista de polleras largas y pañuelos, pero al ver que en Marruecos muchas turistas vestían con shorts, los adopté definitivamente, aunque procurando taparme los hombros. En Rabat y en Fez hay menos extranjeras y me miran como si estuviera a punto de consumirme en las llamas de Alá. La respuesta a mi dilema no provino de la filosofía sino de la meteorología: con un clima agobiante como el de Fez solo

lograrán taparme con un chaleco de fuerza. Que los relativistas extremos se den una vuelta por aquí y después me cuentan.

Las cuevas de Nerja

Las cuevas de Nerja son el lugar más raro y fascinante del que tenga memoria: una formación natural de estalactitas y estalagmitas de 5 a 90 metros de alto, descubiertas por unos jóvenes en 1960, cerca del mar Mediterráneo.

Nerja es una encantadora ciudad balnearia a una hora y media de Málaga. No suele haber casas de más de dos pisos, y está prohibido construir más de cinco. El casco histórico tiene gran cantidad de peatonales y una vista al mar desde lo alto que no tiene nada que envidiarle a ciudades del sur de Italia como Sorrento o Taormina. En agosto la temperatura es ideal, entre 26 y 29 grados, y corre una brisa suave.

A diez minutos de Nerja, las cuevas son un cuadro surrealista, con estructuras muy extrañas y distintas entre sí a las que sus descubridores pusieron nombre en base a las formas que su imaginación creía adivinar: el salón, la lavandería, los castillos de los fantasmas, la chimenea. Según el libro Guinness, la columna central es la más grande del mundo.

Hay algunas pinturas de cazadores recolectores más antiguas que las de las cuevas de Altamira, accesibles solo para los investigadores.

La roca tiene colores en degradé, producto de las distintas capas que sedimentaron, y de vez en cuando cae alguna gota de agua. Está bastante oscuro y hay murciélagos, aunque no se ven porque huyen hacia el fondo de la cueva. El lugar, sin embargo, no es intimidante, suscita una emoción parecida a la que nos conmueve frente a una obra de arte. Kant la denominó “sentimiento de lo sublime”: la naturaleza nos lleva a sentirnos muy pequeños, un poco atemorizados pero a salvo y admirados por la complejidad del universo.

Belgrado, una ciudad resiliente

Belgrado es la capital de Serbia, un Estado independiente desde 2006. Fue destruida 40 veces en 2500 años de historia. Tras la Segunda Guerra Mundial se formó la República Socialista de Yugoslavia, que reunía grupos muy diversos en idiomas, religión y otras características. Tito reprimió durante ese período toda manifestación nacionalista. Al desmembrarse la República Socialista, esos grupos buscaron la independencia, pero los serbios, que eran mayoría, quisieron mantener su dominio. Se generaron así las guerras balcánicas de los noventa, que dejaron entre 130.000 y 200.000 muertos y millones de desplazados. La guerra de Kosovo terminó con un bombardeo de la OTAN sobre Belgrado de 78 días. Fue la primera guerra europea a gran escala desde la Segunda Guerra Mundial. Sus crímenes y el genocidio que suscitó fueron juzgados en el Tribunal de la Haya (Milosevic, uno de los acusados, murió en la cárcel, en medio del juicio).

Lograron su independencia Bosnia, Croacia, Eslovenia y Kosovo, que no fue reconocido como autónomo por Serbia ni por la ONU.

La presidencia de Bosnia se la intercambian cada seis meses los políticos de tres colectivos nacionales. El país tiene tres banderas, tres himnos y dos alfabetos. El serbio se escribe con el alfabeto cirílico, el mismo que utiliza el ruso. Cada comunidad vive casi sin contacto con las otras. La segregación étnica vertebró la vida social y política y es un obstáculo para su ingreso a la comunidad europea.

El héroe nacional de Serbia no es un rey, como en Marruecos, ni un militar, como en Argentina, sino un físico, Nicola Tesla. El aeropuerto lleva su nombre, los billetes muestran su cara y una fórmula matemática. Tesla descubrió la corriente alterna, fue precursor del radar, del control remoto, de la telegrafía, de los rayos X y de la radio, un invento erróneamente atribuido a Marconi y del

que Tesla obtuvo la patente. Fue considerado el inventor más influyente del cambio de siglo.

Numerosos elementos de la cultura serbia y, en general, de la de toda Europa del este son familiares para la cultura judía asquenazi. Por ejemplo, el strudel, que no se llama así, pero hay por doquier en variantes dulces y saladas, incluso en el desayuno de un hotel modesto. La música folclórica tiene un aire de familia con el klezmer y el baile combina elementos del griego y del armenio. Giran en círculos, abrazados.

Lo primero que sobresale al caminar es la falta de pintura de los edificios. La mayoría son grises, deprimentes, característicos de la arquitectura soviética. Veinte años atrás, recuerdo que en Cuba decían que la falta de pintura correspondía al reordenamiento de las prioridades, que la poca que había se usaba para mejorar el aspecto de los hospitales.

En Belgrado hay algunas peatonales muy bonitas, siempre y cuando uno no mire el gris de los edificios, arriba. Y una calle empedrada y bohemia, Skadarlija, que se mantiene encantadora gracias a la gestión de algunos escritores. El célebre bar “Signo de pregunta” debe su nombre al disgusto de los sacerdotes con el nombre anterior, “Bar de la iglesia”. La rivera del Danubio es una de las partes más lindas de Belgrado, junto a las casas de estilo austríaco.

Circulan tranvías antiguos y trolebuses donados por Grecia. Agregaron arena al Danubio y crearon una playa, del mismo modo en que fueron creadas playas en Buenos Aires o a orillas del Sena, en París. Belgrado tiene restaurantes que flotan: muchos de ellos se convierten en discotecas. Gran cantidad de bodegas todavía son del Estado, un resabio del gobierno comunista.

Hoy Serbia tiene un 30% más de celulares que de habitantes. Los taxistas y automovilistas en general manejan hablando por celular,

para inseguridad de los pasajeros.

En Serbia predomina el cristianismo ortodoxo. La iglesia no tiene asientos en el medio sino en los costados. Las personas entran, besan un cofre y la foto de un ángel, y se van.

Los serbios son parecidos a los españoles: les gusta reír, bailar, amar, comer y beber. Las mujeres son tan hermosas que si me hubiera quedado un mes, me convertía en lesbiana.

La herencia del socialismo serbio

“¿Qué cosas positivas quedaron de la época socialista?, le pregunto hoy a Marjan, un joven sociólogo serbio con el que hablé en la 13a Conferencia Internacional de Práctica Filosófica. El periodo comunista modernizó el país, dijo, lo industrializó, construyó grandes boulevares, incrementó la población en las ciudades.

Seguimos charlando y a través de distintas preguntas que le formulé ambos coincidimos en que lo mejor que dejó fueron los bajos niveles de desigualdad y de pobreza y una mayor movilidad social. En Belgrado casi no hay mendigos, ni villas miseria. Se puede caminar tranquilo de día y de noche sin temor a ser asaltado. Otro de los beneficios es que todos los serbios pudieron ser dueños de su casa. Con el advenimiento del capitalismo eso terminó. Hoy muchas parejas viven con los padres y esperan ser dueñas de su casa cuando ellos mueran. Accede a la vivienda propia solo una élite.

No suele haber “servicio doméstico” y los trabajos menos calificados no están a cargo de inmigrantes pobres sino de los mismos serbios. Marjan cuenta que cada uno limpia lo que ensucia en la casa, y que él se ocupa de esa tarea tanto como su novia (viven con los padres de ella).

El comunismo dejó a Serbia un poco menos religiosa, dice, aunque no se produjo el fenómeno de Chequia, en donde buena parte del país permaneció ateo incluso después del advenimiento del capitalismo.

El comunismo de Yugoslavia (el país al que pertenecía Serbia) fue bastante atípico, dijo. Hubo más apertura a Occidente y menos autoritarismo, aunque no era posible criticar a Tito. En 1948 rompió con la Unión Soviética. “¿Cómo es que no ingresaron para reprimir?”, pregunto. “Recién había concluido la guerra —dice—,

años después tal vez lo hubieran hecho”. Otro elemento particular de Yugoslavia fue que lo que más quebró el comunismo fue el nacionalismo. Era lógico que se desmembrara, continúa, se trataba de países con distintas lenguas, religiones y etnias. Hoy la población disminuye por la gran emigración de jóvenes: hay dos millones de serbios en la diáspora.

El primer gobierno tras el advenimiento del capitalismo mantuvo el Estado de Bienestar, pero el actual recortó las jubilaciones y modificó la legislación para que sea más fácil despedir a los trabajadores. Los pocos que mendigan suelen ser los adultos mayores, que cobran jubilaciones paupérrimas.

Las ventajas del fin del periodo comunista están a la vista: mayor autonomía de grupos sociales muy diversos, más libertad de expresión. Las desventajas: recorte de los beneficios sociales, a expensas del bienestar de la mayoría.

La azafata

La azafata es el arquetipo de la mujer soñada. Bella como una actriz de cine, servicial como una geisha, sonriente como una modelo publicitaria, se retira justo a tiempo (tiene que viajar). El miedo a morir en el avión parece atenuado por su cara angelical. Madre y amante, delgada, joven y fina, encarna un modelo sexista que a menudo pasa inadvertido.

El que comanda el avión es casi siempre un hombre. La que sirve y limpia los baños casi siempre es una mujer. Los hombres que sirven son minoría y rara vez se los selecciona por su belleza. La pregunta “¿pollo o pasta?” (“¿lasagna o arroz?” en vuelo de Roma a Beijing) es eminentemente femenina.

Recuerdo el impacto que me produjeron las azafatas rusas la primera vez que las vi en el avión de una línea aérea que viajaba a Cuba. Maduras, regordetas, mujeres comunes que no habían sido seleccionadas por su belleza ni por su delgadez.

En los últimos años algunas aerolíneas empezaron a incorporar más hombres que sirven. Iberia y Aerolíneas Argentinas tienen azafatas más grandes. En las compañías orientales son todas mujeres y parecen geishas: delgadas, hermosas, siempre sonríen.

La azafata es una doméstica fina que admite limpiar porque su trabajo goza de un capital simbólico, de un prestigio del que carece la inmigrante o la mujer del interior que vive de limpiar casas ajenas. Encarna buena parte de los atributos femeninos valorados por los modelos sexistas —belleza, servicialidad, obediencia, espíritu maternal— y refleja hasta qué punto el estatus de un trabajo no depende de la tarea en sí misma sino del marco de reconocimiento que le asigna un valor.

Manual del turista perezoso

- 1) Jamás debe tomar un ómnibus para ir a la playa. El ómnibus se inventó para ir a trabajar. O para asistir a la escuela. A la playa no. De modo que si está en Ciudad Paraíso y para visitar la playa de arenas negras debe subirse a un ómnibus, preferirá conocerla en las postales que ofrece el negocio de souvenirs que está a la vuelta de la esquina. Así verá también los lugares que quedan a más de quince cuadras del hotel. En las postales todos los paisajes se ven más lindos que en vivo y en directo. Tampoco es necesario madrugar para contemplar el amanecer sobre el mar, porque en las postales el sol siempre alcanza su momento de máximo esplendor.
- 2) Jamás madrugará para tomar un tren o un avión. El madrugón se inventó para ir a trabajar. O para asistir a la escuela. Para viajar no. En lugar de madrugar, preferirá cambiar el destino turístico.
- 3) Jamás se meterá en la pileta o en el mar. El agua siempre está demasiado fría, excepción hecha de las piletas termales, que están demasiado calientes. A lo sumo se refrescará los pies a la orilla del mar, al atardecer. Y siempre se arrepentirá de haberlo hecho, porque sacarse la arena de los dedos para calzarse las zapatillas es una proeza digna de Poseidón.
- 4) Jamás frecuentará los lugares más afamados de cada circuito turístico. Casi nunca, en realidad. Si visita el palacio del sultán y para ver sus joyas debe hacer tres cuadras de cola bajo la lluvia, aún cuando haya pagado una entrada significativa preferirá huir del palacio y esperar hasta que la lluvia cese para deambular por las calles sin rumbo fijo. Al cabo de una hora se sentará durante toda la tarde a leer en un bar y la pasará mejor que en su derrotero turístico. Luego calculará que pagar la entrada del

museo más afamado del lugar le costará el equivalente a dieciséis baclavas, y decidirá emprender una visita (no guiada) a la pastelería.

- 5) El turista perezoso entiende que el turismo es un emprendimiento agotador, creado a imagen y semejanza del trabajo alienado. Por eso, harto de esperar horas y horas en los aeropuertos para no embarcar en vuelos que se suspenden a último momento, o de viajar toda una noche comprimido en un espacio minúsculo y de formar filas interminables para sellar papeles y pasaportes que rara vez cumplen con los requisitos exigidos por las autoridades, y de ser estafado por taxistas que lo pasean por los sitios más recónditos de la ciudad, dejará de una vez y para siempre de viajar y preferirá leer o conocer el planeta a través de la serie “Españoles por el mundo”, cómodamente sentado con un daikiri frente a su televisor. Es más barato y relajante. Y no produce jet lag.

Israel, modernidad y tradición

En Israel los valores de la sociedad tradicional y los del mundo moderno están en permanente conflicto. Entre los primeros, la identificación del Estado con la religión. Entre los segundos, un Estado de Bienestar sin miseria, con conquistas sociales envidiables y tecnología de punta.

Entre los rasgos propios de la sociedad tradicional, la educación religiosa (el Estado no garantiza el acceso a un panorama general del conocimiento), parcialidad que no promueve la convivencia en la diversidad. El viernes a la noche, que es el equivalente a nuestro sábado, no hay transporte público, ni siquiera para los que no creyentes. Solo existe el casamiento religioso. Se discute si el Estado debe seguir manteniendo a los ortodoxos. No trabajan, se reproducen como conejos y se dedican a orar y a estudiar los textos

sagrados. Hay un Ministerio de Asuntos Religiosos que instala templos en los kibutzim, las comunidades agrícolas que tradicionalmente habían sido laicas. Israel es el único país del mundo en el que vi un templo dentro del aeropuerto. También hay uno dentro de la universidad de Tel Aviv. En un comienzo negaron la habilitación, pero como traía buena plata bajo de la manga, finalmente la aceptaron.

En Jerusalén hay más religiosos que en Tel Aviv. Se los ve leyendo la Biblia, orando en la calle o en la mesa de un bar, junto a otras personas que conversan animadamente. En la ciudad vieja conviven cristianos, judíos, árabes y armenios en un espacio muy reducido. En todo el país los carteles están en hebreo, árabe, inglés y ruso. El hebreo y el árabe son las dos lenguas oficiales.

En el barrio de judíos religiosos Mea Shearim hay locales en los que es posible elegir qué persona será objeto de un acto de caridad. Los afiches pegados en las paredes informan sobre los fallecidos en los últimos días. Las religiosas lucen vestidos largos oscuros y zapatos negros, peluca o turbante. A diferencia del resto de los ciudadanos israelíes, los judíos ortodoxos hablan idish en su vida cotidiana y utilizan el hebreo solo para rezar.

La comunidad religiosa más radical de Beit Shemesh promueve la segregación de género en calles, colegios y lugares públicos, hábitos que son repudiados por la mayoría. El propio gobierno califica como “terrorismo” a los ataques violentos de estos grupos extremos. Sin embargo, algunos sugieren que estas expresiones son más toleradas que las acciones violentas que provienen de los palestinos.

Las panaderías y los supermercados ofrecen hacia el fin de semana pan trenza, rogalaj (una factura con chocolate), y predominan la comida árabe y sefaradí (descendientes de los judíos hispano-portugueses). La asquenazi (originada entre los judíos

Europeos que se asentaron en Europa central y oriental) es muy difícil de encontrar.

Algunas conquistas propias del ideal moderno: en Israel no hay indigencia ni mendigos por las calles; existe una Asignación Universal por Hijo que cobran sin excepción todos los niños. Hay subsidios para los adultos mayores, la mujer divorciada y el niño con problemas físicos o psicológicos. Si lo necesitan, los mayores reciben ayuda en su casa para limpiar, cocinar o hacer las compras. Por lo general esa tarea no está en manos de israelíes sino de tailandesas. Como en otros Estados de Bienestar, los trabajos menos calificados están a cargo de extranjeros, en este caso de palestinos, chinos, tailandeses y judíos etíopes.

Israel es uno de los países del mundo con más premios Nobel per cápita. Desarrolla tecnología de punta en programas de computación (un israelí inventó el pendrive) y en los sistemas de riego por goteo que se utilizan en todo el mundo para ahorrar agua. Las plazas tienen juegos sofisticados y pisos blandos para amortiguar las caídas de los niños.

Los kibutzim constituyeron la parte más progresista del Estado de Israel, fundado en 1948. Fueron (y algunos todavía son) comunidades socialistas, con trabajo rotativo y retribución de acuerdo al esfuerzo. Hoy muchas de estas comunidades han cambiado decisivamente. En lugar de rotar en el desarrollo de los trabajos menos calificados y desagradables, contratan a empleados de afuera del kibutz para que los desarrollen.

Visité a Raquel y Daniel en el kibutz Magal, donde viven en una casa hermosa, con vitrales y objetos que adquirieron en sus viajes por el mundo. Él es músico. En su momento el kibutz aprobó que se dedicara por completo a su profesión fuera de la comunidad. Antes había trabajado recolectando naranjas y luego dedicó los sábados a

contribuir con algún trabajo manual a la comunidad. Hoy el 7% de su sueldo va a la caja común, y además paga otros impuestos.

Al que no tiene trabajo el kibutz le ofrece una renta básica de 1500 dólares. En un comienzo en los kibutzim se comía en ámbitos comunitarios. Ahora solo algunos se reúnen en espacios comunes para el almuerzo.

En Israel hay más de 250 kibutzim. A muchos la privatización los salvó de la bancarrota. Otros son ricos y ayudan a los kibutzim más pobres, exportan productos a todo el mundo, o venden terrenos donde construyen casas quienes no forman parte de la comunidad.

Daniel abandonó la música durante dos años para ser Secretario General del kibutz (los cargos administrativos son rotativos). Raquel es actriz y en determinado momento sintió el compromiso ético de trabajar en el área administrativa, y lo hace aún ahora. Hay unos 80 kibutzim que mantienen la modalidad de trabajos manuales rotativos y el estilo tradicional.

En Jerusalén visité el Ramat Rachel, un kibutz que tiene hotel y restaurante. Es célebre porque la mitad de sus integrantes murieron luchando en la guerra por la independencia.

La modernización de Israel adoptó el esquema norteamericano en el desarrollo del transporte. El automóvil es el eje de la movilidad, y calculé que mató a más personas que todas las guerras y los ataques terroristas que se desarrollaron desde la fundación del Estado. Son más de 30.000 muertos, de modo que si el grupo terrorista Hezbollah quisiera matar israelíes le bastaría con financiar la construcción de autopistas. Un domingo a la mañana (es el equivalente a nuestro lunes), día de mucho tránsito, es posible viajar a paso de hombre de una ciudad a la otra. El transporte público no es eficiente. Sin auto particular, no es fácil trasladarse. Los problemas ocasionados por una movilidad no sustentable conviven con una buena educación vial, conductores que detienen el auto

cuando pasa el peatón, y un sistema por el cual si las dos personas que van en la parte de adelante del auto no se calzan el cinturón de seguridad, suena una alarma. Si bien en Israel hay numerosos espacios verdes hermosos y muy cuidados, en la calle predominan los autos y no las personas. Hay más shoppings que locales, algo que también disminuye la cantidad de peatones.

Tienen el mismo sistema municipal de bicicletas públicas que en Buenos Aires. Los niños que circulan en bicicleta están obligados a llevar casco, una medida que muchos ciclistas reprueban porque consideran que desalienta el uso de la bicicleta. De más está decir que si el automóvil es el eje del transporte, los ciclistas están en serio peligro.

¿Cuál de los dos ejes predominará en el futuro, el de la sociedad tradicional o el de la modernización? Algunos israelíes sostienen que sin los ultraortodoxos Israel no tiene garantizada su continuidad, por cuanto serían ellos (¡incluso los que están en contra de la existencia del Estado de Israel!) los que garantizarían la diferencia específica (religiosa) que subyace en la constitución del Estado. Pero si pensamos en el judaísmo como una cultura, ese argumento se desvanece. Fundadores del Estado de Israel como Theodor Herzl no eran religiosos. Su objetivo era el de establecer un lugar en el que uno de los pueblos que más padeció la persecución a lo largo de la historia pudiera vivir en paz. Ese antiguo proyecto (el de la paz) aún permanece inconcluso. El desafío de las generaciones futuras es el de asociarlo con sus avances modernos en términos de equidad y de justicia social.

Pésaj y el conflicto de Medio Oriente

El sentido de mantener vivo el ritual de Pésaj, la Pascua judía, es el de recordar el momento en que los judíos se liberaron de la esclavitud. Esa memoria de los tiempos de opresión resulta

significativa porque induce a velar por el derecho de todo aquel que sufre y necesita amparo. En el Éxodo (XXII, 20) es posible leer: “No engañarás al extranjero, ni lo oprimirás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la Tierra de Egipto”. Ese es el sentido del Maot Jitim (“monedas para trigo”), una colecta que se realiza entre todos los miembros de la comunidad y cuyo importe se entrega a los necesitados para la adquisición de la comida con la que se celebra el Pésaj.

Las cenas familiares son ofrecidas con el propósito de inculcar a las nuevas generaciones el recuerdo del que sufre o del extranjero solitario. Antiguamente la puerta de la casa permanecía abierta esa noche, y antes de sentarse a la mesa el padre renovaba un ritual de la ética del desierto y se asomaba a la calle para que todo aquel que tuviera hambre entrara y comiera en compañía.

Durante la cena de Pésaj el padre relata a su hijo la historia del Éxodo a través de un juego de preguntas y respuestas y de un puñado de himnos alegres. Cada generación debe realizar un ejercicio de empatía y verse a sí misma como si hubiera sido ella la que salió de Egipto. Por eso se come matze, el pan que no pudo leudar porque fue necesario huir al desierto, y se prepara jaroset, una mezcla de manzanas, nueces, miel, canela y vino dulce. Una ventaja existe en el sufrimiento, y es la posibilidad de comprender el dolor de los demás. Lamentablemente esto no siempre es así. Entonces hay gays que discriminan a los judíos, afroamericanos que desprecian a los gays, israelíes que subestiman a los judíos etíopes o a los musulmanes, o palestinos de Hamás que niegan la existencia del Holocausto.

El Museo Yad Vashem contiene un relato sintético y conmovedor del Holocausto y de la discriminación que padecieron los judíos a lo largo de la historia. Emplazado en Jerusalén, termina solo con la creación del Estado de Israel en vez de culminar con la Declaración

Universal de Derechos Humanos, proclamando la necesidad de que ninguna persona más sea discriminada por etnia, color, sexo, idioma, religión, orientación sexual, opinión política o de cualquier otra índole.

Este es el sentido de la conmemoración de Pésaj. La emancipación judía habrá llegado definitivamente cuando podamos proclamar la emancipación de todos los grupos humanos que han sido segregados a lo largo de la historia.

El altruismo fue en un principio una estrategia biológicamente adaptativa que permitió proteger a la persona y a la comunidad, pero evolucionó hacia una ética elegida conscientemente en la que se ensancha el círculo de quienes son iguales en derechos, hasta alcanzar a la humanidad toda.

El Estado de Israel fue creado para que los perseguidos del nazismo pudieran encontrar un lugar hacia el cual emigrar. Tal vez no haya sido una buena idea emplazarlo en Palestina, pero en 67 años este país se ha ganado el derecho a permanecer en ese lugar, más allá de la polémica en torno a los límites de su territorio.

Lo razonable hubiera sido que la creación del Estado de Israel finalmente diera inicio a una era de paz, tras siglos de persecuciones. Por desgracia no fue así. Se desató un nuevo conflicto, extrínseco al contexto europeo (generador del antisemitismo), del que los árabes, que no habían tenido anteriormente problemas con los judíos, se convirtieron en principales protagonistas.

Es sabido que en la guerra pierden y agreden ambos bandos, que la violencia genera más violencia, nuevas injusticias y catástrofes. Encarnar al bando que sufre más bajas no resta dramatismo ni responsabilidad a las acciones violentas de los palestinos de Hamás.

Desde 1947 se abrió un nuevo capítulo trágico en la historia del pueblo judío, con nuevas víctimas, nuevas injusticias y nuevos crímenes.

Preservar el sentido humanitario de Pésaj implicaría cambiar por completo la estrategia actual del Estado de Israel, que debería estar más dispuesto a ceder y a no abandonar ni un minuto las negociaciones para alcanzar la paz, acordar con los grupos moderados que no niegan su derecho a existir y dejar de colonizar los territorios ocupados de Cisjordania. Lamentablemente, desde el acceso al poder de la derecha en 1996, las negociaciones han sido prácticamente congeladas. Es justo que los palestinos aspiren a un país propio, con representación en el concierto de las naciones, pero es necesario también que dejen de disparar cohetes sobre el territorio israelí, y que se terminen los ataques contra los soldados cerca de la frontera con Gaza.

Los judíos israelíes son cada vez más escépticos acerca de la posibilidad de un acuerdo de paz con los palestinos. Un 83% cree que una retirada a las fronteras anteriores a 1967 y la cesión de Jerusalén este a los palestinos no pondría fin al conflicto. El 71% se opone a ceder la porción oriental de Jerusalén.

La conmemoración de Pésaj debería llamarnos la atención sobre la urgente necesidad de poner fin a la violencia en la historia del pueblo judío. Toda memoria de la opresión puede conducir nuestros esfuerzos hacia una convivencia pacífica. Tal el compromiso de libertad que le corresponde renovar a cada generación.

Masada, una lección de dignidad

La palabra Masada traduce al español el término hebreo Metzudá, que significa fortaleza. Es el nombre de las ruinas de un conjunto de palacios y fortificaciones construidos por el rey Herodes para refugiar a los judíos tras la caída de Jerusalén en los años 36-

30AC. Está ubicada en una zona desértica y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

En las cercanías está el Mar Muerto, donde es posible flotar sin nadar. Casi el 25% son sales disueltas, lo que impide cualquier forma de vida vegetal o animal, salvo algunas bacterias. Las aguas están en calma y el cuerpo flota sin esfuerzo porque es menos denso que el agua. Las personas accidentadas recuperan el movimiento con mayor facilidad ya que allí los ejercicios se aligeran. El agua es tan densa que no es posible nadar, solo flotar. En diciembre, el mes que lo visité, solo los rusos se atrevían a sumergirse. Ubicado en la frontera entre Israel y Jordania, es el agua más salada y densa del mundo. El clima cálido hace que se evapore rápidamente, dejando una mayor concentración de sal, por eso el Mar Muerto ofrece una bruma espesa que convive con un sol radiante.

Muy cerca de allí está la fortaleza de Masada, donde en el comienzo de nuestra era se edificó un complejo de aguas termales (¡en la cima de una montaña!). De la fortaleza quedan solo algunas piedras y una lección de dignidad que conmueve a los visitantes.

Los romanos sitiaron Masada en el año 72 DC. Se habían refugiado allí un millar de personas, entre ellos niños, mujeres y ancianos. Fue imposible someter de inmediato a la población asediada porque tenían abundantes reservas de comida. Los romanos decidieron entonces construir un terraplén para instalar las máquinas de guerra al pie de la muralla. Ante su desesperada situación, y antes que rendirse y convertirse en esclavos de su enemigo, los sitiados decidieron darse muerte. Flavio Josefo, cuyo relato fue corroborado por evidencias arqueológicas, da un testimonio desgarrador de este suicidio colectivo. Mediante un sorteo eligieron a los diez que estarían encargados de matar a los demás, que se tendieron ofreciéndoles su garganta. Cumplida su

tarea, uno debía matar a los otros nueve y darse muerte a sí mismo. Solo se salvaron dos mujeres y cinco niños que se escondieron y contaron lo sucedido a los romanos. “Viendo tan gran muchedumbre de muertos —escribió Flavio Josefo— los romanos no se alegraron, aunque se trataba de sus enemigos. Más bien se maravillaron por su decisión de darse muerte y no perder su libertad”. Masada no es solo un nombre que evoca una de las tantas persecuciones que padeció el pueblo judío. También enseña a la humanidad toda que hay algo más valioso que la duración de la vida: la dignidad, la existencia con sentido, lo que hace que la vida valga la pena de ser vivida, un valor que debería movernos colectivamente a buscar la justicia, la autonomía y la libertad.

Navidad en Israel

“¿Por qué nosotros no tenemos árbol de Navidad?”, le pregunté a mi madre, que respondió lacónicamente:

—Porque sos judía.

Me largué a llorar y accedí a la primera conciencia y definición de judeidad: el judío —me dije— es un individuo privado de árbol de Navidad.

Entonces mi madre me regaló uno, chiquito, de plástico, y con bolitas que se sacaban y se volvían a poner.

Años más tarde, como no tenía con quién pasar la Navidad, decidí invitar a casa a los judíos que se quedaban solos ese día. Poco importaba que fueran ateos. El festejo era una excusa para encontrarse. Comíamos juntos, bailábamos música klezmer y repetimos el encuentro tradicional durante años.

Siempre me gustó la iconografía de la Navidad. Adoro los pinos, las guirnaldas, las luces, los regalos, la música y la comida calórica que se ingiere con demasiados grados de sensación térmica.

Años atrás pasé la Navidad en Israel y extrañé las imágenes de la Nochebuena. Solo conmemoran esta fecha los árabes cristianos de Nazareth y otros grupos minoritarios.

Sentí un enorme consuelo cuando me contaron que algunos rusos judíos que emigraron a Israel se vinieron con su arbolito de Navidad. No se reúnen para festejar, pero conservan este símbolo que pertenece a su cultura no menos que el vodka o la matrioska.

La Navidad no tiene que ver solo con la religión sino con el hábito de sincronizar la existencia con algunas imágenes, aromas y sonidos, el de propiciar el encuentro y el de suponer que ciertas experiencias deberían ser muy especiales, romper con la rutina y motivarnos para hacer girar la rueda de la vida.

La mirada

En el barrio de judíos ortodoxos de Jerusalem, algunos hombres se tapan la cara cuando se cruzan con una mujer. Ese gesto es propio de una ínfima minoría, pero resulta común en algunos grupos de ortodoxos.

De este modo, toda mujer que transita por la calle se convierte en mero objeto de tentación. La mirada es quizá la primera herramienta de seducción sexual, pero antes que eso es un registro del prójimo como humano.

Es muy probable que ese hombre no haya concurrido a una escuela laica en la que pueda educarse con valores humanísticos. Su formación religiosa en muchos sentidos reforzó los prejuicios que observó en su casa.

Me siento agraviada por ese hombre que se tapa la cara y me niega el primer reconocimiento que merece toda persona.

Vivir para contar

Un parque temático de Israel, el Kfar Kedem, ofrece un novedoso recurso a sus visitantes: pueden conectarse a internet cuando están montados sobre un burro. El objetivo es que sientan que están en los siglos I y II, con ropas y construcciones de la época.

Como al principio no tuvieron mucho éxito, a uno se le ocurrió que los visitantes podrían subir sus fotos a Facebook mientras montaban en el burro. La conexión a internet se habilita solo cuando el burro se desplaza, gracias a pequeños routers que se instalan sobre el lomo del animal.

La iniciativa quizás revele que en la era de la informática importa menos vivir una experiencia que contarla, o que estamos invirtiendo el orden de los factores, y ni siquiera esperamos a que la experiencia tenga lugar para transmitirla, con lo que convertimos nuestra vida en un reality show, desplazando el foco del interlocutor al espectador, de la persona a la máquina, de la experiencia a su representación. O tal vez refleje un fenómeno aún más universal: que desde siempre para un animal parlante como el homo sapiens, la vida toda no es más que un ínfimo pretexto para tener algo de qué hablar.

El español, la lengua de las telenovelas

Hablo español en el ascensor de un edificio de Jerusalem y una israelí comenta: “¡Es el idioma de las telenovelas que escucha mi hija por televisión!”. Ilusa de mí: creía que hablamos la lengua de Cervantes.

Libertades

Caminar tranquilo de noche, sin temor a ser asaltado.

Alojarse en un hotel modesto que no tiene conserje, deja su puerta abierta de día y las llaves de las habitaciones a disposición del que necesite tomarlas.

Irse de los hoteles sin que nadie crea necesario fijarse si uno robó una toalla o consumió alguna bebida no declarada en el mini-bar.

Andar en bicicleta tarde, a la noche.

Caminar en una playa desierta al atardecer, sin miedo.

Metros sin molinetes ni guardias que certifiquen si el usuario sacó un boleto.

Cajeros automáticos que dan directamente a la calle.

Restoranes en los que, en ausencia del mozo, se deja el dinero de la cena encima de la mesa y se sale, sin que nadie certifique si la suma es correcta y sin temor a que el dinero sea robado.

Ni un solo niño (y casi ningún adulto) pidiendo dinero en la calle.

Ni una sola persona revolviendo la basura.

Espacios libres de automóviles. Ciudades para quedarse, y no solo para transitar. Peatonales con asientos gratuitos en las que es posible relacionarse con el otro, leer, oír música, tomar sol o mirar a los demás.

Automóviles que en ausencia de un semáforo disminuyen la velocidad y dejan pasar al peatón.

Bicicletas por doquier, amparadas por una infraestructura que fomenta su uso.

Libertades de las que disfrutaban algunas ciudades europeas con niveles de desigualdad considerablemente inferiores a los nuestros, y con prácticas convivenciales que han madurado como hábitos.

La estatua de Stalin en Praga y el culto a la personalidad

Querían que la estatua de Stalin en Praga fuese la más grande de toda Europa. Su estructura se valió de 235 bloques de granito. Pesaba 17.000 toneladas y costó 140 millones de coronas checas. Stalin aparecía escoltado por una serie de figuras alegóricas: obreros, campesinos, soldados. Finalmente la obra fue concluida, tras seis arduos años de trabajo. Pero lejos de venerarla, los checos se burlaron de ella, bautizándola como “la cola del pan”.

No había pasado un año cuando, en 1956, Nikita Krushev decretó el fin del culto a Stalin y la retirada de sus figuras de la Europa comunista. Con 15 metros de alto y 22 de largo, el monumento parecía exactamente el reflejo de aquello que se quería evitar. Habían tardado seis años en construirlo y, apenas terminado, su sentencia de muerte parecía firme. Lo primero que me vino a la mente cuando oí esta historia fue el caso de las parejas que tardan años en construir su casa y, cuando la terminan, se divorcian.

No era fácil destruir una estatua de semejante tamaño. Además, la detonación debía realizarse de noche y en secreto. La idea era desmontarla, pero de forma “respetuosa”. No parecía prudente que los ciudadanos observaran cómo golpeaban al ex secretario general de la URSS y lo cargaban descuartizado en grúas. Para apurar la operación, se optó por la dinamita. Una madrugada de 1962 el monumento voló por los aires. Varias viviendas fueron afectadas por las rocas. Algunos comentaban que, incluso muerto, el secretario general todavía podía llevarse a la gente por delante. A la mañana siguiente, una porción considerable de la estatua seguía en pie. Stalin se resistía a abandonar su pedestal y las bromas iban en ascenso.

Finalmente el monumento fue removido. Tardaron seis años en construirlo y fue exhibido otros siete en los que el ícono cayó en

desgracia. Sin embargo, el pedestal se mantuvo sin la estatua, así como el culto a la personalidad, uno de nuestros predilectos artículos de fe.

En 1991, después de darle muchas vueltas al asunto, decidieron colocar en ese lugar un metrónomo, el aparato mecánico que sirve para medir el tiempo y marcar el compás de las composiciones musicales.

El proceso de conversión al capitalismo concluyó en la República Checa en 1996. A partir de entonces todo lo expropiado por el régimen comunista fue devuelto. De modo que si antes del advenimiento del comunismo una persona poseía veinte propiedades y otra ninguna, a la primera le fueron devueltas las veinte y la segunda seguía sin ninguna.

El mismo año en el que retornó el capitalismo, a raíz del concierto que Michael Jackson daría en Praga, se decidió usar el pedestal para levantar una estatua gigante del rey del pop. Durante noventa días operó como espacio publicitario del megaconcierto, y luego fue removida sin problemas.

La historia del monumento de Stalin es uno de los hitos del Museo del Comunismo de Praga, que destaca solo los innumerables desaciertos del régimen, sin reconocer ningún beneficio en el ámbito de las políticas sociales. Todos los países que estaban del otro lado de la cortina de hierro tienen hoy su Museo del Comunismo. Ninguno cuenta con un Museo del Capitalismo, un lugar en el que puedan repasarse los hitos de este sistema durante los últimos siglos.

A la estatua de Stalin tardaron tanto en construirla que cuando la terminaron ya le había pasado su cuarto de hora. El episodio puede ilustrarnos sobre la necesidad de no demorarnos en exceso para elaborar algunas cosas, al punto en que cuando las terminemos su existencia pierda sentido. También sobre los problemas del culto a la

personalidad, tan presente en todos los ámbitos de nuestra cultura: en la política (liderazgos carismáticos y regímenes presidencialistas y no parlamentarios), en el arte, en la filosofía, donde innumerables docentes e investigadores se convierten en “viudos” promotores de la memoria de su pensador favorito, y en el universo de los afectos.

Frente al impulso de tatuarse algunos nombres en el brazo, será más fértil refugiarse en el universo de las ideas y en el de los valores. Es más abstracto y menos pasional, pero cambiar de idea cuando lo juzguemos conveniente debería ser más fácil que tirar abajo las 17.000 toneladas del monumento a una persona.

Viajar: ¿un derecho humano?

La categoría ontológica “hamburguesa con papas fritas” no es universal. En Bélgica lo más importante son las papas fritas y no la carne, así que la oferta es de “papas fritas con hamburguesa”.

Tanto aman los belgas las papas fritas que las fríen dos veces, quizás en la esperanza de que un segundo estómago solidario contribuya a digerir el aceite.

Las rutinas constriñen el pensamiento y la creatividad. El viaje activa nuevas redes neuronales y ofrece “momentos ajá” sobre problemas que hemos tratado de resolver durante mucho tiempo. Los adultos tienen la posibilidad de experimentar el mundo como lo hacen los niños. La curiosidad es una clave de la experiencia humana, y viajar es una forma de incrementarla. Puede despertarnos del sueño dogmático y quebrar nuestros esquemas previos. Solo por eso debería convertirse en un derecho humano.

8

El mundo de la política

Decisiones políticas informadas por la ciencia

Buena parte de la política está basada en la mera opinión, que es, tal como hemos señalado, el escalón más bajo del conocimiento. Los políticos no suelen estar al tanto de los estudios científicos que podrían informar sus decisiones, y tampoco son conscientes de la necesidad de estar actualizados en lo que se investiga en su área.

Años atrás, a raíz de un artículo que escribí en el diario sobre el problema de la inseguridad, fui convocada por el entonces Ministro de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. El despacho tenía unos veinte televisores que funcionaban sin volumen. No fueron mis investigaciones sobre el tema sino un artículo publicado en el diario lo que despertó su interés. Cuando mencioné las investigaciones disponibles sobre el tema de la inseguridad, incluso las que fueron publicadas en la Argentina, aunque se trataba de su área de competencia, ignoraba por completo los datos empíricos.

La responsabilidad en torno a este desconocimiento no recae solo en los políticos sino en la estructura endogámica de la academia y en las escasas vías de comunicación que existen entre los investigadores y la sociedad.

La política experimental es una nueva disciplina que mediante la teoría de los juegos y otros estudios experimentales reproduce conductas que se dan a gran escala en una sociedad. Por ejemplo, analiza los comportamientos en situaciones de reciprocidad, en los

que una persona concentra demasiado poder y en esquemas de gran desigualdad.

La investigación científica sobre cuestiones políticas está dando sus primeros pasos y es de esperar que en el futuro permita tomar decisiones más racionales para el beneficio de la mayoría de los ciudadanos.

Cómo acabar con la pobreza

Los daneses cuentan con un seguro de desempleo que nunca cesa si el ciudadano certifica que buscó trabajo y no lo consiguió, y con oficinas públicas que ofrecen cursos de “rehabilitación vocacional” y ayudan a conseguir un nuevo empleo. Sistemas muy similares funcionan en gran cantidad de países de todo el mundo que han disminuido sustantivamente la pobreza. Es el caso de los escandinavos, de Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza e Israel, entre otros.

En todos los casos el desempleado debe concurrir regularmente a la Oficina Nacional de Empleo Público (en Suecia hay 320 sucursales en todo el país y dependen del Parlamento) para certificar su búsqueda de trabajo y su disposición a emplearse si lo que se le ofrece resulta acorde a su experiencia. Cada mes estas oficinas son visitadas por 1,7 millones de personas. En Alemania el primer seguro de desempleo dura dos años, pero si aún no se obtuvo trabajo, se estudia caso por caso y el Estado contribuye a sostener bienes mínimos, si es necesario. Puede pagar el alquiler, o gastos mínimos de supervivencia. Si el desempleado tiene otros recursos o si su esposa trabaja, el seguro de desempleo cesa, del mismo modo en que se termina si durante ese periodo realiza mejoras en su casa.

Este año Finlandia ensayará otro sistema, que es el de otorgar a todo ciudadano una renta universal de 800 euros por mes, pero esto

implicará que el Estado ya no ofrecerá los beneficios sociales que estuvieron a su cargo (salud, régimen previsional, etc). En Suiza este año habrá un referendun para determinar si se implementa un ingreso o renta básica universal y en Utrecht, en los Países Bajos, se está realizando un experimento por el que se otorga una renta básica de 900 euros por mes a 300 ciudadanos que pueden o no tener trabajo, sin ninguna contraprestación a cambio.

¿De qué forma se mantiene este sistema? Trabajadores y empleadores realizan sus contribuciones, y el Estado asigna un porcentaje de su PBI (en Dinamarca representa solo un 4,4% del total). Se podrá aducir que se trata de países menos poblados que Argentina, pero Alemania nos duplica en población y tiene un sistema similar. Se podrá argumentar que estas medidas promoverían la vagancia, pero un informe del Banco Mundial evidencia que la Asignación por Hijo no desincentivó el trabajo en la Argentina.

El paso siguiente que debemos dar para acabar con la pobreza es articular un sistema de Oficinas Nacionales de Empleo Público que ayuden a conseguir trabajo y a capacitar, junto con un seguro de desempleo que no cese nunca y garantice bienes mínimos si la persona certifica que no consiguió trabajo. Es la única forma en que la mayoría de los países disminuyeron sustantivamente la pobreza. Los daneses no focalizan su interés en el trabajo sino en el trabajador, y lo resumen en una expresión: “jantelov” o “Jante Law”, que refiere a la idea de ayuda mutua y significa “nadie es mejor que otro”.

Utopía

“Me acerco dos pasos a la utopía y ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos, y el horizonte se desplaza diez pasos más allá.

Aunque camine, no la voy a alcanzar nunca ¿Para qué sirve la utopía? Sirve para esto: para caminar". Fernando Birri

Durante siglos pensar en la abolición de la esclavitud fue considerado una utopía.

A partir del siglo XIX ya no lo fue.

Durante siglos pensar en la caída del Imperio Romano fue considerado una utopía.

En el 473 cayó el Imperio Romano de Occidente y en 1453 el de Oriente o Imperio bizantino.

Durante siglos pensar que el ser humano pudiera volar fue considerado una utopía.

Hoy el avión es uno de los medios de transporte más seguros que existen.

Durante siglos pensar que la mujer pudiera votar fue considerado una utopía.

En la actualidad las mujeres votan.

Durante el siglo XVI Tomás Moro sintetizó su modelo de sociedad deseable en su libro Utopía (fue la primera vez que se utilizó esta palabra). Por entonces llevar a la práctica esta Utopía fue considerado una utopía.

En el siglo XX la Unión Soviética y otros países tuvieron varios elementos en común con el proyecto de Moro.

Durante décadas pensar en disminuir la cantidad de muertes ocasionadas por el tabaco fue considerado una utopía.

Hoy los países que tienen leyes nacionales antitabaco han reducido la cantidad de muertes derivadas de esta droga.

El cambio social es contagioso. El mundo árabe se sacudió con estallidos populares. Primero Egipto. Luego Libia, Túnez, Marruecos y otros países.

Todos querían acabar con dictaduras corruptas de políticos que se habían enriquecido en el poder, mientras los sectores más desfavorecidos meramente subsisten o pasan hambre.

El cambio social parece lo más difícil. Sin embargo, una vez que se mueve una pieza clave, es contagioso.

Los sistemas veteranos se desmoronan como castillos de naipes.

A quienes sostienen “eso es utópico”, “ingenuo”, “nunca va a pasar”, “siempre existió y por tanto existirá”, “no podría ser de otra manera”: manténgase atentos, la historia los desmiente.

Si alguien quiere descalificar un cambio social propuesto por su interlocutor diciéndole “Hacer X es utópico” o “Instaurar Y es demasiado idealista”, debería recordar que así como nacen, las instituciones humanas pueden desaparecer.

“Pretender acabar con la pobreza es utópico”.

“Reemplazar al automóvil por otro medio de transporte que no provoque 1.500.000 muertos por año en todo el mundo (incluso en los países con muy buenos conductores) es utópico”.

“El fin del imperialismo es utópico”.

“El fin del capitalismo es utópico”.

La riqueza y el peligro de las utopías no reside en que permanezcan en el interior de nuestra imaginación, sino en que se conviertan en realidad.

El “efecto Mateo”

Al favorecer la desigualdad, el capitalismo promueve el llamado “efecto Mateo”, un término utilizado por primera vez por el padre de la moderna Sociología de la Ciencia, Robert Merton. El “efecto Mateo” consiste en favorecer al que ya le va bien y en perjudicar todavía más al que le va mal. La denominación surgió de la célebre cita de la Parábola de los Talentos en el libro de Mateo del Nuevo Testamento, que en el versículo 29 dice: “Al que más tiene más se le

dará, y al que menos tiene, se le quitará para dárselo al que más tiene (Mt,14-30)".

Una persona sobresale por acumular mayor cantidad de un determinado valor. Se la empieza entonces a sobrevalorar y se eclipsa al resto. Pero a quienes atesoren poco valor en una determinada categoría, se los relegará al último lugar, se los marginará y desechará. A veces estas personas son desposeídas de recursos materiales, y a veces de recursos psicológicos y sociales. En contraste con este esquema a través del cual se le da más al que le va mejor, y no se ayuda o se perjudica al que le va peor, las estructuras participativas e igualitarias facilitan la cooperación y reducen las consecuencias negativas.

Como en ciertos ámbitos los bienes de consumo son las "credenciales aceptadas", los "distintivos de autoridad" de las élites sociales, a la persona o entidad que es percibida como más pudiente se le otorgan más beneficios y ventajas mientras que al que es percibido como pobre o en fase de empobrecimiento, le son negadas. Este mecanismo no hace más que aumentar la brecha entre los que más y los que menos tienen.

Lo mismo ocurre con el capital simbólico, es decir, con el reconocimiento, los títulos y los premios. Una persona es premiada y se le brindan todos los honores y beneficios personales, sociales y psicológicos, eclipsando al resto. Intuitivamente, para atenuar el efecto Mateo, los concursos dan también un segundo premio, medallas, diplomas y premios consuelo de distintas clases. Efectos equivalentes se producen en los procesos electorales o en el ámbito del mercado.

Al "efecto Mateo" se lo conoce como "efecto bola de nieve" en el lenguaje cotidiano, y en contextos económicos y empresariales se lo denomina "efecto riqueza" y "efecto acumulativo". En una estructura piramidal y competitiva hay una sola persona que es catalogada

como la mejor, con lo que acapara todos los beneficios, y los demás resultan perjudicados en comparación con ella.

Un par de ejemplos. (1) Se otorgan créditos para la compra de viviendas solo a los sectores medios de la población que pueden pagarlo, dejando afuera a las personas en situación de pobreza, que han recibido en términos generales menos beneficios por parte de la sociedad. (2) Solo los trabajadores en blanco reciben subsidios del Estado bajo la forma de asignaciones familiares, mientras que los hijos de los que trabajan en negro, que pertenecen a los sectores más desfavorecidos, no reciben nada.

Al que le va mejor se lo premia, al que le va mal se lo castiga activamente o por omisión. Gran cantidad de mecanismos como estos benefician sobre todo a las clases altas y medias y las desigualdades se amplían. En el contexto de un modelo de Estado de Bienestar, en lugar de redistribuir se realizan transferencias de renta entre ciudadanos de un mismo estrato social. De esta manera el Estado no es la institución que vela por el interés de todos o de la mayoría, como pretende, sino una instancia reafirmadora de la desigualdad.

Cualquier sistema que pretenda beneficiar a la mayor parte de sus participantes deberá evitar la estructura piramidal y atenuar o eliminar la posibilidad de que se produzca el “efecto Mateo”. El sistema participativo y cooperativo es opuesto al sistema piramidal, porque todos resultan igualmente beneficiados. En una estructura piramidal uno o unos pocos salen beneficiados y a los demás no se les reconoce su valía, con lo que se facilita que cada observador perciba al que está arriba como el más capaz o incluso como el único.

¿Por qué los desempleados y los trabajadores dependientes viven menos?

Sabemos que trabajar demasiado es uno de los factores que incrementan los riesgos de padecer enfermedades cardiovasculares, pero también el desempleo constituye un riesgo muy importante para la salud, tanto física como mental. Según estudios publicados por la Federación de Asociaciones para la Defensa de la Sanidad Pública, entre 2010 y 2011 la crisis griega elevó en un 17% los suicidios. Se prevee que un aumento del 3% del desempleo en Europa irá aparejado con un incremento del 4,45% de muertes por suicidio.

El riesgo de morir por cualquier causa se incrementa en un 63% entre los desempleados de EEUU, una correlación que también está presente en el Reino Unido, donde se habría cobrado 2504 muertes en un año. También se incrementan la mortalidad infantil, el tabaquismo, el consumo de alcohol y las migrañas.

No hay consenso absoluto sobre los mecanismos que generan este efecto. Las dos hipótesis que cuentan con más evidencia son, por un lado, el impacto que puede generar en las condiciones generales de vida (incluyendo el deterioro de la alimentación) y, por el otro, la falta de sentido de control sobre la propia existencia. En las sociedades contemporáneas, el trabajo no es solo un medio para obtener ingresos económicos sino un espacio de reconocimiento e identidad en el que participamos de propuestas colectivas y obtenemos apoyo social.

Existen varias estrategias eficaces para disminuir el desempleo, paliar sus consecuencias negativas y acelerar los procesos de reactivación laboral demasiado lentos. Una de ellas se basa en la implementación de políticas activas de empleo. Con cada 10 \$ por persona dedicados a este fin, la tasa de suicidio disminuye un 0,038%. En Alemania, por ejemplo, en algunos estados federados se facilita la obtención de trabajo, pero si la persona no acepta ninguno, tal como hemos señalado en artículos anteriores, pasado

un buen tiempo y concluido el seguro de desempleo, el subsidio siguiente empieza a disminuir mes a mes, sin que llegue a desaparecer del todo.

Una segunda estrategia consiste en el otorgamiento de rentas básicas o ingresos ciudadanos que impidan que el desempleado caiga en la indigencia. Con distintas variantes, cuentan con este beneficio numerosos países de Europa del norte y, en Medio Oriente, Israel, lo que explica que la crisis que se desató en el mundo a fines de 2008 no se haya traducido en un aumento del índice de criminalidad. La renta básica garantiza un derecho humano básico: el de gozar de la libertad de alimentarse, alojarse, educarse, ser atendido en caso de enfermedad, entre otros beneficios básicos. En la década del setenta, el economista Milton Friedman participó de un experimento en el que se otorgó a miles de desocupados un subsidio a la desocupación. Lejos de estimular la pereza, esta renta no impidió que buscaran trabajo hasta encontrarlo. Un beneficio secundario del subsidio fue, además, el de fomentar el consumo.

El informe de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) presentado en el G-20 en 2011 sostiene que “un piso de protección social es clave para enfrentar las crisis y la inestabilidad”. La premisa de un nuevo contrato social sería que a todo ciudadano le corresponde un umbral mínimo de subsistencia.

El documento fue recibido favorablemente por diversos líderes mundiales, entre ellos los presidentes de Brasil, Dilma Rousseff, y de Francia, Nicolás Sarkozy, y por destacados dirigentes del mundo del trabajo, para los que esta protección actuaría como un estabilizador macroeconómico y un medio de mantener la cohesión social. La OIT advirtió que incluso naciones de bajos recursos como El Salvador, Mozambique y Vietnam podrían adoptar pisos de protección con solo invertir entre el 1% y el 2% del PBI. Como

señaló Ban Ki-moon, secretario general de la ONU, es una forma viable de crear ya mismo “sociedades más justas, integradoras y equitativas”.

El síndrome del estatus, el libro de Michael Marmot, profesor de epidemiología y salud pública, refleja una investigación de más de treinta años en la que el científico acompañó a los empleados públicos de Whitehall, el corazón del gobierno y la burocracia del Reino Unido. Observó que los empleados de menor categoría se enfermaban mucho más y morían antes que los de superior jerarquía. “Cuanto menor es la jerarquía en la que usted se encuentra —escribe—, menor es la posibilidad de que posea un control completo sobre su vida y oportunidades para una participación social completa. La autonomía y la participación social son tan importantes que su carencia lleva al deterioro de la salud”, agrega.

Aunque mucho se habla sobre el estrés que implica tomar decisiones, el estudio demostró que es más desgastante ejecutarlas, básicamente por la falta de autonomía que a menudo esto supone. La sensación de que se controla la propia vida puede ser más determinante que los recursos financieros.

Parecon. Una organización autogestionaria de la sociedad

Parecon (Economía Participativa) es un sistema político y económico que propone la toma de decisiones participativa de las distintas organizaciones que conforman una sociedad. Con la modalidad de la autogestión, la democracia directa y la organización en consejos, busca alejarse tanto del capitalismo como de la planificación central de los llamados “socialismos realmente existentes”. Fue creada cuando, tras la caída del muro de Berlín,

muchos proclamaban el fin de las ideologías y la eternización del capitalismo.

Con el propósito de aprender de los errores del capitalismo y de los “socialismos realmente existentes”, Michael Albert, un politólogo egresado de la Universidad de Harvard, y Robin Hahnel, un economista egresado del MIT (Massachusetts Institute of Technology), fueron delineando su propuesta y desde entonces han publicado siete libros sobre el tema.

La sociedad en la que vivimos es como una ciudad antigua refaccionada pero con edificios obsoletos que perduran y barreras arquitectónicas de todo tipo. En contraste con este esquema, Parecon propone un modelo racional de sociedad al que pueda llegarse gradualmente, actualizando el proyecto emancipador mediante la pregunta “¿Cómo sería una sociedad sin explotación?”. Algunas de las instituciones propuestas ya existen: es el caso de las cooperativas o de prácticas con elementos autogestionarios como los presupuestos participativos de Porto Alegre y de más de 21 gobiernos municipales de la Argentina (entre otros, Rosario y Morón), que impactan sobre una población global de casi siete millones de habitantes.

Parecon promueve la solidaridad y no la competencia como eje articulador de la sociedad. Cuatro instituciones básicas permiten llevarla a la práctica:

- 1) Consejos de productores y consumidores. Ambos deciden conjuntamente en función de cómo son afectados por las decisiones. La idea es que dejen de ser enemigos, que su relación no pase ya por sacar la máxima tajada que se pueda del otro. Se trata de evitar dos de los problemas del capitalismo: la escasez de bienes para algunos, y la sobreproducción.
- 2) Complejos equilibrados de trabajo. Para la supervivencia social aún es necesario llevar a cabo trabajos monótonos,

desagradables y poco enriquecedores. Estas tareas, además, implican a menudo carecer de todo poder a la hora de la toma de decisiones colectivas. Son las que desarrollan la mayor parte de las personas, mientras una minoría monopoliza los trabajos más creativos. En Parecon todos tienen verdadera oportunidad de desarrollar tareas enriquecedoras, y como contrapartida también deberán realizar alguna de las tareas menos agradables. La propuesta de superar la división entre trabajo manual e intelectual tiene larga data en la historia del pensamiento. El acierto de Parecon es el de puntualizar cómo podría distribuirse el trabajo de esta manera. En la práctica, esto significa que el cirujano, además de operar, deberá, por ejemplo, barrer el piso del hospital, y el que desarrollaba los trabajos de limpieza todo el día en el horario en que el cirujano lo reemplaza, puede utilizar ese tiempo para estudiar, formarse o desarrollar un trabajo más enriquecedor. ¿Significa esto que tendremos cirujanos poco idóneos, o que desaprovecharemos sus capacidades? No, por el contrario, se podrán desarrollar las habilidades de la mayor parte de las personas, que actualmente se abocan a trabajos monótonos y poco enriquecedores. Tener complejos equilibrados de trabajo no va en contra de la productividad ni de la especialización, brinda a todos la oportunidad de desarrollar tareas enriquecedoras y estimulantes.

- 3) Remuneración acorde al esfuerzo y al sacrificio: En Parecon no se remunera en base a las propiedades o al dinero que uno posea, ni a las ganancias que produzca, ni a su poder, ni a su productividad, ni a su talento. La remuneración se produce en base al esfuerzo y al sacrificio, que se establecen por 1) el tiempo trabajado (valor objetivo) y 2) cuán dura, monótona y con poco poder de decisión sea una tarea. ¿Quién determina cuán duro es un trabajo? El propio consejo de trabajadores (y no una “clase

coordinadora”), de acuerdo a las tareas que menos cantidad de personas querrían desarrollar. ¿Por qué no se retribuye la productividad? Porque una persona puede ser más productiva en virtud de que dispone de mejores herramientas, o de más fuerza física, o de mayor talento natural, y no sería equitativo retribuir las por la suerte de contar con buenas herramientas o por la suerte que le deparó la lotería genética para tener más fuerza física. ¿Por qué no recompensar económicamente al que se esforzó para estudiar una carrera universitaria? Sus ingresos podrían ser mayores mientras estudia, pero una vez que se recibió, si el esfuerzo no es mayor al que se realiza en otro trabajo, no sería equitativo recompensarlo más. Quien estudia una carrera que le gusta, tiene además una recompensa en el placer que le depara el trabajo mismo, además del capital simbólico que implica el prestigio que le da su oficio. ¿Por qué no recompensar económicamente el talento? John Stuart Mill, uno de los padres del liberalismo, dio la respuesta: porque en sí mismo es una recompensa, ¿encima de tener talento quiere ganar más dinero?, sostuvo el filósofo. Agrego otra respuesta posible: porque es más equitativo retribuir el esfuerzo y el sacrificio de las personas que su talento. De modo que en Parecon Maradona y un futbolista no tan bueno pero que se esfuerza tanto como él ganarían lo mismo.

- 4) Planificación participativa. Parecon se opone tanto a la existencia de una clase propietaria como a la de una clase coordinadora. Esto significa que las instituciones funcionarían con un mínimo de jerarquía y un máximo de transparencia y participación. Se trata de eliminar el secreto en la toma de decisiones económicas y que el poder de cada uno sea proporcional al grado en el que se vea afectado por las medidas.

Las diferencias entre patriotismo y nacionalismo

Toda celebración patriótica renueva la confusión de los conceptos de patriotismo y nacionalismo. Por eso tal vez sería oportuno plantear algunas de sus diferencias. El patriotismo no se basa en el Estado o en el gobierno sino en el amor a una cultura, a un arraigo, a unas tradiciones. Su origen es local y está centrado en un pueblo o en una provincia, y también en el conjunto de una nación, ya que pese a las diferencias regionales, todos tienen una historia y valores relevantes en común.

El nacionalismo, en cambio, propone una glorificación romántica del Estado Nacional centralizado. Es autoritario, chauvinista y xenófobo. Busca, inventa y renueva a sus enemigos como excusa para la guerra y el imperialismo. Tiene una susceptibilidad extrema, se siente herido por nimiedades, defiende la memoria propia a expensas de la de los demás y reacciona con frecuencia de manera violenta. El patriotismo, en cambio, se ocupa de sus propios asuntos y es solidario con las demás naciones.

El nacionalismo muestra odio y resentimiento hacia sus vecinos y puede llegar a ser más violento que los regímenes coloniales que lo precedieron en el ejercicio del poder. Si alguien se opone a la inflamación de su orgullo, se lo tilda de cómplice del “enemigo”. Es autoritario, oprime a las minorías en nombre de los derechos que otorga a sus ciudadanos y se opone a la cultura, que se nutre de las combinaciones novedosas. El patriotismo no es purista ni momifica a la cultura y entiende que las influencias externas pueden ser asimiladas a las creaciones propias.

El nacionalismo transforma en virtud lo que a nivel individual se considera una falta: la idea estrecha y mezquina de que uno, el equipo de fútbol o el propio país son el centro del mundo y están por encima de los demás, y que la grandeza de un grupo o de una nación reside en ser envidiada o temida por sus vecinos.

El patriotismo apela al amor, la solidaridad, el orgullo y la tolerancia, que implica la convivencia en la diversidad. El nacionalismo, al odio, la egolatría, la rivalidad y el fanatismo. Como justificación de la violencia futura, en todo momento tiene presente los perjuicios que padeció. Si sus objetivos son incompatibles con los de otras naciones, buscará imponer su voluntad incluso por la fuerza.

El nacionalismo atenta contra los valores universales de la dignidad humana, que consisten en mezclarnos unos con otros, respetando nuestras particularidades y enriqueciéndonos con nuestras diferencias.

Sin dejar de amar la singularidad, lo mejor es reconocernos en nuestras semejanzas con independencia de nuestra nacionalidad y del grupo al que estemos afiliados. Ser partidario de la humanidad sigue siendo la mejor opción.

De la sociedad del ahorro a la de la tarjeta de crédito

La sociedad del ahorro, que consistía en acopiar dinero para gastarlo más tarde, fue desplazada por la sociedad de la tarjeta de crédito, en la que se gasta primero y luego se trabaja para pagar lo consumido. Hegel había definido a la sociedad moderna como aquella en la que se generan cada vez más necesidades y productos destinados a satisfacerlas. Lamentablemente Marx tomó este principio de su maestro y lo consideró deseable, aunque estaba pensando en que esos bienes debían ser distribuidos equitativamente. La sociedad de la tarjeta de crédito convierte en deudores casi eternos a millones de individuos que gastan dinero antes de ganarlo.

El capitalismo ha pasado de una economía de producción a una de especulación en la que progresivamente se ha generado un desmantelamiento de la industria y de los empleos, han aumentado

los delitos contra la propiedad, las migraciones masivas y el vaciamiento de la política en favor de la economía.

En los países del llamado Primer Mundo, el poder adquisitivo de una persona se mide por la cantidad de crédito que es capaz de conseguir. Uno de los desencadenantes de la crisis de fines de 2008 fue la enorme cantidad de hipotecas otorgadas en Estados Unidos a personas que no estaban en condiciones de pagarlas. Se incitó a los sectores de menores ingresos de la población a que se endeudaran con hipotecas “baratas”, que no eran baratas en la letra chica de los contratos.

La carrera por el consumo desesperado es propia del núcleo duro de capitalismo, que desde su propio surgimiento entiende al mercado como una mano racional capaz de beneficiar a todos, cuando lo que vemos es que produce cada vez más acumulación de riqueza en pocas manos. A menos, claro, que se implementen medidas que no provienen de su núcleo duro y en las que el Estado no sea un instrumento de dominación de los sectores privilegiados sobre los más desfavorecidos.

El cambio climático y el consumo

Últimamente cuando llueve la radio y la televisión recomiendan abstenerse de salir a la calle. La sugerencia de los medios perjudica a muchísimos ciudadanos cuyo trabajo (el comercio, la docencia, la salud, etc.) depende de la circulación de personas por la calle. La lluvia se ha convertido en una severa amenaza. Es claro que si una ciudad se inunda, tal como ocurrió en varias oportunidades en Buenos Aires o en La Plata, esto genera situaciones de peligro a las que hay que prestar atención. Pero pensar bien implica saber evaluar los riesgos sin exagerarlos ni minimizarlos. Los países europeos atravesaron su invierno y, aunque se tomaron las medidas

necesarias, no se cerraron los lugares públicos ni se generó una alarma desmedida en la población.

Cada nueva campaña tremendista da un paso en favor de que nos encerremos en casa. ¿Terminaremos aislados en nuestros cubículos, conectados en forma virtual pero sin vernos casi nunca las caras?

En el diario *El País* de España del 23 de marzo del 2010, un título anunció: “El cambio climático fomentará los regímenes autoritarios”. Mientras la lluvia —al igual que la inseguridad— sirve para fomentar la cultura del miedo, el individualismo y el encierro, no se adoptan las medidas necesarias para combatir el calentamiento global, situación que se relaciona con el incremento de las lluvias y con las emergencias climáticas que vive la Argentina y el mundo.

La falta de un proyecto colectivo convivencial y el aumento del individualismo fomentan un consumo desenfrenado que produce más desajustes en el planeta. Una de las razones que tornan necesario marcar un límite al consumo está relacionada con la degradación ambiental y con el modo en que el consumo compulsivo se ha convertido en la causa principal del desequilibrio ecológico. Los responsables de ese consumo representan un 28% de la población mundial. Son 1728 millones de personas: 242 millones viven en Estados Unidos (el 84% de su población), un país que tiene el doble de shoppings que de escuelas secundarias, y solo 34 millones en el África subsahariana (el 5% de la población).

El 80% del total de los habitantes de los países industrializados son consumidores mientras solo el 17% de la población del tercer mundo es compradora habitual. Si los hábitos de consumo se extendiesen a toda la población mundial, la situación sería insostenible por el consumo de agua, energía, madera, minerales y por la contaminación, la deforestación y la pérdida de la biodiversidad. No es posible proteger el medio ambiente si no se

implementan medidas que limiten la propiedad privada. En lugar de proponer el aumento del consumo sin más, como hacen los gobiernos en la actualidad, es necesario eliminar las subvenciones que perjudican el medio ambiente, que las compras de bienes y servicios de las administraciones públicas estén basadas en criterios ecológicos y sociales y en un nuevo paradigma basado en la sustentabilidad.

El desafío es el de trabajar para que todos accedan a formas convivenciales de consumo, limitar consensuadamente el consumo superfluo y promover una cultura en la que disfrutemos de los bienes que no sacrifican los fundamentos de nuestras vidas.

Vivienda digna: crítica a un argumento insolidario

Un argumento muy común de la clase media cuando se producen desalojos a partir de la ocupación de terrenos por parte de las clases populares es “Yo me mato pagando las cuotas de mi casa”, o “Yo no puedo acceder a un crédito para la vivienda mientras estos individuos pretenden ocupar terrenos en forma gratuita”. El error de este razonamiento es suponer que grupos sociales muy diversos cuentan con los mismos recursos. En determinados momentos históricos la clase media accede a un crédito, alquila, hereda, manda a construir o compra al contado. No forma parte de sus prácticas habituales la posibilidad de crear un asentamiento en el predio de un parque, como ocurrió en diciembre de 2010 en el Indoamericano, donde hubo dos muertos y decenas de heridos en una operación de desalojo. En los sectores populares el abanico de recursos suele incluir la compra de un terreno para edificar con las propias manos, el alquiler, la construcción en una villa miseria o la ocupación de terrenos o casas deshabitadas. Es evidente que este problema solo se resuelve con políticas públicas que garanticen el derecho a una vivienda digna para todo ciudadano, y no acusando a

quienes echan mano a los recursos y limitaciones que les impone su condición social.

Pobreza absoluta y relativa

Un buen ejemplo que puede servir para ilustrar qué es la pobreza relativa. Un amigo me cuenta que Sabrina, su hija, le pidió un celular BlackBerry porque sus compañeras usan esa marca y, como ella tiene otra, la excluyen de las fiestas, ya que con una sola comunicación pueden mandar un mensaje a todas al mismo tiempo y recibir las confirmaciones de inmediato en forma individual o a través de grupos previamente formados. Ya tenía un buen teléfono móvil, pero se sentía “pobre” en relación a sus compañeras. Mi amigo no está pasando por un buen momento económico y no sabe si podrá complacer a su hija para que no se sienta excluida.

Sabrina no es pobre, pero así se siente en relación a sus amigas. El concepto de pobreza relativa describe exactamente situaciones que, como esta, están basadas en un esquema de desigualdad.

Los países de América, incluido Estados Unidos, usan la medición de pobreza absoluta, que contabiliza cuántas personas tienen ingresos que no cubren la canasta familiar básica.

Los países europeos miden la pobreza relativa y no la absoluta, entienden que el estatus económico de un ciudadano debe ser evaluado en el contexto de la sociedad en la que vive. Pobre es quien gana por debajo de la mitad de los ingresos medios en cada país. Si los ingresos medios suben, suben también las exigencias para no ser considerado pobre.

La CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) mide la pobreza relativa teniendo en cuenta a los que ganan menos del 60% de los ingresos medios. Dentro de este marco conceptual, algunos hablan de “sensación de pobreza”, que es la percepción subjetiva que tiene una persona de su acceso a un conjunto de

bienes. Si la sociedad democrática plantea en teoría que todos los ciudadanos pueden tener acceso a ciertos bienes de acuerdo a su propio mérito, deberíamos tener en cuenta la importancia del concepto de pobreza relativa, que es el que demarca a la pobreza en relación a lo que poseen los demás. Para decirlo de una forma tal vez exagerada pero más gráfica: en las sociedades con aspiraciones democráticas la pobreza es fundamentalmente relativa. Algunos teóricos sugieren promediar la pobreza absoluta (que supone el acceso a bienes básicos de subsistencia) con la relativa.

El concepto de pobreza es relacional. Sin ricos, no hay pobres, es decir, no existe una percepción de la pobreza. El rico da entidad al pobre y empuja a otros a la pobreza. Por eso el problema de la pobreza no puede ser explicado si no se realiza al mismo tiempo una crítica de la riqueza en el contexto de la sociedad de consumo.

9

El mundo del amor

Simplemente no te quiere

¿Por qué a las mujeres les cuesta tanto aceptar que un hombre no tiene interés en ellas? Es el problema que plantea la excelente comedia “Simplemente no te quiere”.

En las primeras escenas una relatora en off señala que desde pequeñas nos programan para creer que si un hombre actúa como un idiota, eso significa que le gustamos. Una niña es empujada por un compañero de juego. Cuando cae al piso, él la insulta: “Sos una estúpida, olés a caca de perro”. Ella se lo cuenta llorando a su madre, que la consuela diciéndole: “¿Sabés por qué te empujó y te dijo eso? Porque le gustás. Porque está enamorado de vos y por eso se porta como un idiota”. Cuando la niña crece, sus amigas se valen de argumentos similares: “¿Sabés por qué no te invita a salir otra vez?” “¡Porque le gustás demasiado!”, “porque perdió tu teléfono”, “porque se siente intimidado por tu éxito”, “porque le da miedo tu madurez emocional”, “porque acaba de salir de una relación seria”, “porque nunca tuvo una relación seria” y, en una exageración desopilante, (dentro del contexto de una tribu africana) “porque olvidó tu número de choza, o tal vez se lo comió un león”.

Desde la óptica de la teoría de la argumentación, que estudia la manera en que razonamos, el conflicto que plantea la película se resolvería aplicando el principio de la “navaja de Occam”, que postula que dadas diversas interpretaciones posibles para un fenómeno, la más simple es la más probable. ¿No te llamó en una

semana? Lo más probable es que no esté interesado en vos. ¿Pero no hay excepciones acaso? Sí. Puede que no haya llamado porque su hermana se enfermó y tuvo que viajar de urgencia al sur. Pero hasta contar con mayores evidencias, es preferible optar por la hipótesis más sencilla. El argumento inválido que critica la película es el de la “falacia del pensamiento desiderativo” (wishful thinking), que nos lleva a creer erróneamente que las cosas son como deseamos que sean.

Desconozco si hay estudios estadísticos que muestren que la conducta que identifica el film es más frecuente en las mujeres, pero la simple observación parecería sugerirlo. En las mujeres es más frecuente el hábito de rumiar, que es machacar obsesivamente una y otra vez con los mismos pensamientos, en especial cuando la mera reiteración no favorece la resolución de conflictos.

A veces la rumiación incluye hipótesis descabelladas con las que nos autoengañamos o con las que intentamos consolar a nuestras amigas en sus vicisitudes amorosas. Y como diariamente pronunciamos varios miles de palabras más que los hombres, semejante superproducción favorece especulaciones muy diversas.

Los varones suelen ser bastante más sencillos en sus elucubraciones. Sobreinterpretan, pero lo hacen menos que las mujeres y, según la teoría de la inversión parental de Trivers, son menos selectivos que las mujeres en la búsqueda de pareja, un rasgo que no es privativo de la especie humana.

No es que esté mal razonar a partir de ciertos indicios. Siempre es necesario hacerlo, tanto en la vida en general como en una situación de cortejo. Pero el conflicto se genera cuando se salta a la conclusión con escasas evidencias, y cuando el deseo pretende ajustar el mundo a nuestras expectativas.

La sociolingüística estudia cómo las mujeres se conectan con otras mujeres en el diálogo a través de la empatía. En el film esta

disposición se observa en la voluntad de tratar de disminuir el dolor de las amigas, diciéndoles lo que quieren oír, aún si esto implica fomentarles vanas ilusiones. Necesitamos que nuestros amigos nos ayuden a realizar análisis más objetivos. Por eso reforzar el autoengaño puede salirnos muy caro.

El hábito de malinterpretar las señales en el cortejo es un eslabón más que liga a las mujeres con el sufrimiento. Sacar mejores conclusiones nos permitiría librarnos de esta porción evitable de dolor.

Nuestra educación sentimental

Un príncipe decide casarse y convoca a todas las jóvenes del pueblo, incluso a una muy pobre que lo ama en silencio. A cada mujer le da una semilla para que vuelva con la flor germinada. La humilde la planta, y durante el primer mes no brota nada. Lo mismo ocurre el segundo mes, el tercero y el cuarto. El príncipe no había revelado que la semilla era infértil. Cuando llega el día señalado, las damas concurren al palacio con espléndidas flores. Solo la humilde se presenta ante el príncipe y le dice: “La semilla no germinó, no seré la elegida”. Para su sorpresa, él responde: “Eres la única mujer sincera y me casaré contigo”.

El cuento trata sobre la confianza, uno de los pilares de una buena relación. No pocos hombres entenderían la moraleja del siguiente modo: entre todas las que me resulten sexualmente atractivas, es mejor elegir a la que no mienta. Para las mujeres la lección sería otra: él debe pertenecer a un estatus superior, y si soy buena y sincera, me querrá para siempre.

La historia transmite una sabia enseñanza al destacar la virtud de la franqueza, pero invalida la mentira montado sobre una falsedad mayor: la de hacerles creer a las mujeres que los hombres podrían elegirlos en primer lugar por sus cualidades éticas. Con los años

ellas comprueban que la mayoría de los “príncipes” privilegian una cara juvenil y un cuerpo escultural por encima de la honradez. No es extraño entonces que el amor por el conocimiento y las acciones decentes sean menos promocionados que las tiendas de ropa, los peluqueros y los cirujanos plásticos.

La pareja gay y la adopción

Nos pasamos la vida opinando. Sin embargo, la opinión es el nivel más bajo y endeble del conocimiento. Se limita a la adhesión o al rechazo y a lo sumo se complementa con argumentos que usualmente carecen de evidencia rigurosa. Veamos un ejemplo. Cuando en la Argentina se evaluó la posibilidad de que personas del mismo género adopten hijos legalmente, un proyecto que finalmente fue aprobado, lo que más predominaban eran opiniones. ¿Perjudica en algo a un hijo que sus padres sean homosexuales? Uno opinaba que sí, otro que no. Jorge Bergoglio, antes de ser el papa Francisco, declaró que era una “pretensión destructiva al plan de Dios”. Esta pregunta no debería ser respondida con opiniones sino con estudios que hayan examinado cómo efectivamente impacta en la vida de los hijos que los críe una pareja conformada por personas del mismo sexo. No es que esté mal opinar, pero las políticas públicas deben estar basadas en instancias más objetivas, en estudios que examinen de manera más desapasionada e imparcial las normas que serán modificadas. ¿Pueden los resultados de los estudios ser manipulados? Sí, pero para evitarlo se utilizan dos sistemas de detección y corrección de errores. En primer lugar, la revisión de pares, que consiste en que antes de la publicación en una revista académica, el trabajo sea revisado por un mínimo de dos investigadores independientes que buscan detectar errores de metodología o de muestreo. Estos investigadores no se conocen entre sí, y ninguno conoce al que realizó el estudio. El segundo de

los métodos para corroborar la efectividad del trabajo es la replicación de resultados, y consiste en que diferentes grupos que investigan lo mismo corroboren los mismos datos o encuentren otros distintos, ya que en ciencia ningún dato aislado es conclusivo.

Si evaluamos los estudios realizados hasta el momento por APA (Asociación de Psicólogos de Estados Unidos), ninguno evidencia que ser criado por una pareja conformada por personas del mismo sexo perjudique la salud mental del hijo. Ciertos estudios procuraron establecer si hay diferencias tales como determinados rasgos de personalidad, problemas psiquiátricos, y particularidades vinculadas con el concepto de sí mismo y el desarrollo ético e intelectual. Las únicas diferencias surgen de un estudio que encontró que los hijos de heterosexuales se ven a sí mismos un poco más agresivos, mandones, dominantes y negativos que los hijos de parejas de lesbianas, que se describieron a sí mismos y fueron vistos por sus maestros como más afectivos y más protectores de los niños más pequeños. Cuatro estudios encontraron que no se sienten más infelices ni confundidos en relación a su género. Siete mostraron que no difieren en sus conductas o preferencias de género: no son distintos a los hijos de parejas heterosexuales en la elección de juguetes, ni en la de actividades, ni en la de los programas de televisión favoritos, ni en sus elecciones vocacionales. Por último, un aspecto decisivo en este debate: ocho estudios publicados muestran que los hijos de padres del mismo sexo no tienden más a la homosexualidad que los hijos de parejas heterosexuales. Si lo pensamos con detenimiento, aun cuando hubiera más hijos que eligieran como pareja a personas del mismo sexo en el caso de ser criados por parejas homosexuales, eso tampoco sería un problema, ya que desde 1976 se eliminó a la homosexualidad del Manual Diagnóstico y Estadístico de Trastornos Mentales, pero ocurre que la elección sexual de sus padres no influye en su propia elección.

En temas como el de la adopción de hijos por parte de parejas conformadas por personas del mismo sexo, basar las políticas públicas en la evidencia científica es la condición de posibilidad para legislar en base al conocimiento y no a la mera opinión, las creencias y los prejuicios.

El sexo y las tareas domésticas

Un trabajo de Orien Sullivan, investigadora de la Universidad de Oxford, muestra que los tres factores que más predicen la satisfacción femenina en el matrimonio heterosexual son (en ese orden): 1) Que el hombre sea sensible a las señales emocionales de la mujer.

2) Que el hombre comparta las tareas domésticas.

3) La afinidad sexual.

Si fuera vox populi que a la mayoría de las mujeres nos enciende más un hombre que barre que una noche de sexo técnicamente impecable, las porno deberían mostrarlos pasando el plumero, baldeando el patio, limpiando la bañera, cocinando y levantando los platos de la mesa. De fondo, los gemidos de una mujer gozando por ser tratada como una igual.

El amor según los filósofos

Los casamientos en las casi 200 iglesias y parroquias de la Capital Federal disminuyeron alrededor del 30% en los últimos años. Algunos mantienen su fe en Dios, pero descreen de las instituciones. Prefieren las ceremonias a medida, no las que se llevan a cabo con los servicios de un cura sino con la mediación de un filósofo. Soy atea y no me quiero casar, pero si cambiara de opinión me casaría con Fromm y me divorciaría con Kant, bautizaría a mi hijo con Rousseau y le pediría a Séneca que pronuncie unas palabras en mi sepelio.

Así como es posible casarse animado por palabras filosóficas, ¿por qué no declarar el amor o cavarlo de acuerdo al espíritu de los distintos filósofos o escuelas filosóficas? He aquí algunas posibilidades.

- Amante budista: Amo en ti a todo lo amable que ofrece el universo.
- Amante cartesiano: Pienso que me amas, luego, me amas.
- Amante kantiano: Puedes pensar que te amo, pero no saberlo.
- Amante escéptico (radical): No puedo saber si te amo. (Paradoja del escéptico: Hay algo que sabes: que no sabes si me amas) • Amante nominalista: ¿Por qué no me dices que me amas?
- Amante sustancialista: No es necesario que lo diga. Sabes que te amo.
- Amante platónico: Te amo pero nunca seré el amante perfecto (solo es perfecto el ideal del Amor).
- Amante estoico: No te amaré. Prefiero la serenidad (ataraxía).
- Amante cortés: Te amo porque no correspondes a mi amor.
- Amante romántico: Te amo desde siempre y para siempre porque me siento morir y tú eres la fuente de todos los bienes.
- Amante positivista: ¿Cuánto me amas? Espero una prueba de amor.
- Amante deconstruccionista: Te amo porque así lo he manifestado por escrito.
- Amante contractualista: Si firmamos en el Registro Civil, nos amamos.
- Amante habermasiano: Te amo porque tu me amas (y no por mi dinero).

El enamoramiento

¿Recuerdan la canción de Michael Bolton “Cuando un hombre ama a una mujer”? Fue muy popular en la década del sesenta, y luego se transformó en un clásico. Habla de lo engañoso que es el enamoramiento, de cómo ciega.

Cuando un hombre ama a una mujer
No puede pensar en otra cosa
Él cambia el mundo
Por una cosa buena que encontró
Si ella es mala, él no se da cuenta
Ni piensa que ella pueda estar equivocada
Aunque su mejor amigo se lo advierta
Cuando un hombre ama a una mujer
Gasta hasta el último centavo
Intentando tener lo que necesita
Renunciaría a todos sus lujos
Y dormiría bajo la lluvia
Si ella dijera que ese es el camino
Eso haría él

Cuando un hombre ama a una mujer
Le daría todo lo que pose
Intentando retener
Su precioso amor
Nena por favor no me trates mal

Cuando un hombre ama a una mujer
En el fondo de su alma
Ella puede traer tal sufrimiento
Si juega con él como si fuese un tonto
Él es el último en saberlo
Los ojos del amor no pueden ver

Si no se le suman la ternura y la amistad, el amor dura poco. El enamoramiento es funcional al desconocimiento de quién es el otro. En India y China primó la idea de que el amor es un arte, es decir, algo que se aprende y perfecciona: se piensa que si dos personas comparten valores y tienen expectativas similares, es posible que el afecto mutuo crezca. El amor no es la causa sino, en tal caso, una consecuencia posible.

El matrimonio, ayer y hoy

La religión cristiana es la única que plantea la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Un filósofo cristiano, Jean Guitton, juzgaba que esto significó un avance para los derechos de la mujer porque implicó que el hombre no podría abandonarla con tanta facilidad mientras los hijos fueran pequeños. Aun cuando esto haya sido cierto, sostener la indisolubilidad del vínculo cuando dos personas no son felices viviendo juntas, no parece razonable hoy en día. Si antes se privilegiaba a la familia como estructura (esquema reflejado en la frase “No me separé por mis hijos”), hoy se favorece a la pareja como relación. Cuando dos personas ya no son felices viviendo juntas, se separan. No se forman menos parejas que antes, pero son muchas menos las que se casan. ¿Por qué?

La identidad de la mujer ya no pasa por la estructura de la familia. Estar casada hoy ya no expresa un mensaje tan rotundo como antes. El estigma hacia la solterona (expresado en figuras como la de Doña Rosita “la soltera”) afortunadamente ha desaparecido.

La sociedad tampoco estigmatiza más a la madre soltera ni a los padres que no legitiman su unión a través del registro civil o religioso. Por el contrario, cada vez más personas consideran que el Estado no tiene por qué inmiscuirse legitimando un acto tan privado como una unión amorosa. Los derechos sociales de los hijos y de los integrantes de las parejas heterosexuales y homosexuales

tienden a ser reconocidos independientemente del estado civil de la persona.

Fue en la tardía Edad Media que la iglesia comenzó a legitimar las uniones de hecho. Al principio los casaban en la puerta de la iglesia, luego adentro, y más tarde el registro pasó a manos del Estado. De modo que así como las uniones privadas comienzan en un determinado momento histórico a ser legitimadas por la religión y por el Estado, en otro momento histórico pueden retornar a la esfera privada.

En Occidente hoy se considera que el compromiso debe provenir del interior de las personas, y no del exterior. No creo que haya motivos para preocuparse por el hecho de que las personas dejen de casarse. En cambio parece problemático que mientras muchos buscan formar pareja, no se dan a sí mismos el tiempo necesario como para conocer al otro, o aguardan un flechazo que no siempre antecede a las relaciones amorosas plenas. En otras culturas, donde los matrimonios son “arreglados” por los padres, se piensa que si se dedica tiempo a la tarea de conocer al otro, con suerte surgirá el amor. Un estudio comparativo de Paul Yelsma y Kuriakose Athappilly realizado en 1988 mostró que en Oriente las parejas comienzan con expectativas bajas que crecen con el tiempo. Esperan menos de entrada y a veces obtienen más que en la nuestra, para la que no estoy proponiendo que reaparezcan los matrimonios “arreglados”, pero donde a veces resulta problemático que se espere demasiado de entrada, sin dar la oportunidad de que el compromiso sea construido a lo largo del tiempo. Cuando comparan ambas formas de relación, las de Oriente reportan un mayor nivel de satisfacción a largo plazo. El compromiso, el conocimiento y la intimidad no surgen por decreto, necesariamente requieren del paso del tiempo.

El hedonismo sensato

Durante una cena con ex compañeras de colegio, una justifica la decisión de volver con su pareja de toda la vida, tras cuatro años de separación: “Opto por ser menos feliz, pero también menos infeliz”. Los hombres que conoció tras el divorcio la tuvieron a maltraer. “Soy una buena persona —agregó— y a esta altura sé lo que no quiero”.

Las investigaciones sobre longevidad de Laura Carstensen muestran que después de los cincuenta —edad que promediábamos todas las de la mesa— la mayor parte de las personas sienten menos picos de entusiasmo, así como menos caídas abruptas en estados de tristeza.

A muchos la decisión de ser “menos feliz” y “menos infeliz” les parecerá poco romántica y hasta cobarde. Epicuro, el creador del hedonismo sensato, creía que la opción por la serenidad era propia de la buena vida. Remover obstáculos, escribió, es el primer paso hacia la felicidad. A menudo esta limpieza suprime picos de placer, pero también abona el terreno que nos permite vivir tranquilos. La de Epicuro no era una paz de cementerio. Vivía y filosofaba con sus amigos en un jardín, comía rico, tenía gozosas relaciones sexuales (aunque estaba en contra del enamoramiento, por considerarlo renuente a la serenidad) y trataba a las mujeres como iguales.

Su felicidad era “negativa”, no porque juzgara que había algo malo en ella, sino porque creía que tan importante como saber qué nos dará bienestar es identificar de qué debemos huir y qué conviene restar a la buena vida para que no nos encamine a la desdicha con promesas estériles. Aún cuando mi compañera ignorara estas ideas de Epicuro, espontáneamente las estaba llevando a la práctica.

Epílogo

¿Para qué sirve la filosofía?

¿Recuerdan el antiguo refrán “Tomáte las cosas con filosofía”? En ese contexto la palabra filosofía significa serenidad, sensatez, disposición a no dramatizar las cosas en exceso, a ir un poco más allá de lo que la realidad parece mostrar. Vivir apurado sin saber bien adónde se va es lo contrario de lo que propone la filosofía, que contribuye a la tranquilidad del alma invitándonos a diferenciar los problemas que dependen de nosotros de los que no, y a “no gastar pólvora en chimangos” —como dice el refrán criollo—, concentrándonos en aquello sobre lo cual podemos ejercer influencia. La serenidad no es incompatible con el firme reclamo de justicia, por el contrario, vuelve menos probable que el dolor se convierta en el ejercicio de la ley del Talión.

El camino de la sabiduría es la filosofía en sí misma, no como disciplina académica sino como compañera de vida. Por eso, tal como escribió Epicuro, el que dice que todavía no está listo para la filosofía o que, por el contrario, ya es muy tarde para él, es como aquel que dice que es muy joven o muy viejo para la felicidad.

Tal como señalamos en el comienzo del libro, la filosofía puede ser definida como una práctica que tiene a la razón como medio y al sentido de la vida como fin. A punto de culminar esta vuelta al mundo, sería pertinente recapitular y preguntarnos para qué sirve.

- Para aprender a vivir, y si es posible antes de que sea demasiado tarde. Se ocupa de los interrogantes que nos conciernen a todos, no porque nos interese tal o cual especialidad del conocimiento, sino en lo que toca a nuestro común oficio de vivir como humanos.

- Para pensar mejor: a) buscando hipótesis alternativas, b) no aceptando ninguna sin evidencia suficiente c) evitando las distorsiones propias del pensamiento a través del análisis lógico. Esta práctica nos previene contra el fanatismo y nos vuelve más tolerantes. La filosofía sirve para conocernos y conocer mejor al mundo pero también para reconocer los límites de nuestro conocimiento.
- Para desconfiar de las apariencias (“No todo lo que reluce es oro” dice un refrán popular) y formular preguntas más allá de lo obvio, incluso cuando la mayoría piensa que ya no hay más nada que preguntar. La filosofía cuestiona ideas recibidas y construye visiones del mundo, y sin una visión del mundo sería difícil vivir. Por eso históricamente nace junto con la democracia, porque supone la autonomía de la persona que piensa frente a la idolatría de los poderes establecidos.
- Para crear, testear y clarificar conceptos. (Si dialogamos sobre el amor, conocer qué entiende cada uno por amor. Saber, por ejemplo, que la consternación suma el dolor a la sorpresa, y que cuando cede la sorpresa suele ceder también el dolor). La buena filosofía rechaza el uso único de la intuición para elucidar los conceptos y prefiere, por ejemplo, recurrir a encuestas para saber qué asocian las personas con cada concepto y cómo enfocan determinada cuestión. La buena filosofía se nutre de estudios científicos en lugar de ser meramente especulativa.
- Para reconocer que en la vida todo está sujeto a cambios y que no hay nada que podamos poseer por completo.
- Para reflexionar en torno a cuestiones de valor (éticas) y desarrollar las virtudes, que son el edificio de la ética. Por ejemplo, para aprender a ser valientes (que es la disposición a vencer el miedo y soportar las frustraciones y circunstancias

dolorosas), a ser justos y cultivar la templanza (educando nuestro deseo).

- Para concebir formas de organización política que maximicen el bienestar general.
- Para sacar provecho de las circunstancias adversas.
- Para acrecentar nuestra capacidad de resolver problemas.
- Para reconocer que primero somos sujetos sociales, y tan solo luego somos individuos. Nuestros problemas reconocen una matriz común. Podemos filosofar juntos y reconocernos en nuestras fragilidades y en nuestras fortalezas.

La filosofía no es una disciplina meramente teórica y de difícil acceso, destinada a un reducido grupo de especialistas. No consiste en rendir culto a los filósofos célebres ni en escribir en un jeringoso incomprensible. No es en esencia una disciplina académica sino una práctica. Todos somos filósofos porque contamos con una determinada visión del mundo y con creencias básicas sobre nosotros mismos y sobre nuestra experiencia cotidiana. En este sentido la filosofía es una gran maestra de vida, la que nos enseña a sentirnos libres, a ordenar la existencia, a dirigir los actos, a distinguir lo que conviene hacer de lo que no, la que sujeta el volante y nos conduce frente a las incertidumbres y a los cambios de la vida. Vivir sin ella, tal como sugería Descartes, sería lo mismo que mantener los ojos cerrados sin abrirlos jamás.